

SCHILLER.

ES PROPIEDAD.

DRAMAS
DE
C. F. SCHILLER.

GUILLERMO TELL. — MARIA ESTUARDO.
LA DONCELLA DE ORLEANS.

TRADUCCION DE

JOSÉ YXART.

ILUSTRACIONES DE

H. LIEZEN MAYER Y H. DE WERNER.



BARCELONA.

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

Administracion: Ausias March, 95.

1881.

R. 402.759



D



CUATRO PALABRAS

DEL TRADUCTOR.

Hay autores cuyo ingenio admira, pero cuya personalidad privada no interesa. Diríase que existen en cada uno de ellos, dos seres distintos y con vida independiente y propia, el hombre y el escritor, sin que en ningún caso influyan en las obras de éste, ni el carácter, ni las impresiones, ni las vicisitudes de aquel. Otros hay por el contrario que no inspiran tan sólo admiración sino también cariño, porque pródigos de sus tesoros, naturales, espontáneos y sinceros, muestran al par la alteza de su ingenio y la hermosura de su alma. Para estos se guarda aquella curiosidad y veneración que despiertan en el ánimo los más insignificantes pormenores de su vida; estos son los que sugieren el deseo de conocerlos y tratarlos como amigos. Aun sin conocerlos nos parece haberles tratado. La lectura de sus

obras suena en el oído como una confidencia íntima, y á través del tiempo que quizá los arrebató para siempre, á través de la distancia que los separa de nosotros, habla su voz en las mudas páginas del libro y nos acompaña en la soledad, nos consuela en la aflicción, nos eleva y engrandece con las más nobles emociones.

El insigne Schiller pertenece al número de estos escritores privilegiados; pues como siempre consagró su inspiración elevadísima á enaltecer con los hechizos de la poesía cuanto hay de noble y sublime, y al propio tiempo de esencial é inmutable en la naturaleza humana, nadie que sienta el valor de los más grandes afectos y pasiones dejará de estimarle hondamente, ni se hará fuerza en atribuirle las mismas cualidades que tanto enalteció. ¿Quién ha leído jamás sin enternecimiento y sin entusiasmo la célebre canción de la *Campana*, quizá la mejor de la lírica moderna? Fúndense y armonizanse en ella profundos conceptos con imágenes vivas y pintorescas y delicados rasgos de esquisita sensibilidad; pero todavía sorprende más que tan brillantes dotes la aspiración generosa y humana que anima la composición entera, la honda simpatía que siente el poeta por el hombre, y que le mueve á describir y embellecer lo que todos aman, á cantar con melancólico é inspirado acento nuestros destinos, y cuanto es causa de grandeza y bienestar moral.

Con esto queda indicado, á mi juicio, lo que hace estimable á Schiller, y también lo que caracteriza sus obras, principalmente las dramáticas. Moralista y filó-

sofo, tal vez más que poeta, viendo en el teatro una institución social, consideró la misión del autor dramático como sacerdocio artístico. En el prólogo á su tragedia, *La Desposada de Mesina*, escribió: «No conozco vocación más elevada y grave que la que tiene por objeto regocijar á los hombres.» Para obedecer dignamente á ella, se propuso siempre en sus últimas obras hermanar la mayor belleza artística con la mayor belleza moral; consorcio pocas veces alcanzado sin que perdieran sus fueros una ú otra. Schiller lo alcanzó porque la moral de sus obras, lejos de ser convencional, mezquina y negativa, atenta sólo á sofocar y reprimir, es positiva y vigorosa y dirigida á promover el ejercicio de las fuerzas del alma en la lucha de las nobles pasiones con las viles y rástreras, con las preocupaciones sociales, con los golpes de la suerte. Su musa es la musa de la dignidad y el libre albedrío. «El cristianismo en su forma más pura — escribía á Goethe — no es otra cosa que la belleza moral, la encarnación de lo santo y lo sagrado en la naturaleza humana, esto es, la única religion verdaderamente estética.» La estética de esta religion fué la que inspiró sus tragedias. Así basta observar que en ellas los caracteres juveniles suelen ser los más interesantes, pues la edad del entusiasmo, de la generosidad, del heroismo y las ilusiones, le atrajo más que otra alguna, como que sus pasiones son las que más amó y sintió más hondamente. El soñador Marques de Posa que se sacrifica por la libertad de un pueblo y la dicha de un amigo, el fanático y apasionado Mortimer que da la vida por

su reina, el heróico Max Piccolomini que no pudiendo sobrevivir á la deshonra corre al encuentro de la muerte en el campo de batalla, parecen otros tantos ejemplares de aquel tipo humano al cual infunde el autor el soplo de sus propias aspiraciones. En sus obras surge siempre lo patético como resultado de la lucha entre lo magnánimo y bueno, y la crueldad, la falsía, ó la opresion. Lucha Cárlos Moor en *Los Bandidos* con los vicios de una constitucion social mezquina y estrecha; lucha el amor desinteresado y puro con las preocupaciones sociales en *Luisa Miller*; la aspiracion generosa á la tolerancia y la libertad, con el receloso despotismo de Felipe II en *D. Cárlos*; la inocencia y dignidad de María Estuardo con la envidia y la hipocresía de Isabel; y gime el pueblo de Guillermo Tell bajo la grosera tiranía de un señor orgulloso, y perece Wallenstein y con él la ambicion fascinadora del talento y la fortuna, víctima de las intrigas y recelo de los suyos.

En la exhibicion de tan hondos conflictos, no cabe mayor grandiosidad de la usada por Schiller. Sus dramas más que tales son poemas, pues no son tan sólo el hombre y sus particulares destinos el objeto de su inspiracion, sino las sociedades y sus pasiones, siendo tan múltiples los elementos de que se vale el poeta y tan visible el esfuerzo de que concurren todos á la obra, que así parecen detenidamente estudiadas las figuras de primer término, como el vasto fondo del cuadro en que se mueven. No hay drama suyo que no enseñe tanto en orden á la vida de los pueblos, y á

la época de la acción, como en orden á los incidentes concretos de la misma. En la gran trilogía de *Wallenstein* y en *Guillermo Tell*, por ejemplo, todo un pueblo interviene como actor. La misma naturaleza concurre al efecto dramático en la última obra. No hay duda que parecen más comprensibles y poéticos las costumbres y móviles de aquella tribu de pastores, más sublime su actitud, más conmovedora su suerte, cuando se tienen á la vista los ventisqueros y las nevadas cimas de los Alpes. Muéstranos de tal modo el fondo del alma, que el autor no descuida el invisible influjo del hábito, el paisaje, las condiciones de la comarca. Esto en cuanto al conjunto, pues en cuanto al desenvolvimiento de la acción concreta, Schiller es maestro en el arte de preparar las situaciones, atar y desatar los hilos de la trama y presentar á los personajes bajo su verdadero punto de vista, aún antes de que salgan á la escena. Aunque á veces la acción se desarrolla con visible lentitud y el autor se concede tiempo y espacio de sobras, no son perdidos éstos para el espectador. Los dramas de Schiller, particularmente los de su última época, están compuestos con tal perfección, que no huelga en ellos una frase sola, y viéndolos se asiste á la vez al drama visible y al drama íntimo en el corazón de los personajes. Tal ocurre en *María Estuardo*, donde la rivalidad en la hermosura y el amor entre dos mujeres, alimenta en secreto la rivalidad política de dos reinas, sin que apenas se miente la primera y no por esto sea menos clara y resorte oculto de todo, aún de las menores pa-

labras de los cortesanos; donde la perfidia é hipocresía de Isabel se trasluce siempre cuando mayor es su generosidad, sin necesidad de confidentiales declaraciones ni de inverosímiles apartes y largos monólogos (el único que hay en boca de Isabel se halla en las últimas escenas); donde la accion corre á su desenlace natural y fatalmente y cuando más parece alejarse de él; donde se logra inspirar la más profunda piedad por la víctima, al tiempo en que se manifiestan sus pasados crímenes, y segun el preconcebido intento del autor, ésta aparece como un sér pasivo condenado á excitar toda suerte de afectos en torno suyo, y á ser causa de su propia pérdida con sus propios hechizos y virtudes; donde, en fin, figuran caractéres tan magistralmente trazados como el de lord Leicester, que es tambien de los que da á conocer claramente lo que calla por lo que dice. De Schiller se ha repetido que sus caractéres eran entidades metafísicas, encarnacion de ideas abstractas; mas si este cargo puede parecer justo cuando se refiere á los de sus primeros dramas, acuden á la memoria como objecion á él los de las obras de la última época del autor; el que acabo de mentar, por ejemplo. Un carácter complejo como aquel, supone vivo conocimiento de la realidad, y raro vigor y exactitud en la copia, porque sin ellos no resaltarian de tal modo la pusilanimidad y astucia del palaciego, siempre vacilante, siempre atento á dominar sus pasiones temeroso de perder su fortuna, hábil en defender ante un soberano á su propio rival, afectando servirlo mejor cuando más se opone á sus

secretos designios, y taimado hasta el punto de saber colocarse en situacion ambigua para inclinarse del lado del que venciere y participar en todos los casos de la victoria, como recompensa debida á sus esfuerzos.

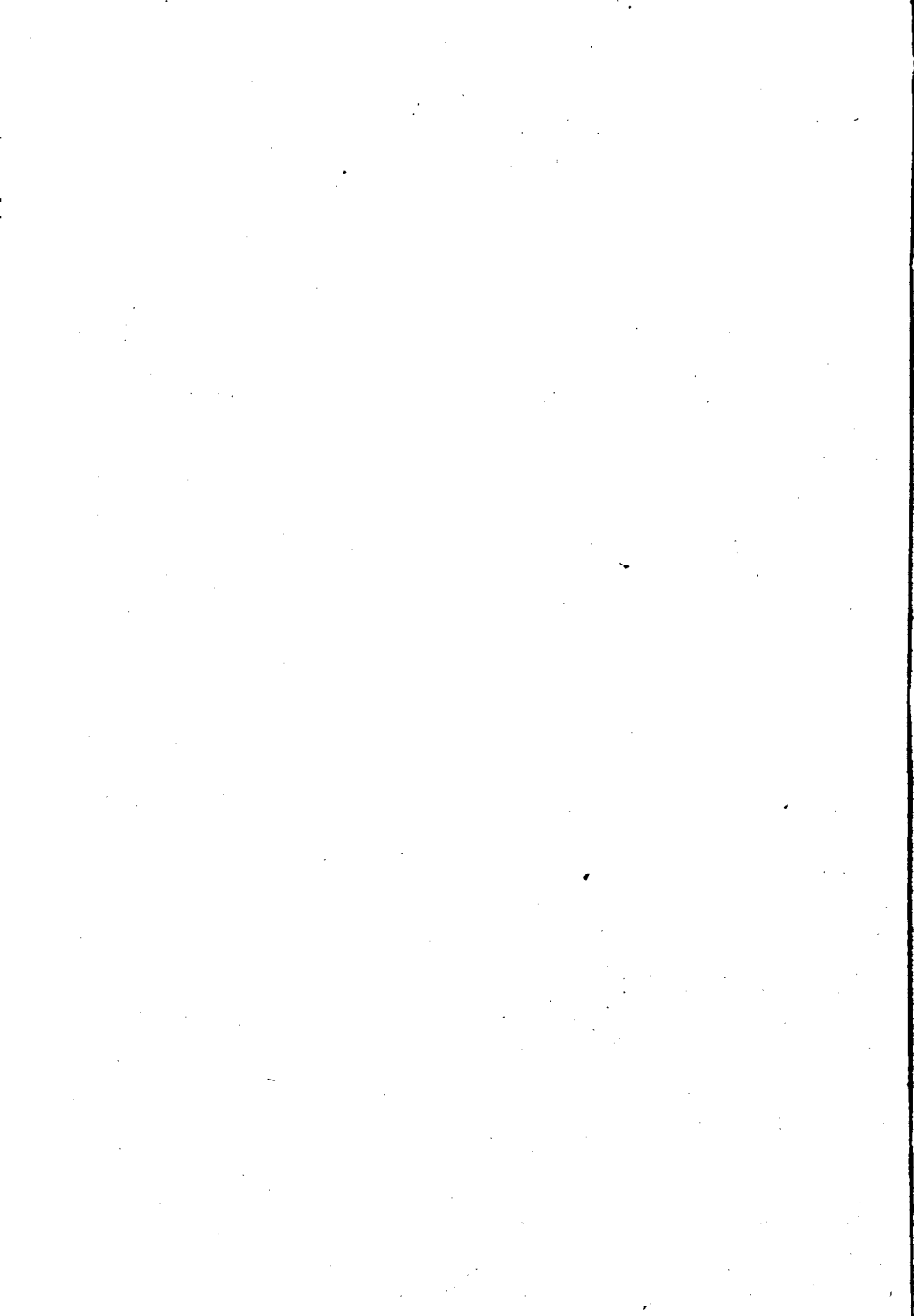
He pretendido resumir hasta aquí, con la mayor brevedad, cuanto caracteriza las tragedias de Schiller; mas no creo posible de igual modo dar idea de la intensidad de pasion que las anima. Este es el soplo vivificador de toda obra de arte que no puede ser descrito ni ponderado, si no es poniendo á la vista la misma obra, ó algunos fragmentos; lo cual seria aquí inoportuno porque el lector va á volver la hoja, y á juzgar por sí mismo. No recibirá sin embargo la misma impresion del original; por varias y poderosas razones, bien fáciles de comprender por cierto, y de las cuales apuntaré una sola, y no la más importante, para terminar. El estilo de Schiller en sus tragedias es siempre noble y elevado como su fondo. Schiller gusta de usar cierta amplitud rozagante y pomposa en la expresion, de la que él mismo pretendia sincerarse considerándola la más propia para que reinara en el conjunto «cierta agradable tranquilidad áun en las más apasionadas situaciones.» Ponia en boca de sus gigantescos héroes lenguaje adecuado á su grandeza, el cual no recuerda ciertamente el enfático y convencional de los trágicos franceses, pero tampoco la grata crudeza de Shakspeare. Semejante estilo, en el original y en verso, es bellissimo; en la traduccion y en prosa, puede parecer en ocasiones declamatorio. No digo esto para excusar mis faltas. El traductor sabe

que no ha de reclamar para sí ninguna gloria, y se halla harto recompensado con el honor de repetir en nuevo idioma los penetrantes acentos de tan poderoso génio.

JOSÉ YXART.

GUILLERMO TELL.

Dibujos de *Antonio de Werner* grabados en boj por
R. Brend'amour y *A. Cloz*.





PERSONAS.

- | | | | |
|--------|------|--|---|
| 101 74 | | GERMAN GESZLER, lugarten. ^{te} del Emperador en Schwyz y Uri. | |
| 5 | | WERNER, baron de Attinghausen, señor feudal. | |
| 2 | | ULRICO DE RUDENZ, su sobrino. | |
| 20 | 19 | WERNER STAUFFACHER. | } |
| 21 | | CONRADO HUNN. | |
| 22 | | ITEL REDING. | |
| 23 | | JUAN AUF DE MAUER. | |
| 1 | 4 | JORGE DE HOFE. | |
| 8 | 9 10 | ULRICO DE SCHMID. | } |
| 11 | 12 | JOST DE WEILER. | |
| 3 | | WALTHER FURST. | |
| 6 | 24 | GUILLERMO TELL. | |
| 25 | 26 | ROESSELMANN, párroco. | |
| 28 | 27 | PETERMANN, sacristan. | } |
| 29 | | KUONI, pastor (1). | |
| 31 | | WERNI, cazador. | |
| 32 | 6 | RUODI, pescador. | |
| 1 | 2 | ARNOLDO DE MELCHTHAL. | |
| 3 | | CONRADO BAUMGARTEN. | } |
| 5 | | MEIER DE SARNEN. | |
| 7 | | STRUTH DE WINKELRIED. | |
| 9 | | NICOLAS DE FLUE. | |
| 11 | | BURKHARDT DE BUHEL. | |
| 13 | | ARNOLDO DE SEWA. | } |
| 15 | | PFEIFER DE LUCERNA. | |
| 17 | | KUNZ DE GERSAU. | |
| 19 | | JENNI, muchacho pescador. | |
| 21 | | SEPPI, muchacho pastor. | |
| 23 | | GERTRUDIS, mujer de Stauffacher. | } |
| 25 | | HEDWIGIA, mujer de Tell, hija de Fürst. | |
| 27 | | BERTA DE BRUNECK, rica heredera. | |
| 29 | | ERMENGARDA. | } |
| 31 | | MATILDE. | |
| 33 | | ISABEL. | |
| 35 | | HILDEGARDA. | |
| 37 | | WALTHER. | } |
| 39 | | GUILLERMO. | |
| 41 | | FRIESHARDT. | } |
| 43 | | LEUTHOLD. | |
| 45 | | RODOLFO DE HARRÁS, escudero de Geszler. | |
| 47 | | JUAN EL PARRICIDA, duque de Suabia. | |
| 49 | | STUSSI, guarda. | |

El pregonero de Uri.—Un mensajero del Imperio.—Un cabo de vara.—Un cantero; oficiales y peones.—Un pregonero.—Religiosos.—Caballeros de Geszler y de Landenberg.—Aldeanos y aldeanas de los tres cantones.

(1) Los nombres de Kuoni, Werni, Ruodi, Jenni, Seppi y Stussi son respectivamente nombres familiares en Suiza, de Conrado, Werner, Rodolfo, Juan, José y Justo.



ACTO I.

ESCENA PRIMERA.

Rocas escarpadas que ciñen el lago de los Cuatro-cantones, frente á Schwyz. El lago forma un golfo. Próxima á la orilla, una cabaña; en el lago, un muchacho pescador en su barca. En el fondo, verdes praderas, aldeas, alquerías de Schwyz, alumbradas por los rayos del sol. A la izquierda, se divisan los picos de las montañas coronadas de nubes; y á la derecha, á lo lejos, los ventisqueros. Antes de levantarse el telon, suena el canto pastoril que llaman *Kuhreihen* y el cencerreo de los rebaños, y continuan hasta poco despues.

PESCADOR.

(*Canta en su barca, con la música del Kuhreihen.*)

GL lago sonrie; invita á bañarse. Dormia el niño, recostado en la verde orilla, oyó suave sonido, suave como el de la flauta, como la voz de los ángeles en el paraíso; cuando despierta gozoso, la onda baña su pecho, y una voz salida del fondo de las aguas, le dice: ¡Oh! niño mio, me perteneces; te sorprendo en brazos del sueño, y voy á llevarte á mi morada. »

PASTOR. — (*En la montaña, variacion del Kuhreihen.*) « ¡Adios! pastos, praderas que dora el sol; los

pastores deben separarse; huye el verano. Treparemos á los montes, para volver cuando se deje oír el cuclillo, y resuenen las canciones, y se revista de flores la tierra, y con la llegada de mayo hermoso manen las fuentes. Adios, pastos, praderas que dora el sol; los pastores deben separarse; huye el verano.

CAZADOR DE LOS ALPES. — (*Parece en lo alto de las rocas.* — *Segunda variación del Kuhreihen.*) Truena en las alturas, tiembla la palanca, pero el cazador prosigue impávido su camino, resistiendo al vértigo; osado avanza por campos de hielo. Allí, no florece la primavera, ni verdea un solo ramo. Tiene bajo sus plantas un océano de nubes, y no divisa las ciudades de los hombres; sólo ve el mundo á través de la rasgada niebla, y la verde campiña le aparece, debajo de las aguas.»

Cambia el aspecto del paisaje; suena sordo rumor en la montaña, y la sombra de las nubes cubre la comarca. RUODI, el pescador, sale de su cabaña. WERNI, el cazador, desciende de las rocas. KUONI, el pastor, se adelanta con una cántara de leche. SEPPI, su criado, le sigue.

RUODI. — Dáte prisa, Jenni; saca la barca á la orilla. Amenaza y se acerca la tempestad; el pico de Mitene se corona de nubes y silba el viento glacial saliendo de su caverna; estallará la tormenta antes de lo que pensamos.

KUONI. — Lluvia tenemos, buen batelero; mis ovejas pacen la yerba con ansia, los perros escarban la tierra.

WERNI. — Saltan los peces, y se sumerge la gallineta; la tempestad hace camino.

KUONI. — (*A Seppi.*) Á ver, Seppi, si se ha dispersado la vacada.

SEPPI. — Oigo la esquila de la pelinegra Liseta.

KUONI. — Entonces no falta una sola vaca, porque ésta llega siempre la última.

RUODI. — Vuestras esquilas, buen pastor, tienen un sonido agradable.

WERNI. — Y es buena la vacada. ¿Es vuestra, compañero?

KUONI. — No soy tan rico; es de mi bondadoso señor de Attinghausen, que la confió á mi cuidado.

RUODI. — ¡Qué bien sienta este collar á esta vaca!

KUONI. — Harto conoce que dirige el rebaño; si se lo quitara dejaría de pacer.

RUODI. — ¿Esto creéis, de un animal sin razón?

WERNI. — Pronto está dicho eso. También los animales tienen inteligencia. Nadie lo sabe como nosotros, los cazadores de gamuzas. Cuando quieren pacer tranquilamente, colocan previsoras á poca distancia un centinela que aguza el oído, y anuncia con un grito la proximidad del cazador.

RUODI. — (*Al pastor.*) ¿Volveis á casa?

KUONI. — Ha pasado la estación de los pastos en los Alpes.

WERNI. — Os deseo un feliz regreso, buen pastor.

KUONI. — Y yo á vos; que no siempre se vuelve de vuestras excursiones.

RUODI. — ¡Un hombre viene corriendo hácia acá!

WERNI. — Le conozco. Es Baumgarten de Alzellen.

CONRADO BAUMGARTEN. — (*Sin aliento.*) Por amor de Dios... vuestra barca, batelero.

RUODI. — Pero bien, ¿qué hay que urge tanto?

BAUMGARTEN. — Desatad la barca, y me salvareis la vida. Conducidme á la orilla opuesta.

KUONI. — ¿Qué os pasa, amigo?

WERNI. — ¿Quién os persigue?

BAUMGARTEN. — Daos prisa, daos prisa, porque me siguen de cerca. Me persiguen los soldados del gobernador, y soy muerto si me cogen.

RUODI. — ¿Y por qué os persiguen?

BAUMGARTEN. — Salvadme, primero; luego os lo diré.

WERNI. — Estais manchado de sangre ; ¿ qué ha ocurrido ?

BAUMGARTEN. — El baile del emperador que residia en Rossberg...

KUONI. — ¿ Os persigue Wolfenschieszen ?

BAUMGARTEN. — No ; ya no hará más daño á nadie ; le he muerto.

TODOS. — (*Retrocediendo.*) ¡ Dios os socorra ! ¿ qué habeis hecho ?

BAUMGARTEN. — Lo que todo hombre libre , en mi lugar. He usado de mi derecho contra quien atentaba á mi honor y al de mi esposa.

KUONI. — ¿ El baile atentó á vuestro honor ?

BAUMGARTEN. — Dios y mi hacha se han opuesto á sus infames designios.

WERNI. — ¿ Le habeis partido el cráneo de un hachazo ?

KUONI. — Contadnos lo ocurrido, teneis tiempo para ello, mientras botan al agua el batel.

BAUMGARTEN. — Habia salido á cortar leña en el bosque, cuando de pronto veo llegar á mi mujer, sofocada, angustiada, y me dice que viene huyendo de casa donde se le ha presentado el baile, ordenándole preparar un baño, y haciéndole indignas proposiciones. Inmediatamente me voy allá, y sin aguardar nada, descargo sobre él un hachazo.

WERNI. — Hicisteis perfectamente y nadie podrá culparos.

KUONI. — ¡ Miserable ! Encontró lo merecido. Mucho há que el pueblo de Unterwald le debia otro tanto.

BAUMGARTEN. — El suceso se ha hecho público ; ... me persiguen y mientras hablamos... ¡ Dios mio !... ¡ el tiempo pasa !
(*Truena.*)

KUONI. — Despacha, batelero ; conduce este hombre á la orilla opuesta.

RUODI. — No os embarcais ; terrible tempestad se acerca, y fuerza es aguardar.

BAUMGARTEN. — ¡Santo Dios!... No me es posible; cada instante que pasa es mortal.

KUONI. — (*Al pescador.*) Probadlo; con la ayuda de Dios, es necesario auxiliar al prójimo. Lo mismo puede sucedernos un día á nosotros. (*Rayos y truenos.*)

RUODI. — El Foehn (1) se desencadena. ¡Ved qué formidable oleaje! ¡No podré conducir mi barca luchando con la tormenta y las olas!

BAUMGARTEN. — (*Abrazándose á sus rodillas.*) ¡Que Dios tenga piedad de vos, como vos de mí!

WERNI. — Va en ello su vida, batelero; compadecidle.

KUONI. — Es padre de familia; tiene esposa... tiene hijos... (*Redoblan los truenos.*)

RUODI. — ¡Pero tambien yo arriesgo en ello mi vida! ¡tambien yo tengo esposa y tengo hijos en casa! Oid cómo ruge y avanza la tormenta; ved cómo se alzan las olas del fondo del lago. Yo bien quisiera salvar á ese bravo, pero ya veis que es absolutamente imposible.

BAUMGARTEN. — (*De rodillas.*) Fuerza será, pues, que caiga en manos de mis enemigos, cuando me hallo próximo á la playa salvadora... cuando la veo enfrente de mí!... Allí está; la alcanzan mis ojos; llega á ella el eco de mi voz;... y aquí, la barca, que me conduciría á ella... ¿y debo quedarme sin socorro y sin esperanza?

KUONI. — Mirad quién viene.

WERNI. — Tell de Bürglen.

GUILLERMO TELL. — (*Armado de su ballesta.*) ¿Quién es este hombre que implora socorro?

KUONI. — Un vecino de Alzellen que ha defendido su honor, y ha muerto á Wolfenschieszen, el baile régio de Rossberg. Los guardias del gobernador siguen sus

(1) Viento del Sud.

pasos, y ruega al batelero que le conduzca á la otra orilla, pero éste, amedrentado por la tempestad, no quiere arriesgarse á ello.

RUODI.—Tell sabe tambien manejar el remo; él os dirá si es posible tentar ese paso.

TELL.—Cuando la necesidad apremia, batelero, se pasa todo. (*Grandes truenos, braman las olas*).

RUODI.—Seria como arrojarme á la boca del infierno. Ningun hombre sensato lo intentaria.

TELL.—Los valientes sólo se acuerdan de ellos en último lugar. Fia en el cielo, y socorre al oprimido.

RUODI.—Desde el puerto, fácil es dar consejos. Aquí está la barca; aquí está el lago; probadlo.

TELL.—El lago puede calmarse y el gobernador no. Haz un esfuerzo, batelero.

EL PASTOR Y EL CAZADOR.—¡Salvadle! ¡salvadle, salvadle!

RUODI.—No; aunque fuera mi hermano; aunque fuera mi propio hijo; no es posible. Hoy es el dia de san Simon y san Judas... el lago está enfurecido y reclama su presa.

TELL.—De nada sirven las palabras, el tiempo apremia, y es necesario socorrer á este hombre. Dí, batelero, ¿quieres llevarlo?

RUODI.—No; yo, no.

TELL.—Pues bien. ¡Dios me proteja! venga la barca; voy á ensayar mi débil brazo.

KUONI.—¡Valiente Tell!

WERNI.—¡Accion digna de un cazador!

BAUMGARTEN.—Tell, sois mi salvador, mi ángel bueno.

TELL.—Os sustraeré á la cólera del enemigo, mas forzoso será que otro os proteja contra las olas. Pero siempre vale más ponerse en manos de Dios, que en manos de los hombres. (*Al pastor.*) Amigo, vos consolareis á mi mujer, si me sucede alguna desgracia.

Hago lo que no puedo excusar. (*Entra en la barca.*)

KUONI. — (*Al pescador.*) Sois un piloto ¿y no os atreveis á intentar lo que Tell?

RUODI. — Otros que valen más que yo, no le imitarían. No hay dos hombres como él en estas montañas.

WERNI. — (*Encaramado en una roca.*) Partiò. ¡Que Dios te socorra, bravo batelero! ¡Mirad cómo danza la barca sobre las olas!



KUONI. — (*Desde la ribera.*) El oleaje se eleva hasta cubrirla... Ya no la veo... Reaparece... ¡Cómo lucha el experto piloto con la oleada!

SEPII. — ¡Los guardias del gobernador se acercan!

KUONI. — ¡Dios mio!... son ellos... Era ya tiempo de socorrerle... (*Llegan en tropel algunos caballeros de Landenberg.*)

I.^{er} CABALLERO. — Entregadnos al asesino que habeis ocultado.

2.º CABALLERO.—En vano intentareis negar que tomé este camino.

KUONI y RUODI.—¿De quién habláis, caballero?

1.º CABALLERO.—(*Viendo la barca.*) ¿Qué veo?... ¡Diablo!

WERNI.—(*Desde su altura.*) ¿Buscáis al de la barca?... Entonces, galopad, y podeis todavía alcanzarle.

2.º CABALLERO.—¡Maldición!... se nos escapó.

1.º CABALLERO.—(*Al pastor y al pescador.*) Le habeis auxiliado y debeis sufrir castigo. ¡Caed sobre sus rebaños, destruid esta choza, matad, incendiad!

SEPPI.—(*Huyendo.*) Oh! ¡mis corderos!

KUONI.—(*Siguiéndole.*) ¡Desdichado de mí!... ¡Mi rebaño!

WERNI.—¡Malvados!

RUODI.—(*Juntando las manos.*) ¡Justicia divina!... ¿Cuándo llegará el libertador de esta comarca?

(*Les sigue.*)

ESCENA II.

Cerca de Stein, en Schwyz.—Un tilo enfrente de la casa de Stauffacher, situada en la carretera, junto á un puente.

WERNER STAUFFACHER.—PFEIFER de Lucerna;
llegan conversando; GERTRUDIS.

PFEIFER.—Sí, sí, maestro Stauffacher, como os iba diciendo, no presteis juramento de fidelidad al Austria, si es posible excusarlo. Permaneced como hasta ahora firme y resueltamente adicto al imperio, y Dios os conserve vuestros antiguos privilegios. (*Estrecha cordialmente su mano, é intenta alejarse.*)

STAUFFACHER.—Aguardad hasta que vuelva mi mujer; sois mi huésped en Schwyz, como yo el vuestro en Lucerna.

PFEIFER.— Mil gracias, pero me es forzoso estar hoy mismo en Gersau. Cuanto os veais obligado á sufrir de la codicia é insolencia de los bailes, soportadlo con resignacion, porque semejante estado de cosas puede cambiar de repente, con ascender al trono otro emperador: pero una vez os habreis entregado al Austria, será para siempre. (*Se va.*)

(STAUFFACHER se sienta pensativo á la sombra del árbol; GERTRUDIS, su mujer, le sorprende así, se acerca á él, y le contempla largo rato en silencio.)

GERTRUDIS.— ¡Cómo tan grave, amigo mio! No te reconozco... muchos dias há que observo silenciosa en tu frente la huella de sombrío pesar. Sí; mudo pesar oprime tu corazon; confíamelo. Soy tu fiel esposa y reclamo mi parte en tus penas. (*Stauffacher le tiende la mano, sin decir palabra.*) ¿Qué puede entristecerte? Dímelo. Dios bendice tu trabajo; tu fortuna es floreciente; henchidos tus graneros; tus caballos, tus bueyes regresan bien apacentados de los montes, para pasar el invierno en cómodos establos. Se alza tu casa como noble morada, decoran sus habitaciones nuevos artesones dispuestos con orden y simetría, y la adornan y prestan claridad numerosas ventanas. Brillan en ella restaurados escudos, y sábias máximas que lee y admira el viajero deteniendo el paso.

STAUFFACHER.— Ciertamente mi casa es cómoda y bien construida, pero ¡ay! que tiembla el suelo en que la edificamos.

GERTRUDIS.— ¡Werner de mi alma!... ¿qué quieres decir?

STAUFFACHER.— Poco há me hallaba sentado como ahora bajo este tilo, pensando con placer que mi casa estaba terminada, cuando llega el gobernador de su castillo de Kussnacht, con sus caballeros, y se detiene sorprendido delante de ella; yo me levanto inmediatamente, adelantándome con respeto, como es debido

á quien representa en este país al emperador. — ¿De quién es esta casa? — pregunta con malignidad, porque hartó lo sabia. Reflexiono un instante, y respondo: — Señor gobernador, esta casa es del emperador mi soberano, y vuestro soberano, y yo la poseo en feudo. — Y dice él: — Gobierno el país en nombre del emperador, y no quiero en modo alguno que simples villanos edifiquen casas por su propia cuenta y vivan con libertad como si fueran los señores de la comarca; pensaré en el modo de impedirlo. — Dicho esto partió con semblante amenazador, dejándome á mi cuidadoso y pensativo con lo dicho.

GERTRUDIS. — Caro esposo y señor, ¿quieres recibir de tu mujer un razonable consejo? Me honro con ser la hija del noble Iberg, que es hombre muy experto. Más de una vez, sentada con mis hermanas y mientras hilábamos por las noches, ví á los prohombres del pueblo reunidos en la casa de mi padre para leer las cartas de los antiguos emperadores y discutir maduramente sobre el bienestar del país. Atenta escuchaba yo sus discretas frases, las reflexiones del inteligente, los deseos del hombre de bien; de todo conservo memoria. Oye pues; medita lo que te digo, porque mucho há que conozco la causa de tu pesar. El gobernador está irritado contra tí, y quisiera hacerte mala obra, porque eres obstáculo á sus deseos. Ansía someter á los habitantes de Schwyz á la nueva casa real, pero ellos, como sus dignos antepasados, persisten fieles al imperio. ¿No es esto, Werner?... Dime si me engaño.

STAUFFACHER. — Verdad, esta es la causa de la violencia de Geszler.

GERTRUDIS. — Te envidia la dicha de vivir como hombre libre en tu propia heredad, porque él no posee ninguna. Tienes esta casa en feudo del imperio y del emperador, y puedes probarlo, como el príncipe su

derecho á poseer sus dominios; no reconoces sobre tí otro soberano que el primero de la cristiandad. El gobernador es, por el contrario, el segundon de su familia y sólo posee su manto de caballero; por esto mira con malos ojos y con alma emponzoñada la felicidad de los hombres de bien. Hace mucho tiempo que ha jurado perderte, y hasta ahora saliste librado... ¿Aguardarás á que cumpla sus malvados designios? El que es prudente toma sus precauciones.

STAUFFACHER.—¿Qué debe hacerse?

GERTRUDIS.—(*Acercándose.*) Oye mi consejo. Sabes cuánto se quejan de la rapacidad y crueldad del gobernador todos los hombres honrados de Schwyz; no dudes que á la otra orilla del lago, en el país de Uri y Unterwald, están cansados de semejante yugo, porque Landenberg se porta allí con tanta crueldad como aquí Geszler. Apenas llega una barca que no nos traiga la noticia de alguna nueva desgracia, de alguna violencia del gobernador. Convendría que algunos de vosotros, los más discretos, os reunierais pacíficamente para excogitar el medio de libertaros de semejante despotismo. Creo que Dios no habia de abandonaros, y sería favorable á la justicia. ¿No tienes en Uri un amigo á quien puedas abrir tu corazón?

STAUFFACHER.—Conozco allí muy buena gente y ricos y respetados vasallos, que son amigos míos y á quienes puedo fiar mis secretos. (*Se levanta.*) ¡Ah, esposa de mi alma! ¡Qué tempestad de peligrosas ideas levantas en mi ánimo tranquilo! Pones ante mí, y á la faz del sol, su interior, y lo que al pensamiento negaba, tus labios lo pronuncian con osadía y ligereza. ¿Pero has reflexionado bien qué me aconsejas? ¿Quieres traer á este pacífico valle la terrible discordia y el estruendo de las armas? ¿Osaremos nosotros, débiles pastores, atacar al señor del mundo? Sólo esperan un plausible pretexto para lanzar sobre este misero suelo

las feroces hordas de sus soldados, y ejercer los derechos del conquistador, y con apariencias de justo castigo, aniquilar nuestros antiguos privilegios.

GERTRUDIS.—Hombres sois tambien; sabeis manejar el hacha... Dios ayuda á los valientes.

STAUFFACHER.—¡Oh, esposa mia! Terrible calamidad es la guerra, y alcanza á los rebaños y al pastor.

GERTRUDIS.—Debemos soportar las penas que envia el cielo, pero un noble corazon no soporta la injusticia.

STAUFFACHER.—Te gusta esta casa que hemos construido, ¿ verdad ? Pues la guerra la reducirá á cenizas.

GERTRUDIS.—Si creyese que mi alma estaba encadenada á este pasajero bien, con mi propia mano le pegaria fuego.

STAUFFACHER.—Amas á la humanidad, ¿ verdad ? pues la guerra no exime de la muerte al tierno niño en la cuna.

GERTRUDIS.—La inocencia tiene en el cielo un protector. Extiende tu mirada delante de tí, Werner, y no á tu espalda.

STAUFFACHER.—Nosotros los hombres podemos morir combatiendo como valientes, pero ¿cuál es vuestra suerte?

GERTRUDIS.—Los más débiles podemos tomar tambien nuestro partido; me arrojé desde este puente, y héteme libre.

STAUFFACHER.—(*Arrojándose en sus brazos.*) Quien oprime un corazon como el tuyo contra su pecho, puede batirse gozoso por su hogar y sus ganados, y no teme las armas de rey alguno. Voy ahora mismo á Uri; allí tengo un huésped, un amigo, Walter Fürst, que piensa de tales tiempos lo mismo que yo... Allí encontraré tambien al noble señor de Attinghausen; aunque de elevada alcurnia, ama al pueblo y honra las antiguas costumbres. Los tres discutiremos los medios de defendernos con valor contra los enemigos del

país... Adios... y en mi ausencia, cuida solícita de la casa; abre tu mano generosa al peregrino y al fraile mendicante, y no permitas que se alejen sin haberles atendido en todo. La casa de Stauffacher no se oculta á los ojos del viajero; albergue hospitalario, se levanta al borde del camino. (*Mientras se aleja hácia el foro, salen Guillermo Tell y Baumgarten.*)

TELL.—(*Á Baumgarten.*) Ahora ya no teneis necesidad de mí. Entrad en esta casa, morada de Stauffacher, padre de los oprimidos... vedle allí en persona... Seguidme, venid. (*Van hácia él.*)

ESCENA III.

Una plaza pública de Altdorf. En una altura del fondo se levanta una fortaleza en construccion pero bastante adelantada, de modo que puede distinguirse la forma del edificio. La parte posterior está terminada; algunos obreros trabajan en la fachada subiendo y bajando de los andamios, y otro en el tejado. Todo es movimiento y animacion.

EL CABO DE VARA.—EL CANTERO.—Sus OFICIALES
y PEONES.

EL CABO.—(*Con su vara aviva á los obreros.*) Vaya; ¡poco vagar!... Vengan las piedras, la cal, la argamasa; es preciso que cuando llegue el señor gobernador halle muy avanzada la obra. ¡Vais á paso de tortuga! (*A dos peones.*) ¿A esto llamais una carga? ¡A traer el doblé... al instante! Estos holgazanes no hacen lo que debieran!

I.^{er} OFICIAL.—Es muy duro vernos obligados á trasportar con las propias manos las piedras de nuestro calabozo.

EL CABO.—¿Qué estais murmurando? Miserable pueblo que sólo sirve para guardar vacas y andorrear por estos montes.

UN VIEJO. — (*Sentándose.*) ¡No puedo más!

EL CABO. — (*Empujándole.*) ¡Vaya!... vejete... á trabajar.

1.^{er} COMPAÑERO. — No teneis entrañas; forzar así á tan rudo servicio á un pobre viejo que apenas puede tenerse.

EL CANTERO Y SUS COMPAÑEROS. — ¡Esto clama al cielo!

EL CABO. — Cuidad de lo que os importa; cumplo mi deber.

EL 2.^o OFICIAL. — ¿Cómo se llamará el fuerte que estamos construyendo?

EL CABO. — Se llamará la servidumbre de Uri; bajo este yugo doblareis la cabeza.

LOS OBREROS. — ¿La servidumbre de Uri?

EL CABO. — ¿Por qué reís?

EL 2.^o OFICIAL. — ¿Con este pequeño edificio quereis esclavizar á Uri?

EL 1.^{er} OFICIAL. — Mirad cuántos montoncillos de tierra os será forzoso echar uno encima de otro para igualar la más baja montaña de Uri. (*El cabo se retira hácia el foro.*)

EL CANTERO. — Arrojaré al fondo del lago el martillo con que construí este edificio.

(*Tell y Stauffacher llegan.*)

STAUFFACHER. — ¡Oh! habré vivido tan sólo para presenciar semejantes espectáculos!

TELL. — Aquí no se siente uno bien; alejémonos.

STAUFFACHER. — ¡Me hallo realmente en Uri, patria de la libertad!

EL CANTERO. — ¡Oh! señor, si hubieseis visto el calabozo construido debajo la torre!... El que sea encerrado allí no oirá el canto del gallo.

STAUFFACHER. — ¡Dios!

EL CANTERO. — Mirad estos baluartes, estos estribos que parecen construidos para la eternidad.

TELL. — Lo que las manos alzaron, las manos pue-

den derribarlo. (*Señalando la montaña.*) Dios nos dió la fortaleza de la libertad. (*Suena un tambor, llegan algunos hombres con un sombrero en lo alto de un palo. Un pregonero les sigue; mujeres y niños salen en tumulto.*)

EL I.^{er} OFICIAL. — ¿Qué significa este tambor?...

EL CANTERO. — ¿Qué mascarada es esta? ¡Atencion!...
¿Para qué es este sombrero?

EL PREGONERO. — En nombre del emperador, oid.

LOS OBREROS. — Silencio; oid.

EL PREGONERO. — Habitantes de Uri; ahí teneis este sombrero que va á ser colocado en lo alto de un mástil, en medio de Altdorf, en el sitio más elevado. Es la voluntad del señor gobernador, que este sombrero sea honrado como su propia persona. El que pase por delante de él, debe hincar la rodilla y descubrirse, con lo cual reconocerá el rey á sus súbditos. Quien no cumpla esta órden será castigado con pena corporal y la confiscacion de sus bienes. (*El pueblo prorrumpe en una carcajada, suena el tambor, y se retiran los soldados.*)

EL I.^{er} OFICIAL. — ¿Qué nueva extravagancia se le ocurrió al gobernador? ¡Honrar á su sombrero nosotros! ¿Habeis visto nunca cosa igual?

EL CANTERO. — ¡Que hinquemos la rodilla delante de un sombrero!... ¿Así se hace burla de un pueblo grave y respetable?

EL I.^{er} OFICIAL. — Si fuera la corona imperial podria pasar, pero el sombrero austríaco, tal como lo ví colgar del trono, cuando fuimos á prestar homenaje...

EL CANTERO. — ¡El sombrero austríaco!... ¡Mucho cuidado!... es un lazo que se nos tiende para entregarnos al Austria.

LOS OBREROS. — No habrá hombre de honor que se someta á esta humillacion.

EL CANTERO. — Venid á ponerlos de acuerdo con los demas.
(*Se retiran hácia el foro.*)

TELL.—(A *Stauffacher*.) Ya veis lo que ocurre... Con Dios, maestro Werner.

STAUFFACHER.—¿A dónde vais?... No tengais tanta prisa...

TELL.—La casa reclama al padre, adios.

STAUFFACHER.—Mi corazon rebosa; quisiera hablaros.

TELL.—Las palabras no alivian al corazon oprimido.

STAUFFACHER.—Pero las palabras podrian llevarnos á las obras.

TELL.—Por ahora, fuerza es callar y resignarse.

STAUFFACHER.—¿Sufriremos lo insufrible?

TELL.—El reinado de los tiranos violentos es el más breve. Cuando se desencadena la tempestad, se apagan los hogares, se refugian las barcas en el puerto, y pasa el terrible huracan sobre el haz de la tierra sin causar perjuicio, y sin dejar rastro. Viva tranquilo cada cual en su casa, que fácilmente se deja en paz á los pacíficos.

STAUFFACHER.—¿Tal os parece?

TELL.—La serpiente no pica si no la excitan. Si ven que el país permanece tranquilo, se cansarán.

STAUFFACHER.—Mucho podriamos si unidos esperáramos.

TELL.—En el naufragio se auxilia más fácilmente á si mismo el que va solo.

STAUFFACHER.—¿Con tal frialdad abandonais la causa pública?

TELL.—Sólo consigo mismo puede contar cada cual.

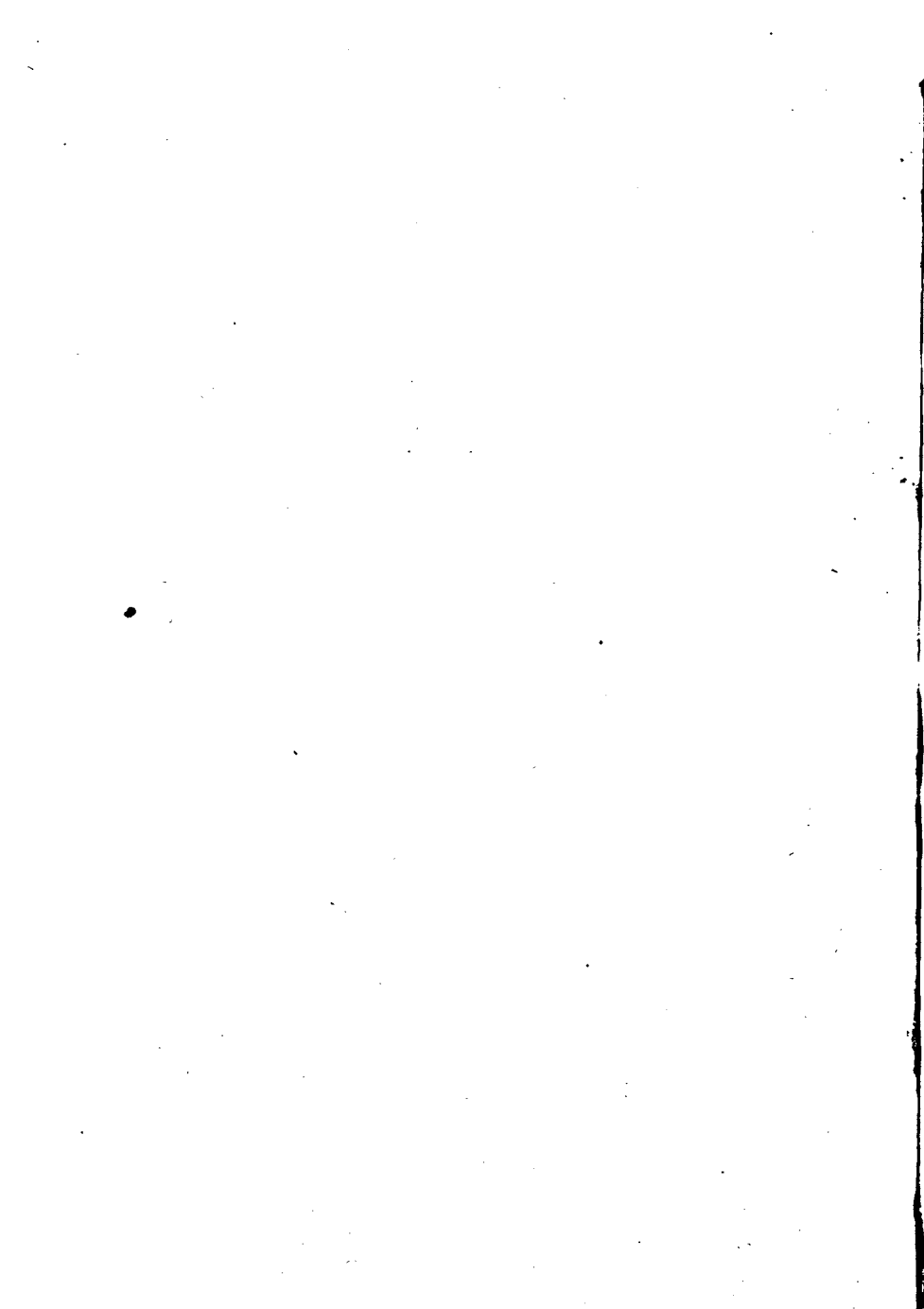
STAUFFACHER.—Pero de la union de los débiles nace la fuerza.

TELL.—Pero el fuerte lo es más, si va solo.

STAUFFACHER.—Decid pues, que la patria no puede contar con vos para el caso de acudir á la resistencia en su desesperacion.



El pregon en Altdorf.



TELL.—(*Tomándole la mano.*) Tell que salva á un cordero caído en un precipicio, ¿ abandonaríais á los suyos? Mas sea lo que quiera lo que hagais, no me inviteis á vuestras reuniones, porque no puedo discutir ni reflexionar largamente. Si teneis necesidad de mí para un golpe atrevido, llamad entonces á Tell y no faltará. (*Se van en opuesta direccion. De repente suena un alboroto junto á los andamios.*)

EL CANTERO. — ¿ Qué pasa ?

EL I.^{er} OFICIAL. — (*Se adelanta gritando.*) El pizarrero se ha caído de la cubierta.

BERTA.—(*Seguida de algunas personas.*) ¿ Ha muerto?... Corred, socorredle, salvadle, si hay tiempo... Salvadle... ahí teneis oro. (*Reparte entre los presentes sus joyas.*)

EL CANTERO. — ¡ Por el oro !... Pensais conseguirlo todo con vuestro oro. Despues de haber arrebatado un padre á sus hijos, un marido á su mujer, sembrando la desolacion, pensais compensarlo todo con dinero ! Id enhoramala ; antes de vuestra venida viviamos felices y con vosotros llegó la desesperacion.

BERTA.—(*Al cabo de vara que entra.*) ¿ Vive ? (*El cabo hace un signo negativo.*) ¡ Oh !... infame fortaleza, edificada para la maldicion ; la maldicion pesará sobre sus habitantes. (*Se va.*)

ESCENA IV.

En la casa de Walther Furst.

WALTHER FURST y ARNOLDO DE MELCHTHAL,
Salen por diverso lado.

MELCHTHAL. — Maestro Walther Furst...

WALTHER. — Si nos sorprendieran... Aguardad... estamos rodeados de espías.

MELCHTHAL. — ¿No me traéis noticia alguna de Unterwald? ¿de mi padre? Se me hace insoportable seguir aquí, ocioso como un prisionero. ¿Qué hice yo, para verme forzado á ocultarme lo mismo que un criminal? ¡Por fracturar un dedo, de un palo, al lacayo insolente que quiso apoderarse por orden del gobernador de la mejor yunta que poseo!...

WALTHER. — Sois demasiado vivo de genio. El hombre estaba al servicio del gobernador, y era enviado suyo. Habiais incurrido en una falta, y por penoso que os fuera, debiais soportar en silencio su castigo.

MELCHTHAL. — ¿Debia soportar tambien las frases insolentes de este miserable? Si el labrador, dijo, quiere comer, puede tirar él mismo de la carreta. Senti que se me partia el corazon, cuando le ví desuncir mi hermoso par de bueyes; mugian sordamente y topeaban como si hubiesen conocido la injusticia. Entonces, arrebatado por la cólera, fuera de mí, apaleé al mensajero.

WALTHER. — ¡Oh! si á duras penas dominamos nuestro corazon, ¿qué hará la ardiente juventud?

MELCHTHAL. — Sólo el recuerdo de mi padre causa mi afliccion. Necesita de mis cuidados, y su hijo vive lejos de él. Odiado por el gobernador, porque defendió noblemente la causa de la justicia y la libertad, ¡ay! será oprimido ¡pobre anciano! y no tiene quien le defienda de un ultraje. Sea de mí lo que quiera vuelo á su encuentro.

WALTHER. — Aguardad con paciencia, al menos hasta que nos lleguen noticias de Unterwald... Oigo que llaman; retiraos. Tal vez un emisario del gobernador... Escondeos; en Uri no estais al abrigo del poder de Landenberg, porque los tiranos se auxilian mutuamente.

MELCHTHAL. — Nos enseñan lo que debiéramos hacer nosotros.

WALTHER. — Escondeos; os llamaré, si nada hubiese que temer. (*Melchthal se va.*) ¡ Desdichado!... No me atrevo á confesarle la desgracia que presiento. — ¿ Quién?... ¡ Siempre que llaman, aguardo una calamidad! La sospecha y la traicion velan en torno; los satélites de la tiranía se introducen hasta en el sagrado del hogar; ... pronto será necesario atrancar las puertas y echar cerrojos. (*Abre, y retrocede sorprendido viendo á Werner Stauffacher.*) ¿ Qué veo?... ¡ Vos... Werner! ¡ Bien, digno y querido huésped, por vida mia! Otro mejor que vos no pisó nunca estos umbrales. ¡ Bienvenido á mi casa! ¿ Qué os trae por acá?... ¿ Qué buscáis en Uri?

STAUFFACHER. — (*Dándole la mano.*) El tiempo viejo, y la vieja Suiza.

WALTHER. — Van con vos, amigo. ¡ Cuánto me alegro de veros! vuestra sola presencia me alegra el corazón. Sentaos, maestro Werner... ¿ Cómo habeis dejado á vuestra buena esposa Gertrudis, la discreta hija del prudente Iberg?... Cuantos se dirigen de Alemania á Italia, elogian vuestro hospitalario techo. Pero decidme, si venís de Fluelen, ¿ habeis observado alguna novedad antes de llegar aquí?

STAUFFACHER. — (*Se sienta.*) He visto un nuevo y sorprendente edificio que no me alegró mucho que digamos.

WALTHER. — ¡ Ah! amigo mio. De una sola ojeada lo habeis visto todo.

STAUFFACHER. — Nunca se vió tal en Uri; no hay memoria de que hayan existido cárceles en nuestra patria, ni otra construccion durable que no fuese la tumba.

WALTHER. — Y esta es la tumba de la libertad; le habeis dado su verdadero nombre.

STAUFFACHER. — Maestro Walther Furst, no quiero ocultaros que nó me trae aquí ociosa curiosidad; ven-

go preocupado por tristes ideas. Dejé en mi canton la tiranía, y hallo la tiranía aquí. Nuestros sufrimientos son ya de todo en todo insoportables, y no se ve fin á semejante estado. De antiguo, Suiza fué siempre libre,... estamos acostumbrados á ser regidos con bondad. Desde que los pastores recorren estas montañas, no se vió jamas nada semejante á lo que hoy ocurre.

WALTHER. — Verdad; no hay ejemplo de conducta parecida; nuestro noble señor de Attinghausen que alcanzó los viejos tiempos, opina como nosotros, que esto es insoportable.

STAUFFACHER. — En Unterwald tambien va muy mal la cosa. Ha ocurrido un caso de cruenta venganza. Wolfenschieszen, baile del emperador, que residia en Rossberg, codiciaba la esposa de Baumgarten de Alzellen, y como quisiera recurrir á la violencia, éste lo mató de un hachazo.

WALTHER. — ¡Justos castigos de Dios!... ¿Baumgarten habeis dicho?... hombre honrado y bondadoso... ¿Logró escapar y esconderse?

STAUFFACHER. — Vuestro yerno lo condujo á la opuesta orilla del lago, y yo le dí asilo en mi casa. El buen hombre me ha contado algo más espantoso todavía, ocurrido en Sárnen; algo que debe partir el corazon de todo hombre de bien.

WALTHER. — (*Prestando atencion.*) Decidme ¿qué ha pasado?

STAUFFACHER. — Vive en Melchthal, cerca de Kerns, un buen hombre, llamado Enrique de Halden, que goza de alguna influencia en el país.

WALTHER. — ¡Quién no le conoce! Bien; ¿qué le ha ocurrido?... Acabad.

STAUFFACHER. — Landenberg, para castigar á su hijo por una ligera falta, quiso apoderarse de sus mejores bueyes, uncidos á la carreta; y el mozo hirió al emisorio de Landenberg y se fugó.

WALTHER.— (*Con viva ansiedad.*) ¿Pero el padre?... Decid, ¿qué le ha pasado?

STAUFFACHER.— Landenberg intima al padre á que inmediatamente entregue al fugitivo, y como el buen anciano juraba con verdad que no tenia de él noticia alguna, el gobernador llama á los verdugos...

WALTHER.— (*Se levanta y quiere llevarle al otro lado de la escena.*) ¡Oh! silencio!... ni una palabra más...

STAUFFACHER.— (*Elevando la voz.*) «El hijo me escapa —decía— pero tú has caído entre mis manos. Echadle al suelo y pinchadle los ojos con un punzon de acero.»

WALTHER.— ¡Dios de misericordia!



MELCHTHAL.— (*Entrando precipitadamente en la sala.*) ¿Los ojos, habeis dicho?

STAUFFACHER.— (*Sorprendido, á Walther.*) ¿Quién es este mañeço?

MELCHTHAL.— (*Convulsivo.*) ¡Los ojos!... hablad.

WALTHER.— ¡Desgraciado!

STAUFFACHER.— ¿Quién es? (*Walther le hace una seña...*) ¿Este es el hijo?... ¡Justo Dios!

MELCHTHAL.— ¡Y yo estaba fuera !... ¡ en ambos ojos !

WALTHER.— Dominaos ; soportad como hombre esta desgracia.

MELCHTHAL.— Y por mi culpa ;... á consecuencia de mi arrebató... ¡ Ciego ! ¡ ciego realmente ! ¡ ciego por completo !

STAUFFACHER.— Lo he dicho ya ; la luz de sus ojos se ha extinguido para siempre ; no verá jamas la luz del dia.

WALTHER.— Respetad su dolor.

MELCHTHAL.— ¡ Nunca !... ¡ nunca jamas ! (*Pone la mano en sus ojos y calla breve rato ; luego se dirige alternativamente á sus amigos con voz ahogada por el llanto.*) ¡ Oh ! ¡ Noble presente del cielo es la luz del dia !... Todos los seres , todas la criaturas felices viven de la luz... La misma planta la codicia gozosa... ¡ y él vivirá en noche perpétua , en eternas tinieblas ! No han de regocijar sus miradas ni la verdura de los prados , ni el esmalte de las flores y sus purpurinos matices... ¡ Morir es nada !... pero vivir y no ver... ¡ esto es lo horrible ! ¿ Por qué me mirais con tal compasion ?... ¡ Poseo dos buenos ojos , y no puedo dar ninguno á mi padre ciego , no puedo darle una chispa de este océano de luz en el que se sumerge mi vista deslumbrada !

STAUFFACHER.— ¡ Ah !... Por desdicha he de aumentar vuestro dolor , lejos de remediarlo. Vuestro padre es más desgraciado todavía , porque el gobernador le arrebató cuanto posee , dejándole tan sólo un baston para que fuera de puerta en puerta desnudo y ciego.

MELCHTHAL.— ¡ Sólo un baston para este anciano ciego ! privado de todo , hasta de la luz del sol , el patrimonio de los pobres !... No me habéis ya de seguir aquí , de esconderme. ¡ Cuán cobarde fui pensando en la propia seguridad , y no en la tuya , abandonando , como prenda , en manos de estos miserables , tu amada cabeza , ¡ padre mio !... ¡ Lejos de mi , vil precaucion !

No quiero pensar en otra cosa que en tomar sangrienta venganza... ¡Nadie podrá detenerme!... Quiero exigirle al gobernador los ojos de mi padre... le hallaré rodeado de sus tropas... ¡Qué me importa la vida, si ahogo en su sangre mi dolor! (*Va á salir.*)

WALTHER.—Aguardad, ¿qué podeis contra él? ¡En Sárnen, en su castillo, de lo alto de su inexpugnable fortaleza, se ríe de vuestro impotente dolor!

MELCHTHAL.—Aunque habitara en los palacios de hielo de Schreckhorn, ó allá más lejos todavía, en las eternas nubes donde se oculta el Jungfrau, me abriré camino hasta él, y con veinte jóvenes resueltos como yo, derribaré su fortaleza. Y si nadie quisiera seguirme; si, temblando por vuestras chozas, por vuestros ganados, doblais el cuello al yugo de la tiranía, convocaré á los pastores de las montañas, y bajo la bóveda del cielo, allí donde se guarda incorrupta la inteligencia, puro el corazón, les contaré tan espantosa crueldad.

STAUFFACHER.—(*A Walther Furst.*) El mal llegó á su colmo... ¿aguardaremos hasta el último extremo?

MELCHTHAL.—¿Qué extremo hemos de temer, cuando la pupila no está ya segura en la órbita? ¿Vivimos, acaso, indefensos? ¿Para qué habremos aprendido á tirar la ballesta, y á manejar el hacha? Toda criatura halla sus medios de defensa en la angustia de la desesperacion; detiénese el ciervo fatigado y muestra á la jauría sus temibles ramas; la cabra montés lleva al abismo al cazador; el mismo buey, dócil y doméstico servidor del hombre, que dobla paciente la ancha testuz bajo el yugo, la levanta irritado, agita sus cuernos poderosos y lanza por los aires á su enemigo.

WALTHER.—Si los tres cantones piensan como nosotros tres, bien podría tentarse un esfuerzo.

STAUFFACHER.—Si Uri nos llama, si Unterwald promete su auxilio, Schwyz será fiel á los antiguos pactos.

MELCHTHAL.—Cuento con muchos amigos en Unterwald, y cada uno espondrá con gusto su vida, si se siente apoyado, protegido por su compañero. ¡Oh, venerables padres de esta comarca! vedme, jóven todavía, entre vosotros dotados de tanta experiencia; debiera callar modestamente en vuestro consejo, mas no menospreciéis mis palabras y mis opiniones, porque sea jóven é inexperto. No me anima juvenil arrebató, sino la violencia de mi dolor, dolor que enternecería las piedras. Tambien sois padres y jefes de familia, tambien deseáis, sin duda, un hijo virtuoso que honre vuestras canas y defienda solícito las pupilas de vuestros ojos. Aunque no sufristeis todavía ni en vuestras personas ni en vuestros bienes, aunque vuestros ojos claros y serenos se mueven todavía en su órbita, no sigáis extraños á tan gran dolor. Tambien la espada de la tiranía se halla suspendida sobre vuestras cabezas. Quisisteis sustraer el país á la dominación del Austria; mi padre no cometió otra falta; sois culpables como él, y os alcanzará el mismo castigo.

STAUFFACHER. — (*A Walther Furst.*) Decidid; estoy pronto á seguirus.

WALTHER. — Preciso es conocer la opinión de los nobles señores de Sillinen y de Attinghausen. Me parece que su nombre ha de atraernos partidarios.

MELCHTHAL.—¿Qué nombre es más respetado que el vuestro en estas montañas? El pueblo confía plenamente en tales nombres, que gozan de absoluto prestigio. Recibisteis de vuestros padres rica herencia de virtudes, y se enriqueció con vosotros... ¿Para qué necesitamos á los nobles? Ejecutemos solos la empresa... ¿Que no somos los únicos en este país?... Harto sabremos defendernos solos.

STAUFFACHER. — Los nobles no comparten nuestras desgracias; el torrente que asoló el valle, no alcanzó todavía á las colinas... Creo sin embargo, que no nos

faltaria su auxilio, si vieran al país levantado en armas.

WALTHER. — Si hubiese un mediador entre el Austria y nosotros, la justicia y las leyes resolverian la cuestion; mas como nuestro tirano es el emperador, el mismo juez supremo, no queda otro recurso que la ayuda de Dios y el esfuerzo de nuestro brazo... Sondead las intenciones de los de Schwyz... yo voy á reunir á los amigos en Uri... ¿ á quién enviaremos á Unterwald ?

MELCHTHAL. — Enviadme á mi... ¿ á quién importa más el...

WALTHER. — No puedo consentir en ello;... sois mi huésped, y tócame velar por vuestra seguridad.

MELCHTHAL. — Dejadme; conozco los caminos y el paso de las rocas; hallaré en todas partes amigos que me darán asilo, y me libertarán de mis perseguidores.

STAUFFACHER. — Dejad que vaya con el auxilio de Dios. No hay entre aquella gente un solo traidor; aborrece la tiranía que no cuenta allí con auxiliar alguno... Baumgarten, ademas, nos ayudará á sublevar el país, y á reclutar partidarios.

MELCHTHAL. — ¿ Cómo nos comunicaremos mutuamente las noticias más exactas, sin sugerir sospechas á los tiranos ?

STAUFFACHER. — Podríamos reunirnos en Brunnen ó en Treib, donde arriban las barcas de los mercaderes.

WALTHER. — No nos será posible dirigir la empresa con tanta publicidad. Oid mi parecer: á la izquierda del lago como quien vá hacia Brunnen, y frente á Mythenstein, hay entre los bosques una pradera que los pastores llaman Rutli, porque se han cortado los árboles de aquel sitio. Fronterizo á nuestro canton, fronterizo al vuestro (*á Melchthal*), ligero batel puede en poco tiempo llevaros á vos (*á Stauffacher*) de Schwyz hasta allí. Allí podemos acudir por la noche, y

por desiertos caminos, y deliberar al abrigo de toda sorpresa. Cada uno de nosotros puede llevar diez hombres que merezcan nuestra confianza; hablaremos en comun del interes comun, y con la ayuda de Dios tomaremos una resolucion.

STAUFFACHER.— ¡ Así sea ! Ahora, dadme la diestra ; como los tres nos tendemos lealmente la mano, los tres cantones permanecerán unidos en vida y en muerte.

WALTHER y MELCHTHAL.— En vida y en muerte. *(Siguen breve rato en silencio, estrechándose mutuamente las manos.)*

MELCHTHAL.— ¡ Oh ciego ! ¡ anciano padre mio ! tú no has de ver el dia de la libertad, pero oirás sus cánticos. Cuando de Alpe en Alpe se alcen llameando las fogatas, y se derrumben las fortalezas de la tiranía, Suiza entera se dirigirá á tu casa con la feliz noticia, y la luz brillará para tí en las tinieblas. *(Se separan.)*





ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

El castillo del Barón de Attinghausen. Una sala gótica; adornan los ángulos algunas panóplias.

El BARÓN DE ATTINGHAUSEN, anciano de ochenta y cinco años, de noble y elevada estatura, vestido de pieles, apoyado en un bastón, con un cuerno de gamuza á guisa de adorno. KUONI y seis servidores más, en pié en torno suyo, armados de guadañas y rastrillos. ULRICO DE RUDENZ se adelanta vestido de caballero.

RUDENZ.



ÉME aquí, tío, ¿qué me queréis?

ATTINGHAUSEN. — Permitidme antes que siguiendo la antigua costumbre de mi casa, beba la copa del desayuno con mis servidores. (*Bebe en una copa que pasa luego de mano en mano.*) Antes iba yo mismo con ellos al campo y al bosque, y como presidía sus trabajos, les llevaba con mi bandera al combate, pero ahora sólo puedo darles mis órdenes, y si el calor del sol no viene hasta mí, no puedo salir á buscarle al monte. Cada día va limitándose el espacio que puedo recorrer, hasta que llegue á punto tal, que sea el último; aquel en que la vida se detiene. No soy más que mi propia sombra;

bien pronto no quedará de mí otra cosa que mi nombre.



KUONI. — (*A Rudenz, ofreciéndole la copa.*) Bebo á vuestra salud, mi noble señor. (*Rudenz titubea.*) Vaya, bebed; no hay aquí más que un solo corazón y una sola copa.

ATINGHAUSEN. — Retiraos, hijos míos; á la noche hablaremos de los asuntos del país. (*Se van. A Rudenz.*) Te veo muy engalanado y equipado. ¿Te dispones á salir para Altdorf á ver el gobernador?

RUDENZ. — Sí, querido tío, y no me atrevo á demorar por más tiempo la partida.

ATINGHAUSEN. — (*Sentándose.*) ¿Tanto te urge? ¿Tan medidas tienes las horas que no puedes reservar un instante á tu buen tío?

RUDENZ. — Veo que no teneis necesidad de mí y que soy un extraño en esta casa.

ATINGHAUSEN. — (*Después de haberle mirado largo rato.*) Sí, por desgracia, y por desgracia también eres extranjero en tu patria. No te conozco, Ulrich; llevas

vestidos de seda , te adornas con plumajes , cuelga de tus hombros manto de escarlata , tratas con desprecio al villano , y te avergüenzas de su amistoso saludo.

RUDENZ. — Con gusto le concedo lo que se le debe , pero le niego el derecho que se arroga.

ATTINGHAUSEN. — Gime la comarca bajo la cruel opresion del soberano , y semejante tiranía llena de dolor el alma de todo hombre de bien. Sólo tú permaneces insensible á la general consternacion ; todos observan que te alejas de los tuyos para ponerte del lado de los enemigos de tu país , y te mofas de nuestros males , y corres tras frivolos placeres , mendigando el favor de los principes , mientras mana sangre tu patria bajo el azote de los opresores.

RUDENZ. — ¿ Y por qué yace oprimido este país ?... ¿ Quién lo arroja en brazos de la desgracia ? Bastaria una sola palabra , una sola , para verse libre al instante de este yugo y tener un emperador favorable á nuestro bien. ¡ Ay de quienes cierran los ojos del pueblo y le fuerzan á que rechace su verdadera prosperidad ! El propio interes es la causa de que impidan á los cantones prestar juramento al Austria , al igual que las comarcas vecinas. Orgullosos de sentarse con los nobles en el banco de la nobleza , quieren al emperador por soberano , para no tener así soberano.

ATTINGHAUSEN. — ¡ Tales palabras me veo obligado á escuchar y de tu boca !

RUDENZ. — Me habeis provocado , dejadme acabar. ¿ Qué puesto ocupais vos mismo en este país , caro tio ? ¿ No os animará otra ambicion que ser señor de estos lugares ó simple landammann , y compartir vuestra soberanía con estos pastores ? ¿ Acaso no seria más glorioso para vos , tributar homenaje á un rey y figurar en su brillante séquito , que ser el igual de vuestros siervos y sentaros en el tribunal al lado de simples villanos ?

ATTINGHAUSEN. — ¡ Ah! Ulrico, Ulrico; reconozco en semejantes palabras el lenguaje de la seducción, que penetró en tu oído y envenenó tu alma.

RUDENZ. — Sí, no lo niego; llegé al fondo de mi alma la mofa de estos extranjeros que llaman á nuestra nobleza, nobleza de campesinos. No puedo resignarme á vivir en la ociosidad de mi patrimonio, á malgastar en vulgares ocupaciones mis florecientes años, mientras otros jóvenes caballeros se agrupan en torno al estandarte de Habsburgo para recoger el lauro. Al otro lado de estas montañas existe un mundo donde algunos alcanzan fama inmortal con sus proezas. Mi casco y mi escudo se cubren de orin colgados de las paredes de esta sala, y el son de la trompa guerrera, la voz del heraldo que invita al torneo, no llegan á estos valles. Sólo oigo aquí el monótono rumor de los cantos pastoriles y de las esquilas de los ganados.

ATTINGHAUSEN. — ¡ Ah! ¡ ciego!... Fascinado por vanos resplandores desprecias el suelo natal, te sonrojan las piadosas y antiguas tradiciones de tus ascendientes. Día vendrá en que viertas ardientes lágrimas y suspiros por el paterno techo. Esta melodía de las esquilas de los ganados que en tu orgulloso hastío desdeñas, despertará en tu ánimo penosas ansias, si suena para tí en tierra extranjera. ¡ Oh! ¡ cuán vivo hechizo el de la patria! No naciste para vivir en el engañoso mundo, ajeno á tu corazón puro, y honrado como es; en la corte orgullosa del emperador te sentirías extranjero siempre, porque el mundo exige virtudes diversas de las que heredaste en estas montañas. Vé, vende tu alma libre, recibe en feudo tus propias tierras, conviértete en lacayo de los príncipes, cuando puedes ser tu propio dueño, príncipe de tu patrimonio, de tu libre suelo. Ah! Ulrico, Ulrico; sigue con los tuyos, no vayas á Altdorf, no abandones la sagrada causa de la patria. Postrer representante de mi

raza, mi nombre se perderá conmigo, y mi casco y mi escudo que cuelgan allí, serán encerrados conmigo en mi tumba. ¿Habré de morir pensando que aguardas tan sólo á que cierre los ojos para abandonar mi casa señorial y recibir de manos del Austria mis nobles bienes, que yo recibí libremente de Dios?

RUDENZ.—En vano querreis resistir al rey; el mundo le pertenece. ¿Lucharemos solos y obstinados para romper la fuerte cadena que forman en torno las comarcas vecinas? Al rey pertenecen las plazas públicas y los tribunales; los caminos por donde transitan los mercaderes; hasta las bestias de carga que suben al San Gotardo le pagan tributo. Nos ciñen sus posesiones como una red. ¿Nos protegerá el imperio?... ¿Acaso podrá defenderse él mismo contra el creciente poder del Austria? Si Dios no viene en nuestra ayuda, ningún emperador puede prestárnosla. ¿Cómo fiar en la promesa del emperador, cuando el mismo imperio, en los desastres de la guerra y para subvenir á sus necesidades, enajena y vende los lugares puestos bajo la proteccion del águila? No, tio; en estas épocas de cruel discordia, fué siempre el más prudente partido aliarse á un jefe poderoso. La corona imperial pasa de una á otra familia, con lo que parece el recuerdo de nuestros servicios y de nuestra fidelidad, mientras que bajo una monarquía poderosa y hereditaria, nuestros buenos servicios son otras tantas semillas que darán su fruto en tiempos venideros.

ATTINGHAUSEN.—¿Tan discreto eres?... ¿te figuras ser más perspicaz que tus nobles antepasados, que para conservar el precioso tesoro de la libertad, combatieron heroicamente y sacrificaron á ella sus bienes y su vida?... Vé á Lucerna y observa cómo pesa sobre aquel país la dominacion del Austria. Vendrán aquí á contar nuestras ovejas y nuestros bueyes, á medir los Alpes, á vedarnos la caza y el vuelo de las aves en

nuestros bosques libres, á poner vallas á los puentes y á las puertas, á sostener sus guerras con nuestra sangre... ¡ Ah ! no ; si es fuerza verterla , sea al menos por nuestra libertad, menos cara que la esclavitud !

RUDENZ.—¡ Y qué podemos nosotros, tribu de pastores, contra los ejércitos de Alberto !

ATTINGHAUSEN. — Aprende , mancebo , á conocer á esta tribu de pastores. Yo la conozco, yo la guié á la batalla y por mis propios ojos la vi combatir en Favenz. Vengan, pues, á imponernos un yugo que estamos resueltos á no soportar. ¡ Ah ! Recuerda á qué raza perteneces, no desdeñes por frívola vanidad y por mentidos esplendores, el verdadero tesoro de tu dignidad. Ser jefe de un pueblo libre que sólo se consagra á tí por amor , que te sigue siempre fiel al combate y á la muerte, está ha de ser tu gloria, este tu orgullo. Estrecha fuertemente los vínculos que contrajiste con nacer, únete á tu pueblo, á tu cara patria, entrégale el corazón por entero. Aquí están las profundas raíces de tu poderío ; allí, aislado, en un mundo extranjero para tí, no serás más que débil caña rota al embate de todos los vientos... ¡ Oh ! vente ; tiempo há que no nos has visto ; prueba de pasar un día con nosotros ; no vayas hoy á Altdorf... ¿ Oyes ? no vayas hoy ; concede un solo día á los tuyos. (*Le toma la mano.*)

RUDENZ.— He dado mi palabra... Dejadme... estoy comprometido.

ATTINGHAUSEN.— (*Soltando su mano; con grave acento.*) Estás comprometido. Sí, desgraciado, pero no de palabra, ni con juramento ; estás atado con los lazos del amor. (*Rudenz vuelve la cara.*) Oculta el rostro cuanto gustes. Una mujer, Berta de Bruneck, es quien te atrae á la casa del gobernador y te encadena al imperio. Para lograr su mano haces traicion á tu patria. Mira no te engaños ; para seducirte, te la muestran como futura esposa, pero no está reservada á tus inocentes descos.

▷ RUDENZ.—Harto escuché. Adios. (Se va.)

ATINGHAUSEN.—Detente, joven insensato... Se aleja... No puedo detenerle; no puedo salvarle. Así abandonó Wolfenschieszen la causa de su pueblo y otros le seguirán; que la seducción extranjera obra con fuerza en nuestras montañas, y arrebatada á la juventud. Día fatal aquel en que el extranjero vino á estos felices y tranquilos valles á corromper la inocencia de nuestras piadosas costumbres. La novedad se introduce aquí con violencia; y se pierden las antiguas, venerables tradiciones, y vienen otros tiempos, y otras ideas ocupan á la generacion actual. ¿Qué hago ya aquí? Cuantos vivieron y obraron conmigo, yacen sepultados. Mi tiempo se halla en la tumba. ¡Dichoso aquel que nada tiene que ver con los que vienen!

(Se va.)

ESCENA II.

Una pradera rodeada de bosques y escarpadas rocas. Sobre las rocas algunos senderos con barandilla y escaleras practicables. En el fondo, el lago; brilla sobre él un arco-iris lunar. Altas montañas coronadas de nieve, en último término. Es de noche; la luna ilumina el paisaje, el lago y los ventisqueros.

MELCHTHAL, BAUMGARTEN, MEIER DE SARNEN, BURKHART DE BUHEL, ARNOLDO DE SEWA, NICOLÁS DE FLUE, STRUTH DE WINKELRIED y cuatro campesinos, todos armados.

MELCHTHAL.—(Dentro.) El camino se ensancha; seguidme sin temor; reconozco las rocas y la pequeña cruz que las corona; hemos llegado ya; estamos en Rutli. (Salen con antorchas.)

WINKELRIED.—Escuchad.

SEWA.—Todo está desierto.

MEIER.—No hay todavía ningún compatriota. Los de Unterwald llegamos los primeros.

MELCHTHAL.—¿Es muy tarde?

BAUMGARTEN.—El vigilante de Selisberg acaba de cantar las dos. *(Suenan campanas á lo lejos.)*

MEIER.—Silencio; ¡oigamos!

BUHEL.—La campana de la ermita de los bosques que llama á maitines en la orilla opuesta, en el país de Schwyz!

FLUE.—El aire es puro y extiende muy lejos el sonido.

MELCHTHAL.—Id, encended algunas fogatas para alumbrar á los que vengan. *(Se van dos campesinos.)*

SEWA.—Tenemos una hermosa noche de luna; el lago, terso como un cristal.

BUHEL.—Fácil les será la travesía.

WINKELRIED.—*(Señalando el lago.)* ¡Ah! mirad, mirad hacia allí; ¿nada veis?

MEIER.—¡Sepamos qué! ¡Ah! sí; realmente, el arco iris á estas horas de la noche.

MELCHTHAL.—Producido por el resplandor de la luna.

FLUE.—Esta es maravillosa y rara señal; muchos hay que no la vieron en su vida.

SEWA.—Y es doble... ¿veis? Se ve otro más pálido al rededor del primero.

BAUMGARTEN.—Mirad una barca que pasa por debajo del arco.

MELCHTHAL.—Stauffacher en su batel; el buen hombre no se hace esperar mucho.

(Se dirige con Baumgarten á la ribera.)

MEIER.—Los de Uri son los que tardan más.

BUHEL.—Se ven obligados á dar una larga vuelta por la montaña para escapar á la vigilancia de la gente del gobernador.

(En esto, dos hombres han encendido una fogata en medio de la escena).

MELCHTHAL.—(*Desde la ribera.*) ¿Quién va?... ¡El santo y seña!

STAUFFACHER.— ¡Amigos de la patria!

(Todos se dirigen al foro al encuentro de los recién-llegados; se ve salir de la barca á STAUFFACHER, ITEL REDING, HANS de MAUER, JORGE de HOFE, CONRADO HUNN, ULRICO de SCHMID, JOST de WEILER y tres más. Van tambien armados.)

Todos.— (*A la vez.*) ¡Bienvenidos!

(Mientras los demas se detienen en el foro y se saludan, MELCHTHAL y STAUFFACHER se adelantan.)

MELCHTHAL.— ¡Ah! Stauffacher; le ví... le ví al que ya no puede verme; puse la mano sobre sus ojos, y el extinguido rayo de su mirada inflamó en mi corazon ardiente sentimiento de venganza.

STAUFFACHER.— No hables de venganza, que no se trata aqui de vengar el mal cometido, sino de precaver el que nos amenaza. Dime ahora, ¿qué habeis hecho en el país de Unterwald? ¿á quién habeis reclutado para la causa comun? ¿qué piensan vuestros compatriotas? ¿cómo habeis podido escapar á la traicion?

MELCHTHAL.— Á traves de las imponentes montañas de Sárnen, y los vastos desiertos de hielo, cuyo silencio turba tan sólo el graznido del buitre, ó el balido de las ovejas, llegué por fin á los Alpes, donde los pastores de Uri y Engelberg se saludan de lejos con gritos, y apacientan en comun los ganados. Templé mi sed con el agua de los ventisqueros que mana á borbotones de las hendiduras. Me detuve en la solitaria granja; no habia nadie para recibirme; llegué á poco en poblado. El rumor de la atrocidad nuevamente cometida habia cundido ya por aquellos valles, y no llamé á una sola puerta, donde mi desgracia no me valiese la más honrosa acogida. Hallé los ánimos sublevados á causa de los nuevos actos de violencia, porque así como los Alpes producen siempre

las mismas plantas, y manan las fuentes en un mismo sitio, y hasta las nubes y los vientos siguen invariables la misma direccion, así las antiguas costumbres pasaron de padres á hijos, y las viejas tradiciones se rebelan contra la temeraria novedad.—Tendiéronme la vigorosa mano, y descolgaron del muro las armas enmohecidas; llameó con júbilo en su rostro el valor, cuando pronuncié los venerados nombres de los hijos de nuestras montañas, el vuestro, el de Walther Furst. Han jurado hacer cuanto os pareciere justo, han jurado seguiros hasta la muerte. Así, bajo la sagrada proteccion de la hospitalidad recorrí mi camino yendo de granja en granja, y cuando llegué al valle natal, donde cuento con muchos parientes, hallo por fin á mi padre, ciego, desnudo, tendido en la paja, viviendo todavía por merced de algunos amigos bienhechores...

STAUFFACHER.—¡Dios mio!

MELCHTHAL.—No he llorado, no malgasté en impotentes lágrimas la fuerza de mi intenso dolor; concentrándole en el fondo del alma, como precioso tesoro, pensé tan sólo en obrar. Recorrí los tortuosos senderos de los montes; no hay valle por oculto que esté, en donde no haya entrado; llamé á la puerta de todas las cabañas, hasta llegar á los eternos hielos... en todas partes arde el odio contra la tiranía; porque la avaricia de los gobernadores extiende sus latrocinios hasta el último confin de la naturaleza animada, hasta allí donde la tierra se niega á dar fruto. Con mis sarcásticas frases inflamé los ánimos de aquella honrada gente, y están con nosotros no sólo porque lo juraron, sino con alma y vida.

STAUFFACHER.—En poco tiempo habeis realizado grandes cosas.

MELCHTHAL.—Hice más. Más que nada, arredran al campesino las dos fortalezas de Rossberg y de Sárnen; porque tras esas murallas de peñascos, halla asilo

nuestro enemigo y aflige desde allí á la comarca. Quise juzgar de ellas por mis propios ojos, y he estado en Sárnen y he visto la fortaleza.

STAUFFACHER. — ¿Osasteis penetrar hasta la guarida del tigre ?

MELCHTHAL. — Iba disfrazado con un hábito de peregrino... He visto al gobernador, entregado á la licencia... Juzgad si pude dominarme... Vi á mi enemigo y no le maté.

STAUFFACHER. — La fortuna favoreció ciertamente tal temeridad. (*En esto, los demas conjurados se adelantan y se acercan á los dos interlocutores.*) Pero decidme ¿quiénes son estos amigos vuestros, esta buena gente que os ha seguido ? Presentádmelos, á fin de que nos unamos con entera confianza y latan de acuerdo los corazones.

MEIER. — ¿ Quién habrá que no os conozca , maestro Stauffacher, en los tres cantones ? Yo soy Meier de Sárnen, y este es el hijo de mi hermana Struth de Winkelried.

STAUFFACHER. — Conozco este nombre. Un Winkelried fué quien mató el dragon en los pantanos de Weiler, perdiendo la vida en el combate.

WINKELRIED. — Era mi abuelo, maestro Werner.

MELCHTHAL. — (*Presentando á dos de sus compañeros.*) Estos viven al otro lado de Unterwald ; son vasallos del monasterio de Engelberg. Espero que no desdeñareis su auxilio, bien que no sean independientes como nosotros, ni libres propietarios de su patrimonio. Aman á su país, y gozan por otra parte de buena reputacion.

STAUFFACHER. — Venga esa mano. Feliz quien no depende de nadie ; mas la rectitud ennoblece toda condicion.

CONRADO HUNN. — Ahí teneis á maestro Reding, á nuestro antiguo landammann.

MEIER. — Bien le conozco , es mi adversario ; pleitea contra mí por una antigua herencia... Maestro Reding, discordes ante el tribunal , aquí estamos de acuerdo.

(*Le estrecha la mano.*)

STAUFFACHER. — Muy bien dicho.

WINKELRIED. — Escuchad ; ya llegan. ¿ Oisteis la bocina de Uri ? (*Por ambos lados de la escena , van bajando algunos hombres armados y con antorchas.*)

MAUER. — Mirad ; ¿ no baja con ellos el piadoso siervo de Dios , nuestro digno pastor en persona ? Ni la fatiga del camino, ni la oscuridad de la noche le arredran, cuando se trata de atender á nuestro bien.

BAUMGARTEN. — El sacristan y Walther le acompañan, pero yo no veo á Tell entre ellos.

(Salen WALTHER FURST , ROESSELMANN , párroco de Uri , PETERMANN el sacristan , el pastor KUONI , el cazador WERNI , el pescador RUODI y cinco más. La asamblea se compone de treinta y tres personas. Todos se adelantan, y forman círculo en torno al fuego.)

WALTHER FURST. — ¡ Así es fuerza que nos escondamos en la propia patria, en el suelo natal, y que como asesinos nos deslicemos en la sombra , y en medio de la noche cuyas tinieblas sólo cobijan el crimen y las punibles conspiraciones, vengamos á defender nuestro derecho , tan claro y evidente como la luz del día !

MELCHTHAL. — ¿ Y qué importa ? Lo que resolvamos en el seno de la noche oscura, ha de brillar á la luz del sol , con toda libertad y por dicha nuestra.

ROESSELMANN. — Oid , amigos y confederados, lo que Dios inspira á mi corazon. Formamos una asamblea general , y podemos obrar en nombre de un pueblo entero ; acatemos , pues , los antiguos usos del país, del modo que los acatamos en tiempos tranquilos. Lo que fuere ilegal en esta reunion , la fuerza de las circunstancias lo legitimará ; que Dios está presente donde se ejerce la justicia , y nos hallamos bajo la bóveda del cielo.

STAUFFACHER. — Pues bien ; acatemos los antiguos usos. Reina la noche, pero nuestros derechos son perfectamente claros.

MELCHTHAL. — Si la asamblea no es completa, el corazon de nuestro pueblo está con nosotros, y figuran aquí los mejores ciudadanos.

CONRADO HUNN. — No poseemos ahora los antiguos libros, pero sus leyes se guardan inscritas en nuestros corazones.

ROESSELMANN. — Formemos al instante el círculo y plántense en medio las espadas, signo de poder.

MAUER. — El landammann va á ocupar su puesto, teniendo al lado á los asesores.

PETERMANN. — Hay aquí tres pueblos; ¿ á quién el derecho de presidir la asamblea ?

MEIER. — Que Schwyz y Uri se disputen semejante honor; los vecinos de Unterwald renunciamos á él espontáneamente.

MELCHTHAL. — Renunciamos á él, porque venimos á pedir el concurso de nuestros amigos poderosos.

STAUFFACHER. — Empuñe pues, Uri la espada. Su estandarte precede al nuestro en las expediciones del imperio.

WALTHER FURST. — No; este honor debe pertenecer á Schwyz, tronco de nuestra raza al cual nos gloriamos de pertenecer.

ROESSELMANN. — Permitid que buenamente ponga punto á esta generosa controversia. Schwyz usará de su prerogativa en el consejo, y Uri en el campo de batalla.

WALTHER FURST. — (*Presentando la espada á Stauffacher.*) Tomad, pues.

STAUFFACHER. — No yo; este derecho pertenece al más anciano.

HOFE. — Ulrico Schmid es el más anciano de los presentes.

MAUER. — Hombre honrado si los hay, pero no es de condicion libre, y en Schwyz sólo pueden ser jueces los que poseen un patrimonio exento.

STAUFFACHER. — ¿No está aquí Reding, el antiguo landammann?... ¿Acaso hallaríamos otro más digno que él?

WALTHER FURST. — Sea él nuestro landammann y presidente de la asamblea. Los que digan sí que alcen la mano. (*Todos alzan la mano derecha.*)

REDING. — (*Adelantándose, en medio de ellos.*) No puedo poner la mano sobre los sagrados libros, pero juro por los eternos astros que no me apartaré de la justicia. (*Colocan dos espadas delante de él, y todos se agrupan en torno suyo. Schwyz en medio, Uri á la derecha, Unterwald á la izquierda. Reding se apoya en su espada.*) ¿Qué causa ha podido congregar á los tres pueblos de estas montañas, á media noche, en esta triste orilla? ¿Cuál será el objeto de esta nueva alianza, concluida bajo el cielo estrellado?

STAUFFACHER. — (*Adelantándose.*) No vamos á contraer una nueva alianza, sino á ratificar la antigua union del tiempo de nuestros padres. Vosotros lo sabeis, confederados; aunque el lago y las montañas nos separan, y cada pueblo se gobierna por sí, pertenecemos á una misma raza, corre por nuestras venas la misma sangre y una es la patria de todos.

VINKELRIED. — ¿Entonces será verdad lo que dicen las canciones y habremos arribado aquí, venidos de lejanas tierras? ¡Oh!... decidnos lo que sepais sobre esto, para que la pasada alianza fortifique la nueva.

STAUFFACHER. — Oid lo que cuentan los viejos pastores. Habia en las comarcas del Norte un gran pueblo que sufrió cruel carestía. En tan miserable estado, decidióse que la décima parte de la poblacion, designada por la suerte, abandonase el país; hizose así. Muchedumbre de hombres y mujeres partió llorando hácia

el Sud y abrióse camino con la espada á través de la Alemania hasta que llegó á estos bosques , á estos collados. Aquella multitud infatigable , descendió al silvestre valle donde el Muotta desliza sus aguas por entre las praderas ; no se veía en parte alguna vestigio humano ; una sola choza se elevaba en la solitaria ribera , habitacion de un hombre que aguardaba allí á los caminantes para conducirlos en su barquichuelo. Agitado el lago por la borrasca , no pudieron atravesarlo , y como observaran detenidamente el país y vieran en él hermosos y ricos bosques , límpidas fuentes , creyeron hallarse en su patria y resolvieron quedarse allí. Fundaron entonces el viejo villorrio de Schwyz ; largos dias de penosas labores emplearon en arrancar las raices de los árboles que hasta allí se extendian. Despues cuando el suelo no bastó á contener aquella numerosa poblacion , fueron desparramándose hasta las montañas negras , y la vecina comarca , donde otro pueblo , escondido en las eternas nieves , habla otra lengua. Quedó fundado Stanz en el bosque de Kern , y Altdorf en el valle de Reuss. Mas todos guardaron siempre el recuerdo de su origen , y entre aquellos hombres de extranjera raza que vinieron aquí á establecerse sobresalen los de Schwyz... A impulsos de la sangre , por el corazon nos reconocemos mutuamente. (*Tiende la mano á sus compañeros.*)

MAUER. — Sí ; tenemos un mismo corazon , una misma sangre.

TODOS. — (*Tendiéndose la mano.*) Formamos un pueblo solo y obraremos de comun acuerdo.

STAUFFACHER. — Los demas soportan el yugo extranjero y viven sometidos á sus vencedores. En este mismo país muchos hombres hay sometidos á extraños deberes y que legan á sus hijos la servidumbre. Pero nosotros , legítima descendencia de los antiguos suizos , hemos conservado siempre nuestra libertad ,

nunca hemos hincado la rodilla ante príncipe alguno, y sólo voluntaria, espontáneamente, acudimos á la proteccion del emperador.

ROESSELMANN.—Sí, voluntaria, libremente, buscamos su amparo y su proteccion. Esto es lo especificado en la carta del emperador Federico.

STAUFFACHER.—Sí; pues por libre que sea el hombre necesita un soberano, un jefe, un juez supremo al que acudir en caso de litigio. Hé aquí por qué nuestros padres rindieron homenaje al emperador por el suelo conquistado á las selvas, al que se titula emperador de Alemania é Italia, y como los demas hombres libres de su imperio se obligaron con él á prestar el noble servicio de las armas, porque el único deber de los hombres libres es proteger al imperio que les protege.

MELCHTHAL.—Toda otra obligacion es signo de servidumbre.

STAUFFACHER.—Cuando nuestros abuelos seguian el estandarte del imperio y combatian en sus batallas, espada en mano fueron á Italia con los emperadores, para ceñirles la corona de Roma, pero en su país se gobernaban á sí mismos segun las antiguas leyes, segun los antiguos usos, y al emperador sólo estaba reservado el derecho de vida y muerte. Delegó á este efecto sus atribuciones en uno de sus principales condes que no residia en nuestro país. Para la pena capital nuestros abuelos se dirigian á él, y á campo raso, clara y simplemente pronunciaba la sentencia sin temor á los hombres. ¿Es esta una prueba de esclavitud? Si alguien sabe estas cosas de otro modo que lo diga.

HOFE.—No; todo pasaba como habeis explicado. Nunca hemos sufrido el despotismo.

STAUFFACHER.—Rehusamos obedecer al mismo emperador, cuando sostuvo la causa del clero á costa de la justicia. Los moradores de la abadía de Einsiedeln,

querian quitarnos los pastos que poseemos de antiguo; el abad se fundaba en un viejo título en el cual se le concedían las tierras sin dueño, porque se callaron que fuesen nuestras. Entonces dijimos: —Este título ha sido sorprendido al emperador; él no puede dar lo que nos pertenece, y si el imperio no hace justicia, podremos prescindir de él en nuestras montañas.—Así hablaban nuestros padres, ¿y nosotros sufriremos un nuevo y vergonzoso yugo? ¿Soportaremos de un lacayo extranjero lo que ningun emperador pudo obtener de nosotros? Nosotros conquistamos este suelo con el esfuerzo de nuestro brazo y convertimos en habitable region estas selvas, guarida de las fieras, y exterminamos la raza del dragon venenoso que vivia en los pantanos; nosotros rasgamos el velo de nieblas que ayer flotaba tristemente sobre este desierto, y quebramos las rocas y abrimos entre precipicios seguro paso al caminante. Nuestro es el suelo, mil años há. ¿Y el criado de un soberano extranjero osará forjar nuestras cadenas y cubrirnos de oprobio? ¿No habrá algun remedio para tamaños males? (*Los conjurados manifiestan su agitacion.*) No; el poder de la tiranía tiene sus limites; cuando el oprimido no halla justicia en la tierra y se hace insoportable el peso que le abruma, acude á Dios en demanda de valor y alivio, é invoca la eterna justicia que reside en los cielos, firme, inmútable como los mismos astros. Renuévanse entonces los primitivos tiempos, en que el hombre luchaba con el hombre, y en último recurso se echa mano á la espada. Obligados estamos á defender por la fuerza nuestros más preciosos bienes; combatimos por nuestro país, por nuestras mujeres, por nuestros hijos.

TODOS.—(*Desenvainando la espada.*) Combatimos por nuestras mujeres, por nuestros hijos.

ROESSELMANN.—(*Adelantándose.*) Antes de acudir á

las armas, pensadlo bien, podeis obrar pacíficamente con el emperador; basta una sola palabra, y los tiranos cuya cruel opresion os agobia, se os mostrarán lisonjeros. Tomad el partido que con frecuencia se os propuso; separaos del imperio y reconoced el poderio del Austria.

MAUER.—¿Qué dice el párroco?... ¿Nosotros prestar juramento al Austria?

BUHEL.—¡No le escucheis!

WINKELRIED.—Este consejo es propio de traidores, de enemigos del país.

REDING.—Haya paz, amigos.

SEWA.—¿Nosotros rendir homenaje al Austria despues de semejante ofensa?

FLUE.—¿Nos dejaremos arrebatat por la violencia, lo que rehusamos á la blandura?

MEIER.—Entonces seríamos esclavos, y mereceríamos serlo.

MAUER.—Quien proponga que cedamos al Austria, sea privado de sus derechos de suizo. Landammann, pido que esta sea la primera ley promulgada aquí.

MELCHTHAL.—Sea. Quien hable de ceder al Austria sea privado de todos sus derechos, despojado de todo honor, y ninguno de sus compatriotas le reciba en su hogar.

Todos.—(*Tienden la mano derecha.*) Así lo queremos todos. Tal sea la ley.

REDING.—(*Despues de un momento de silencio.*) Queda acordado.

ROESSELMANN.—Sois libres, libres gracias á esta ley. El Austria no obtendrá por la fuerza, lo que no pudo obtener con amistosas gestiones.

WEILER.—Volvamos á la órden del dia.

REDING.—Confederados: ¿hemos usado ya de todos los medios de conciliacion? Tal vez el soberano ignora cuánto sufrimos; tal vez sufrimos contra su voluntad.

Antes de acudir á la espada hagamos un último esfuerzo para que lleguen hasta él nuestras quejas. La violencia es siempre terrible áun tratándose de una causa justa, y Dios sólo acuerda su auxilio cuando no se puede obtener justicia de los hombres.

STAUFFACHER. — (*A Conrado Hunn.*) A vos os toca darnos noticias sobre esto ; hablad.

CONRADO HUNN. — Fui á ver al emperador en su palacio de Rheinfeld, para manifestarle nuestro descontento, á causa de las crueles vejaciones de los gobernadores y pedirle á la vez la carta de nuestros antiguos privilegios que cada nuevo soberano confirma. Allí encontré á los emisarios de innumerables pueblos de Suabia y orillas del Rhin, quienes recibían sus títulos y regresaban alegremente á su patria. En cuanto á mí, delegado vuestro, dijéronme que me avistara con los del Consejo, y éstos se limitaron á despedirme con buenas razones. — « El emperador no tiene tiempo esta vez, pero no os olvidará. » Ya me volvía descorazonado, cuando al cruzar por la sala del castillo, vi al duque Juan que lloraba y junto á él á los nobles señores de Wart y Tegèrfeld. Me llaman y me dicen : — « Resistid con las propias armas y no esperéis justicia del soberano. ¿ No estais viendo cómo despoja á su propio sobrino y detenta su legítima herencia ? El duque reclama los bienes de su madre ; llegó á la mayor edad y se halla en el caso de gobernar por sí mismo su patrimonio y sus vasallos. ¿ Sabeis qué respuesta ha recibido ? El emperador ha puesto en su cabeza un solideo, diciéndole : este es el ornamento de tu juventud. »

MAUER. — ¿ Oís ? No esperemos del emperador ni recitid ni justicia... acudid á la propia ayuda.

REDING. — No nos queda otro partido. Veamos ahora el modo de encaminarnos á nuestro fin con la debida prudencia.

WALTHER FURST. — (*Adelantándose.*) Queremos sus-

traernos á odiosa dominacion y conservar íntegros los derechos que nos legaron nuestros padres, mas no ambicionar otros nuevos. Conserve en paz el emperador los suyos, y sirva á su señor el que lo tenga.

MEIER.—Yo soy feudatario del Austria.

WALTHER FURST.—Pues continuad cumpliendo con ella vuestras obligaciones.

WEILER.—Yo pago un tributo á los señores de Rappersweil.

WALTHER FURST.—Pues continuad pagándolo.

ROESSELMANN.—Yo he prestado juramento á la abadía de Zurich.

WALTER FURST.—Dad á la abadía lo que es suyo.

STAUFFACHER.—Yo no dependo más que del imperio.

▷ WALTER FURST.—Hágase lo que deba hacerse, pero nada más. Lo que deseamos es arrojar del país á los gobernadores y á sus sicarios, y derribar sus fortalezas, si es posible, sin verter sangre. Reconozca el emperador que nos hemos visto forzados á violar nuestras obligaciones y el respeto que le debemos. Si ve que nos mantenemos dentro justos límites, tal vez la prudencia política enfrenará su cólera, porque un pueblo que sabe guardar moderacion con las armas en la mano, inspira legitimo temor.

REDING.—Pero oid; ¿ cómo llevaremos á feliz término la empresa? El enemigo está armado y no ha de ceder sin combatir.

STAUFFACHER.—Cederá cuando vea que tambien lo estamos nosotros; cederá si sabemos ganarle por la mano.

MEIER.—Lo cual está pronto dicho, pero es difícil ejecutarlo. Dos fortalezas protegen al enemigo, y serán terribles si viene el rey. Antes de desenvainar una sola espada, debiéramos apoderarnos de Rossberg y de Särnen.

STAUFFACHER.—Si tardamos mucho, álguien pre-

vendrá al enemigo y demasiada gente estará en el secreto.

MEIER.—No hay un solo traidor en los tres cantones.

ROESSELMANN.—El mismo celo puede hacer traicion á nuestros planes.

WALTER FURST.—Si se demoran , el edificio de Altdorf estará terminado y el gobernador irá á fortificarse en él.

MEIER.—Mucho os acordais de los propios intereses.

PETERMANN.—¡ Y vosotros estais injustos !

MEIER.— (*Levantándose.*) ¡ Injustos nosotros ! ¡ Los de Uri osan decirlo !

REDING.—En nombre de vuestro juramento, silencio!

MEIER.—Sí; si Schwyz se pone del lado de Uri, forzoso será ceder.

REDING.—Me veo obligado á reprenderos ante la asamblea, porque turbais la paz con vuestra violencia. ¿ No nos reúne aquí una causa comun ?

WINKELRIED.—Podríamos aguardar hasta el dia de la fiesta del Señor ; es costumbre que en tal dia todos los vasallos acudan al castillo con sus presentes. Diez ó doce hombres se reunirían allí sin que nadie recelara, y podrian traer ocultos algunos agujijones de hierro y armar con ellos sus bastones, porque nadie entra armado en el castillo. El grueso del ejército aguardaría en tanto emboscado cerca de allí, y cuando los otros se hubiesen apoderado de la entrada, llamarían con un toque de bocina, saldriamos todos y fácilmente nos hacíamos dueños de la fortaleza.

MELCHTHAL.—Yo me encargo de entrar en Rossberg. Una doncella del castillo me dió pruebas de alguna afeccion y podré persuadirla á que me tienda una escalera para visitarla de noche. Una vez allí, haré entrar á mis amigos.

REDING.—¿ Estais todos conformes en diferir la ejecucion ?
(*La mayoría levanta la mano.*)

STAUFFACHER.—(*Contando los votos.*) Veinte contra doce.

WALTHER FURST.—En cuanto hayan caído en nuestro poder las fortalezas, daremos la señal de una á otra montaña, encendiendo algunas fogatas. El pueblo se reunirá inmediatamente en el principal lugar del canton, y cuando vean los gobernadores que estamos decididos á resistirnos, creedlo, no empeñarán la lucha, y aceptarán de buen grado un salvo-conducto para pasar la frontera.

STAUFFACHER.—Sólo temo las fuerzas de Geszler; rodeado de terribles sicarios, no ha de abandonar el campo de batalla sin efusion de sangre, y hasta expulsado del territorio será terrible enemigo. Es difícil y quizá peligroso perdonarle.

BAUMGARTEN.—Colocadme donde se corra el riesgo de perder la vida; la expongo con gusto por mi patria, esta vida que salvó Guillermo Tell. He defendido mi honor y mi corazon se siente satisfecho.

REDING.—El tiempo trae consejo. Aguardad con paciencia; tambien conviene fiar algo á la ocasion... pero mirad... mientras seguimos aquí deliberando, brilla la roja aurora en las cumbres. Vaya, separémonos, antes que el sol nos sorprenda.

WALTHER.—No os inquieteis; la noche se retira lentamente de los valles. (*Todos, cediendo á espontáneo impulso, se descubren y contemplan con piadoso recogimiento la salida del sol.*)

ROESSELMANN.—Por esta luz que á nuestros ojos brilla, antes que alumbre á los que duermen envueltos en la bruma de las ciudades, juremos el pacto de la nueva alianza. Queremos ser un solo pueblo de hermanos á quienes nunca, ni la desgracia, ni el peligro podrán separar. (*Todos repiten la misma fórmula, levantando los tres dedos de la mano derecha.*) Queremos ser libres como lo fueron nuestros padres, y preferimos



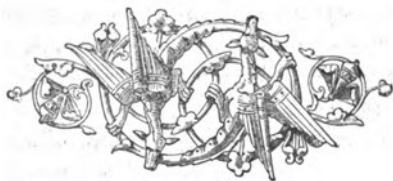
La conjuración.



la muerte á la esclavitud. (*Todos repiten estas palabras.*)
Queremos poner nuestra confianza en el Dios todopoderoso, y no temer nunca el poder de los hombres.
(*Lo repiten tambien y se abrazan.*)

STAUFFACHER.—Emprenda cada cual en santa paz su regreso y vuelva á reunirse con sus amigos. Conduzca el pastor tranquilamente sus ganados á los establos de invierno, y con sigilo cuide de reclutar partidarios para nuestra empresa. Soportad cuanto sea soportable hasta el momento decisivo. Dejemos que crezca la lista de los ultrajes... hasta el dia en que los tiranos pagarán de una vez sus deudas con todos y cada uno. Fuerza es dominar nuestro justo furor... quede reservada la particular venganza para la venganza de todos, que ocuparse hoy de la propia injuria, fuera en perjuicio de la causa comun.

(Mientras se alejan en profundo silencio, y en tres diferentes direcciones, toca la orquesta una brillante sinfonía. La escena permanece solitaria breve rato, y brillan los rayos de la aurora en las lejanas nieves.)





ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

Patio delante de la casa de Guillermo Tell.

TELL, trabajando de carpintero. HEDWIGIA, ocupada en una labor. WALTHER y GUILLERMO juegan en el fondo del teatro, con una pequeña ballesta.

WALTHER. (*Canta.*)



ON su arco y sus flechas, por montañas y por valles, vá el cazador apenas amanece.»
« Como el buitre en los aires, reina el cazador libremente en los barrancos y en las montañas.»

« Suyo es el espacio, que alcanza su flecha : cuanto vuela, y cuanto se arrastra, todo es suyo. » (*Se dirige hácia su padre, saltando.*) Se me ha roto la cuerda ; recompónla, padre...

TELL.—No ; el buen cazador se auxilia á sí mismo.
(*Los niños se van.*)

HEDWIGIA.—Temprano empiezan nuestros hijos á tirar la ballesta.

TELL.—Temprano ha de empezar á aprender quien quiera ser maestro en el arte.

HEDWIGIA.—Dios quiera que no lo sean jamas.

TELL.—Bueno es que lo sepan todo... quien se aventure à vivir en el mundo, debe aprestarse al ataque y à la defensa.

HEDWIGIA.—¿Ninguno de los míos se quedará à vivir tranquilo en casa?

TELL.—Mujer, yo no puedo variar; no he nacido para pastor, necesito correr constantemente tras fugitivo fin, y sólo me siento vivir cuando arriesgo diariamente la vida.

HEDWIGIA.—Y no piensas en la ansiedad de tu esposa que espera desolada tu vuelta. Me atemoriza lo que refieren tus criados de vuestras arriesgadas excursiones. Cada vez que me dejas, late mi corazón temeroso de que no vuelvas. Ora te imagino extraviado en medio de las montañas de hielo, saltando de roca en roca; ora persiguiendo à la gamuza que con súbita vuelta te arrastra al abismo. Otras veces te veo sepultado bajo formidable alud, ó resbalando sobre el hielo hasta caer en precipicio espantoso. ¡Ay! que la muerte amenaza al cazador de los Alpes de mil diferentes modos! Triste ocupación la que así os trae, con riesgo de vuestra vida, al borde del abismo.

TELL.—Quien sabe mirar en torno con sangre fría, y confía en Dios, y es fuerte y ágil, burla fácilmente el peligro y evita los tropiezos. La montaña no asusta al que ha nacido en ella. (*Terminado su trabajo deja las herramientas.*) ¡Ah! me parece que hay puerta para rato; ¿ves?... para nada necesito al carpintero, gracias à mi hacha. (*Toma su sombrero.*)

HEDWIGIA.—¿À dónde vas?

TELL.—À Altdorf, à casa de mi padre.

HEDWIGIA.—¿No traes entre manos algún proyecto arriesgado?... ¡Confíesalo!

TELL.—¿De dónde sacas tú...

HEDWIGIA.—Algo se trama contra los bailes. Ha habido una reunión en Rutli, lo sé, y tú formas también parte de la liga.

TELL.—No; no me encontraba allí, pero no he de ser sordo á la voz de la patria, si me llama.

HEDWIGIA.—Han de elegir para tí el puesto de más peligro; como siempre... te cabrá en suerte lo más árduo.

TELL.—A cada cual, según sus medios.

HEDWIGIA.—Durante la tempestad condujiste á un hombre de Unterwald por el lago, y milagro es que hayas vuelto. ¿Pero no piensas nunca en tu esposa y en tus hijos?

TELL.—¡Ah! cara esposa, ¿no pensaba en vosotros cuando devolvía un padre á sus hijos?

HEDWIGIA.—¡Navegar por el lago en día de borrasca!... Esto no es confiar en Dios, es tentar á la Providencia.

TELL.—Quien mucho piensa poco hace.

HEDWIGIA.—Ah, sí; eres bueno, eres compasivo, á todos haces beneficios, pero si tú necesitaras algo, nadie te ayudaría.

TELL.—Dios quiera que no necesite ayuda.

(Toma su ballesta y sus flechas.)

HEDWIGIA.—¿Qué vas á hacer de tu ballesta? Déjala acá...

TELL.—Cuando me falta un arma, me parece que me falta un brazo.

(Salen los niños.)

WALTHER.—Padre, ¿á dónde vas?

TELL.—Á Altdorf, hijo mio, á ver á tu abuelo... ¿Quieres venir?

WALTHER.—Ya lo creo.

HEDWIGIA.—Ahora está allí el gobernador; no vayas.

TELL.—Se va de allí hoy mismo.

HEDWIGIA.—Deja que se vaya primero; no hagas que se acuerde de ti, ... ya sabes que nos quiere mal.

TELL.—Su mala voluntad no puede causarme perjuicio; vivo honradamente y no temo á nadie.

HEDWIGIA.—Á los que obran bien les odia precisamente más.

TELL. — Porque no tiene por donde asirlos. A mí, creo que me dejará en paz.

HEDWIGIA. — ¿ Tal crees, realmente ?

TELL. — No hace muchos dias estaba cazando en las agrestes hondonadas de Schaechen, lejos de toda comunicacion con los hombres. Seguia solitario un sendero abierto á pico en las rocas, y no me era posible volver atras porque tenia sobre mi cabeza un muro de escarpadas rocas, y á mis piés el torrente mugidor. (*Los niños se le acercan y escuchan con viva atencion.*) En esto el gobernador venia hácia mí por el mismo sendero. Iba solo, como yo ; nos hallábamnos frente á frente, hombre por hombre, y junto á ambos el abismo. Cuando me vió, y me conoció, á mí á quien poco tiempo antes habia tratado con tal severidad por ligera causa, cuando vió que iba bien armado y me dirigia hácia él, palideció y temblaron sus rodillas, y le creí próximo á estrellarse contra las peñas. Entonces me dió lástima ; me adelanté humildemente, diciéndole : Soy yo, señor gobernador. Pero no salió de sus labios una palabra... me hizo seña con la mano de que prosiguiera mi camino... Pasé, y avisé á su comitiva que le siguiera.

HEDWIGIA. — Tembló en tu presencia ; se ha mostrado débil á tus ojos ; ¡ ay de tí !... no te perdonará jamas.

TELL. — Tambien evitaré el encontrarle, y no me buscará.

HEDWIGIA. — No te acerques á Altdorf hoy ; vé á cazar antes.

TELL. — ¿ Qué te asusta ?

HEDWIGIA. — Esto me angustia ; quédate.

TELL. — ¿ Por qué darte pena sin motivo ?

HEDWIGIA. — ¡ Sin motivo !... Tell, quédate.

TELL. — He prometido ir, querida mia.

HEDWIGIA. — Si te precisa... vé... pero déjame los niños.

WALTHER. — No, madrecita; yo voy con mi padre.

HEDWIGIA. — Walther, ¿podrás abandonar á tu madre?

WALTHER. — Te traeré algun lindo regalo de casa
(*Se va con su padre.*)



GUILLERMO. — Madre, yo me quedo contigo.

HEDWIGIA. — (*Le abraza.*) Sí; tú eres mi hijo predilecto, tú eres el único que me resta. (*Va hasta la puerta, y les sigue largo rato con la mirada.*)

ESCENA II.

Sitio agreste, rodeado de bosque y cascadas.

BERTA, con traje de caza; luego RUDENZ.

BERTA. — Me sigue; por fin podré explicarme.

RUDENZ. — (*Saliendo.*) Por fin, estamos solos, señorita. Nos rodean hondos precipicios... en este desierto

no he de temer testigo alguno ; voy á romper el prolongado silencio de mi corazon.

BERTA. —¿ Estais seguro de que no nos siguen los cazadores ?

RUDENZ. — Allá abajo están... Ahora ó nunca me es fuerza aprovechar este momento precioso y decidir mi suerte, aunque deba alejarme de vos... ¡ Oh ! no me mireis con tal severidad ! ¿ Quién soy para pretender temerario vuestro amor ? No rodea mi nombre todavía aureola de gloria... no me atrevo á figurar en las filas de los bravos caballeros , famosos por sus proezas, que aspiran á vuestra mano. Sólo poseo mi corazon henchido de amor... de fidelidad...



BERTA. — (*Severa.*) ¿ Osais hablarme de fidelidad y amor, vos, que estais faltando á los más sagrados deberes ? (*Rudenz retrocede.*) ¿ Vos, esclavo del Austria, vendido al extranjero, al opresor de vuestros compatriotas ?

RUDENZ. — ¿ Y vos, señora, me dirigis tal reproche ? ¿ Qué busqué en este partido sino á vos ?

BERTA. — ¿Pensasteis hallarme en el partido de la traicion? Preferiria dar la mano al mismo Geszler, al déspota, antes que al desnaturalizado hijo de Suiza, que se convierte en instrumento de los opresores.

RUDENZ. — ¡ Oh, Dios mio! ¡ qué debo oír!

BERTA. — ¿ Habrá algo más importante para un hombre honrado que el bien de los suyos? ¿ Existe para los nobles corazones deber más grande que defender la inocencia, y constituirse en protector de los derechos del oprimido? Sé me parte el corazon con las desgracias de vuestro pueblo, sufro con él, porque me agrada, me seduce por completo el carácter de tales hombres sencillos y fuertes, y cada dia me siento más dispuesta á honrarlos. Y vos á quien la naturaleza y vuestros deberes de caballero hacen el defensor obligado de esta buena gente, vos, que con cruel perfidia la abandonais por vuestros enemigos, forjando las cadenas de este país, vos, me afligís, me ofendeis con tal conducta y me hago violencia en no aborreceros.

RUDENZ. — ¿ Y acaso no deseo yo el bien de mi país? Bajo el cetro poderoso del Austria, la paz...

BERTA. — La esclavitud es lo que le preparais. Que-reis desterrar la libertad del último asilo que le resta. El pueblo comprende mejor cuál es su verdadera dicha y no deslumbran su firme razon las falsas apariencias. A vos, á vos os han cogido en sus lazos.

RUDENZ. — Me despreciais, me aborreceis, Berta.

BERTA. — Cuánto mejor seria que así fuese... pero ver despreciado y despreciado con justicia al que qui-siéramos amar...

RUDENZ. — ¡ Berta! ¡ Berta!... Me mostrais un instante la cima de la felicidad, para precipitarme luego al abismo de la desesperacion.

BERTA. — No, no se extinguieron en vuestro ánimo los nobles impulsos; dormitan tan sólo, y quiero despertarlos. Debeis de violentaros para destruir la pro-

pia innata virtud ; felizmente es más fuerte que vos, y á despecho de vuestra voluntad sois noble y bueno.

RUDENZ.—¡Confiais en mí ! ¡Oh Berta! todo lo puedo por vuestro amor.

BERTA.—Sed lo que la naturaleza generosa quiso que fueseis, ocupad el lugar que os designó, sostened á vuestro pueblo, á vuestra patria, combatiendo por sus sagrados derechos.

RUDENZ.—¡Desdichado de mí ! ¿ y cómo he de lograr vuestra mano, cómo llegaré á poseeros, si resisto á la pujanza del emperador ? ¿ Acaso no son vuestros parientes los que disponen de vos ?

BERTA.—Mis bienes se hallan situados en los tres cantones, y si Suiza es libre, tambien yo lo seré.

RUDENZ.—¡ Berta !... ¡ qué horizonte desplegais á mi vista !

BERTA.—No espereis obtener mi mano con el favor del Austria. Sólo se acuerdan de mis riquezas, y quieren unirme á un rico heredero. Los mismos opresores que atentan á vuestra libertad, amenazan tambien la mia, y soy tal vez, amigo, una víctima destinada á recompensar á un favorito. Piensan llevarme á la corte del emperador donde reinan la hipocresía y la astucia, y allí me aguardan las cadenas de un enlace odioso. Sólo el amor... vuestro amor... podría salvarme.

RUDENZ.—¿ Podriais resolveros á vivir aquí, á ser mi compañera en mi patria ? ¡ Oh ! ¡ Berta ! Mis ensueños vagos y errantes no eran más que aspiraciones hácia vos. Sólo á vos iba á buscar por el camino de la gloria... mi ambicion era amor tan sólo... Si os resignais á encerraros conmigo en estos tranquilos valles, veo alcanzado el objeto de mis esfuerzos; si renunciáis por mí á los esplendores del mundo, ya puede estrellarse al pié de estas montañas su agitado torrente, que ninguno de mis deseos extraviará mi ánimo durante mi vida. ¡ Ojalá estas rocas nos ciñeran como im-

penetrable muro, y estos felices valles sólo se abrieran al cielo y á la luz!

BERTA. — Ahora te veo tal como te soñó mi corazón. No me engañé.

RUDENZ. — ¡Adios, vana ilusion que sedujiste mi ánimo! Aquí, en mi patria hallaré la dicha. Aquí floreció alegremente mi infancia; aquí me rodean mil recuerdos de júbilo y hablan á mi alma árboles y fuentes. ¡Quieres ser mia en mi patria! ¡Ay! siempre la amé; y comprendo que me hubiera faltado toda suerte de dicha en este mundo.

BERTA. — ¿Dónde hallarla sino aquí, morada de la inocencia, aquí donde reside la antigua buena fe y no halló albergue la malicia? Aquí ningun deseo ha de turbar el manantial de la felicidad y se deslizarán nuestros dias, puros y serenos. Ya te miro ornado de la verdadera dignidad de hombre, el primero entre tus conciudadanos libres é iguales, honrado con espontánea y sincera veneracion, grande como un rey en sus estados.

RUDENZ. — Y yo á tí, la reina de las mujeres, ocupada en hacer de mi casa un paraíso con mil gratos cuidados, ornamento de mi vida con tu dulzura y tu gracia, y como la primavera esparce en torno sus flores, esparciendo en torno tuyo la animacion y la felicidad.

BERTA. — ¿Comprendes ahora por qué me afligia ver cómo destruias por tu propia mano la suprema dicha? ¡Qué desgracia para mí, si hubiese debido seguir á su oscuro castillo al orgulloso caballero, opresor de su patria! Aquí no hay castillo, no hay muralla que me separe de un pueblo que ansío hacer feliz.

RUDENZ. — ¿Pero cómo salvarme, cómo romper las cadenas que en mi locura me forjé?

BERTA. — Rómpe las con varonil resolucion. Suceda lo que quiera... sigue unido á tu pueblo; este es tu

propio lugar. (*Oyense á lo lejos algunas trompas de caza.*)
Se aproxima la comitiva ; conviene separarnos... pronto.
Combate por tu patria y por tu amor. Tenemos enfrente un comun enemigo, ante el cual debemos temblar todos, y una libertad, de la cual gozaremos todos.
(*Se van.*)

ESCENA III.

Una pradera en Altdorf; algunos árboles en primer término. En el foro, una percha de la cual colgará un sombrero. Limita el horizonte la sierra de Bannberg, y una montaña nevada.

FRIESHARDT. — LEUTHOLD, — de guardia.

FRIESHARDT. — En vano aguardamos ; nadie pasará á saludar el sombrero. Y sin embargo, mucha gente habia por aquí... ¡ si parecia esto una feria !... pero desde que se colgó este espantajo, la pradera ha quedado desierta.

LEUTHOLD. — Y sólo vemos pasar algunos mendigos que vienen aquí á quitarse su andrajoso gorro... pero los buenos prefieren dar una larga vuelta antes que inclinarse delante del sombrero.

FRIESHARDT. — Pero no tendrán otro remedio que pasar por aquí, á medio dia, cuando salgan de la casa capitular. Buena presa esperaba hacer hoy, porque nadie se acordó del saludo ; pero el cura que venia de asistir á un enfermo lo advirtió, y se ha plantado con los santos sacramentos juntito á la percha ; el monaguillo tocaba la campanilla, y claro, todos se han arrodillado, y yo también, pero no al sombrero, sino á los santos sacramentos hicieron la reverencia.

LEUTHOLD. — ¡ Camarada ! me parece que estamos aquí como puestos á la vergüenza, porque la verdad

es que es vergonzoso para un soldado hacer guardia junto á un mal sombrero... Esta buena gente nos desprecia, sin duda. Descubrirse al pasar por delante de él... confesemos que es un extravagante capricho.

FRIESHARDT. — ¿Y por qué no por un sombrero? ¿No saludas tú muchas cabezas huecas? (*Hildegarda, Matilde, Isabel llegan llevando á sus niños de la mano, y pasan por delante de la percha.*)

LEUTHOLD. — ¡Valiente pillo estás tú con ese celo! De buena gana maltratarías á estos buenos aldeanos... Por mí que hagan lo que quieran; yo haré la vista gorda.

MATILDE. — Hijos míos, ¿veis el sombrero del gobernador?... saludad con respeto.

ISABEL. — ¡Ojalá se vaya pronto y no nos deje más recuerdo que este!... ¡No irían las cosas peor de lo que van!

FRIESHARDT. — (*Echándolas fuera.*) Vaya... á fuera, miserable caterva de mujeres... ¡No haceis falta por aquí! Vengan vuestros maridos si son tan valientes que se atrevan á forzar la consigna.

(Se van las mujeres. Tell se adelanta armado de su ballesta y llevando de la mano á su hijo; pasan por delante del sombrero sin fijar en él la atención.)

WALTHER. — (*Señalando la sierra.*) Padre, ¿verdad que los árboles de estas montañas manan sangre al darles un hachazo?

TELL. — ¿Quién te ha dicho esto, hijo mío?

WALTHER. — Un pastor. Dice que estos árboles están encantados, y si alguien los maltrata, despues de muerto, sale su mano de la fosa.

TELL. — Sí, sí; estos árboles están encantados, verdad... ¿Ves á lo lejos aquellas montañas que se elevan hasta tocar al cielo?

WALTHER. — ¡Los ventisqueros que retumban de noche como el trueno!... de allí se desprenden los aludes!

TELL.—Sí, hijo mio... pues mira, si el bosque que está encima del pueblo no los detuviera, sepultarian en el hielo á Altdorf.

WALTHER.—(*Despues de un momento de reflexion.*) Padre, ¿hay países sin montañas?

TELL.—Cuando se descende de éstas, y se sigue el curso del rio hácia abajo, se llega á una vasta comarca donde no hay torrentes espumosos y corren las aguas, lentas, tranquilas... Allí verias cómo crece el trigo en la ancha llanura; la campiña parece un jardin.

WALTHER.—Y bien, padre, ¿por qué no vamos cuanto antes á un país tan bello, en lugar de estarnos aquí, siempre ansiosos... siempre atormentados?

TELL.—¡Oh!... Aquel país es muy bueno, es bello como el paraíso, pero los que lo cultivan no disfrutan de lo que sembraron.

WALTHER.—¡Cómo!... ¿No son libres como tú, en sus tierras?

TELL.—Sus tierras son del rey y del obispo.

WALTHER.—Pero podrán cazar con libertad en sus bosques.

TELL.—La caza, las aves, son del rey.

WALTHER.—Entonces pescarán en el rio.

TELL.—Los rios, el mar, la sal, son del rey.

WALTHER.—¿Y quién es el rey que tanto le temen?

TELL.—Es un hombre que les protege y les mantiene.

WALTHER.—¿Y no pueden protegerse ellos mismos?

TELL.—Allí, el vecino no se fia del vecino.

WALTHER.—Padre, no me gustaria vivir allí; prefiero seguir bajo los aludes.

TELL.—Sí, hijo mio; más vale vivir entre hielos, que junto á los malos. (*Prosiguen su camino.*)

WALTHER.—¡Mira, padre, qué sombrero colgando de una percha!

TELL.—¡Y qué nos importa!... Ven; sigueme.

(A los pocos pasos, Frieshardt se adelanta con su pica.)

FRIESHARDT.—En nombre del emperador, deteneos y no paseis adelante.

TELL.—(Cogiendo la pica.) ¿Qué quereis?... ¿Por qué me deteneis?

FRIESHARDT.—Habeis faltado á la órden; seguid.

LEUTHOLD.—Pasasteis sin saludar este sombrero.

TELL.—¡Dejadme pasar, buen hombre!

FRIESHARDT.—¡Vaya!... ¡vaya!... ¡A la cárcel!

WALTHER.—¡Mi padre á la cárcel! ¡Socorro! ¡Socorro! (Sale gente.) Aquí... socorrednos... ayudadnos. (Los guardias se llevan á Tell. Salen el cura y el sacristan y tres hombres más.)

EL SACRISTAN.—¿Qué hay?

ROESSELMANN.—¿Por qué prendes á este hombre?

FRIESHARDT.—Por enemigo del imperio, por traidor.

TELL.—(Sacudiéndole con fuerza.) ¡Yo traidor!

ROESSELMANN.—Te engañas, amigo; es Tell, un hombre honrado y un buen ciudadano.

WALTHER.—(Viendo á Walther Furst y corriendo hácia él.) ¡Socorro, abuelo, que maltratan á mi padre!

FRIESHARDT.—¡Vaya! ¡á la cárcel!

WALTHER FURST.—(Acudiendo.) Yo respondo de él. Deteneos. En nombre del cielo, ¿qué ha ocurrido, Tell?
(Salen Melchthal y Stauffacher.)

FRIESHARDT.—Desprecia la autoridad suprema del gobernador, y no quiere reconocerla.

STAUFFACHER.—¡Tell obraría así!

MELCHTHAL.—¡Mientes, pillastre!

LEUTHOLD.—¡No ha saludado el sombrero!

WALTHER FURST.—¿Y por esto irá á la cárcel? Amigo mio, acepta mi fianza y suéltalo.

FRIESHARDT.—Guarda para tí tu fianza; nosotros obedecemos á la consigna. Vamos; ¡á la cárcel!

MELCHTHAL.—¡Irritante violencia! ¡Y sufriremos que impunemente nos lo roben!

EL SACRISTAN. — Somos los más fuertes; compañeros, no suframos tal; debemos ayudarnos mutuamente.

FRIESHARDT. — ¿Quién se atreve á resistir á las órdenes del gobernador?

TRES ALDEANOS. — (*Acudiendo.*) Nosotros os ayudaremos... ¿qué hay? ¡A tierra con ellos! (*Hildegarda, Matilde é Isabel vuelven á salir.*)

TELL. — Ya me defenderé solo. Retiraos, buena gente... ¿creéis que si quisiera emplear la fuerza me impondrían temor sus alabardas?

MELCHTHAL. — (*A Frieshardt.*) ¡A ver si te atreves á llevártelo en nuestra presencia!

WALTHER FURST Y STAUFFACHER. — ¡Calma!... ¡calma!...

FRIESHARDT. — (*Gritando.*) ¡A mí!... ¡Un motin... una sedicion! (*Suenan á lo lejos las trompas de caza.*)

LAS MUJERES. — ¡El gobernador!

FRIESHARDT. — (*Gritando más.*) ¡Un motin... socorro!

STAUFFACHER — Grita hasta que revientes, bribon.

ROESSELMANN Y MELCHTHAL. — ¿Quieres callar?

FRIESHARDT. — (*Sigue gritando.*) ¡Socorro! ¡socorro! ¡Favor á la justicia!

WALTHER FURST. — ¡El gobernador!... ¡Ay de nosotros!... ¿Qué va á pasar aquí?

(GESZLER á caballo y llevando en la mano el halcon; RODOLFO, BERTA, RUDENZ y numerosa comitiva de criados al redor de la escena.)

RODOLFO. — ¡Paso!... ¡paso al gobernador!

GESZLER. — ¡Dispersadlos!... ¿Por qué este corrillo?... ¿Quién pide socorro? ¿Qué pasa? (*Silencio general.*) Quiero saberlo. (*A Frieshardt.*) Avanza. ¿Quién eres tú, y por qué has preso á este hombre? (*Entrega el halcon á su criado.*)

FRIESHARDT. — Poderoso señor, soy un soldado de tu ejército, y me hallaba de centinela junto á este sombrero. He preso á este hombre porque se ha negado á

saludarle ; queria llevarlo á la cárcel cumpliendo tus órdenes , y el pueblo quiere quitármelo por la fuerza.

GESZLER. — (*Despues de un momento de silencio.*) ¿ Así desprecias al emperador , y á mi que ocupo su lugar , negándote á mostrar el respeto debido á este sombrero que mandé colgar aquí para poner á prueba vuestra obediencia ? Con esto das á comprender tus malas intenciones.

TELL. — Perdonadme , señor ; fué distraccion , no desprecio , perdonadme. Como me llamo Tell , que no sucederá otra vez.

GESZLER. — (*Despues de un momento de silencio.*) Tell , eres maestro en el arco. Dicen que das siempre en el blanco.

WALTHER. — Cierto , señor ; mi padre acierta una manzana á cien pasos.

GESZLER. — ¿ Es hijo tuyo , Tell ?

TELL. — Sí , señor.

GESZLER. — ¿ Tienes muchos hijos ?

TELL. — Dos , señor.

GESZLER. — ¿ A cuál de ellos amas con más cariño ?

TELL. — Ambos son mis hijos del alma.

GESZLER. — Pues bien , Tell , puesto que aciertas una manzana á cien pasos , es necesario que des una prueba de tu puntería. Toma tu ballesta ; precisamente la llevas contigo. Prepárate á acertar una manzana colocada sobre la cabeza de tu hijo. Pero te aconsejo que apuntes bien y des en el blanco del primer flechazo , porque si yerras , pagarás con la vida. (*Todos manifiestan su horror.*)

TELL. — Señor , ¡ qué horrible mandato el vuestro !... ¿ Yo debo sobre la cabeza de mi hijo... No , no , no , mi bondadoso señor... no es posible que se os ocurra... ¡ Libreme de ello el Dios de las misericordias !... Vos no podeis con formalidad exigir de un padre semejante cosa.

GESZLER. — Tú dispararás sobre una manzana colocada en la cabeza de tu hijo... lo quiero y lo mando.

TELL. — ¡ Yo apuntar con mi ballesta á la cabeza de mi propio hijo !... antes la muerte.

GESZLER. — Dispararás ó morirás con él.

TELL. — ¡ Ser el verdugo de mi hijo !... ¡ Señor... vos no teneis hijos... vos no sabeis lo que pasa en el corazon de un padre !

GESZLER. — Por vida mia , Tell , que te vuelves de súbito muy prudente. Dicen que eres un soñador , que te apartas de los hábitos de los demas, que gustas de lo extraordinario... ahí tienes por qué elegí para tí una accion arriesgada. Otro reflexionaria , pero tú , tú cerrarás los ojos y tomarás osadamente tu partido.

BERTA. — No os chanceeis, señor, con esta pobre gente. Vedlos pálidos y temblorosos en vuestra presencia; no están acostumbrados á tomar á chanza las palabras de su gobernador.

GESZLER. — ¿ Y quién os ha dicho que me chanco ? (*Se acerca á un árbol y coge una manzana.*) Ahí está la manzana... ¡ despejar !... Que mida la distancia segun el uso. Le concedo ochenta pasos... ni más ni menos. Se jacta de acertar un hombre á cien pasos... Ahora dispara y no yerres el tiro.

RODOLFO. — Dios mio ; la cosa se formaliza... Arrodiílate , hijo , y suplica al gobernador que te conceda la vida.

WALTHER FURST. — (*Á Melchthal que apenas puede contenerse.*) ¡ Dominaos , os lo ruego... calma !...

BERTA. — (*Al gobernador.*) Basta, señor ; es inhumano jugar así con la angustia de un padre. Aunque este pobre hombre mereciera morir por su leve falta , ¿ no acaba de sufrir diez muertes ? Dejadle volver á su cabaña ; ha aprendido á conoceros , y él y sus hijos se acordarán de este momento mientras vivan.

GESZLER. — Vaya... ¡ despejad !... ¿ Por qué tardas ?

Merecias morir, puedo matarte y ya ves... en mi clemencia pongo tu suerte en tus hábiles manos. No debe lamentarse del rigor de su sentencia el hombre á quien se deja dueño de su propio destino. Te jactas de tener buen ojo; ¡pues bien, cazador!... se trata de que nos muestres tu habilidad. El blanco es digno de ti, y el premio no carece de importancia. Dar en mitad del blanco eso cualquiera lo hace, pero el que es maestro, en todas ocasiones está seguro de su destreza, y no pierde el pulso ni la puntería porque lata su corazón.

WALTHER FURST. — (*Echándose á sus plantas.*) Señor gobernador, reconocemos vuestro poder, mas preferid la clemencia á la justicia; tomad la mitad de mis bienes, tomadlos todos si quereis, pero excusad tan horrible tortura á un padre.

WALTHER. — Abuelo, no te arrodilles delante de este mal hombre. Decid dónde debo colocarme, que por mi parte nada temo. Mi padre acierta los pájaros en el aire, y no herirá en el corazón á su hijo.

STAUFFACHER. — Señor, ¿no os conmueve su inocencia?

ROESSELMANN. — Pensad que hay un Dios en el cielo, á quien debeis dar cuenta de vuestras acciones.

GESZLER. — (*Señalando al niño.*) Atadle á ese árbol.

WALTHER. — ¡Atarme! No, no quiero ser atado; tranquilo como un cordero, no me atreveré á respirar siquiera, pero si me atais, no lo sufriré... no quiero que me ateis... si me atais, resistiré.

RODOLFO. — Sólo te vendarán los ojos, hijo mio.

WALTHER. — ¿Y por qué? ¿Os figurais que le temo á una flecha lanzada por mano de mi padre? Quiero esperarla con firmeza y sin pestañear... Vamos, padre mio, pruébales que eres diestro arquero. No quiere creerte, é intenta perdernos... A despecho de este hombre cruel, dispara, y acierta. (*Se dirige al árbol, y colocan la manzana sobre su cabeza.*)

MELCHTHAL. — (*A sus compañeros.*) Pues qué... ¿se cometerá este crimen en nuestra presencia? ¿Para qué prestamos juramento?

STAUFFACHER. — Es inútil; no tenemos armas, y ved en cambio qué bosque de lanzas nos rodea.

MELCHTHAL. — ¡Ah! si hubiésemos ejecutado nuestro designio inmediatamente! ¡Dios perdone á los que aconsejaron que se aplazara!

GESZLER. — (*Á Tell.*) ¡Manos á la obra! No se llevan armas impunemente, y es peligroso pasearse por ahí con un instrumento de muerte; la flecha va á parar de rechazo contra el que la arroja. Este derecho que con tal orgullo se atribuye el campesino, ofende al señor de esta comarca, porque sólo quien manda debe ir armado. Puesto que os satisface usar el arco y las flechas... perfectamente... yo os daré el blanco.

TELL. — (*Tiende la ballesta y coloca en ella una flecha.*) ¡Haceos á un lado!... á un lado!

STAUFFACHER. — ¡Cómo, Tell!... ¿intentareis?... No; ¡jamás!... temblais,... vuestra mano tiembla, se doblan vuestras rodillas!

TELL. — (*Deja caer su ballesta.*) ¡Todo da vueltas en torno!

LAS MUJERES. — ¡Dios mio!

TELL. — (*Al gobernador.*) Excusadme este trance. Ahí está mi pecho; ordenad á vuestros soldados que me maten.

GESZLER. — No quiero tu vida; quiero que dis pares la flecha. Todo lo puedes, Tell; nada te asusta; manejas así el remo como la ballesta, y no te impone pavor la tempestad cuando se trata de salvar á un hombre; sálvate ahora á tí mismo, puesto que salvas á los demas.

(Tell, hondamente agitado y con las manos temblorosas, ora vuelve los ojos al gobernador, ora los eleva al cielo. De repente saca una segunda flecha de su carcaj. El gobernador observa todos sus movimientos.)

WALTHER.—(*Bajo el árbol.*) Disparad, padre; nada temo.

TELL.—Forzoso es. (*Recoge sus fuerzas y se apresta á disparar.*)

RUDENZ.—(*Que durante la escena ha intentado dominarse, se adelanta.*) Señor gobernador, sin duda no pasareis más adelante... No; esto fué una prueba, y habeis logrado ya vuestro objeto. Extremar las medidas de rigor no sería prudente, porque el arco demasiado tirante se rompe.

GESZLER.—Callad, hasta ser preguntado.

RUDENZ.—Quiero hablar, debo hablar; el honor del rey es sagrado para mí... Semejante conducta sólo puede producir el odio, y ésta no es la intencion del rey; me atrevo á afirmarlo. Mis conciudadanos no merecen semejante crueldad, y vuestras atribuciones no se extienden hasta estos limites.

GESZLER.—¡Cómo! osais...

RUDENZ.—Guardé silencio mucho tiempo há sobre todas las maldades de que fuí testigo, y cerré los ojos á cuanto veía, y oculté en mi pecho la indignacion de mi alma, pero callar por más tiempo fuera hacer traicion á mi patria y al emperador.

BERTA.—(*Interponiéndose entre él y el gobernador.*) ¡Dios mio!... ¡Así irritais más y más á este furioso!

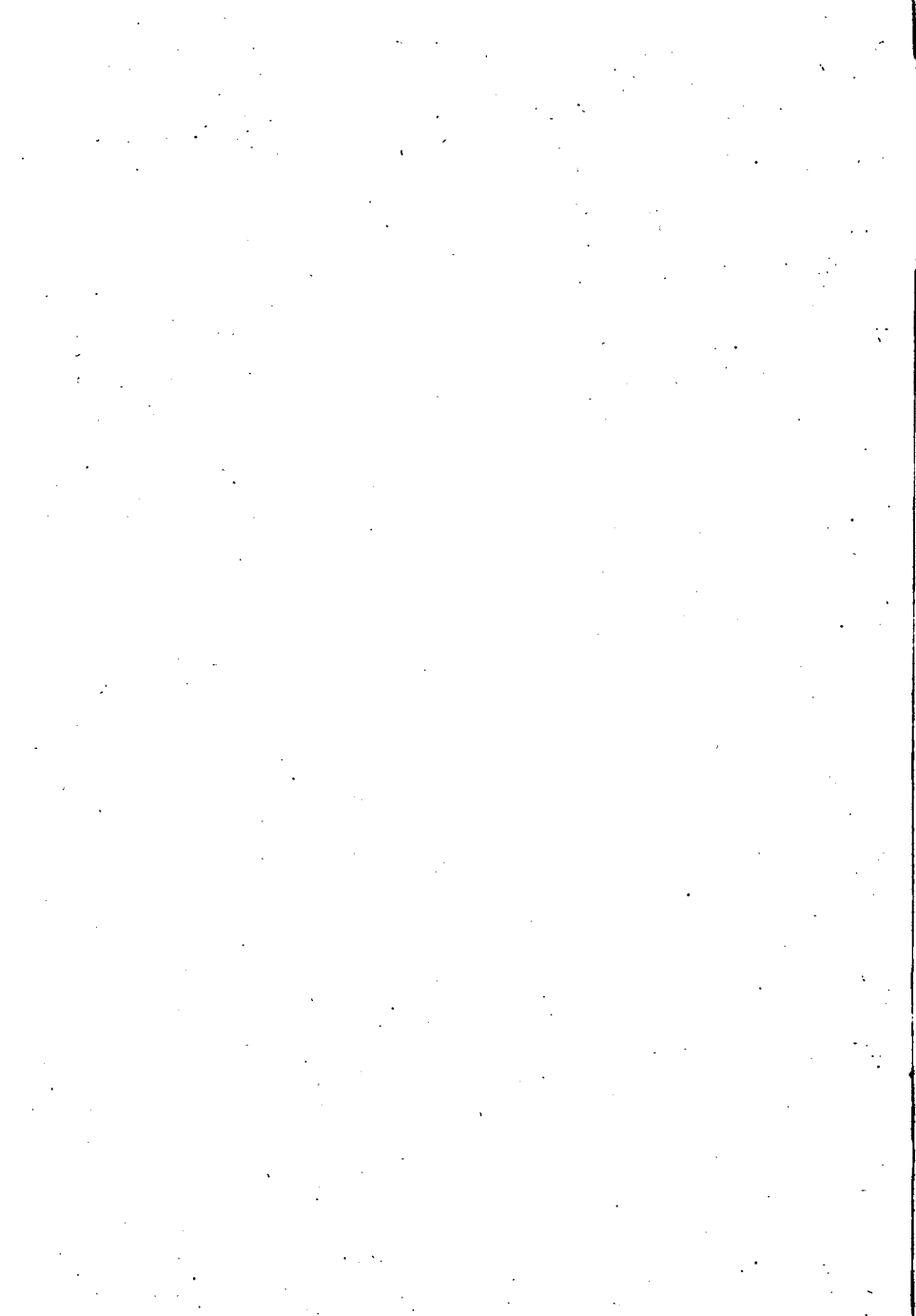
RUDENZ.—Abandoné á mis conciudadanos, renuncié á mi familia, rompí todos los lazos de la naturaleza para unirme á vos. Creia abrazar el mejor partido para este país, afirmando en él el poder del imperio, pero cae la venda de mis ojos y me veo con espanto atraído á un abismo. Perturbasteis mi mente inexperta, engañasteis mi ánimo confiado; con la más noble intencion perdía á mis compatriotas.

GESZLER.—¡Temerario!... Hablar así á tu soberano.

RUDENZ.—Mi soberano es el emperador, y no Geszler. Libre al par que vos, puedo medirme con vos



La hazaña de Guillermo Tell.



como caballero, y si no representarais al emperador, á quien venero, en el punto en que le haceis ultraje os arrojaría el guante á la cara, y debierais darme satisfaccion segun las leyes de caballería. Si; llamad á vuestros soldados... no estoy desarmado como el pueblo... tengo una espada y al primero que se acerque...

STAUFFACHER. — (*Gritando.*) ¡ Acertó la manzana! (*Mientras todos escuchaban al gobernador y á Rudenz, Tell disparó la flecha.*)

ROESSELMANN. — ¡ El niño vive!

ALGUNOS. — (*Exclaman:*) ¡ Acertó la manzana! (*Walther Furst tiembla, próximo á caer desmayado. Berta le sostiene.*)

GESZLER. — (*Sorprendido.*) ¿ Ha disparado?... ¡ Cómo este demonio...

BERTA. — El niño vive; volved en vos, buen padre.

WALTHER. — (*Acudiendo con la manzana.*) Padre, toma la manzana; ya sabia yo que no habias de lastimar á tu hijo.

(Tell, al disparar la flecha, inclina el cuerpo hácia delante como si quisiera seguirla; despues deja caer la ballesta, y cuando ve volver á su hijo, corre á su encuentro extendiendo los brazos, y le oprime con ardor contra su seno. Luego desfallece, próximo á perder el sentido. Todos le contemplan con emocion.)

BERTA. — ¡ Bondad divina!

WALTHER FURST. — ¡ Hijos míos! ¡ hijos míos!

STAUFFACHER. — ¡ Dios sea alabado!

LEUTHOLD. — ¡ Acción memorable que ha de pasar á la historia!

RODOLFO. — Mientras estas montañas permanezcan inmóviles sobre su base, se hablará del arquero Tell. (*Presenta la manzana al gobernador.*)

GESZLER. — ¡ Por el cielo! La atravesó de parte á parte. Es maravilla; forzoso es hacerle justicia.

ROESSELMANN. — El flechazo ha sido bueno, pero ¡ ay de aquel que ha forzado este hombre á tentar á la Providencia!

STAUFFACHER. — Volved en vos, Tell, levantaos; os habeis portado bravamente, y podeis volver á casa en libertad.

ROESELHMANN. — Id, y devolved el hijo á su madre.
(*Intentan llevarselo.*)

GESZLER. — Oye, Tell!

TELL. — (*Vuelve.*) ¿Qué me mandais, señor?

GESZLER. — Has guardado una segunda flecha contigo... Sí; sí; lo he visto perfectamente... ¿Cuál era tu intencion?

TELL. — (*Confuso.*) Señor; es costumbre entre los cazadores...

GESZLER. — No, Tell, no acepto tu respuesta; otra era tu intencion. Dime la verdad con toda franqueza, libremente. Sea lo que fuere, te prometo que tienes asegurada la vida. ¿Qué pensabas hacer de tu segunda flecha?

TELL. — Pues bien, señor; puesto que me prometeis la vida, os diré la verdad. (*Saca la flecha y la muestra al gobernador con terrible ademan.*) Si hubiese tocado á mi hijo del alma, con esta segunda flecha disparaba contra vos, y juro al cielo que esta vez... no hubiera errado el golpe.

GESZLER. — Bien, Tell, te he prometido la vida bajo palabra de caballero, y lo cumpliré; mas conociendo tus malas intenciones, voy á llevarte donde no veas jamas el sol ni la luna. Así me hallaré al abrigo de tus flechas. Cogedle y atadle. (*Atan á Tell.*)

STAUFFACHER. — ¡Cómo, señor! ¿Podeis tratar así á un hombre á quien Dios protege visiblemente?

GESZLER. — Veremos si Dios le libertará segunda vez... Llevadle á mi barca; soy con él al instante y yo mismo le conduciré á Kussnacht.

ROESELHMANN. — No os atreveréis á ello; el mismo emperador no se atrevería, porque esto es contrario á nuestros fueros.

GESZLER.—¿Dónde están? ¿Los ha confirmado el emperador? No; no los ha confirmado, y sólo con vuestra obediencia obtendréis esta gracia. Rebeldes á sus mandatos, alimentáis audaces proyectos de resistencia... Os conozco; leo en vuestros corazones. Prendo sólo á este hombre entre vosotros, pero todos habeis tomado parte en su delito. Aprenda el discreto á callar y á obedecer. (*Se va; Berta, Rudenz, Rodolfo y los soldados le siguen. Frieshardt y Leuthold se quedan.*)

WALTHER FURST.—(*Con vivísima pena.*) Se va; ha resuelto perderme á mí, y á toda mi familia.

STAUFFACHER.—(*Á Tell.*) ¡Oh!... ¿Por qué habeis excitado la rabia de este energúmeno?

TELL.—¿Pero habrá quien sea dueño de sí en trance tan cruel?

STAUFFACHER.—¡Esto es hecho!... ¡Esto es hecho! Con vos quedamos encadenados todos, todos esclavos. (*Los aldeanos rodean á Tell.*) ¡Con vos se aleja nuestro último consuelo!

LEUTHOLD.—(*Acercándose.*) Tell, os compadezco, pero debo obedecer.

TELL.—Adios.

WALTHER.—(*Con dolor, y cogiéndose á su padre.*) ¡Padre mio! ¡padre mio! ¡Padre del alma!

TELL.—(*Elevando las manos al cielo.*) Allí está tu Padre; invócalo.

STAUFFACHER.—Tell, ¿nada me encargais para vuestra mujer?

TELL.—(*Abrazando á su hijo con ternura.*) Veo á mi hijo sano y salvo. ¡Dios vendrá en mi ayuda! (*Se va.*)





ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

La costa oriental del lago de los Cuatro-Cantones. Rocas escarpadas y de forma rara, limitan el horizonte al oeste. El lago, borrascoso. Truenos y relámpagos.

KUNZ DE GERSAU.— Un PESCADOR y su HIJO.

KUNZ.



O quereis creerme, pero yo lo he visto con mis propios ojos; todo ha ocurrido como os decia.

PESCADOR.— ¡Preso Tell y llevado á Kussnacht! ¡El hombre más honrado de la comarca, el más valiente el día en que fuese necesario combatir por la libertad!

KUNZ.— El mismo gobernador le acompaña por el lago. Iban á embarcarse cuando salí de Fluelen, pero tal vez les ha detenido la borrasca, que ya se acercaba, y que me ha obligado á detenerme aquí.

PESCADOR.— ¡Preso Tell!... ¡Tell en poder del gobernador!... ¡Oh!... ya podeis suponer que van á sepultarle en el más hondo calabozo para que no vea más la luz del día, porque Geszler temerá la justa venganza del hombre libre que maltrató con tal crueldad.

KUNZ.— Dicen que está muriéndose nuestro antiguo landammann, el noble señor de Attinghausen.

PESCADOR.— De modo que va á romperse nuestra última áncora de salvacion... Era el único hombre que osaba todavía levantar la voz en defensa de los derechos del pueblo.

KUNZ.— La tempestad crece... Con Dios...; me voy al lugar en busca de posada, pues hoy no hay que pensar en salir. (Se va.)

PESCADOR.— ¡ Tell preso, y el baron muerto! Alza tu frente con descaro, ¡ oh tiranía!; cese todo escrúpulo. La boca de la verdad ha enmudecido, la mirada penetrante se extinguió, el brazo que debia libertarnos está encadenado.

EL HIJO DEL PESCADOR.— Graniza que es un primor, padre... Vamos á casa... no es tiempo éste para estar al aire libre.

PESCADOR.— Rujan los vientos, y relumbren los rayos, y revienten las nubes é inunden la tierra las cataratas del cielo. ¡ Así perezcan en gérmen las generaciones por venir, y los elementos desencadenados se agiten con furor, y vengan de nuevo las fieras á apoderarse de la tierra asolada! ¿ Quién querrá vivir aquí sin libertad?

EL HIJO DEL PESCADOR.— ¡ Oid!... ¡ Qué rumor en los abismos! ¡ Cómo muge el viento! Nunca sopló sobre las olas del lago tan furiosa borrasca.

PESCADOR.— ¡ Derribar una manzana sobre la cabeza de un hijo! ¡ Jamas se impuso tal á un padre! ¿ No ha de sublevarse con furor la naturaleza entera con semejante accion? ¡ Ah! No me sorprenderia ver desplomarse estas rocas, confundirse estas agujas y muros de hielo, inmóviles desde la creacion, partidas las montañas, hundidas las cavernas, un segundo diluvio inundando la tierra. (Suenan campanas á lo lejos.)

EL HIJO DEL PESCADOR.— ¿ Oís sonar las campanas?...

Habrán divisado una barca en peligro, y tocan á oracion. (*Se encarama á una altura.*)

PESCADOR. — ¡Ay de la barca que navega en este momento, mecida por el terrible oleaje! No han de valerle ni timon ni piloto. La tempestad reina como soberana, y el viento y las olas se mofan de los esfuerzos del hombre. Ni refugio ha de hallar, que no lo ofrecen estas escarpadas rocas... sólo le presentan su rudo pecho.

EL HIJO DEL PESCADOR. — (*Mirando hácia la izquierda.*) Padre, es una barca que viene de Fluelen.

PESCADOR. — ¡Dios socorra á la pobre gente! Cuando la tempestad ha penetrado en esta sima, se revuelve colérica como bestia feroz contra los hierros de su cárcel; muge y busca en vano salida... porque los altos peñascos tocando al cielo la aprisionan y le cierran el paso. (*Se encarama á la altura.*)

EL HIJO DEL PESCADOR. — Padre, es la barca del gobernador de Uri; la reconozco por su cubierta roja y por su bandera.

PESCADOR. — ¡Justicia de Dios!... Si; es él, el gobernador. Viene hácia aquí; su crimen va consigo. Pronto le alcanzó la mano del Vengador omnipotente; ya vé ahora que hay un poder superior al suyo; estas olas no ceden á su voz... no se inclinan estas rocas delante de su sombrero. No ruegues por él, hijo mio; no detengas la mano del Juez...

EL HIJO DEL PESCADOR. — ¡Yo no ruego por el gobernador, sino por Tell, que va con él, en la barca!

PESCADOR. — ¡Oh! ciego furor de la borrasca!... ¿Para alcanzar al culpable, has de hundir por ventura la barca y el piloto?

EL HIJO DEL PESCADOR. — ¿Ves?... ¿ves? han pasado felizmente el Buggisgrat, pero la violencia de la tormenta rechazada por el Teufelmunster, los arroja hácia el gran peñasco de Axenberg; ya no los veo.

PESCADOR.—Allí está el Hackmesser, donde se ha estrellado más de una nave; así se estrellarán ellos contra el escollo que sale del fondo del lago, si no la gobiernan con tino... Llevan buen timonero á bordo, y si álguien debe salvarlos ha de ser Tell, pero está atado.



(TELL, con la ballesta en la mano, llega precipitadamente mira en torno suyo con sorpresa, y parece muy agitado. Llegado en medio de la escena, se arrodilla, toca el suelo con ambas manos, y despues las eleva al cielo.)

EL HIJO DEL PESCADOR.— (*Repara en él.*) Mira, padre, ¿quién es aquel hombre arrodillado?

PESCADOR.— Coge el suelo con las manos y parece fuera de sí.

EL HIJO DEL PESCADOR.— (*Se adelanta.*) ¡Qué veo, padre mio!... Ven, mira.

PESCADOR. — (*Se acerca.*) ¿Quién es? ¡Dios mio!... ¡Tell!... ¿Cómo os hallais aquí?... Hablad.

EL HIJO DEL PESCADOR. — ¿No ibais en la barca preso, atado?

PESCADOR. — ¿No debian conduciros á Kussnacht?

TELL. — (*Levantándose.*) ¡Soy libre!

EL PESCADOR Y SU HIJO. — ¡Libre!... ¡Milagro de Dios!

EL HIJO DEL PESCADOR. — ¿De dónde venis?

TELL. — De la barca.

PESCADOR. — ¡Cómo!

EL HIJO DEL PESCADOR. — ¿Dónde está el gobernador?

TELL. — A merced de las olas.

PESCADOR. — ¿Es posible? Pero vos ¿cómo os hallais aquí? ¿cómo os habeis libertado de vuestras ligaduras y de la tempestad?

TELL. — Con el clemente auxilio de Dios; oid.

EL PESCADOR Y SU HIJO. — ¡Ah! hablad, hablad.

TELL. — ¿Sabeis lo ocurrido en Altdorf?

PESCADOR. — Lo sé todo; hablad.

TELL. — Sabeis que el gobernador me hizo prender y atar para conducirme á la fortaleza de Kussnacht.

PESCADOR. — Y que se embarcó con vos en Fluelen; ya lo sabemos; contadnos cómo habeis escapado.

TELL. — Iba en la barca atado fuertemente con cuerdas, indefenso y resignado. Ya no esperaba ver más la riente luz del día, ni el amado rostro de mi mujer y de mis hijos, y extendía la mirada con desesperacion sobre la desierta superficie de las aguas.

PESCADOR. — ¡Oh, infeliz!

TELL. — Así bogábamos, el gobernador, Rodolfo de Harrás, los criados y yo. Mi carcaj y mi ballesta iban á la popa de la barca cerca del timon. Apenas llegados junto á la roca de Axenberg, de repente, por especial favor del cielo, horrible tempestad se precipita por el desfiladero del San-Gotardo... flaquean los remeros...

todos se imaginan que vamos á naufragar. Entonces, oigo que uno de los criados se dirige al gobernador y le dice:—Ya veis, señor, que vuestro peligro es el nuestro, estamos á las puertas de la muerte y los remeros espantados no saben conducir la barca; pero aquí está Tell, que es hombre vigoroso y sabe cómo se maneja el timon, ¿ qué os parece ?... Si en el riesgo que corremos, echáramos mano de él...—Y me dice el gobernador. — Tell, si crees poder salvarnos, mandaré que te desaten. — Sí, señor, — respondo yo, — con ayuda de Dios, espero poder arrancaros de aquí. — Y me desatan; empuño el timon y empiezo á maniobrar con arrojo. Pero yo miraba de reojo mi ballesta, y buscaba atentamente en la costa un paraje, á donde saltar. Veo de pronto una roca plana, que se interna en el lago.

PESCADOR.—La conozco; se halla al pié del gran Axen, pero no creia que fuese posible alcanzarla de un salto, porque es muy escarpada.

TELL.—Grito á los remeros que maniobren con vigor hasta llegar á aquella roca, porque una vez allí — les digo — habremos escapado del riesgo mayor. Llegados á fuerza de remos cerca de la roca, me encomiendo á Dios, atraco la barca con todos mis puños, cojo rápidamente la ballesta, salto á tierra, y con vigoroso esfuerzo empujo la barca hácia fuera donde ya puede seguir flotando hasta el dia del juicio. A mí, ahí me teneis libre de la furia de la tormenta, y de la maldad de los hombres.

PESCADOR.— Tell, Tell; el Señor obró visiblemente un milagro para salvaros; y apenas puedo creerlo. Pero decidme; ¿ á dónde pensais ir ahora? ¿ Dónde hallar seguridad, si el gobernador escapa con bien!

TELL.—Mientras estaba atado, le oí decir que pensaba desembarcar en Brunnen, y de allí, llevarme á su fortaleza pasando por Schwyz.

PESCADOR.— ¿ Quería ir por tierra?

TELL. — Este era su propósito.

PESCADOR. — ¡ Oh! entonces, escondeos sin tardar... Dios no os libertará dos veces de sus manos.

TELL. — Indicadme el camino más corto para ir á Arth y á Kussnacht.

PESCADOR. — El camino principal pasa por Steinen, pero mi hijo, tomando otro más corto y poco conocido, podrá llevaros por Lowerz.

TELL. — (*Dándole la mano.*) El cielo os recompense vuestra bondad... Con Dios... (*Hace que se va y vuelve.*) ¿ No prestasteis tambien juramento en Rutli?... Me parece haber oido pronunciar vuestro nombre.

PESCADOR. — Si ; allí estaba y presté el juramento de alianza.

TELL. — Pues bien ; hacedme el favor de ir á Burglen. Mi mujer estará ansiosa ; decidle que estoy en libertad y fuera de peligro.

PESCADOR. — ¿ Dónde diré que os habeis retirado ?

TELL. — En casa hallareis á mi suegro y á otros conjurados de Rutli. Decidles que se animen , que Tell está en libertad , y puede hacer uso de su brazo... que pronto sabrán algo de mí.

PESCADOR. — ¿ Qué pensais hacer? Decidlo francamente.

TELL. — Cuando estará hecho , dará que hablar.

(*Se va.*)

PESCADOR. — Enseñale el camino, Juan ; Dios le acompañe, y que acabe felizmente lo que ha emprendido.

(*Se va.*)

ESCENA II.

Una sala en el castillo de Attinghausen.

El BARON, agonizando en un sillón.—WALTHER FURST STAUFFACHER, MELCHTHAL y BAUMGARTEN, rodéanle sólicitos.—WALTHER TELL, arrodillado á sus piés.

WALTHER FURST.—Nada cabe esperar; ha muerto.

STAUFFACHER.—No ha muerto todavía... Mirad; aún la respiracion acaricia su bigote... si parece que duerme tranquilamente... ¡qué sonriente y tranquila su faz! (*Baumgarten se dirige á la puerta, y habla con alguien desde dentro.*)

WALTHER FURST.—¿Quién hay?

BAUMGARTEN.—Vuestra hija Hedwigia que desea hablaros y ver á su hijo. (*Walther Tell se levanta.*)

WALTHER FURST.—¿Y acaso puedo cònsolarla?... ¿Dispongo yo mismo de consuelo alguno?... Todas las penas se agolpan sobre mi cabeza.

HEDWIGIA.—(*Entrando.*) ¿Dónde está mi hijo? Dejadme; quiero verle...

STAUFFACHER.—Serenaos... pensad que os hallais en la casa de un moribundo.

HEDWIGIA.—(*Corriendo precipitada hácia su hijo.*) ¡Walther mio!... ¡Oh... vives para mí!

WALTHER TELL.—(*En brazos de su madre.*) ¡Pobre madre mia!

HEDWIGIA.—¿Es cierto?... ¿No estás herido? (*Mirándole con ansiedad.*) ¿Es posible? ¿Y pudo disparar contra tí? ¡Ah... no tiene corazon... lanzar una flecha á la cabeza de su hijo!

WALTHER FURST.—Lo hizo, víctima de la mayor ansiedad... con el alma partida de dolor... y á la fuerza; iba en ello su vida.

HEDWIGIA.—¡Ah! si tuviera corazon verdaderamente

paternal, hubiera muerto mil veces antes de resolverse á hacerlo.

STAUFFACHER.—Deberais dar gracias á Dios que guió con tal acierto su brazo.

HEDWIGIA.—¿Pero es posible que olvide lo que podia ocurrir? ¡Dios del cielo!... Si cien años viviera, cien años seguidos veria á este niño atado, á su padre disparando contra él, y la flecha atravesándome el corazon.

MELCHTHAL.—¡Si supierais cuánto le ha irritado el gobernador!

HEDWIGIA.—¡Oh, qué corazon tan empedernido el de los hombres!... Todo lo olvidan en cuanto se hiere su orgullo. En su ciego furor, juegan con la cabeza de un niño y el corazon de una madre.

BAUMGARTEN.—Harto desgraciado es vuestro marido para que amargueis su suerte con vuestros reproches. ¿No os duelen sus penas?

HEDWIGIA.—(*Volviéndose hácia él y mirándole fijamente.*) Y tú ¿sólo tienes lágrimas para la desgracia de tu amigo? ¿Dónde estabais cuando cargaron de cadenas al hombre más bueno del mundo? ¿En qué le auxiliasteis? Habeis presenciado tan horrible tiranía con los brazos cruzados, llevando en paciencia que os arrebataran al amigo en vuestras barbas. ¿Así se portó Tell con vos? ¿Se limitó á compadeceros, cuando teniais detras á los guardias del gobernador, y delante el lago enfurecido? ¿Manifestó su compasion con vanas lágrimas? No; saltó á la barca, y olvidó para salvarte á su mujer y á sus hijos.

WALTHER FURST.—¿Pero qué podíamos hacer por libertarle, siendo tan pocos y desarmados?

^HEDWIGIA.—(*Arrojándose á los brazos de su padre.*) ¡Oh, padre mio! Tambien tú le perdiste, y el pais y todos le perdimos! ¡A todos nos falta, y nosotros le faltamos á él!... ¡Dios preserve su alma de la desespe-

ración! ¡Ni un solo amigo descenderá á consolarle á las profundidades de su calabozo!... Sí, enfermará... ¡ay de mí!... enfermará sin duda, en aquella oscuridad, en aquella humedad... La rosa de los Alpes palidece y se marchita en un valle pantanoso... Y él, él sólo puede vivir á la luz del sol y al aire libre. ¿Preso él?... Él, que sólo vivía de libertad... No podrá, no podrá subsistir en la fétida atmósfera de un subterráneo.

STAUFFACHER.—Serenaos; todos nos esforzaremos en arrancarle de su prision.

HEDWIGIA.—¿Y qué podeis hacer sin él? Mientras Tell era libre, habia esperanza; la inocencia tenia un amigo y el oprimido un defensor. Él os hubiera liberado á todos, y todos reunidos no podreis libertarle á él.

(*El baron despierta.*)

BAUMGARTEN.—¡Se muere, silencio!

ATINGHAUSEN.—(*Incorporándose.*) ¿Dónde está?

STAUFFACHER.—¿Quién?

ATINGHAUSEN.—Me falta, me abandona en el postrer instante.

STAUFFACHER.—Piensa en su sobrino. ¿Han ido por él?

WALTER FURST.—Han ido. Consolaos; oyó la voz de su corazón y es de los nuestros.

ATINGHAUSEN.—¿Habló por su patria?

STAUFFACHER.—Con heroico valor.

ATINGHAUSEN.—¿Por qué no viene á recibir mi última bendición?... Siento que mi fin se acerca.

STAUFFACHER.—No, noble señor; este breve sueño ha reparado vuestras fuerzas... brillan vuestros ojos...

ATINGHAUSEN.—Vivir es padecer. Se acabaron ya los padecimientos, y con ellos la esperanza. (*Repara en el niño.*) ¿Quién es este niño?

WALTER FURST.—Bendícidle, mi señor; es mi nieto, huérfano para siempre. (*Hedwigia cae de hinojos, con el niño á los piés del moribundo.*)

ATTINGHAUSEN.—Y yo os dejo huérfanos á todos... á todos. ¡ Desdichado de mí ! Mis postreras miradas han visto la ruina de la patria. ¡ Por qué llegar á edad tan avanzada para ver morir conmigo todas mis esperanzas !

STAUFFACHER.— (*A Walther Furst.*) ¿ Y morirá sumido en tan profundo dolor ? ¿ No haremos que brille en su postrer momento un rayo de esperanza ? Noble baron, reanimaos, que no estamos abandonados del todo, ni perdidos sin recurso.

ATTINGHAUSEN.—¿ Quién os salvará ?

WALTHER FURST.—Nosotros mismos ; oid. Los tres cantones se han aliado y prestado juramento , comprometiéndose á expulsar á sus opresores. Antes de año nuevo habremos realizado nuestros designios, y descansarán vuestros despojos en tierra libre.

ATTINGHAUSEN.—¡ Oh !... decídmelo... ¿ habeis jurado aliaros ?

MELCHTHAL.—En un mismo dia, los tres cantones se levantarán en armas. Todo está preparado, y hasta ahora se guardó perfectamente el secreto , con ser á centenares los que están en él. El mismo suelo que pisan nuestros opresores está minado... contados sus dias... bien pronto no va á quedar ni rastro de ellos.

ATTINGHAUSEN.—Pero ¿ y las fortalezas de la comarca ?

MELCHTHAL.—Caerán todas en un mismo dia.

ATTINGHAUSEN.—¿ Tomaron parte en esta alianza los nobles ?

STAUFFACHER.—Contamos con su socorro en caso necesario, pero hasta ahora sólo los villanos han prestado juramento.

ATTINGHAUSEN.— (*Se levanta con dificultad y con viva sorpresa.*) ¡ Cómo ! ¿ Los villanos han osado tomar tal resolucion, por su propia cuenta , sin el apoyo de los nobles ? ¿ Tanto fian en sus propias fuerzas ?... Entonces ya no se tiene necesidad de nosotros, y podemos

sin pena descender á la tumba. Nuestro tiempo ha pasado. La dignidad de los hombres será sostenida por otro poder. (*Pone sus manos en la cabeza del niño, de hinojos á sus plantas.*) De aquel instante en que se puso la manzana sobre la cabeza de este niño, data una nueva y mejor libertad. Fué derribado el órden antiguo; cambian los tiempos; una nueva era florece entre las ruinas.

STAUFFACHER. — (*Á Walther Furst.*) Observad cómo se anima su mirada; no brilla en ella el rayo de una naturaleza espirante, sino el de una nueva vida.

ATTINGHAUSEN. — La nobleza desciende de sus antiguos castillos para acudir á los pueblos á prestar su juramento de ciudadanía. Fueron los primeros Uechtland y Thurgovia; la noble ciudad de Berna alza su frente soberana; Friburgo ofrece seguro asilo á los hombres libres; Zurich arma sus cofradías y hace de ellas un ejército, y el poder de los reyes se estrella al pié de estos eternos muros. (*Pronuncia las palabras siguientes con tono profético y exaltado.*) Veo á los príncipes y á la nobleza, revestidos de su noble armadura, avanzando hácia aquí para combatir á un pobre pueblo de pastores. Se libran tremendas batallas, y más de un desfiladero adquiere celebridad con sangrientas victorias. El aldeano se arroja al encuentro de un haz de lanzas con el pecho desnudo, ofreciéndose como víctima voluntaria; abre paso, cae la flor de la nobleza, y la libertad enarbola su estandarte. (*Toma la mano de Walther Furst y de Stauffacher.*) Permaneced unidos estrechamente y para siempre. Que ninguna comarca se mantenga indiferente á la libertad de otra comarca; velad desde la cima de estos montes, para que los confederados acudan presurosos á defender á los confederados. Permaneced unidos, ... unidos, ... unidos...

(Cae desplomado en el sillón, pero continua teniendo entre

sus manos heladas las de Walther Furst y Stauffacher, quienes le miran largo tiempo en silencio. Despues se retiran, y se entregan á su dolor. En esto salen los criados del baron, y se acercan á él con vivas muestras de pesar; unos se arrodillan junto á él, otros derraman lágrimas sobre sus manos. Durante esta escena muda, suena la campana del castillo.)

RUDENZ. — (*Entrando con precipitacion.*) ¿Vive todavía?... ¡Oh! decid... ¿podrá oirme?

WALTHER FURST. — (*Le muestra á Attinghausen, volviendo el rostro.*) Sois desde ahora nuestro señor y nuestro protector; este castillo ha pasado á otro dueño.

RUDENZ. — (*Contempla el cadáver de su tío, sobrecogido por violento dolor.*) ¡Oh, Dios!... Mi arrepentimiento ha sido tardío. ¿Por qué no vivió algunos instantes más, para enterarse de mi mudanza? Desprecié sus nobles consejos cuando vivia, y ahora ya no existe; nos ha abandonado para siempre, y me deja una deuda sagrada que cumplir. ¡Oh!... decidme, ¿murió emojado contra mí?

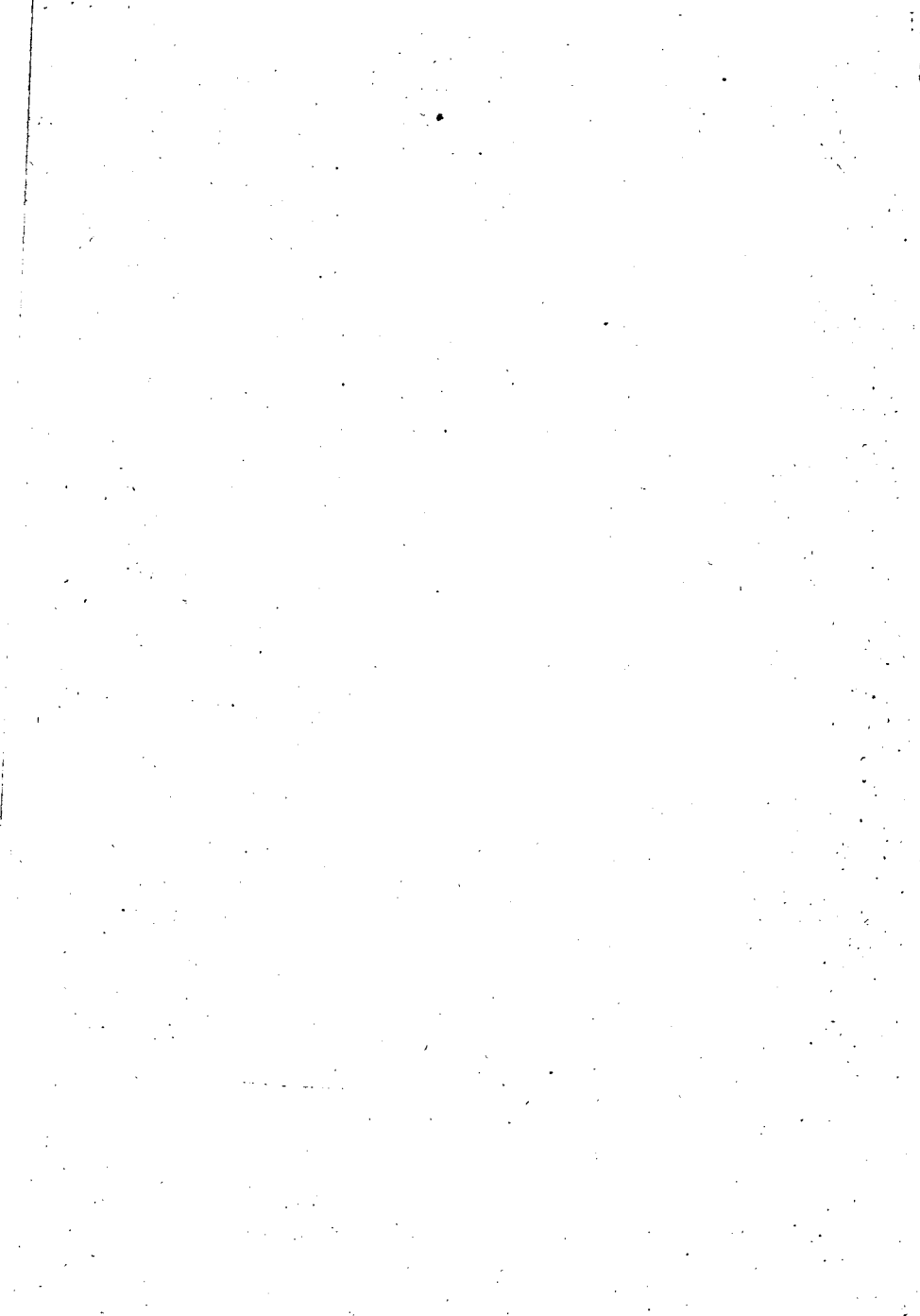
STAUFFACHER. — Poco antes de morir ha sabido lo que habiais hecho, y ha bendecido el valor con que hablasteis.

RUDENZ. — (*De rodillas delante del cadáver.*) Sí; sagrados despojos de quien tan vivamente amé, cuerpo inanimado, juro por estas manos que heló la muerte, que sacudí para siempre el yugo extranjero, y vuelvo á los brazos de mis compatriotas. Soy y quiero ser con toda el alma un verdadero suizo. (*Levantándose.*) Llorad por vuestro amigo, por vuestro padre, mas no desesperéis. No heredo tan sólo sus riquezas; su alma desciende á la mia, y el jóven cumplirá las promesas del anciano. Dadme vuestra mano, venerable padre, y vos, Melchthal, vos tambien. ¡Oh! no vacileis, no volvais el rostro, recibid mi confesion y mis juramentos.

WALTHER FURST. — Dadle vuestra mano; vuelve á nosotros, y merece que confiemos en él.



Muerte de Attinghausen.



MELCHTHAL. — Habeis tratado con desden al villano. Hablad; ¿qué podemos esperar de vos?

RUDENZ. — ¡ Ah! olvidad el yerro de mi juventud.

STAUFFACHER. — (Á *Melchthal.*) Permaneced unidos; tal fué la última palabra de nuestro padre. Recordadla.

MELCHTHAL. — Ahí está mi mano. La promesa de un villano, noble caballero, es tambien palabra de honor. ¿Qué seria sin nosotros el caballero? Nuestra profesion es más antigua que la vuestra.

RUDENZ. — La honro, y mi espada la protegerá.

MELCHTHAL. — Señor baron, el brazo que subyuga y fecunda un suelo ingrato, puede tambien defendernos.

RUDENZ. — Vosotros me defendereis y yo á vosotros, y sosteniéndonos mutuamente seremos fuertes. Mas ¿por qué entretenernos en hablar, cuando gime todavía la patria, víctima de extranjero yugo? Cuando la habremos libertado, entonces firmaremos en paz nuestro contrato. (*Pausa.*) ¿Callais? ¿Nada teneis que decirme? ¡Cómo! ¿No merecí todavía vuestra confianza? Pues bien; será necesario que entre á formar parte de vuestra conjuracion á despecho vuestro. Sé que os habeis reunido en Rutli, y allí habeis prestado juramento; sé cuánto habeis hecho, y aunque no me confiasteis nada de esto, lo guardo como sagrado depósito. Creed que no he sido nunca el enemigo de mi país, ni obré nunca contra vosotros. Pero hicisteis mal en diferir vuestro plan; el tiempo urge, y es fuerza obrar prontamente. Tell ha sido ya víctima de vuestra demora.

STAUFFACHER. — Hemos jurado aguardar hasta Navidad.

RUDENZ. — No estaba yo allí; por tanto no he jurado. Vosotros aguardad; yo obraré.

MELCHTHAL. — ¡Cómo!... ¿querriais?...

RUDENZ. — Soy uno de los jefes del país y mi primer deber consiste en protegeros.

WALTHER FURST. — Devolver á la tierra estos desposos, es nuestro primer deber, nuestro más sagrado deber.

RUDENZ. — Cuando habremos libertado al país, pondremos sobre el fèretro la corona de la victoria. ¡ Oh ! amigos míos ; no defendiendo vuestra propia causa, sino la mía. Sabed que Berta ha desaparecido, ha sido secretamente robada con infame osadía.

STAUFFACHER. — ¿ Tamaña violencia osó cometer el tirano, con una persona libre y noble ?

RUDENZ. — Os he prometido, amigos míos, mi apoyo, y debo pedirlo el vuestro. Han cogido, me han robado á mi amada. ¡ Quién sabe dónde la oculta el infame ! ¡ Quién sabe de qué maldad se valió para prenderla en sus lazos odiosos !... ¡ No me abandonéis... ayudadme á salvarla !... Os ama, y sus sacrificios por la patria la hacen merecedora á que todos os armeis en su defensa.

WALTHER FURST. — ¿ Qué pensais hacer ?

RUDENZ. — ¿ Lo sé por ventura ? ¡ Ay de mí ! Ignorante de mi suerte, víctima de las horribles ansias de la duda, no puedo determinar mis propósitos. Una sola cosa me parece clara ; que yo no podré dar con ella, sino entre las ruinas de la tiranía, y que debemos apoderarnos de todas las fortalezas para penetrar en su calabozo.

MELCHTHAL. — Venid ; guiadnos, y os seguiremos. ¿ Por qué aplazar para mañana lo que se puede hacer hoy ? Tell era libre cuando prestamos nuestro juramento en Rutli y no se habian cometido estas monstruosas violencias. Las circunstancias nos imponen nuevos deberes. ¿ Quién será tan cobarde, que piense todavía en aplazamientos ?

RUDENZ. — (*Á Stauffacher y á Walther Furst.*) Ar-

maos, y prestaos. Aguardad la señal de las fogatas, que anunciarán nuestras victorias con más rapidez que la vela de un batel. En cuanto veais brillar la alegre llama, caed sobre el enemigo como el rayo, y derribad el edificio de la tiranía. (*Se van.*)

ESCENA III.

Hondonada cerca de Kussnacht, á la cual se desciende por entre peñascos y de modo que antes de que los transeuntes lleguen á la escena, se les ve en la altura. Rocas en todos lados; una de ellas, saliente y cubierta de arbustos.


TELL. — (*Se adelanta armado de su ballesta*). Le es imprescindible pasar por esta hondonada, pues no hay otro camino para ir á Kussnacht. Aquí ejecutaré mi designio. La ocasion es favorable; escondido detras de estos árboles, puedo alcanzarle con mi flecha. Lo estrecho del camino no permite á los que le acompañen caminar á su lado. Arregla tus cuentas con Dios, gobernador, que ya todo acabó para tí... sonó tu hora.

Vivia tranquilo, inocente, sin que nunca dirigiera mis tiros más que á los animales del bosque, ni hubiese manchado mi conciencia con la idea del asesinato, cuando tú, tú viniste á perturbar mi paz, tú has emponzoñado mis pensamientos, antes piadosos, tú me habituaste al crimen. Quien puede disparar á la cabeza del hijo de su alma, puede tambien herir en el corazon á su enemigo.

Fuerza es que les defienda de tu cólera, gobernador, á mis pobres, inocentes hijos, á mi fiel esposa. Cuando mi mano trémula tendió la cuerda del arco, y tú me forzaste con astucia infernal á apuntar contra mi hijo; cuando suplicante y exánime, me viste á tus piés, ¡ah! entonces hice en el fondo de mi corazon un juramento horrible, que oyó tan sólo el cielo;

juré que tu pecho seria el blanco de mi primer tiro. Lo que prometí en aquel instante de infernal angustia , es una deuda sagrada y quiero pagarla.

Eres mi soberano , y el representante del emperador , pero él no se hubiera permitido lo que tú osaste. Te envié acá para ejercer la justicia , justicia severa porque estaba irritado contra nosotros , mas no para convertir en cruel pasatiempo el asesinato y el crimen. Hay un Dios para vengar y castigar. Ven á mis manos , tú que fuiste el instrumento de amarguísimo dolor , y eres ahora mi bien , mi más precioso tesoro ; voy á darte por blanco un corazon que fué hasta ahora insensible á las más tiernas súplicas , mas á ti no te resistirá. Y tú , arco fiel , que tantas veces me has servido en mis gratos pasatiempos , no me abandones en tan terribles circunstancias ; sé fuerte , por esta vez tan sólo , tú que lanzas la flecha veloz , que si flojo cayeras de improviso de mis manos , no podria dispararle otra. *(Cruzan la escena algunos viajeros.)*



Voy á sentarme en este banco de piedra que , á falta de habitacion alguna , ofrece al viajero un momento de descanso en estos lugares. Aquí se suceden los que pasan , con mútua indiferencia , sin informarse de sus penas. Aquí vienen el inquieto mercader y el ágil peregrino , el monje piadoso y el sombrío bandolero , el alegre tañedor , y el buhonero con su caballo cargado , que vuelve de lejanos países , porque cada una de estas sendas conduce al último confin del mundo. Toma cada cual el camino que conviene á sus negocios ; el mio , conduce al homicidio. *(Se sienta.)*

Otras veces , hijos de mi alma , todo era júbilo en el hogar cuando volvia vuestro padre. Siempre os traía algo ; una flor de los Alpes... un ave rara... una concha encontrada en sus correrías. Hoy , hoy... acecha otra presa , sentado en este lugar silvestre y con la idea del homicidio en el alma ; la vida de su enemigo que

intenta sorprender. Y aún así, hijos de mi alma, sólo en vosotros piensa... Porque sólo para protegeros, para defenderos de la rabia del tirano, tiende su arco y se prepara á dar la muerte. (*Se levanta.*) ¡Noble presa, la que aguardo! ¡Cuántas veces el cazador pierde sin pena dias enteros, en el rigor del invierno, saltando de roca en roca, trepando por el hielo que tiñe con su propia sangre, por matar un pobre pajarillo! Mi caza tiene otro y más importante valor... consiste en el corazon de un enemigo mortal que quisiera perderme. (*Suena á lo lejos alegre música, que va aproximándose.*) Pasé mi vida en el manejo del arco, ... en ejercitarme segun las reglas del cazador, y muchas veces gané el premio en el tiro. Hoy quiero disparar mi mejor flechazo, y ganar el premio mejor que puedan ofrecermé cien leguas á la redonda.

(Parece en la altura un cortejo de bodas. TELL lo contempla apoyado en su ballesta.)

STUSSI EL GUARDA.— (*Se le acerca.*) ¡El colono del convento de Marlischachen que se casa hoy!... ¡Hombre rico si los hay... tiene diez ganados! La novia es de Imesea... esta noche habrá gran fiesta en Kussnacht... Veníos conmigo... invita á todos los buenos.

TELL.— El que está triste no acude á una boda.

STUSSI.— Si algo os aflige olvidadlo alegremente. Dejad que ruéde la bola; en estos pícaros tiempos hay que aprovechar los buenos ratos. Aquí una boda, allá un entierro...

TELL.— Y á veces se pasa de lo uno á lo otro.

STUSSI.— Así va el mundo en el dia; en todos lados desastres. Se ha hundido un trozo del monte Ruiff en el canton de Glaris; sepultando buena parte de la comarca.

TELL.— Hasta las montañas se hunden. ¡Entonces no hay ya nada estable en la tierra!

STUSSI.— Cuentan de otra parte cosas extraordina-

rias. Acabo de hablar con un hombre llegado de Baden y me decía que un caballero que se puso en camino para visitar al rey, fué detenido por un enjambre de abejones, y de tal modo picaron á su caballo que el animal cayó muerto, y el caballero llegó á pié á palacio.

TELL.—¡ Oh! ¡ los débiles tienen tambien su aguijon!

(Sale HERMENGARDA con algunos niños y se coloca á la entrada del camino.)

STUSSI.— Hay quien teme que esto es presagio de alguna desgracia muy grande para el país, ... de algun hecho contrario á la naturaleza.

TELL.— Cada día ocurren hechos de esta especie, y no los presagia ningun signo maravilloso.

STUSSI.— Feliz quien cultiva tranquilamente sus tierras, y vive entre los suyos sin cuidados.

TELL.— Al hombre mejor no le es dado vivir en paz, si esto desagrada á algun vecino de mal corazon. (*Tell mira impaciente hácia el lado del camino.*)

STUSSI.— ¡ Con Dios! ... ¿ Aguardais á álguien?

TELL.— Sí.

STUSSI.— Os deseo feliz regreso á vuestro país. Sois de Uri. Nuestro bondadoso señor gobernador debe volver de allí hoy mismo.

UN VIAJERO (*que llega*).— No le aguardéis hoy, porque las aguas han crecido con las grandes lluvias y han derribado todos los puentes. (*Tell se levanta.*)

HERMENGARDA.— (*Adelantándose.*) ¿ No vendrá el gobernador?

STUSSI.— ¿ Teneis algo que decirle?

HERMENGARDA.— Sí, vaya.

STUSSI.— ¿ Por qué os colocais en este sitio por donde debe pasar, junto á ese camino hondo?

HERMENGARDA.— Aquí no podrá escaparme, y habrá de oirme por fuerza.

FRIESHARDT.— (*Saliendo por el camino.*) ¡ Paso! ¡ paso! ... ¡ El señor gobernador á caballo! (*Tell se retira.*)

HERMENGARDA. — (*Con viveza.*) Ya llega.

(Va á colocarse con sus hijos en primer término, GESZLER y RODOLFO salen á caballo por la altura.)

STUSSI. — (*A Frieshardt.*) ¿Cómo habeis podido atravesar los rios, si las lluvias se llevaron los puentes?

FRIESHARDT. — Amigo, cuando se ha bregado en el lago no se temen las aguas de los Alpes.

STUSSI. — ¿Estabais embarcados durante la tormenta?

FRIESHARDT. — Sí estábamos; lo recordaré mientras viva.

STUSSI. — ¡Oh!... quedaos... contad.

FRIESHARDT. — Dejadme; debo seguir adelante para anunciar la llegada del gobernador al castillo.

STUSSI. — Si hubiesen ido en la barca algunos hombres de bien hubieran naufragado, pero hay otros que ni el fuego ni el agua pueden con ellos. (*Mirando en torno.*) ¿Dónde se ha metido el cazador que estaba hablando conmigo? (*Se va.*)

GESZLER. — (*A caballo conversando con Rodolfo de Harrás.*) Direis lo que os plazca, pero soy agente del emperador y debo tratar de complacerle. No me manda aquí para adular al pueblo y tratarlo con blandura. Quiere que le obedezcan, y trátase de averiguar quién debe ser el amo, si el villano ó el emperador.

HERMENGARDA. — Ha llegado el momento. Voy á dirigirme á él. (*Se acerca temerosa.*)

GESZLER. — No mandé colocar el tal sombrero en Altdorf por chanza y poner á prueba á ese pueblo, porque harto lo conozco mucho tiempo há. Lo que yo quise fué enseñarles á bajar la cabeza que alzan con tanta arrogancia, y puse el sombrero en mitad del camino para que hiriera su vista y les recuerde al soberano, á quien olvidarian sin duda.

RODOLFO. — El pueblo tiene, sin embargo, ciertos derechos.

GESZLER. — No es esta, ocasion de pesarlos... Se van realizando grandes combinaciones; la casa imperial quiere extender sus dominios, y lo que el padre gloriosamente emprendió, el hijo piensa llevarlo á feliz término. Este pequeño pueblo es un obstáculo interpuesto en nuestro camino; de este ó de otro modo... fuerza es que se someta. (*Intentan pasar. Hermengarda se arroja delante del gobernador.*)

HERMENGARDA. — ¡ Misericordia ! señor... ¡ gracia !...

GESZLER. — ¡ Cómo os atreveis á cerrarme el paso !... Apartad.

HERMENGARDA. — Mi marido está preso... mis hijos piden pan... Poderoso señor, muévaos á piedad nuestra gran miseria.

RODOLFO. — ¿ Quién sois ?... ¿ Quién es vuestro marido ?

HERMENGARDA. — ¡ Bondadoso señor !... es un pobre jornalero del monte Righi , que va á segar la yerba de los lugares más abruptos, donde ni los ganados se atreven á trepar.

RODOLFO. — (*Al gobernador.*) ¡ Por el cielo ! ¡ Qué vida tan desdichada y miserable ! Yo os lo ruego ; soltad á ese hombre , sea el que fuere su delito ; harto castigo tiene con su oficio. (*A Hermengarda.*) Se os hará justicia. Id al castillo y presentad una solicitud. Este no es lugar para eso.

HERMENGARDA. — No , no , no me iré de aquí , antes que el gobernador me haya devuelto á mi marido. Hace ya seis meses que se halla en la cárcel , aguardando en vano la sentencia .

GESZLER. — ¡ Mujer ! ¿ quereis emplear conmigo la fuerza ?... Vaya... Apartad.

HERMENGARDA. — Pido justicia. Tú eres juez de este país en nombre de Dios y del emperador ; cumple tu deber. Si quieres hallar justicia en el cielo... hazme justicia aquí...

GESZLER. — Vamos , apartad de mi vista este pueblo insolente.

HERMENGARDA. — (*Cogiendo de la brida el caballo.*) No , no... yo ya no tengo nada qué perder... No pasarás antes de haberme hecho justicia. Puedes fruncir las cejas , puedes amenazarme con la mirada cuanto gustes. Tan inmensa es nuestra desgracia , que ya nada nos importa tu cólera.

GESZLER. — ¡ Paso, mujer !... ó pasará mi caballo por encima de tu cuerpo.

HERMENGARDA. — Oblígale... toma. (*Echa sus hijos al suelo , y se pone con ellos en mitad del camino.*) Hème aquí con mis hijos ; aplasta á estos miserables huérfanos bajo los cascos de tu caballo... no ha de ser esta la más espantosa de tus crueldades.

RODOLFO. — ¡ Estais loca, mujer !

HERMENGARDA. — (*Con doblada energia.*) Harto há que pisoteas la tierra del emperador. No soy más que una débil mujer ; si fuera hombre , ya sé lo que debiera hacer en lugar de prosternarme en el polvo.

(*Suena de nuevo la música, pero lejana.*)

GESZLER. — ¿ Dónde están mis guardias ? Que saquen esta mujer de aquí , ó no sabré contenerme más , y haré lo que no quisiera.

RODOLFO. — Los guardias no han podido venir todavía. El séquito de una boda obstruye el camino.

GESZLER. — Gobierno á este pueblo con demasiada blandura ; hablan aún con excesiva libertad... no están sojuzgados como debieran ; pero juro que esto cambiará pronto. Venceré su ruda obstinacion y su insolente afan de libertad... yo impondré otra ley á la comarca... Quiero... (*En este momento hiere su costado una flecha ; lleva la mano al corazon y vacila sobre el arzon. Con voz ahogada :*) ¡ Dios mio ! ¡ tened misericordia de mí !

RODOLFO. — ¡ Señor !... ¡ Cielos !... ¿ Qué es esto ? ¿ De dónde partió ?

HERMENGARDA.—¡Asesino!... ¡Asesino! Vacila... cae... es muerto. ¡La flecha le ha atravesado el corazón!

RODOLFO.—(*Saltando del caballo.*) ¡Qué horrible accidente!... ¡Dios!... invocad la clemencia del cielo, señor... ¡Sois muerto!...

GESZLER.—La flecha de Tell. (*Cae del caballo en brazos de Rodolfo que lo depone sobre el banco de piedra.*)

TELL.—(*Pareciendo en lo alto de las rocas.*) Conoces la mano que te ha herido; no busques otra. Libres son nuestras cabañas, y la inocencia no tiene ya nada que temer de ti. No afligirás ya esta comarca.

(*Desaparece. El pueblo acude.*)

STUSSI.—¿Qué hay?... ¿Qué pasa?

HERMENGARDA.—El gobernador ha sido atravesado de una flecha.

EL PUEBLO.—¿Quién le ha herido?

(Mientras una parte de la comitiva de la boda se adelanta, el resto se halla todavía en lo alto y la música continúa.)

RODOLFO.—Se desangra; id á pedir auxilio: perseguid al matador. ¡Desgraciado!... ¡Morir así!... no quisiste escuchar mis consejos.

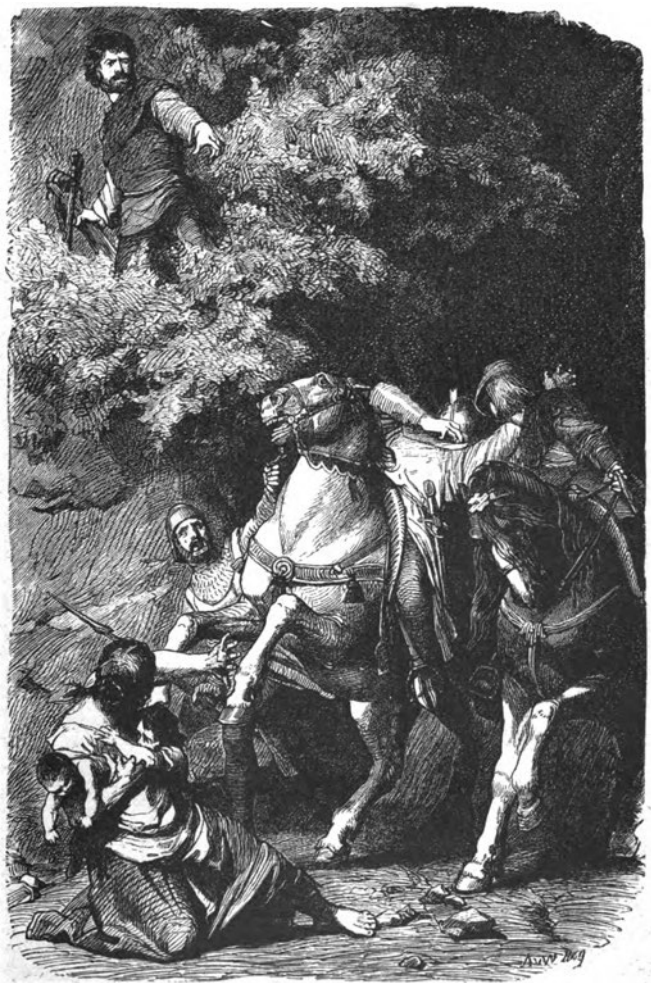
STUSSI.—Por el cielo... está pálido y exánime.

VARIOS.—¿Quién le hirió?

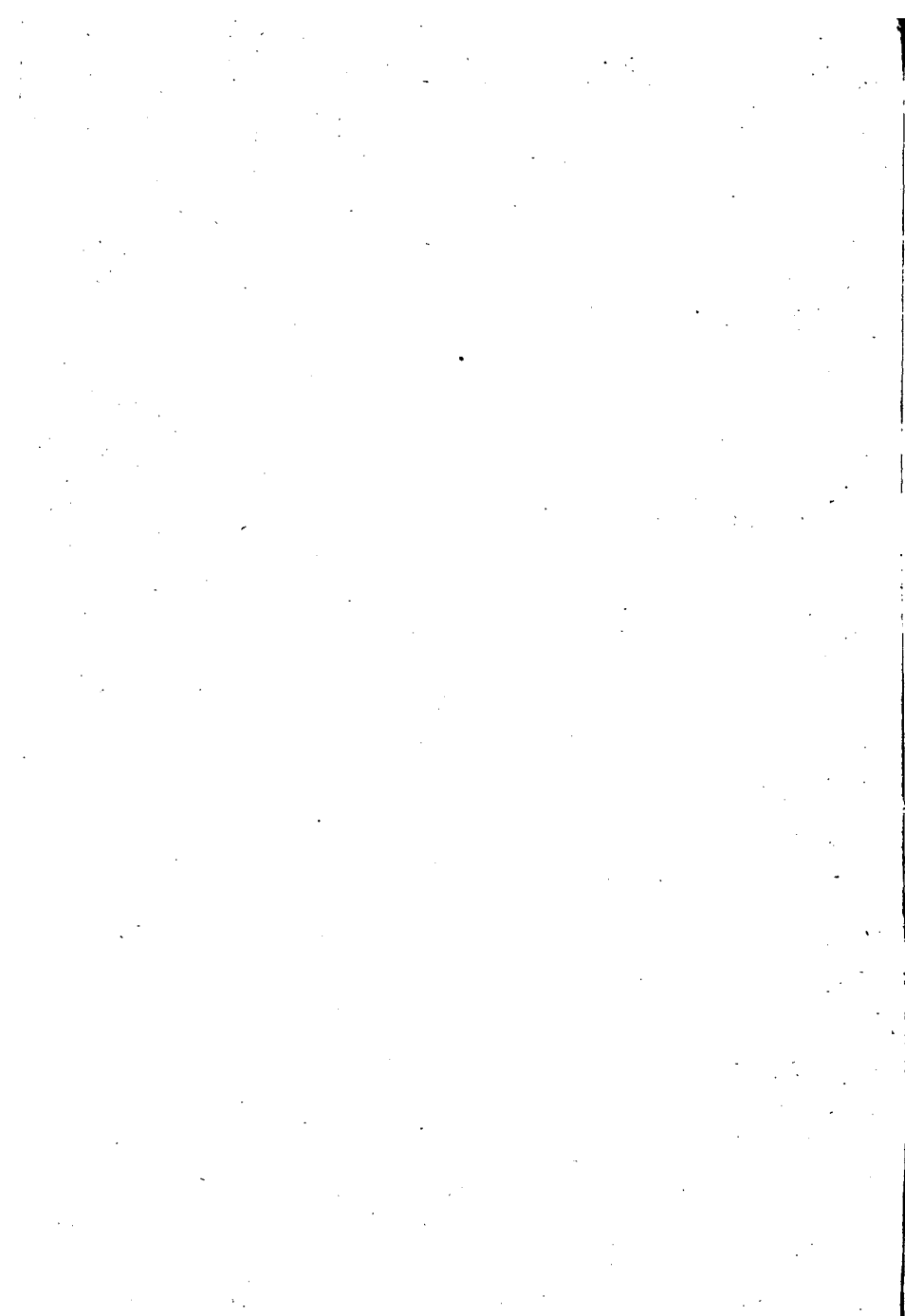
RODOLFO.—Pero, ¿está loca esta gente?... ¡Continuar tocando junto á un muerto!... Mandadles que callen. (*Cesa la música.*) Hablad, señor, si conservais aún el conocimiento. ¿No teneis nada que confiarme? (*Geszler hace un signo con la mano, y observando que no es comprendido lo repite con viveza.*) ¿Dónde debo ir?... ¿Á Kussnacht?... No os comprendo... ¡oh! Resignaos... Dejad de pensar en este mundo... y cuidad de reconciliaros con Dios. (*La comitiva rodea al moribundo sin dar muestra alguna de compasión.*)

STUSSI.—¡Mirad cómo palidece!... Ahora la muerte invade el corazón... Se extingue la luz de sus ojos.

HERMENGARDA.—(*Levantando en brazos á uno de sus*



Muerte de Gessler.



hijos.) Mirad, hijos míos, cómo muere un malvado.

RODOLFO.— ¡Insensatas mujeres! ¿No tenéis corazón, por ventura?... ¿Así os gozáis en tan horrible espectáculo? Ayudadme; acercaos á él... ¿No habrá nadie que quiera arrancar esta flecha de su pecho?

LAS MUJERES.— (*Retrocediendo.*) ¡Tocar nosotras al que Dios ha herido!

RODOLFO.— ¡Caiga sobre vuestras cabezas la maldición eterna! (*Tira de la espada.*)

STUSSI.— (*Deteniéndole.*) No intentéis, señor... se acabó vuestro poder; ha caído el tirano del país y no sufriremos ninguna violencia. ¡Somos libres!

TODOS.— (*En tumulto.*) ¡La comarca es libre!

RODOLFO.— ¡En esto hemos venido á parar! ¿Tan pronto cesaron la obediencia y el temor? (*A los soldados que se acercan.*) Ya veis el horrible suceso que acaba de ocurrir; todo socorro es inútil, y en vano perseguiremos al asesino... Otros cuidados nos reclaman... Vamos á Kussnacht, conservemos para el emperador su fortaleza, porque en este momento se rompieron todos los lazos del deber... y todas las leyes, y no podemos contar con la fidelidad de nadie.

(*Se va seguido de los soldados. Salen seis hermanos de la caridad.*)

HERMENGARDA.— Paso, ¡paso á los hermanos de la caridad!

STUSSI.— Aquí está la víctima; ya bajan los cuervos.

LOS HERMANOS DE LA CARIDAD.— (*Rodean el cadáver y cantan con voz lúgubre.*) La muerte alcanza al hombre en un instante, sin acordar demora. Es derribado en mitad de su carrera; arrebatado en la flor de su vida, y tanto si está pronto, como si no está pronto á partir, le es fuerza comparecer ante su Juez. (*Mientras se repiten las últimas frases, cae el telón.*)



ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Plaza pública en Altdorf. — En el fondo, á la derecha, la fortaleza de Uri con los andamios, como en la tercera escena del primer acto; á la izquierda, la vista de algunas montañas, en cuya cima brillan las fogatas. — Amanece, suenan las campanas en diversos lados.

RUODI, KUONI, WERNI, el CANTERO y muchos otros habitantes; mujeres y niños.

RUODI.



IRAD en aquellas cimas las fogatas.

EL CANTERO. — ¿Oís las campanas que tocan al otro lado del bosque?

RUODI. — Ya han sido expulsados los enemigos.

EL CANTERO. — Y tomadas las fortalezas.

RUODI. — ¿Y sufrimos todavía los habitantes de Uri este castillo en nuestro suelo? ¿Seremos los últimos á declararnos libres?

EL CANTERO. — ¿Y dejaremos subsistir este medio de opresión?... ¡Vaya... á derribarlo!

TODOS. — ¡Abajo!... abajo!... abajo!

RUODI. — ¿Dónde está el pregonero de Uri?

EL PREGONERO. — Ahí estoy... ¿qué se ha de hacer?

RUODI. — Encaramaos á una altura y tocad la trompeta. Resuene con estruendo en las lejanas cavernas, y despierte los ecos de las grutas de granito, convocando á los montañeses. (*El pregonero se va. Sale Walther Furst.*)

WALTHER FURST. — Deteneos... amigos, deteneos; ignoramos todavía lo ocurrido en Unterwald y en Schwyz... Aguardemos el mensaje.

RUODI. — ¿Y por qué aguardar?... Ha muerto el tirano, y ha amanecido el día de la libertad.

EL CANTERO. — ¿Y no son suficiente estos llameantes mensajeros que brillan en torno en las montañas?

RUODI. — ¡Venid, venid, manos á la obra! Hombres y mujeres... ¡derribad estos andamios y las bóvedas y los muros!... ¡No ha de quedar piedra sobre piedra!

EL CANTERO. — Venid, amigos; supimos construir el edificio y sabremos destruirle.

TODOS. — Venid... ¡Destruyámoslo! (*Se precipitan de todos lados sobre el castillo.*)

WALTHER FURST. — Ya están obrando... No he podido detenerlos más. (*Salen Melchthal y Baumgarten.*)

MELCHTHAL. — ¡Cómo! ¿Subsiste todavía esta fortaleza, cuando Sárnen ha sido reducida á cenizas y Rossberg es un monton de escombros?

WALTHER FURST. — ¿Sois vos Melchthal? ¿Nos traéis la libertad?... Decid; ¿el país se ha libertado de sus enemigos?

MELCHTHAL. — (*Abrazándole.*) La patria es libre. En el punto en que os hablo no queda un solo tirano en Suiza: regocijaos, noble anciano.

WALTHER. — ¡Oh! explicadme: ¿cómo os habeis apoderado de la fortaleza?

MELCHTHAL. — Rudenz, con varonil audacia, se ha hecho dueño del castillo de Sárnen, y la noche anterior yo habia asaltado Rossberg. Pero oid lo que ocurrió. Habiamos arrojado los enemigos del castillo,

y acabábamos de incendiarlo con la mayor alegría, viendo cómo se elevaban las llamas hasta el cielo, cuando Diethelm, el criado de Geszler, acude gritando que la dama de Bruneck era víctima del fuego.

WALTHER FURST. — ¡Justo Dios! (*Suena dentro el ruido de los andamios derrumbados.*)

MELCHTHAL. — Era ella, en efecto; la encerraron secretamente en el castillo por orden del gobernador. Rudenz enfurecido se lanza á su encuentro; oíamos derrumbarse ya las vigas y los macizos postes,... los clamores de aquella infeliz llegaban hasta nosotros á través de la humareda.

WALTHER FURST. — ¿Se salvó?

MELCHTHAL. — Era necesario obrar con prontitud y resolución. Si Rudenz fuera sólo un caballero, hubiéramos reparado en el peligro, pero era un aliado, y además Berta honraba mucho al pueblo. Así todos hemos arriesgado la vida con valor, precipitándonos en las llamas.

WALTHER FURST. — ¿Se salvó?

MELCHTHAL. — Sí; se salvó. Rudenz y yo la hemos sacado de en medio de las llamas, mientras crujían y se hundían los techos detrás de nosotros. Apenas salvada y al aire libre, el baron se arrojó en sus brazos, y han jurado en mi presencia su eterna unión, que después de haber resistido á los ardores del incendio, bien puede resistir á todas las pruebas del destino.

WALTHER FURST. — ¿Dónde está Landenberg?

MELCHTHAL. — En los montes de Brunig. No estuvo en mi mano impedir que viva, él, que quitó la vista á mi padre. Corrí tras él, le alcancé, le arrastré á los piés de mi padre, y cuando ya suspendía mi espada sobre su cabeza, imploró la misericordia del ciego anciano, y éste con su piedad le ha salvado la vida. Pero ha jurado salir de este país, y no volver más. Cumplirá su juramento, sin duda; que ya probó la fuerza de nuestro brazo.

WALTHER FURST. — ¡Noble acción la vuestra de no haber empañado con sangre la victoria!

ALGUNOS NIÑOS. — (*Salen corriendo y llevando restos de los andamios.*) ¡Viva la libertad!... ¡Viva la libertad! (*Suena con fuerza la trompeta del pregonero.*)

WALTHER FURST. — ¡Qué algazara!... Estos niños se acordarán de ella todavía, cuando viejos. (*Algunas muchachas salen llevando el sombrero colgado de la percha. El pueblo invade la escena.*)



RUODI. — ¡Mirad!... el sombrero ante el cual debíamos inclinarnos.

WALTHER FURST. — ¡Dios mío!... Debajo de este sombrero colocaron á mi nieto.

VIARIOS. — Destruid este monumento de la tiranía... ¡Al fuego con él!

WALTER FURST. — No, guardémoslo. Debió servir de instrumento de la tiranía; pues bien, sea el eterno emblema de la libertad.

(Los aldeanos, hombres, mujeres y niños, sentados ó en pié entre los escombros del castillo, forman pintorescos grupos.)

MELCHTHAL.— Vednos alegremente en pié, sobre los escombros de la tiranía. Compañeros... hemos cumplido noblemente el juramento que hicimos en Rutli.

WALTHER FURST.— La empresa está comenzada, pero no acabada. Nos será necesario todavía mucho valor y sólida union, porque el rey no tardará en querer vengar la muerte de su baile, creedlo, é intentará traer de nuevo por la fuerza lo que hemos expulsado.

MELCHTHAL.— ¡Ya puede venir él y su ejército! Expulsamos al enemigo interior y no hemos de temer al de fuera.

RUODI.— Pocos son los caminos que dan acceso á este país: cerraremos su entrada con nuestros pechos.

BAUMGARTEN.— Estamos unidos con vínculos eternos y no nos espantan sus tropas.

(*Salen Roesselmann y Stauffacher.*)

ROESSELMANN.— ¡Terribles son los juicios de Dios!

LOS ALDEANOS.— ¿Qué hay?

ROESSELMANN.— ¡En qué tiempos vivimos!

WALTER FURST.— Hablad... ¿qué pasa? Vos aquí, Werner, ¿qué nueva nos traéis?

LOS ALDEANOS.— ¿Qué hay?

ROESSELMANN.— Oid y confundíos.

STAUFFACHER.— Nos hemos libertado de un gran temor.

ROESSELMANN.— El emperador ha sido asesinado.

WALTHER FURST.— ¡Dios de misericordia! (*Los aldeanos se agolpan tumultuariamente en torno de Stauffacher.*)

TODOS.— ¡Asesinado!... ¿El emperador?... Oigamos... ¿el emperador?

MELCHTHAL.— ¡No es posible!... ¿De dónde procede la noticia?

STAUFFACHER.— Es cierta. El emperador Alberto mu-

rió cerca de Brück en manos de un asesino. Un hombre fidedigno, Juan Müller, ha traído la noticia de Schaffhouse.

WALTHER FURST. — ¿Quién ha osado cometer esta horrible acción?

STAUFFACHER. — El nombre del asesino la hace más horrible; su sobrino, el hijo de su hermano, el duque Juan de Suabia ha sido el autor de este asesinato.

MELCHTHAL. — ¿Y qué causa le impulsó á cometer este parricidio?

STAUFFACHER. — El emperador era el depositario de su herencia paterna y la rehusaba á sus impacientes reclamaciones. Hasta se dice si abrigó el designio de acabar este asunto dando á su sobrino una mitra. Sea de ello lo que fuere, el joven príncipe prestó oídos á las criminales sugerencias de algunos de sus compañeros de armas, y puesto que se le negaba lo suyo, resolvió vengarse con ayuda de los señores de Eschenbach, de Tegerfeld, de Wart y de Palm.

WALTHER FURST. — Contadnos cómo ha ocurrido el hecho.

STAUFFACHER. — El emperador se dirigia de Stein á Baden, para regresar á su corte de Rheinfeld acompañado de los príncipes Juan y Leopoldo y numerosa comitiva de grandes señores. Cuando llegó cerca del río Reuss, al sitio donde hay que tomar la barca para atravesarle, los asesinos se embarcaron precipitadamente con él para separarle del resto de la comitiva, y una vez en la otra orilla, en el punto en que pasaba el emperador por un sembrado, junto á las ruinas de una antigua ciudad pagana, y enfrente de la fortaleza de Habsburgo; cuna de su ilustre raza, el duque Juan le dió una puñalada en la garganta, Rodolfo de Parm le atravesó de un lanzazo, y Eschenbach le partió la cabeza. El emperador ha muerto, pues, entre los suyos, degollado por los suyos. Los demas vieron cómo

le mataban desde la opuesta orilla, pero como iba por medio el rio, no pudieron hacer otra cosa que lanzar vanos clamores de dolor. Sólo una pobre mujer habia, sentada al borde del camino... el emperador espiró en sus brazos.

MELCHTHAL.— Así, el insaciable ambicioso no ha hecho más que bajar antes de tiempo á la tumba.

STAUFFACHER.— La comarca está consternada. Se han cerrado todos los caminos y cada canton guarda sus fronteras. Hasta la antigua ciudad de Zurich ha cerrado sus puertas por la primera vez de treinta años acá ; tanto se teme á los asesinos, y más que á ellos á los que quieren vengar el asesinato. Porque la reina de Hungría, la severa Ana, ajena á la blandura de su sexo, se acerca armada de la proscricion, ansiosa de tomar venganza en las familias de los asesinos, en sus criados, en sus hijos, en sus nietos, hasta en las piedras de sus castillos. Ha jurado inmolar sobre la tumba de su padre generaciones enteras, y bañarse en sangre como en agua de rosas.

MELCHTHAL.— ¿ Y se sabe á dónde huyeron los asesinos ?

STAUFFACHER.— Apenas cometido su crimen han tomado diferentes caminos, y se han separado para no encontrarse jamas. El duque Juan irá sin duda errante por las montañas.

WALTHER FURST.— Crimen inútil para ellos ; la venganza no da fruto nunca. Vive de sí misma ; su placer consiste en matar y sólo se sácia con crueldades.

STAUFFACHER.— Verdad que su crimen será inútil para los asesinos, pero nosotros, nosotros recogeremos con inmaculadas manos la rica cosecha de este cruento delito, porque ahora nos vemos libres de un gran temor. Cayó el más poderoso enemigo de nuestra libertad, y algunos creen que el cetro pasará de la casa de Habsburgo á otra familia. El imperio quiere conservar su derecho de eleccion.

WALTHER FURST Y OTROS.—¿Sabeis algo de eso?

STAUFFACHER.—El conde de Luxemburgo es el elegido por gran mayoría de votos.

WALTHER FURST.—¡Bien hicimos en seguir fieles al imperio! Ahora, podremos esperar justicia.

STAUFFACHER.—El nuevo emperador tendrá necesidad de aliados y nos protegerá contra la venganza del Austria. (*Los aldeanos se abrazan mutuamente.*)

EL SACRISTAN.—(*Sale acompañado de un mensajero del imperio.*) Ahí teneis á los dignos jefes del país.

ROESSELMANN Y OTROS.—¿De qué se trata?

EL SACRISTAN.—Este hombre es un mensajero del imperio que trae esta carta.

TODOS.—(*A Walther Furst.*) Abridla y leed.

WALTHER FURST.—(*Lee.*) «A los buenos habitantes de Uri, Schwyz y Unterwald, la reina Isabel, salud y prosperidad.»

VARIOS.—¿Qué quiere la reina? Su reinado acabó.

WALTHER FURST.—«En medio de su inmenso dolor y en la triste viudez en que la deja el sangriento fin de su esposo, la reina ha pensado en la antigua fidelidad y el amor de los cantones suizos.»

MELCHTHAL.—Cuando era feliz, para nada se acordaba de nosotros.

ROESSELMANN.—¡Silencio!... oigamos.

WALTHER FURST.—«Persuadida de que ese pueblo fiel sólo sentirá horror por los malvados autores de tamaño crimen, espera que los tres cantones no darán asilo alguno á los asesinos y que por el contrario coadyuvarán fielmente á la accion de la justicia, recordando el amor y el favor que siempre les ha acordado la casa de Rodolfo.» (*Muestras de desagrado entre los circunstancias.*)

VARIOS.—¡El amor!... ¡el favor!

STAUFFACHER.—Recibimos, en efecto, muestras de cariño del padre; pero ¿qué tenemos que agradecer

al hijo ? ¿ Confirmó nuestros fueros, como habian hecho antes que él los demas emperadores ? ¿ Nos hizo nunca justicia, ni prestó apoyo á la inocencia oprimida ? ¿ Se dignó siquiera oír á los mensajeros de nuestras quejas ? No ; nada hizo ; nos hemos visto obligados á acudir al propio valor para reconquistar nuestros derechos. ¡ No le movian nuestras penas !... ¿ Por qué pues la gratitud ?... No fué por cierto la gratitud lo que sembró en nuestros valles. Desde su encumbrado asiento pudo ser el padre de sus pueblos, y sólo se ocupó de su familia. Llórenle, pues, los que le deben su fortuna.

WALTHER FURST.—No nos alegramos de su pérdida, ni recordamos los males sufridos ; felizmente han pasado. Pero vengar la muerte de un soberano al que no debemos ningun beneficio ; perseguir á los que no nos hicieron ningun mal, esto ni nos conviene, ni puede convenirnos en manera alguna. Esto seria de nuestra parte, voluntaria prueba de afecto, porque la muerte ha roto todas las cadenas. Ningun deber tenemos que cumplir para con él.

MELCHTHAL.—Ya puede la reina llorar en su retiro, y acusar al cielo en la vehemencia de su dolor. Ahí tenéis en cambio un pueblo que le da gracias, libre de sus pasadas angustias. ¡ Quien desea merecer consuelo, debe tratar á los demas con amor !

(*El mensajero se va.*)

STAUFFACHER.—(*Al pueblo.*) ¿ Dónde está Tell ?... El fundador de nuestra libertad será el único que falte ? A él se debe la grande obra, y él fué el que más ha sufrido. Venid ; vamos á buscarle á su casa, y á salvar al libertador de todos. (*Se van.*)

ESCENA II.

La entrada de la casa de Tell.— Arde el hogar. — La puerta principal está abierta.

HEDWIGIA, WALTHER y GUILLERMO.

HEDWIGIA.— Vuestro padre torna á nuestros brazos, hijos míos; vive, es libre, todos somos libres, y él ha sido quien dió libertad á ese país.

WALTHER.— Y yo también, madre; yo también tengo mi parte en eso, y muchos pronunciarán mi nombre. Me ví expuesto á morir de un flechazo de mi padre y no temblé.

HEDWIGIA.— (*Abrazándole.*) Sí, me has sido devuelto. Dos veces te me dió el cielo, dos veces sufrí los dolores del parto. Ahora todo acabó, y os tengo á los dos, ... á los dos, ... y vuestro querido padre vuelve. (*Se presenta un monje en el umbral de la puerta.*)

GUILLERMO.— Mira, madre, mira; un fraile que viene á pedirnos limosna.

HEDWIGIA.— Decidle que entre para darle algo, y verá que se halla en la casa de la dicha. (*Se va y vuelve luego con un vaso.*)

GUILLERMO.— (*Al monje.*) Entrad, buen hombre, mi madre quiere daros algo para refrescar.

WALTHER.— Entrad á descansar, y luego saldreis de aquí con nuevas fuerzas.

EL MONJE.— (*Con las facciones descompuestas y espantados ojos.*) ¿Dónde estoy? Decidme... ¿en qué país estoy!...

WALTHER.— ¿Os habreis perdido... no sabeis dónde estais?... Pues estais en Burglen, en el canton de Uri, en el camino del valle de Schaechent.

EL MONJE.— (*A Hedwigia que vuelve.*) ¿Estais sola?... ¿No se halla en casa vuestro marido?

HEDWIGIA. — Le aguardo en este momento... ¿ Pero qué teneis?... Vuestro semblante no me parece de muy buen augurio... Quienquiera que seais estais necesitado; tomad. (*Le ofrece el vaso.*)

EL MONJE. — Aunque sediento, nada tomaré antes que me digais...

HEDWIGIA. — No me toqueis la ropa, no os acerqueis... Seguid á distancia si he de escucharos.

EL MONJE. — Por este fuego que brilla en el hogar... por vuestros caro hijos que abrazo... (*Toma á los niños.*)

HEDWIGIA. — ¿ Qué os proponéis, buen hombre?... Dejad á mis hijos, sin duda no sois un religioso, no, no lo sois... Este hábito es símbolo de paz, y no reina la paz en vuestro semblante.

EL MONJE. — ¡ Soy el hombre más desgraciado de la tierra!

HEDWIGIA. — La voz de los desgraciados llega al alma, pero vuestra mirada hiela mi sangre.

WALTHER. — (*Dando un brinco.*) ¡ Madre!... padre está aquí... (*Se va corriendo.*)

HEDWIGIA. — ¡ Oh! ¡ Dios mio! (*Intenta correr á su encuentro, pero tiembla y se detiene.*)

GUILLERMO. — (*Corriendo hácia dentro.*) ¡ Padre!

WALTHER. — (*Dentro.*) ¿ Ya de vuelta?

GUILLERMO. — (*Dentro.*) ¡ Padre, mi querido padre!

TELL. — (*Dentro.*) Ahí me teneis... ¿ Y vuestra madre? (*Salen.*)

WALTHER. — Ahí está... en el umbral sin dar un paso, temblando de emocion y alegría.

TELL. — ¡ Oh! Hedwigia, Hedwigia, madre de mis hijos... Dios vino en nuestro socorro... De hoy más ningun tirano podrá separarnos.

HEDWIGIA. — (*Arrojándose en sus brazos.*) ¡ Oh! ¡ Tell, Tell, qué angustias he sufrido por ti! (*El monje escucha con atencion.*)

TELL. — Olvídalas ahora y regocíjate ; ya me teneis de vuelta. Ya estoy en mi casa... entre los míos.

GUILLERMO. — ¿ Dónde está la ballesta , padre ?... no la veo.

TELL. — Ni has de verla jamas ; la depuse en sagrado ; ya no cazaré más con ella.

HEDWIGIA. — ¡ Tell ! ¡ Tell ! (*Retrocede y suelta la mano.*)

TELL. — ¡ Qué te asusta aún... esposa mía !

HEDWIGIA. — ¡ Qué !... qué... ya estás de vuelta... esta mano... puedo estrecharla... esta mano... ¡ Oh ! ¡ Dios !

TELL. — (*Con ternura y energía.*) Esta mano os ha defendido y ha salvado al país... Puedo levantarla libremente al cielo. (*El monje parece vivamente conmovido. Tell repara en él.*) ¿ Quién es este religioso ?

HEDWIGIA. — ¡ Ah !... le habia olvidado. Háblale... me dá miedo.

EL MONJE. — (*Se acerca.*) ¿ Sois Tell , cuya mano dió muerte al gobernador ?

TELL. — Sí , yo soy ; no he de negarlo á nadie.

EL MONJE. — ¡ Sois Tell !... ¡ Ah ! la mano de Dios me trajo á vuestra casa.

TELL. — (*Fijando en él su mirada.*) Vos no sois un religioso... ¿ Quién sois vos ?

EL MONJE. — Disteis muerte al gobernador , que os habia tratado con crueldad ; yo maté á mi enemigo que me rehusaba mis derechos... Era á la vez vuestro enemigo , y el mio... Y liberté á la comarca de su presencia.

TELL. — (*Retrocediendo.*)... Vos sois... ¡ Oh ! ¡ es horrible !... hijos , salid , vé... esposa mía... vé... ¡ Desdichado !... seriais...

HEDWIGIA. — ¡ Dios mio !... ¿ Quién es ?

TELL. — No quieras saberlo... Vé , vé , tus hijos no deben saberlo... sal de casa... vé... no puedes estar bajo el mismo techo que este hombre.

HEDWIGIA. — ¡ Oh!... ¡ desgracia!... ¿ qué es esto?... Venid. *(Se va con sus hijos.)*

TELL. — *(Al monje.)* ¿ Sois el duque de Austria? Lo sois: ¿ habeis dado muerte al emperador vuestro tío y vuestro soberano?

JUAN EL PARRICIDA. — Me habia robado mi herencia.

TELL. — ¡ Matar á vuestro tío, á vuestro emperador! ¡ Y la tierra os soporta! ¿ Y el sol os alumbra todavía?

EL PARRICIDA. — Tell, oidme antes de...

TELL. — ¿ Y manchado aún con la sangre de tu padre, con la sangre de tu emperador, te atreves á entrar en esta casa, y á presentarte delante de un hombre honrado, reclamando su hospitalidad?...

EL PARRICIDA. — Esperaba que os compadeceriais de mí, porque tambien vos os vengasteis de vuestro enemigo.

TELL. — ¡ Desdichado! ¿ osas comparar el crimen de la ambicion, con la justa defensa de un padre? ¿ Tenias que defender acaso la preciosa vida de tus hijos? ¿ proteger el santuario de tu hogar? ¿ preservar á los tuyos de la más tremenda catástrofe?... Elevo al cielo mis puras manos, y te maldigo á ti, y á tu crimen... Yo vengué los derechos sagrados de la naturaleza; tú los profanaste. Nada hay de comun entre ambos;... yo he defendido cuanto me era más caro, y tú has asesinado.

EL PARRICIDA. — No tengo consuelo alguno, ni una esperanza, ¿ y me rechazais?

TELL. — Me siento penetrado de terror, al hablarte. Vete; prosigue tu horrible camino, no manches esta tranquila casa, morada de la inocencia.

EL PARRICIDA. — *(Se dirige hácia la puerta.)* ¡ No puedo más... quiero morir!

TELL. — ¡ Y aún me mueves á compasion!... ¡ Dios mio! tan jóven, de tan ilustre prosapia, ... el nieto de Rodolfo, de mi emperador, de mi soberano... perse-

guido por asesino, está allí, en el dintel de mi puerta, en mi pobre dintel,... suplicante.... desesperado...

(*Vuelve el rostro.*)

EL PARRICIDA. — ¡ Ah!... ¡ si pudierais llorar!... Mué-vaos mi suerte... es espantosa. Soy príncipe , lo era, pude ser feliz, si hubiese reprimido la impaciencia de mis deseos. Pero la envidia me roía el corazón... Veía á mi jóven primo Leopoldo, henchido de honores, elevado á la realeza, y yo, jóven como él, seguía retenido en servil menor edad.

TELL. — ¡ Desdichado! Bien te conocia tu tío , cuando te rehusaba tu herencia y tus vasallos. Con tu pronta, feroz , insensata accion , tú mismo justificaste su prudencia. ¿ Dónde están los cómplices de tu crimen ?

EL PARRICIDA. — Donde quisieron arrastrarles las furias vengativas. Desde el atentado , no he vuelto á verles.

TELL. — ¿ Sabes que pesa sobre tí la proscripcion?... ¿ que nadie puede darte asilo?... ¿ que debes ser tratado como enemigo , en donde quiera que vayas ?

EL PARRICIDA. — Por esto me alejo de los caminos frecuentados , y no me atrevo á llamar á ninguna puerta. Dirijo mis pasos hácia el desierto, llevando mi propio terror á traves de los montes , y si alguna vez veo reflejarse mi imágen en el cristal de una corriente, retrocedo ante ella con espanto. ¡ Oh!... si os moviera á lástima... á piedad... (*Se arrodilla á sus plantas.*)

TELL. — (*Volviendo el rostro.*) Alzad... alzad.

EL PARRICIDA. — No será, sin que me hayais tendido la mano piadosa...

TELL. — ¿ Y acaso puedo socorremos? ¿ Qué puede hacer un pobre mortal? Pero... alzad... Por atroz que sea vuestro crimen, sois hombre, sois mi prójimo... Nadie saldrá de la casa de Tell sin algun consuelo. Cuánto pueda hacer, lo haré.

EL PARRICIDA. — (*Se levanta y le toma la mano con viveza.*) ¡ Oh, Tell! ¡ salvais mi alma de la desesperacion!

TELL. — Soltad y salid de aqui, porque aqui no podeis quedaros sin ser descubierto, y si lo fuereis no podriais contar con mi apoyo... ¿ Á dónde pensais ir?... ¿ Dónde esperais hallar reposo?



EL PARRICIDA. — ¿ Lo sé yo por ventura, triste de mí?

TELL. — Oid lo que Dios me inspira. Es fuerza que vayais á Italia, á la ciudad de San Pedro. Postraos á los piés del papa, confesad vuestro crimen, y salvad vuestra alma.

EL PARRICIDA. — ¿ Y no me entregará á mis perseguidores?

TELL. — Haga lo que quiera, someteos á la voluntad de Dios.

EL PARRICIDA.—¿Y cómo llegar á este país desconocido para mí? Ignoro el camino, y no me atreveré á juntarme con los viajeros.

TELL.—Voy á indicároslo. Estadme atento; ascendereis el curso del rio Reuss, que se precipita con ímpetu de lo alto de agrestes montañas.

EL PARRICIDA.—¿Volveré á ver el rio?... en su orilla cometí mi crimen.

TELL.—El camino bordea el abismo, y encontrareis en él gran número de cruces plantadas en memoria de los pobres viajeros sepultados bajo la nieve.

EL PARRICIDA.—¡Qué habian de importarme los horrores de la naturaleza, si pudiera dominar los inmensos padecimientos del alma!

TELL.—Arrodillaos delante de cada una de estas cruces, y expiad vuestro crimen con las lágrimas del arrepentimiento; si conseguis atravesar felizmente este camino, sin ser combatido del huracan que reina en aquellas montañas, llegareis por fin al puente; y si este no se hunde al peso de vuestro crimen, y pasais por él saño y salvo, entonces hallareis una lúgubre abertura entre los peñascos, donde nunca penetró la luz. Atravesadla, os conducirá á un hermoso y sonriente valle. Cruzadlo con paso veloz, que no habeis de deteneros en los lugares donde se disfruta de tranquilidad.

EL PARRICIDA.—¡Oh! ¡Rodolfo, Rodolfo!... mi real abuelo... así atraviesa el imperio tu nieto...

TELL.—Ascendiendo siempre, llegareis á la cima del San-Gotardo, donde dos lagos se alimentan perpetuamente de las aguas del cielo. Allí dejareis la tierra alemana, y el sonriente curso de otro rio os conducirá á Italia, término de vuestro viaje. (*Suenan las trompas y el canto pastoril.*) Oigo voces... Salid.

HEDWIGIA.—(*Acudiendo.*) ¿Dónde estás, Tell? Mi padre, y la alegre turba de confederados que llegan...

EL PARRICIDA.—¡ Desdichado de mí !... No puedo detenerme entre los hombres felices...

TELL.—Vé, esposa mía; dá á ese hombre cuanto necesite para reparar sus fuerzas... cárgale de provisiones... porque es largo su viaje y no ha de hallar posada en su camino. Vé... dáte prisa... Ya llegan.

HEDWIGIA.—¿ Quién es ?

TELL.—No lo preguntes; cuando parta, vuelve la cara para no ver el camino que toma.

(EL PARRICIDA se acerca á TELL conmovido. Éste le hace una seña con la mano, y ambos se van por diverso lado. Mutacion.)

ESCENA III.

El fondo del valle delante de la casa de TELL; cerca de allí, una ladera ocupada por pintoresca multitud. Parte de ella pasa por una palanca que conduce á Schaechent. WALTHER FURST se adelanta con los dos niños MELCHTHAL, STAUFFACHER y algunos más. En el punto en que sale TELL, es acogido con vivas demostraciones de júbilo.

TODOS.—¡ Viva Tell el cazador, el libertador !

(Mientras los de primer término se agolpan al rededor de TELL y le abrazan, salen RUDENZ que abraza á los aldeanos, y BERTA que abraza á HEDWIGIA. La música de la montaña acompaña esta escena muda. Un momento despues, BERTA se adelanta en medio del pueblo.)

BERTA.— Amigos y confederados, admitid en vuestra alianza á la afortunada mujer que fué la primera que halló auxilio en la tierra de la libertad. Fio mis derechos á vuestro robusto brazo, ¿quereis protegerme como vuestra ciudadana ?

LOS ALDEANOS.— Sí; os asistiremos con nuestros bienes y nuestra sangre.

BERTA.— Pues bien; doy mi mano á este mancebo. La libre ciudadana suiza va á ser esposa de un hombre libre.

RUDENZ.— Y yo doy la libertad á mis siervos.

(Se repite la música. Cae el telon.)



Acclamacion de Guillermo Tell.



MARÍA ESTUARDO.

TRAGEDIA.

Con dibujos de *A. Liezen Mayer* y *Eugenio Klimsch*, grabados
en boj por *R. Brend'amour* y *H. Kaeseberg*.

PERSONAS.

- ISABEL , reina de Inglaterra.
- MARIA ESTUARDO , reina de Escocia prisionera en Inglaterra.
- ROBERTO DUDLEY , conde de Leicester.
- JORGE TALBOT , conde de Shrewsbury.
- GUILLERMO CECIL , baron de Burleigh , gran tesorero.
- EL CONDE DE KENT.
- GUILLERMO DAVISON , secretario de Estado.
- AMIAS PAULETO , caballero , carcelero de María.
- MORTIMER , su sobrino.
- EL CONDE DE L'AUBESPINE , embajador de Francia.
- EL CONDE DE BELLIÈVRE , enviado extraordinario de Francia.
- OKELLY , amigo de Mortimer.
- DRUGEON DRURY , segundo carcelero de María.
- MELVIL , mayordomo de la casa de María.
- BURGOYN , su médico.
- ANA KENNEDY , su nodriza.
- MARGARITA KURL , su camarera.
- El Sherif del condado.
- Un oficial de guardias de Corps.
- Caballeros franceses é ingleses.—Guardias.—Criados de la Reina de Inglaterra.—Hombres y mujeres al servicio de la Reina de Escocia.



ACTO I.

[Una sala del castillo de Fotheringhay.

ESCENA PRIMERA.

ANA KENNEDY, nodriza de la Reina de Escocia, disputando con viveza con PAULETO, que se empeña en abrir un armario. — DRUGEON DRURY, con una palanqueta de hierro.

ANA.



Ué haceis, sir? ¡Qué nueva indignidad!...
Dejad este armario.

PAULETO. — ¿De dónde proceden estas joyas arrojadas del piso superior para seducir al jardinero? ¡Maldita sea la astucia mujeril! Á pesar de mi vigilancia y mis atentas investigaciones, todavía encuentro objetos preciosos y tesoros escondidos. (*Echa abajo las puertas del armario.*) Sin duda, hay otros aqui.

ANA. — Retiraos, temerario. Aqui se guardan los secretos de mi señora.

PAULETO. — Que es precisamente lo que busco.

(*Saca algunos papeles.*)

ANA. — Papeles insignificantes, ejercicios de escritura para hacer más llevadero el triste ocio de la prision.

PAULETO. — En el ocio, suele tentarnos el enemigo malo.

ANA. — Son escritos en frances.

PAULETO. — Peor que peor ; esta es la lengua de nuestros enemigos.

ANA. — Estos son borradores de cartas á la Reina de Inglaterra.

PAULETO. — Yo se los remitiré : ¿ pero qué veo brillar aqui ? (*Aprieta un resorte secreto y saca una joya de un cajoncito oculto.*) ¡ Una diadema real con piedras preciosas y adornada con las flores de lis de Francia ! (*La entrega á su segundo.*) Júntala á los demas objetos, Drury , y guárdala. (*Drury se va.*)



ANA. — ¡ Tan afrentosa violencia se nos fuerza á soportar !

PAULETO. — Mientras algo posea , algo podrá hacer en nuestro daño , porque todo se convierte en arma en sus manos.

ANA. — Sed compasivo para con ella , sir , y no le arranqueis el último ornato de su existencia. La desgraciada se regocija aún de cuando en cuando á la vista de las insignias de su antiguo poder , pues cuanto tenia se lo habeis arrebatado.

PAULETO. — Se halla en buenas manos, y os será devuelto á su tiempo.

ANA. — ¿Quién diría, al aspecto de estos muros, que aquí vive una reina?... ¿Dónde se halla el dosel, que la cobijó en su trono? ¿Cómo su delicado pié, habituado á hollar blandos tapices, podrá acostumbrarse al duro suelo? Se le sirve á la mesa con grosera vajilla de estaño, que desdeñaría la más humilde esposa del último gentil-hombre.

PAULETO. — Así trataba ella á su marido en Sterlyn, mientras bebía en copas de oro en los brazos de su amante.

ANA. — ¡Ni un espejo tenemos siquiera!

PAULETO. — Mientras le sea dado contemplar su vana imagen, abrigará en su pecho esperanza y osadía.

ANA. — Ni un libro para entretenerse.

PAULETO. — Le hemos dejado la Biblia, para corregir su corazón.

ANA. — ¡Hasta el laud le habeis quitado!

PAULETO. — ¡Cómo se servía de él, para entonar canciones amorosas!

ANA. — ¿Esta es la suerte que reservais á quien fué educada con delicadeza, reina desde su cuna, crecida entre los placeres de la corte brillante de los Médicis? ¿No basta haberle arrebatado su poder, y hay que envidiarle sus humildes pasatiempos? En la desgracia, los nobles corazones vuelven al recto camino, pero es siempre muy triste hallarse privado de las menores comodidades de la vida.

PAULETO. — Sólo sabeis convertir su corazón hacia la vanidad, cuando debiera ponerse sobre sí y arrepentirse; la voluptuosidad y el desorden se expian con las privaciones y la humillacion.

ANA. — Si cometió alguna flaqueza en su juventud, sólo á Dios y á su alma debe dar cuenta de ella. No existe en Inglaterra quien pueda juzgarla.

PAULETO. — Pues se la juzgará en los mismos lugares en que fué culpable.

ANA. — ¡Culpable!... ¡Si sólo ha vivido aquí entre cadenas!

PAULETO. — Y sin embargo, entre cadenas tiende aún la mano al mundo, agita la tea de las discordias civiles, y arma contra nuestra Reina, que Dios proteja, cuadrillas de asesinos. ¿Por ventura, desde esta su cárcel, no impelió al execrable regicidio, á Parry y á Babington? ¿Fueron obstáculo los hierros de esta verja, á que sedujera el noble corazón de Norfolk? Por ella cayó bajo el hacha del verdugo la mejor cabeza del reino, sin que este deplorable ejemplo atemorizara á los insensatos que se disputaban el honor de precipitarse en el abismo por ella. Levántase sin cesar el cadalso para las nuevas víctimas que se sacrifican por ella. Y esto no tendrá fin, hasta que ella sea también castigada, ella, la más culpable de todos. ¡Oh! Maldito sea el día en que la hospitalaria costa de nuestra isla recibió á esta nueva Helena.

ANA. — ¿Y qué hospitalidad ha recibido en la isla? ¡Desgraciada! Apenas llegó á este país, desterrada é implorando el auxilio de su parienta Isabel, fué detenida contra el derecho de gentes y la dignidad real; y en un calabozo, entre lágrimas, se consumen los mejores años de su juventud. Y ahora, después de haber sufrido cuantas amarguras trae consigo la prisión, vedla obligada á comparecer ante un tribunal, como un criminal vulgar, vilmente acusada de un crimen de Estado... ella... una reina!

PAULETO. — Llegó á estas comarcas, perseguida de su pueblo, por homicida, arrojada de su trono que manchó con horribles acciones; llegó aquí, después de haber conspirado contra la felicidad de Inglaterra, aspirando á renovar el sangriento reinado de la española María, á convertirnos al catolicismo, á entregar-

nos á los franceses. ¿Por qué se negó á firmar el tratado de Edimburgo, y abdicar con él sus pretensiones al trono inglés y abrirse con un rasgo de pluma las puertas de la prision? Prefirió seguir prisionera y expuesta á malos tratos, antes que renunciar al vano esplendor de un título. ¿Por qué ha obrado así? Porque espera conquistar, con sus astucias y culpables conspiraciones y artificios, á Inglaterra entera, desde el fondo de su calabozo.

ANA.— Os mofais, sir Pauleto; á la crueldad añadís la amarga ironía. ¿Cómo alimentará semejantes sueños, ella, sepultada en vida entre estas paredes, sin que llegue á sus oídos ni una sola frase de consuelo, de su cara patria? Ella, que de mucho tiempo no vió otra figura humana que el sombrío rostro de su guardian, y desde que vuestro arisco pariente se encargó de custodiarla, ha visto aumentarse los cerrojos.

PAULETO.— Ninguno de ellos basta á defendernos de sus astucias. Ignoro siempre, si durante mi sueño ligan los hierros de sus ventanas; si este suelo, estos muros sólidos al parecer, están minados para dar paso á la traicion. ¡Maldito cargo el mio! ¡Custodiar á esta mujer hipócrita, que cavila sin cesar funestos proyectos! El terror me arroja á veces del lecho; durante la noche, vago como alma en pena, para asegurarme de la resistencia de los cerrojos, ó de la fidelidad de mis guardias; despierto cada día, sobresaltado, creyendo realizados mis temores. Pero por fortuna, espero que esto acabará pronto. Preferiria velar á las puertas del infierno custodiando á una turba de condenados, á ser el guardian de esta Reina artificiosa.

ANA.— Ella sale.

PAULETO.— Con el crucifijo en la mano, y el orgullo y la lascivia en el corazon.

ESCENA II.

MARÍA, cubierta con un velo, y un crucifijo en la mano.—Dichos.

ANA.—(*Yendo á su encuentro.*) ¡Oh, Reina! nos pisotean; la tiranía y crueldad con que nos tratan no tienen límites, y cada día viene á acumular sobre vuestra real cabeza nuevos ultrajes, nuevos padecimientos.

MARÍA.—Cálmate, y dime qué ha pasado de nuevo.

ANA.—Ved, han forzado este armario, nos han quitado vuestros papeles, el último tesoro salvado con tantos esfuerzos, y el último resto de vuestros adornos nupciales de Francia; estais completamente despojada... nada os queda de vuestra dignidad real.

MARÍA.—Tranquilízate, Ana; mi dignidad real no consiste en estas niñerías. Pueden tratarnos con vileza, nunca envilecernos. He aprendido á sufrir en Inglaterra, y puedo soportar lo que me dices. Sir, os habeis apoderado con violencia de lo que precisamente queria hoy mismo entregaros; una carta hay entre mis papeles, destinada á mi real hermana de Inglaterra; os suplico que me deis palabra de remitirla fielmente á sus propias manos, y no al pérfido Burleigh.

PAULETO.—Pensaré lo que debo hacer.

MARÍA.—Puedo revelaros su contenido, Pauleto. Pido en ella un gran favor; una entrevista con la Reina en persona, á quien no he visto jamas. Se me ha obligado á comparecer ante un tribunal de hombres que no conozco por iguales míos, y no me resigno á comparecer ante ellos. Isabel es de mi familia,... igual á mí en jerarquía,... de mi sexo. Como hermana, como reina, como mujer, sólo en ella puedo poner mi confianza.

PAULETO.—Señora, con harta frecuencia habeis con-

fiado el honor á hombres que eran menos dignos de vuestra estimacion.

MARÍA.— Pido ademas una segunda gracia, que seria inhumano rehusarme. De mucho tiempo acá, me veo privada en este calabozo de los consuelos de mi religion y del beneficio de los sacramentos. Quien me arrebató la corona y la libertad, quien amenaza hasta mi existencia, no querrá cerrarme las puertas del cielo.

PAULETO.— El capellan del castillo atenderá vuestras súplicas.

MARÍA.— (*Interrumpiéndole con viveza.*) Nada quiero de él; yo quiero un sacerdote de mi religion. Quisiera tambien á mi servicio un escribano, un notario á quien dictar mi testamento. Minan mi vida el pesar y los prolongados padecimientos, y temo que mis días están contados; me contemplo á mi misma como á una agonizante.

PAULETO.— Hacedis bien; estas son ideas adecuadas á vuestra situacion.

MARÍA.— ¡Quién sabe si una mano rápida acelerará la obra lenta de la pena!... Quiero hacer mi testamento y disponer de cuanto poseo.

PAULETO.— Podeis hacerlo; la Reina de Inglaterra no quiere enriquecerse con vuestros despojos.

MARÍA.— Me han separado de mis camareras, de mis criados... ¿dónde están? ¿cuál es su suerte? Puedo prescindir de sus servicios, pero necesito saber para mi tranquilidad, que mis fieles servidores no padecen, no sufren privaciones.

PAULETO.— Hemos cuidado de ellos. (*Hace que se va.*)

MARÍA.— ¿Os vais, sir? ¿Me abandonais de nuevo, sin aliviar de los tormentos de la duda á mi inquieto y amedrentado corazon? Estoy separada del mundo entero; gracias á la vigilancia de vuestros espías, ninguna noticia llega hasta mí á traves de los muros de mi cárcel; mi suerte se halla en manos

de mis enemigos. Ha trascurrido lenta y penosamente todo un mes, desde el día en que mis cuarenta jueces vinieron á sorprenderme en este castillo y se constituyeron con inconveniente precipitacion en tribunal. Sin preparacion ninguna, sin abogado que me defendiera, contra toda regla de justicia, fui llamada á responder á severas y artificiosas acusaciones, sorprendida y turbada como me hallaba, sin haber tenido siquiera tiempo para poner en orden mis recuerdos. Entraron aquí como fantasmas y desaparecieron del mismo modo. Desde entonces, todo ha enmudecido para mí. En vano intento leer en vuestra mirada si ha prevalecido mi inocencia y el celo de mis amigos, ó los malvados consejos de mis enemigos. Romped en fin vuestro silencio; decidme qué debo temer ó qué debo esperar.

PAULETO.— (*Pausa.*) Arreglad vuestras cuentas con Dios.

MARÍA.— Confío en su misericordia, y cuento con la rigurosa justicia de mis jueces de la tierra.

PAULETO.— Se os hará justicia, no lo dudeis.

MARÍA.— ¿Ha terminado mi proceso?

PAULETO.— Lo ignoro.

MARÍA.— ¿He sido condenada?

PAULETO.— Lo ignoro, señora.

MARÍA.— Aquí gustan de obrar con rapidez. ¿Se presentarán de improviso los verdugos como los jueces?

PAULETO.— Figuraos siempre que así será y os hallarán en mejores disposiciones.

MARÍA.— Nada puede sorprenderme; me figuro qué sentencia puede pronunciar el tribunal de Westminster, gobernado por el odio de Burleigh y los esfuerzos de Hatton. Sé también de qué es capaz la Reina de Inglaterra.

PAULETO.— Los soberanos de Inglaterra sólo respetan su conciencia y su Parlamento. El fallo de la justicia se ejecutará sin temor, á la faz del mundo.

ESCENA III.

Dichos.— Sale MORTIMER, sobrino de Pauleto, y sin hacer caso de la Reina, se acerca á su tío.

MORTIMER. — Tío, os llaman. (*Se retira como salió.*)

(La Reina le mira manifestando desagrado y se dirige á Pauleto que se va.)

MARIA. — Pauleto... otra súplica. Cuando tengais algo que decirme... de vos puedo soportar muchas cosas, porque respeto vuestras canas, pero no me siento con fuerzas para sufrir la insolencia de este jóven; os suplico que me eviteis el espectáculo de sus groseros modales.

PAULETO. — Precisamente lo que en él os repugna, le da precio á mis ojos; no es por cierto uno de aquellos hombres débiles é insensatos, á quienes enternecen las mentidas lágrimas de una mujer. Ha viajado mucho; llega de Paris y de Reims, pero su corazón ha permanecido fiel á la vieja Inglaterra. Todos vuestros artificios serán vanos con él. (*Vase.*)

ESCENA IV.

MARIA. — ANA KENNEDY.

ANA. — ¿Cómo se atreve á hablaros así ese grosero? ¡Oh! ¡esto es cruel!...

MARIA. — (*Abismada en sus reflexiones.*) En los dias de esplendor, prestamos el oído complaciente á la lisonja; justo es que ahora, mi buena Kennedy, soportemos la voz austera de la reprobación.

ANA. — ¡Cómo se muestra hoy tan humilde y resignada la señora... antes tan alegre! ¡Si me consolabais

á mí, y antes hube de reprocharos la indiferencia que el abatimiento!

MARIA. — ¡ Ah ! la reconozco... la sombra ensangrentada de Darnley que deja irritada la tumba para turbar mi reposo, hasta colmar la medida de mis tormentos.

ANA. — ¡ Oh !... ¡ qué ocurrencias !

MARIA. — Tú lo has olvidado, Ana, pero mi memoria es más fiel. Hoy es el aniversario de esta fatal acción y lo solemnizo con el ayuno y el arrepentimiento.

ANA. — Dejad en paz este funesto recuerdo ; harto habeis expiado esta acción con tantos años de arrepentimiento, y tantas pruebas á que os sujetó la desgracia. La Iglesia que por cada falta tiene una absolución, la Iglesia y el cielo os han perdonado.

MARIA. — A pesar de este perdón, alcanzado tanto tiempo há, esta falta surge todavía de la entreabierta tumba, con manchas de sangre, que se diría reciente. Ni el son de la campana, ni la mano poderosa del sacerdote, pueden hundir en la huesa la sombra de un esposo pidiendo venganza.

ANA. — No fuisteis vos quien le mató ; otros son los autores de este crimen.

MARIA. — Pero yo sabia que iba á cometerse y dejé que se cometiera ; yo le atraía con suaves palabras hácia el lazo donde debia hallar la muerte.

ANA. — Los pocos años os disculpan. Erais tan niña...

MARIA. — Tan niña, y apenas empezaba, echaba sobre mi vida el peso de un crimen.

ANA. — ¡ Apuré de tal modo vuestra paciencia este hombre con sus sangrientas injurias, y su conducta insolente ! él, sacado de la nada como por divina mano, traído por vos á vuestro lecho nupcial, al pié del trono ; él, á quien prodigasteis vuestros hechizos, á quien disteis vuestra corona. ¿ Podia olvidar que debia á la generosidad de tal amor su brillante carrera ? ¡ Pues lo

olvidó... el indigno! Os ultrajó con sospechas injuriosas, ofendió vuestra delicadeza con sus groseros modales; se hizo insoportable. Desvanecido el encanto que os habia fascinado, os vimos huyendo colérica de los brazos del infame, y librarle al desprecio. ¿ Intentó por ventura reconquistar vuestro favor? ¿ Os pidió perdon? ¿ Se arrojó arrepentido á vuestras plantas con propósito de enmienda? ¡ Ah! ¡ no... cruel! Por el contrario, ... desafió vuestro poder, y quien fué vuestra hechura, ... ¡ pretendia ser tenido por soberano! Hizo matar en vuestra propia presencia al hermoso trovador Riccio... ¡ Ah!... no hicisteis más que vengar con su sangre este horrible crimen.

▷ MARIA. — Y será vengado á su vez con sangrienta condenacion. Cuando pretendes consolarme, pronuncias mi sentencia.

ANA. — Ocurrió el hecho, en época que no erais dueña de vos. Y el delirio y ceguera de la pasion os hizo esclava de un terrible seductor, el desgraciado Bothwel. Su arrogante voluntad os dominó con el terror; extravió vuestra mente con filtros mágicos é infernales artificios.

MARIA. — No hubo otra magia que su firme voluntad y mi flaqueza.

ANA. — No, repito; llamó en su auxilio al espíritu de perdicion y cogió en sus redes vuestra alma inocente. Sorda á los consejos de la amistad, olvidada de los preceptos del decoro, abjurasteis la púdica reserva, y en aquel rostro, que veló hasta entonces casto rubor, llameaba el fuego de las pasiones. Arrojasteis el manto del misterio; así triunfaba de la timidez la insolente lascivia de un hombre; así con altiva frente disteis vuestra deshonor en espectáculo. Permittedis que aquel hombre, aquel asesino, paseara por las calles de Edimburgo la real espada de Escocia, seguido de las maldiciones de la multitud. El Parlamen-

to fué sitiado por vuestras tropas, y allí, en el mismo templo de la justicia, forzasteis á los jueces, gracias á una insolente farsa, á que absolvieran del crimen al culpable. Hicisteis más todavía... ¡Dios!...

➤ MARIA. — Acaba. Le dí mi mano en el altar.

ANA. — ¡Oh! sepultad esta accion en eterno silencio, por atroz, por repugnante... digna de una perdida... y sin embargo, no lo sois. Os nutrí y eduqué desde niña, y os conozco perfectamente; vuestro corazon es débil, pero no desprovisto de pudor;... la ligereza es vuestro único delito. Pero hay séres malvados que en cuanto ven un alma sin defensa, se establecen en ella un instante, la empujan al crimen, y despues huyen al infierno dejándola sumida en el horror de la mancha del pecado. Nada censurable habeis hecho desde aquella época, que cubrió con sombrío velo la vida de María;... he sido testigo de su conversion. Así, pues,... ¡valor!... reconciliaos con la propia conciencia. Ni sois culpable en Inglaterra, sean los que fueren vuestros remordimientos, ni Isabel y su Parlamento tienen derecho á juzgaros. Sois víctima de la opresion, y debeis comparecer ante este tribunal ilegal con el valor que da la inocencia.

MARIA. — ¿Quién llega? (Sale Mortimer.)

ANA. — El sobrino de vuestro carcelero. Retiraos.

ESCENA V.

Dichos.—MORTIMER adelantándose con precaucion.

MORTIMER. — (*A la nodriza.*) Id, y vigilad junto á la puerta. Tengo que hablar á la Reina.

MARIA. — (*Con firmeza.*) Ana, aguarda.

MORTIMER. — No temais nada, señora; vais á conocerme mejor. (*Le entrega un papel.*)

MARIA. — (*Lee y retrocede sorprendida.*) ¡ Ah!... ¿ qué es esto ?

MORTIMER. — (*Á la nodriza.*) Id, Kennedy; y cuidad de que mi tío no nos sorprenda.

MARIA. — (*Á la nodriza que vacila y mira á la Reina.*) Vè, vè; haz lo que te ha dicho.

(*Ana se va manifestando sorpresa.*)

ESCENA VI.

MORTIMER. — MARIA.

MARIA. — ¡ De mi tío el cardenal de Lorena!... de Francia! (*Lee.*) « Fiad en sir Mortimer, portador de esta carta, porque es el amigo más fiel que poseeis en Inglaterra. » (*Contempla á Mortimer con sorpresa.*) ¿ Es posible?... ¿ no es engañosa ilusion? Cuando me creia abandonada del mundo todo, hallo tan cerca un amigo, ... un amigo en el sobrino de mi carcelero que tenia por el más cruel enemigo!

MORTIMER. — (*De hinojos.*) Perdonadme, señora, si tomé este odioso disfraz, á pesar de la lucha que hube de sostener para resolverme á ello; mas yo me felicito ahora de esta resolucion, que me ha permitido acercarme á vos, para prestaros auxilio y traeros la libertad.

MARIA. — Alzad. Me sorprendeis, sir Mortimer... no me es posible pasar de un salto, del dolor á la esperanza. Hablad; persuadidme de que es verdad mi dicha, para que os crea.

MORTIMER. — (*Se levanta.*) El tiempo vuela, y pronto vendrá mi tío, acompañado de un hombre execrable. Antes que os sorprendan con su terrible comision, oid cómo el cielo ha preparado vuestra libertad.

MARIA. — La deberé á un milagro de su omnipotencia.

MORTIMER. — Permittedme que empiece hablando de mí.

MARIA. — Hablad, sir Mortimer.

MORTIMER. — Contaba veinte años, señora; habia sido educado en severos principios, me habia nutrido con el odio al papado, cuando un invencible deseo me llevó al continente. Dejé á mi espalda las sombrías predicaciones de los puritanos, y abandonando mi país natal, crucé rápidamente Francia, y corrí con ardor á visitar la famosa Italia. La Iglesia celebraba, por entonces, solemnes fiestas: hallé los caminos que hube de atravesar, atestados de peregrinos; las imágenes de los santos, coronadas de flores; parecia que la humanidad entera se dirigia en peregrinacion al cielo. El torrente de esta muchedumbre de fieles me arrastró consigo, y me condujo á Roma. Ignoro qué fué de mí, señora, cuando ví elevarse ante mis ojos aquellas columnas, aquellos pomposos arcos,... cuando el esplendor del coliseo cautivó mi alma y el genio de la escultura desplegó en torno sus maravillas. Yo no habia sentido nunca la magia de las artes; la religion en que habia sido educado las desdeña, y no tolera imágenes ni nada que hable á los sentidos; sólo quiere la palabra seca y escueta. ¿Cuál seria, pues, mi emotion, al entrar en la iglesia y oír la música que parecia descender del cielo,... al ver en los muros y bóvedas aquella multitud de imágenes representando al Todopoderoso, al Altísimo, que parecian moverse á la vista... Contemplé arrobado los cuadros divinos de la Salucion del Angel, el Nacimiento del Salvador, la santa Madre de Dios, la divina Trinidad y la brillante Transfiguracion,... presencié por fin el sacrificio de la misa, celebrado por el papa, que en todo su esplendor bendecia al pueblo. ¡Ah! ¿qué valen comparados con tanta magnificencia, el oro y las joyas de los reyes del mundo? Sólo él se ofrece ceñido de divina aureola; su

palacio parece el reino de los cielos ; que lo que allí se ve , no es cosa de este mundo.

MARIA. — ¡ Oh ! ¡ por Dios ! no paseis adelante ; atended á mi situacion ; no prosigais desenvolviendo á mi vista el cuadro sonriente de la vida... ¿ no veis que soy desgraciada y prisionera ?

MORTIMER. — Tambien vivia prisionero , señora , y mi cárcel se abrió , y mi alma , libre de súbito , rindió homenaje á los encantos de la vida. Juré de entonces odio profundo á la mezquina y sombría interpretacion de la Escritura ,... prometí coronar mi frente de flores , y unirme alegremente á los alegres. Algunos nobles de Escocia y una turba de amables caballeros de Francia se unieron á mí , y me presentaron á vuestro noble tío el cardenal de Guisa. ¡ Qué hombre !... ¡ qué aplomo ! ¡ Cómo se comprende al verle , que ha nacido para gobernar á los demas !... No ví en mi vida tan perfecto dechado de un sacerdote-rey , de un príncipe de la Iglesia.

MARIA. — ¡ Ah ! ¿ le habeis visto ? ¿ habeis visto á este varon sublime , á este amigo caro que me sirvió de guia en mi tierna juventud ?... ¡ oh ! ¡ habladme de él ! ¿ Se acuerda de mí ? ¿ le es fiel la fortuna ?... ¿ sigue sonriéndole la vida ? ¿ sigue siendo en todo su esplendor columna de la Iglesia ?

MORTIMER. — Este hombre excelente se dignó descender de las alturas de su doctrina , para disipar las dudas de mi ánimo ; mostróme cómo las sutilezas de la razon conducen siempre al error , que los ojos deben ver lo que el corazon debe creer , y la Iglesia tiene necesidad de un jefe visible... que el espíritu de la verdad presidió á las sesiones de los concilios... Las locas presunciones de mi adolescencia se desvanecieron ante su persuasion y victoriosos argumentos. Entré en el seno de la Iglesia católica y abjuré en sus manos mis errores.

MARIA. — ¡Sois, pues, uno de estos millares de seres que, tocados de la magia celestial de sus palabras, parecidas á las del sublime sermón de la montaña, alcanzaron la salvación!

MORTIMER. — Poco después, cuando los deberes de su cargo lo llevaron á Francia, me envió á Reims, donde la Compañía de Jesús con piadoso celo fundó algunos seminarios para la iglesia de Inglaterra, y allí encontré á Morgan, viejo escocés, á vuestro fiel Lessley, el sábio obispo de Ross; todos sufren en tierra de Francia triste destierro. Contraí con tan venerables sujetos estrechas relaciones de amistad, y me afirmé en mis nuevas creencias. Un día que me hallaba en casa del obispo, como me entretuviera en mirar en torno mio, me sorprendió súbitamente un retrato de mujer, de patética expresión, de maravilloso encanto. Aquel cuadro me cautivó, y estuve contemplándole sin poder dominar la emoción que me causaba, cuando me dijo el obispo: — «No en vano os conmueve este retrato; la más bella mujer que existió jamás, es también la más desgraciada; sufre persecución por nuestras creencias, y por cierto en vuestra patria.»

MARIA. — ¡Oh!... ¡corazón leal! No; no lo he perdido todo, pues conservo en mi desgracia un amigo como este...

MORTIMER. — Entonces me explicó con patético lenguaje vuestro martirio, y la sanguinaria crueldad de los perseguidores; me enseñó vuestra genealogía y origen, que se remonta hasta la ilustre casa de los Tudor; por fin probóme que sólo vos teníais derecho al trono de Inglaterra, y no esta falsa Reina, fruto del adulterio, y rechazada como hija ilegítima por su propio padre Enrique. No quise fiarme de su único testimonio; consulté á algunos jurisconsultos, estudié las antiguas genealogías, y cuantos documentos pude recoger confirmaron á mis ojos la justicia de vuestros

derechos. Supe tambien que precisamente en tales derechos consiste vuestro crimen en Inglaterra. Este reino, donde languideceis prisionera é inocente, debiera ser vuestro.

MARIA.—¡ Oh ! ¡ Este desdichado derecho es la única causa de todos mis males !

MORTIMER.— Supe al propio tiempo que habiais sido trasladada aquí, del castillo de Talbot, y confiada á la custodia de mi tio. Creí reconocer en esta ocasion que se me ofrecia, la mano omnipotente y salvadora de la Providencia ; pareciame que la voz del destino me llamaba con estrépito á libertaros. Mis amigos me animan en mi designio ; el cardenal me aconseja, me bendice, me enseña el difícilísimo arte de la disimulacion. Concibo rápidamente mi plan, y regreso á mi patria, á donde, como sabeis, he llegado hace ocho dias. (*Pausa.*) Os veo al fin, ¡ oh Reina ! á vos en persona, y no vuestro retrato. ¡ Ah ! ¡ qué tesoro guarda este castillo !... ¡ no es una cárcel, no, ... es un templo, ... un templo más brillante que la real corte de Inglaterra ! ¡ Feliz aquel, á quien le fué concedido respirar el mismo aire que vos ! Razon tiene quien os oculta aquí profundamente ; si los ingleses pudieran ver un instante á su reina, la juventud de Inglaterra se sublevaria, ni una sola espada dormiria ociosa en la vaina, y la revolucion, alzando su gigantesca cabeza, trastornaria la paz de la isla.

MARIA.— Así pensais vos, ¿ pero pensarían así todos los ingleses ?

MORTIMER.— Sí, si como yo fueran testigos de vuestras penas, y de la dulzura y noble firmeza con que sufris tan indigna suerte. Porque ¿ no habeis soporado, como reina, estas pruebas á que os condenaron vuestros padecimientos ? ¿ Por ventura la vergüenza de veros encarcelada pudo empañar el esplendor de vuestra hermosura ? Desprovista de cuanto es ornato

de la vida, la luz y la vida no han cesado de inundaros; jamás pisé este suelo sin sentir rasgado el corazón, mas tampoco sin embriagarme del placer de contemplar vuestro rostro. Se acerca el momento decisivo y terrible, el peligro apremia y crece á cada instante; no me atrevo, pues, á diferir por más tiempo la revelacion del terrible...

MARIA. — ¿ Han pronunciado ya mi sentencia ?... decidlo con toda franqueza ; puedo oiros.

MORTIMER. — Está pronunciada. Cuarenta y dos jueces os declaran culpable, y la cámara de los lores, la de los comunes, la ciudad de Lóndres, todos instan vivamente la ejecucion. La Reina la retarda, no por humanidad, no por clemencia, sino por cruel astucia, á fin de verse forzada á ello.

MARIA. — (*Con firmeza.*) Sir Mortimer, ni me sorprendéis ni me atemorizáis ; de mucho tiempo acá habia fortalecido mi ánimo para recibir semejante noticia. Conozco á mis jueces ; despues de los duros tratos empleados contra mí, claro que no querrán concederme la libertad, y sé á dónde quieren dirigirse. Quieren condenarme á perpétua prision y sepultar en las sombras de un calabozo mis derechos y mi venganza.

MORTIMER. — No, Reina, no. No se detienen aquí ; la tiranía no quiere hacer la obra á medias. Mientras viviereis, vivirá tambien el temor en el corazón de la Reina de Inglaterra. No hay calabozo donde encerraros profundamente ; sólo vuestra muerte puede asegurarla en el trono.

MARIA. — ¿ Osaria decapitar á una reina ?

MORTIMER. — Osará ; no lo dudeis.

MARIA. — ¿ Así arrastraria por el polvo su propia majestad y la de todos los reyes ? ¿ No teme la venganza de Francia ?

MORTIMER. — Concluye con Francia un tratado de paz, y cede al duque de Anjou su trono y su mano.

MARIA. — ¿Y el rey de España no tomará las armas ?

MORTIMER. — Mientras se halle en paz con su propio pueblo, nada temerá del mundo entero.

MARIA. — ¿ Querrá dar este espectáculo á los ingleses ?

MORTIMER. — Más de una vez, señora, en estos últimos tiempos, han visto los ingleses á otras reinas descender del trono para subir al cadalso. La misma madre de Isabel sufrió esta suerte, y Catalina Howard y lady Grey ceñían también corona.

MARIA. — (*Pausa.*) No, Mortimer ; os ciega el temor ; el propio celo, la fidelidad, os inspiran tan vanos terrores. Nó el cadalso, otros medios temo,... otros medios misteriosos que la Reina de Inglaterra podría emplear para ahogar la inquietud que mis derechos le causan. Antes de hallarse un verdugo para mí, bien podría comprar un asesino. Esto es lo que me hace temblar por mi vida ; nunca llevo á mis labios una copa, sin estremecerme de terror, sin pensar que tal bebida puede ser prenda de la afección de mi hermana.

MORTIMER. — No se atentará á vuestra existencia, ni abiertamente, ni en secreto. Tranquilizaos, porque todo está preparado. Doce jóvenes gentil-hombres de Inglaterra han firmado conmigo un pacto ; esta mañana han recibido la santa comunión y prometen arrancaros con valor de este castillo. El conde de l'Aubespine, el embajador de Francia, conoce nuestra conjuración y la segunda ; en su propio palacio nos reunimos.

MARIA. — Me haceis temblar, sir Mortimer, y por cierto no de alegría, porque un siniestro presentimiento surge en mi corazón. ¿ Habis reflexionado bien lo que vais á emprender ? ¿ No os espantan las ensangrentadas cabezas de Babington y de Tishburn, expuestas en el puente de Londres como un aviso, ni la perdición de tantos infelices que hallaron la muerte

en semejantes tentativas, sin haber logrado más que agravar el peso de mis cadenas? Desgraciado, iluso mancebo, huid, huid si es tiempo todavía, ... si el receloso Burleigh no conoce ya vuestros proyectos y no introdujo entre vosotros un traidor. Huid pronto de este reino; ... pensad que no fué dichoso ninguno de cuantos quisieron proteger á María Estuardo.

MORTIMER. — Ni me aterrorizan las ensangrentadas cabezas de Babington y de Tishburn, expuestas en el puente Lóndres como un aviso, ni la perdición de tantos infelices que hallaron la muerte en semejantes tentativas. ¿ Acaso no alcanzaron al propio tiempo gloria inmortal?... ¿ No es una dicha morir por libertaros?

MARIA. — Es inútil; no han de conseguirlo ni la fuerza ni la astucia. Mis enemigos son vigilantes, y el poder se halla entre sus manos. No es Pauleto, ni la turba de sus carceleros los que guardan mi calabozo, sino Inglaterra entera. Sólo Isabel puede abrirlo.

MORTIMER. — ¡ Oh!... nunca lo esperéis.

MARIA. — Sólo un hombre entonces podría hacerlo.

MORTIMER. — Decidme su nombre.

MARIA. — El conde Leicester.

MORTIMER. — (*Retrocede sorprendido.*) ¡ Leicester!; ¡ el conde Leicester... el más cruel de vuestros perseguidores, el favorito de Isabel, de él...

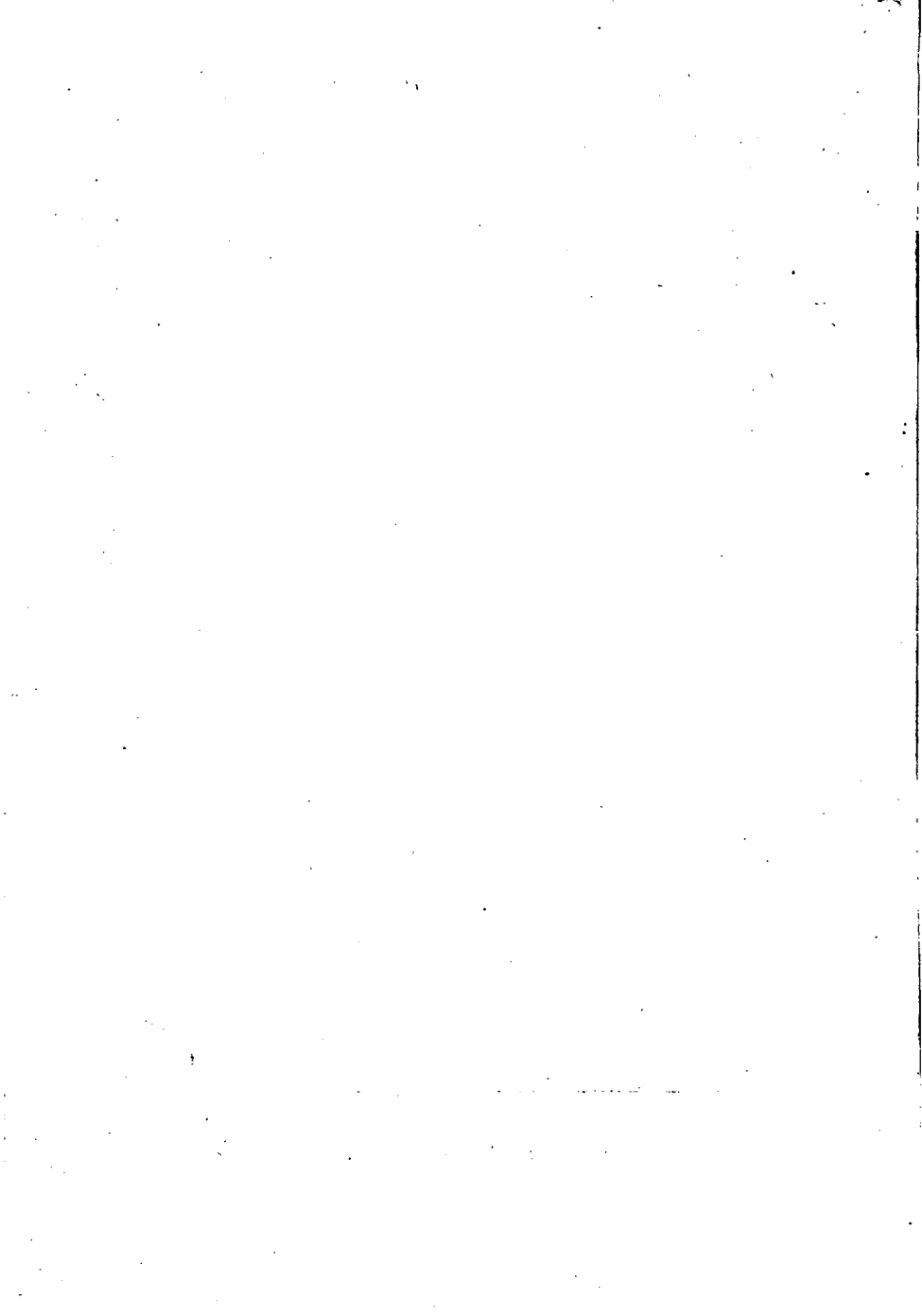
MARIA. — Si he de ser libertada, sólo de él lo espero. Id á verle y abridle vuestro corazon, y en prueba de que sois mi enviado, presentadle este escrito que contiene mi retrato. (*Saca un papel de su seno, Mortimer retrocede y titubea.*) Tomadlo... hace mucho tiempo que lo llevo conmigo. La rigurosa vigilancia de vuestro tío no me dejaba medio alguno de comunicarme con él, pero mi ángel bueno os ha enviado aquí.

MORTIMER. — Señora... ¿ este enigma!... explicadme...

MARIA. — El mismo conde de Leicester os lo explicará; fiad en él y él fiará de vos... ¿ Quién llega?



Maria Estuardo y Mortimer.



ANA. — (*Entrando precipitadamente.*) Sir Pauleto se acerca con un señor de la corte.

MORTIMER. — Es lord Burleigh. Serenaos, señora, y oid con firmeza lo que viene á anunciaros.

(*Vase por una puerta lateral. Ana le sigue.*)

ESCENA VII.

MARIA.—Lord BURLEIGH (gran tesorero de Inglaterra).
El caballero PAULETO.

PAULETO. — Hoy mismo me expresabais el deseo de conocer con certeza vuestra suerte. Su señoría lord Burleigh viene á anunciárosla ; soportadla con resignacion.

MARÍA.— Espero que sabré soportarla con la dignidad que conviene á la inocencia.

BURLEIGH.— Vengo aquí como diputado del tribunal.

MARIA.— Lord Burleigh habrá consentido con gusto en ser el órgano de un tribunal al que ya habia infundido su espíritu.

PAULETO. — Hablais como si conocierais ya la sentencia.

MARÍA.— Puesto que me la trae lord Burleigh... la conozco... Al grano, sir...

BURLEIGH.— ¿ No os sometisteis, señora, al fallo del tribunal de los cuarenta y dos ?...

MARÍA.— Escusadme, milord, si os interrumpo desde el principio. ¿ Suponeis que me sometí al tribunal de los cuarenta y dos ? No ; no me he sometido á él en modo alguno. ¿ Hasta tal punto hubiera podido olvidar mi categoría, la dignidad de mi pueblo, la de mi hijo, la de todos los príncipes ? Las leyes inglesas ordenan que todo acusado sea juzgado por sus iguales. ¿ Y quién es mi igual en esta asamblea ?... Sólo los reyes son mis iguales.

BURLEIGH.—Oisteis el acta de acusacion y contestasteis á ella ante el tribunal...

MARÍA.—Sí; me dejé extraviar por las astucias de Hatton. Llevada del pundonor y confiando en la fuerza de mis pruebas, atendí á cada acusacion y demostré su nulidad. Obraba así por respeto á la noble personalidad de los lores, mas nó aceptando su jurisdiccion que recuso.

BURLEIGH.—Esta recusacion, señora, es una vana formalidad que no puede detener el curso de la justicia. Vivis en Inglaterra, gozais de la proteccion y del beneficio de las leyes, y estais sometida á su imperio.

MARÍA.—Vivo en una cárcel de Inglaterra... ¿A esto se llama en Inglaterra vivir y gozar del beneficio de las leyes? Ni las conozco, ni me obligué jamas á observarlas. No es esta mi patria; yo soy una reina libre de país extranjero.

BURLEIGH.—¿Y presumis por ventura, que un título real os otorga el derecho de sembrar impunemente sangrienta discordia en tierra extraña? ¿Qué fuera de la seguridad de los Estadós, si la espada de la justicia no alcanzara así á la cabeza de un huésped real culpable, como á la del mendigo?

MARÍA.—No he pretendido sustraerme á la justicia; sólo recuso á los jueces.

BURLEIGH.—¡Los jueces!... ¡Cómo, señora! ¿Son por acaso estos jueces, miserables salidos de la plebe, ó indignos falsarios que venden la justicia y la verdad, consintiendo en ser órganos de la opresion? ¿No son los primeros del reino, asaz independientes para ser veraces, y sustraerse á la influencia de los príncipes y de la corrupcion y la vileza? ¿No son los mismos que gobiernan un noble pueblo con justicia y libertad, y cuyo solo nombre impone silencio á toda duda, á toda sospecha? Figuran á su cabeza el pastor del pueblo, el primado de Cantorbery, el prudente Talbot, guarda-

sellos del Estado, Howard, jefe de la armada del reino. Decid si la Reina de Inglaterra pudo hacer más de lo que hizo, eligiendo para jueces de este real proceso, á los más nobles personajes de la monarquía. Si cabe suponer que uno entre tantos, cede á la pasion de partido, no es posible que cuarenta individuos de tal modo elegidos, voten la misma sentencia, llevados de la misma pasion.

MARÍA. — (*Despues de un momento de silencio.*) Con sorpresa escucho el elocuente lenguaje de esta boca, tan funesta para mí. ¿Cómo he de medir mis fuerzas, yo, pobre é ignorante mujer, con tan hábil orador? Sí; si estos lores fueran tales como los pintais, me vería obligada á guardar silencio, y en el caso de declararme culpable daría mi causa por perdida. Mas á estos hombres que nombrais con elogio, cuya autoridad debe aplastarme, se les ha visto, milord, representando muy diverso papel en los sucesos de este reino. Veo á la alta nobleza de Inglaterra, á los miembros de este majestuoso Senado, adular como esclavos de un serrallo los tiránicos caprichos de mi tío Enrique; veo á la noble cámara de los lores, tan venal como la venal cámara de los comunes, formular y despues derogar las mismas leyes, romper y acomodar matrimonios segun sea la consigna del amo, desherrar hoy y deshorrar con el título de bastarda á la hija del rey de Inglaterra, y proclamarla reina al dia siguiente; veo á estos dignos pares, de volubles convicciones, mudar cuatro veces de religion en cuatro reinados.

BURLEIGH. — Os deciais ajena á las leyes de Inglaterra, mas conoceis al menos perfectamente nuestras desventuras.

MARÍA. — ¡Y estos son mis jueces! Lord tesorero... quiero ser justa para con vos... sedlo para conmigo. Dicen que vuestras intenciones son buenas, y que en

el servicio del Estado y de la Reina sois incorruptible, vigilante, infatigable... Quiero creerlo... No os inspira el interes personal, sino el celo por vuestra Reina y por vuestra patria; mas en tal caso, guardaos, milord, de confundir el bien del Estado con la justicia. Entre mis jueces, se sientan á vuestro lado nobles varones, no lo dudo, pero son protestantes, celosos defensores de Inglaterra, y han de juzgarme á mí, reina escocesa y católica. El ingles, dice un antiguo proverbio, no puede ser justo cuando se trata de un escoces. Y conforme á una costumbre observada por nuestros mayores, un ingles no puede declarar como testigo contra un escoces, ni un escoces contra un ingles. La fuerza de las cosas estableció esta extraña ley; encierran las antiguas costumbres profundo sentido que debemos respetar, milord. Naturaleza arrojó estas dos naciones ardientes en medio del Océano, sobre una tierra dividida con desigualdad, y les llamó á disputársela. El estrecho cauce del Tweed separa á estos pueblos irritables, y la sangre de los combatientes enrojeció más de una vez sus aguas. Mil años há que espada en mano, se miran y amenazan acampados en ambas orillas. Nunca se vió atacada Inglaterra sin que el enemigo tuviera por auxiliar á Escocia; y nunca ardió la guerra civil en las ciudades de Escocia sin que Inglaterra llevase á ella la discordia. ¡Odios que no se extinguirán, hasta que el Parlamento reuna ambos pueblos en fraternal abrazo! ¡hasta que la isla entera sea gobernada por un solo cetro!

BURLEIGH. —¿ Y una Estuardo será quien asegure esta dicha al reino ?

MARIA. —¿ Por qué he de negarlo? Sí, lo confieso; alimenté la esperanza de reunir libre y felizmente las dos nobles naciones, bajo el ramo de olivo. Lejos de presumir que seria víctima de sus odios, esperaba extinguir para siempre el terrible foco de discordia y

poner fin á tan prolongada rivalidad. Del modo que mi antecesor Richmond reunió las dos rosas, tras sangrientos combates, esperé reunir pacíficamente las coronas de Escocia y de Inglaterra.

BURLEIGH. — Elegisteis para llegar á este fin el peor camino; quisisteis incendiar el reino para subir al trono á través de las llamas de la guerra civil.

MARIA. — No; no era esto lo que yo quería, ¡por el cielo! ¿Cuándo concebí semejante propósito?... ¿Dónde están las pruebas?

BURLEIGH. — No he venido aquí á sostener este debate; vuestra causa está definitivamente juzgada. Por cuarenta votos contra dos, se ha declarado que violasteis el bill del año pasado, é incurrido en las penas que señala la ley. Hace un año se decretó: «Que si ocurría en el reino un motin con la mira de sostener los derechos de un pretendiente á la corona, éste sería perseguido judicialmente como reo de Estado.» Y como se ha demostrado que...

MARIA. — Milord de Burleigh; no dudo que puede aplicármese una ley, promulgada precisamente para mí, y con el intento de perderme. ¡Ay de la víctima, cuando unos mismos labios formulan la ley y pronuncian la sentencia! ¿Podreis negar, milord, que esta ley fué promulgada con el intento de perderme?

BURLEIGH. — Debiais ver en ella un aviso, y la convertisteis en lazo para vos. Visteis el abismo que se abría á vuestras plantas y os arrojasteis á él, á pesar de haber sido lealmente advertida. Estabais de acuerdo con el traidor Babingthorpe y sus cómplices asesinos; sabiais cuanto ocurría y dirigisteis vos misma la conjuración desde este calabozo.

MARIA. — ¿Cuándo hice esto?... ¡Vengan las pruebas!...

BURLEIGH. — Poco há se os pusieron de manifiesto en el tribunal.

MARIA. — Algunas copias escritas por mano desconocida... probadme que yo misma dicté aquellas cartas, y que las dicté tales, absolutamente tales, como son.

BURLEIGH. — Babingthon ha reconocido antes de morir que eran las que habia recibido.

MARIA. — ¿ Por qué mientras vivió no fué traído á mi presencia ? ¿ Por qué acelerasteis su ejecucion, antes de sujetarle á un careo conmigo ?

BURLEIGH. — Vuestros mismos secretarios Kurl y Nau afirman tambien bajo juramento, que aquellas son las cartas que dictasteis.

MARIA. — ¡ Y me condenais bajo el testimonio de mis propios servidores ! ¡ y fiáis de las declaraciones de quienes hacen traicion á su propia reina, y violan su juramento de fidelidad, en el punto en que declaran contra mi !

BURLEIGH. — Vos misma habeis asegurado otras veces que teniais por muy virtuoso y honrado al escoces Kurl.

MARIA. — Por tal le tuve, pero la hora del peligro es la piedra de toque de la virtud humana. La prueba del tormento pudo imponerle tal temor, que dijo y confesó lo que no sabia, creyendo así libertarse de la tortura sin perjudicar á su reina.

BURLEIGH. — Afirmó el hecho bajo juramento, sin coaccion.

MARIA. — Pero nó delante de mí. ¡ Cómo, milord ! ambos testigos viven todavía ; traedlos á mi presencia y hacedles repetir en mi presencia sus declaraciones. ¿ Por qué me rehusais una gracia, un derecho que no se rehusa al asesino ? Talbot, mi anterior carcelero, me dijo que durante el gobierno actual se habia promulgado una ley que ordenaba la comparecencia del acusador ante el acusado... ¿ No es así ?... ¿ Lo entendí mal ? Sir Pauleto, os he tenido siempre por honrado: dadme una prueba de ello, diciéndome en concien-

cia si no es así... si existe ó no en Inglaterra semejante ley.

PAULETO. — Es así, señora ; es de derecho entre nosotros. Yo debo decir la verdad.

MARIA. — Pues bien , milord , ya que con tanto rigor se aplican contra mí las leyes que me perjudican, ¿ por qué quereis sustraerme al imperio de las que me favorecen ? Decidlo. ¿ Por qué no compareció á mi presencia Babingthon , puesto que la ley lo ordena ? ¿ Por qué no obligais á comparecer á mis dos secretarios, que viven todavía ?

BURLEIGH. — No os irriteis , señora ; vuestra inteligencia con Babingthon , no es el único motivo...

MARIA. — Es el único que me coloca bajo la espada de la ley , el único que me obliga á justificarme... Milord , no os salgais de la cuestion.

BURLEIGH. — Está probado que tuvisteis tratos con Mendoza , el embajador de España.

MARIA. — (*Con viveza.*) No os salgais de la cuestion, milord.

BURLEIGH. — Está probado que concebisteis el proyecto de derribar la religion del reino , y que habeis excitado á todos los reyes de Europa á declarar la guerra á Inglaterra.

MARIA. — Y aunque tal hubiese hecho... — no lo hice; supongo sólo que lo hice , milord ; — se me detiene aquí prisionera , contra el derecho de gentes. No vine á estos reinos con las armas en la mano ; vine á invocar los derechos sagrados de la hospitalidad , á echarme en brazos de la Reina mi parienta , y he sido víctima de la violencia , y he sido encadenada en el mismo lugar donde esperé encontrar apoyo. Decidme , ¿ qué compromisos he contraído con vuestro reino ? ¿ Qué deberes tengo para con Inglaterra ? Si intento romper mis cadenas y oponer la fuerza á la fuerza y sublevar en mi favor todos los Estados de Europa , uso del de-

recho sagrado que da la opresion , y puedo emplear en mi defensa cuanto se tiene por justo y leal en una guerra legitima. Mi conciencia y mi altivez me prohiben tan sólo el asesinato , y los complots secretos y homicidas. Un asesinato mancharia mi fama , me deshonraria ; me deshonraria , repito , pero no me sujetaria al fallo de la justicia , porque entre Inglaterra y yo , no se trata ya de justicia , sino de violencia.

BURLEIGH. — No invoqueis , señora , el derecho del más fuerte ; nunca fué favorable á los presos.

MARIA. — Soy débil , ella poderosa... Pues bien , sea ; puede , si quiere , emplear la fuerza , matarme , sacrificarme á su seguridad , pero confiese al menos que usa de la fuerza , nó de la justicia ; no pida prestada la espada de la ley para deshacerse de su enemiga , y no revista con apariencias de santidad , la fuerza bruta y la opresion sangrienta y no engañe al mundo con semejante farsa. Puede matarme , pero no juzgarme. Cese en su intento de cubrir el crimen con el sagrado velo de la virtud , y atrevase , por fin , á mostrarse tal como es.

(Vase.)

ESCENA VIII.

BURLEIGH. — PAULETO.

BURLEIGH. — Nos desafía , y nos desafiará , caballero Pauleto , en las mismas gradas del cadalso. Nadie podrá vencer nunca la altivez de su ánimo. ¿ Le ha sorprendido la sentencia ? ¿ La habeis visto palidecer siquiera ni verter una sola lágrima ? No invoca nuestra piedad , no ; conoce que la Reina se halla perpleja y vacilante , y nuestro temor engendra su audacia.

PAULETO. — Lord tesorero, esta vana arrogancia cesará cuando cese también toda apariencia de injusticia. Si se me permite decirlo, hay algo irregular en este proceso. Debisteis traer á su presencia á Babington, á Tishburn, y á los dos secretarios.

BURLEIGH. — (*Con viveza.*) No, no, caballero Pauleto; no podíamos aventurar este paso. Ejerce excesivo imperio sobre los ánimos, y es grande el poder de sus lágrimas femeniles. En su presencia, su secretario Kurl no hubiera tenido valor para pronunciar una palabra de la cual dependía su vida; se hubiera retractado tímidamente; hubiera retirado su declaración.

PAULETO. — Así los enemigos de Inglaterra conmovrán al mundo con odiosos rumores, y la pompa solemne de este proceso pasará por insolente crimen.

BURLEIGH. — Esto es lo que teme nuestra Reina. ¡Oh!... ¿Cómo no murió al poner el pié en el suelo de Inglaterra, esta mujer, origen de tantos males?

PAULETO. — Sólo puedo responder á esto: así hubiese sido.

BURLEIGH. — ¡Cómo no sucumbió en esta cárcel, víctima de alguna enfermedad!

PAULETO. — ¡Cuántas desventuras hubiera ahorrado á nuestro país!

BURLEIGH. — Y sin embargo, si hubiese fallecido por natural accidente, se nos hubiera llamado asesinos.

PAULETO. — ¡Verdad!... No hay medio de impedir que piense la gente lo que se le ocurra.

BURLEIGH. — Mas como el hecho no podría probarse, excitaria menos rumor.

PAULETO. — ¿Qué importan los rumores? Nó el escándalo que acompaña á la reprobacion, sino su justicia ó injusticia, ofende al ánimo honrado.

BURLEIGH. — ¡Ah! ni la misma justicia se libra de la censura. La opinion se va siempre con los desgraciados; la envidia persigue la prosperidad victoriosa. La

espada de la justicia que honra al hombre, parece odiosa en manos de una mujer; el mundo no cree en su equidad, cuando es tambien mujer la víctima. En vano los jueces hemos sentenciado conforme con lo que dicta la conciencia; si la Reina tiene el derecho de indulto, será conveniente usar de él. El pueblo no sufriría que la Reina diese libre curso al rigor de las leyes.

PAULETO. — Por tanto...

BURLEIGH. — (*Interrumpiéndole.*) Por tanto, ella viviría y no debe vivir... ¡jamás! Esto es lo que causa la ansiedad de la Reina, y aleja el sueño de la cabecera de su lecho. Leo én sus ojos el combate que sostiene su alma; sus labios apenas se atreven á formular deseo alguno, pero su mirada expresiva parece decir con muda elocuencia: — ¿No habrá entre mis servidores quien quiera evitarme esta dolorosa alternativa: ó temblar perpétuamente en mi trono, ó librar al hacha del verdugo la reina, mi parienta?

PAULETO. — ¡Inevitable necesidad!

BURLEIGH. — No fuera inevitable, á juicio de la Reina, si contara con servidores más atentos.

PAULETO. — ¡Más atentos!

BURLEIGH. — Que supieran interpretar una orden tácita.

PAULETO. — ¡Una orden tácita!

BURLEIGH. — Que cuando se fia á su custodia una serpiente venenosa, no conservasen como inapreciable y sagrado tesoro, al enemigo que se les confía.

PAULETO. — (*Con intencion.*) El buen nombre, la reputacion sin mancha de la Reina, es un tesoro precioso nunca bastante guardado, milord.

BURLEIGH. — Cuando se suspendió de su cargo á Shrewsbury, para confiarlo al caballero Pauleto, se creyó que...

PAULETO. — Supongo que se creyó, milord, que no

podían deponerse más difíciles funciones en manos más puras. No hubiera aceptado ¡vive Dios! el cargo de carcelero, si no hubiese creído que debía confiarse al hombre más honrado de Inglaterra. Permitidme pensar que sólo á mi íntegra reputacion lo debo.



BURLEIGH.. — Primero se echa á volar el rumor de que languidece, luego que enferma y se agrava, y por fin sucumbe y muere en la memoria de los hombres y vuestra reputacion queda intacta.

PAULETO. — Pero nó mi conciencia.

BURLEIGH. — Si no quereis prestar vuestro brazo, no impedireis al menos que otro...

PAULETO. — (*Interrumpiéndole.*) Mientras los dioses protectores de mi hogar serán los suyos, ningun asesino pisará el umbral de su puerta. Su vida es tan sagrada para mí, como la vida de la Reina de Inglaterra. Vosotros sois sus jueces, juzgadla, pronunciad la sentencia de muerte, ordenad que venga aquí el carpintero con el hacha y la sierra para levantar el cadalso; la puerta de este castillo sólo se abrirá al sherif y al

verdugo. Entre tanto, se halla confiada á mi custodia, y yo os juro que será custodiada de tal modo, que no podrá hacer ni recibir daño alguno. (Vanse.)





ACTO II.

—

El palacio de Westminster.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE KENT y SIR GUILLERMO DAVISON.

DAVISON.



¿Oís vos, milord de Kent? ¿Ya de vuelta del torneo?... ¿Ha terminado la fiesta?

KENT. — ¿Cómo no habeis asistido á la justa?

DAVISON. — Mis ocupaciones me lo han impedido.

KENT. — ¡Qué bello espectáculo habeis perdido, milord!... Ni pudo concebirse con más ingenio, ni dirigirse con más solemnidad. Se representaba el asedio de la casta fortaleza de la Hermosura por los Deseos. Defendian la fortaleza el lord mariscal, el gran juez, el senescal y otros diez caballeros de la Reina, y la atacaban los caballeros franceses. Primero, se adelantó un rey de armas que con un madrigal ha intimado la rendicion; el canciller contesta de lo alto de las murallas y la artillería rompe el fuego; ¡qué lindos cañones! lanzaban ramilletes de flores y exquisitas y aromosas esencias, pero todo en vano; rechazado más de una vez el enemigo, los Deseos se han visto forzados á retirarse.

DAVISON. — Lo cual me parece, conde, funesto augurio para las negociaciones matrimoniales entabladas por Francia.

KENT. — ¡Ca, ¡ca! ¡Pura broma!... Creo, hablando seriamente, que la fortaleza acabará por rendirse.

DAVISON. — ¿Lo creéis así? Por mi parte, creo seriamente que no será nunca.

KENT. — Francia ha cedido ya en los artículos más dificultosos; Monseñor se contenta con practicar su culto en una capilla privada, comprometiéndose á honrar y proteger públicamente la religion del reino. ¡Si hubieseis presenciado el júbilo del pueblo cuando supo la nueva! Porque su perpétuo temor consistía en que la Reina muriese sin descendencia, y subiera al trono la escocesa, y cayera otra vez el reino bajo el yugo del papado.

DAVISON. — Me parece que puede abandonarse semejante temor. El día que Isabel se dirija al altar, María se dirigirá al cadalso.

KENT. — ¡La Reina!

ESCENA II.

Dichos. — ISABEL, dando el brazo á LEICESTER. — EL CONDE DE L'AUBESPINE. — BELLÉVRE. — EL CONDE DE SHREWSBURY. Lord BURLEIGH, y otros caballeros franceses é ingleses.

ISABEL. — (*Á l'Aubespine.*) Compadezco, conde, á los nobles caballeros que llevados de su galantería, cruzaron el mar para venir aquí. Dejan la magnificencia de la corte de Saint-Germain, y á mi no me es dado ofrecerles, como á la reina madre, deslumbradores espectáculos. El único que puedo presentar con orgullo á los extranjeros es el de un pueblo honrado y feliz, que me bendice y se agolpa en torno de mi litera apenas salgo á la calle. El esplendor de las nobles damas

que florecen en el jardín de la Belleza de la reina Catalina, eclipsaría mi persona y mi oscuro mérito.

L'AUBESPINE.— En la corte de Westminster sólo una mujer se ofrece á la mirada de los extranjeros, pero reúne en sí todas las seducciones y hechizos de su sexo.

BELLIEVRE.— La Reina de Inglaterra se dignará permitirnos que nos despedamos para llevar á monseñor, nuestro real dueño, la tan deseada noticia que ha de colmarle de júbilo. Ya la ardiente impaciencia de su corazón no le permitió seguir en París; en Amiens aguarda á los mensajeros de su dicha; todo se halla dispuesto hasta Calais, para que el sí pronunciado por vuestros labios llegue prontamente á su alma, ébria de amor.

ISABEL.— Conde de Bellièvre, no me apremieis más. No es este el momento, os repito, de encender las alegres antorchas de himeneo. Cubren el horizonte de esta comarca negros nubarrones, y me sentaría mejor el luto que el velo nupcial, porque un golpe deplorable amenaza mi corazón y mi familia.

BELLIEVRE.— Dadnos al menos una promesa, señora; se cumplirá en más felices días.

ISABEL.— Los reyes son esclavos de su condición, y no pueden ceder nunca á los propios impulsos. Yo hubiese deseado morir doncella y fundara mi gloria en escribir sobre mi tumba: « aquí yace la reina virgen, » pero mis vasallos no lo quieren así, y sueñan ya en los tiempos que sucederán á mi muerte. No basta la prosperidad que actualmente reina; he de sacrificarme á su felicidad futura; he de renunciar por mi pueblo á mi libertad, el don más precioso que poseo, ... me fuerzan á tomar dueño. Con esto me prueba el pueblo que me tiene simplemente por una mujer, cuando yo creía haber reinado como un hombre, como un rey. Harto sé que se desobedece á Dios, desobede-

ciendo á las órdenes de la naturaleza ; y merecen elogio mis antecesores por haber abierto los claustros y devuelto á los deberes de la vida á millares de personas, víctimas de mal comprendida piedad. Mas una reina que no disipa sus días en vana y ociosa contemplacion , que ejerce sin tregua y sin flaqueza los más espinosos cargos, debiera eximirse de aquella ley natural , que somete la mitad de la raza humana á la otra mitad.

L'AUBESPINE.—Habeis hecho brillar todas las virtudes en el trono ; sólo os falta dar á vuestro sexo, del cual sois la gloria, brillante ejemplo de sus propios deberes. No existe, en efecto, en la tierra hombre alguno que sea digno de obtener el sacrificio de vuestra libertad ; mas si la ilustre cuna, la elevacion, la virtud heroica... la belleza varonil... son bastantes para aspirar á este honor...

ISABEL.—Sin duda, señor embajador, que una alianza con un príncipe frances me honra... Confieso sin ambages, que si debiera un dia tomar esposo, si me veo forzada á ceder á las instancias de mi pueblo, que temo sean más poderosas que mi voluntad, no conozco en Europa ningun príncipe á quien sacrifique con más gusto el don más precioso, la independenciam. Contentaos con esta declaracion.

BELLIEVRE.—Que es al propio tiempo la más bella esperanza, pero al fin sólo una esperanza, y mi señor quisiera algo más.

ISABEL.—¿ Qué desea ? (*Se saca un anillo y lo contempla y reflexiona.*) ¿ Una reiná se halla , pues, en el mismo caso que la simple villana ? El mismo signo expresa los mismos deberes y la misma servidumbre, así para una como para otra. Un anillo concluye una boda, y con anillos se forman las cadenas. Ofreced este presente á su alteza ; no es todavía vínculo que me obligue, pero puede serlo con el tiempo y para siempre.

BELLIEVRE.—(*Se arrodilla y recibe la joya.*) De hinojos y en su nombre, gran señora, acepto este presente y os rindo homenaje besando la mano á mi princesa.

ISABEL.—(*Al conde Leicester, á quien ha contemplado con atencion durante sus últimas palabras.*) Permitidme, milord. (*Le toma el cordon azul y lo cuelga al cuello de Bellievre.*) Llevad á Vuestra Alteza esta condecoracion con la cual quedais investido, conforme á la divisa de la órden «*Honni soit qui mal y pense.*» Acabe, sí, todo recelo entre ambas naciones, y una desde ahora la confianza las coronas de Francia é Inglaterra.

L'AUBESPINE.—Gran Reina, este es día de júbilo. Dios haga que se extienda al mundo entero y cese de gemir en esta isla el último desgraciado. La bondad brilla en vuestro semblante... Penetre un rayo de esta serena claridad hasta el calabozo de infortunada princesa, que pertenece igualmente á Inglaterra y á Francia.

ISABEL.—No termineis, conde; no confundamos dos asuntos completamente distintos. Si Francia desea fòrmalmente mi alianza, debe participar de mis inquietudes, y no apoyar á mis enemigos.

L'AUBESPINE.—Francia cometeria una indignidad, aun á vuestro juicio, si al contraer semejante alianza, olvidase á esta mujer infortunada, unida á ella por el vínculo de la religion y viuda de su rey. El honor y la humanidad exigen...

ISABEL.—En este sentido, sé apreciar como se debe esta intercesion. Francia cumple un deber de amistad; séame permitido á mi vez obrar como soberana. (*Despide á los caballeros franceses que se retiran con respeto, acompañados de los lores.*)

ESCENA III.

ISABEL.—LEICESTER.—BURLEIGH.—TALBOT.

La Reina se sienta.

BURLEIGH.—Gloriosa Reina ; hoy coronais los ardientes deseos de vuestro pueblo ; hoy por primera vez nos regocijamos sin reserva , viendo en lontananza los dias de bendicion que vais á concedernos , porque se aclara el tempestuoso horizonte. Una sola inquietud aflige todavía á este país ; existe una víctima cuyo sacrificio piden todos. Ceded á este deseo , y empiece hoy la eterna dicha de Inglaterra.

ISABEL. —¿ Qué más desea mi pueblo ? Hablad , mi lord.

BURLEIGH. — Pide la cabeza de la Estuardo. Si queis consolidar el precioso bien de la libertad en Inglaterra , y la luz de la verdad á tan alto precio conquistada , fuerza es que María perezca. Fuerza es que perezca , para no temblar perpétuamente por vuestra preciosa vida. No ignorais , señora , que no todos los ingleses profesan la misma religion , y que el culto idólatra de Roma cuenta aún en esta isla con muchos y secretos sectarios. Todos alimentan en su seno sentimientos hostiles , y vuelven sus ojos hácia la Estuardo , y mantienen relaciones con sus hermanos de Lorena , vuestros irreconciliables enemigos. Este furibundo partido os ha jurado guerra de exterminio , y combate con las pérfidas armas del infierno , forjadas en la casa del cardenal arzobispo de Reims , arsenal de la conjuracion , escuela del regicidio , plantel de los emisarios entusiastas y resueltos que vemos llegar á nuestra isla , bajo toda suerte de disfraces. Ultimamente hemos visto el tercer asesino , salido

de aquel centro: abierta sima que arrojará aún perpetuamente á la superficie enemigos secretos. En el castillo de Fotheringhay se halla nuestra Ate (1), la que provoca esta guerra incesante, la que incendia el reino con la tea del amor, la que con lisonjeras esperanzas atrae á la juventud á muerte cierta. Libertarla: hé aquí el pretexto de tales conjuraciones; colocarla en el trono: hé aquí el verdadero fin. Porque la casa de Lorena no reconoce vuestros sagrados derechos, y os tiene por usurpadora del trono, coronada por la fortuna. Ellos han persuadido á la insensata á titularse reina de Inglaterra, y la paz no será posible con esta mujer ni con esta raza. Debeis herir, ó recibir el golpe. Su vida es vuestra muerte, y su muerte vuestra vida.

ISABEL.—Cumplis, milord, un penoso cargo. Conozco la pureza de vuestro celo y la sabiduría de tales consejos, pero esta sabiduría que reclama la muerte, la detesto en lo íntimo de mi corazón. Discurrid un medio menos riguroso. Milord Shrewsbury, decidnos vuestra opinion.

TALBOT.—Con justicia encomiais, señora, el celo que anima el fiel corazón de Burleigh. Aunque no poseo su elocuencia, no es menor mi fidelidad. Dios quiera concederos largos años de vida para ser la alegría de vuestro pueblo, y prolongar la dicha de la paz en este reino. Nunca, desde que lo rige la monarquía, disfrutó de tantas venturas. Mas no sea nunca, por Dios, á costa de su gloria, ó ciérrense para siempre los ojos de Talbot, antes de que llegue tamaño desastre.

ISABEL.—Dios nos libre de manchar nuestra gloria.

TALBOT.—Pues entonces discurrid otros medios para salvar al reino, porque la ejecucion de María es

(1) Divinidad de la mitología griega, que personificaba el espíritu de perversion.

una injusticia , porque no podeis juzgar á quien no es vuestro vasallo.

ISABEL. — En este caso yerran mi Consejo de Estado y mi Parlamento , yerran todos los tribunales del reino , cuando me reconocen semejante potestad.

TALBOT. — La pluralidad de votos no es prueba de justicia. Inglaterra no es el mundo , ni vuestro Parlamento representa á toda la humanidad. La Inglaterra de hoy no es la Inglaterra del porvenir , como tampoco la del pasado. El oleaje movible de las opiniones se embravece ó se calma , al sople de la pasion. No digais que os fuerza la necesidad y os apremian las instancias de vuestro pueblo , porque en cuanto querais , á cada instante , podreis convencersos de que vuestra voluntad es libre. Ensayad. Declarad que os horroriza el derramamiento de sangre , que os anima el deseo de salvar la vida de vuestra hermana ; manifestad á los que otra cosa os aconsejan sincera indignacion , y bien pronto vereis cómo se desvanece semejante necesidad , y cómo lo justo se trueca en injusto. Sólo vos debeis juzgar , vos sola , sin que os sea dable apoyaros en tan frágil é insegura caña. Ceded espontáneamente á los impulsos de vuestra bondad. Dios no hizo severo el delicado corazon de la mujer , y cuando los fundadores de este reino le concedieron como al hombre la realeza , quisieron indicar claramente que la severidad no debia ser la primera virtud de nuestros reyes.

ISABEL. — El conde de Shrewsbury es ardiente abogado de la enemiga de mi reino , y de mi persona... Prefiero los consejos consagrados á mis intereses.

¡ TALBOT. — ¡ Ah!... No puede envidiársele un defensor... nadie acudirá á su defensa á trueque de exponerse á vuestra cólera. Permitid , pues , á un pobre anciano que , hallándose al borde del sepulcro , no puede dejarse seducir por ninguna esperanza terrena , permitidle salir á la defensa de una mujer desampa-

rada. No se diga al menos que en vuestro Consejo de Estado sólo habló la pasión y el interés personal, y calló la misericordia. Vos misma no visteis jamás su rostro; ni un solo afecto en vuestro ánimo habla en favor de la extranjera. No he tomado la palabra para justificar sus delitos. Dicen que hizo degollar á su esposo; lo que hay de cierto es que se casó con el asesino. Gran crimen, en verdad, pero ocurrió en época de trastornos y calamidades, y en medio de las angustias de la guerra civil. Rodeada de vasallos exigentes, débil como era, se arrojó en brazos del más fuerte, del más resuelto. ¡Quién sabe por qué artificios la sedujo! La mujer es frágil.

ISABEL.—La mujer no es frágil. Hay en nuestro sexo almas fuertes; no quiero que en mi presencia se hable de la fragilidad de las mujeres.

TALBOT.—Vos habéis aprendido en la severa escuela de la desgracia, señora; la vida no se os ofreció en sus comienzos bajo halagüeño aspecto, y lejos de esperar una corona, visteis bajo vuestras plantas una tumba. En Woodstock y á la sombra de un calabozo, Dios, que protege nuestra patria, os preparaba por el dolor al cumplimiento de tan sublimes deberes, sin que la lisonja fuera á vuestro encuentro. Alejada de todo trato con el mundo, vuestra alma aprendió á meditar, á ensimismarse y á estimar los verdaderos dones de la vida. Mas Dios no salvó por igual manera á aquella infortunada. Apenas niña, vedla en la corte de Francia, morada de la ligereza y de los frívolos placeres. Allí, en la continua embriaguez de los espectáculos, no oyó jamás la voz austera de la verdad, y se la fascinó con la brillantez del vicio, y fué arrebatada por el torrente de la licencia. Había recibido del cielo el pasajero don de la belleza; con ella eclipsaba á las demás mujeres, y sus hechizos, no menos que su cuna...

ISABEL. — Volved en vos, milord de Shrewsbury; re-

cordad que estamos celebrando solemne consejo. Muy grandes han de ser tales hechizos cuando de tal modo apasionan á un anciano. Milord Leicester, sólo vos guardais silencio ; lo que anima la elocuencia de milor Shrewsbury ¿ pone tal vez un candado en vuestros labios ?

LEICESTER.— ¡ Enmudezco de sorpresa, señora, viendo con qué vanos terrores ocupan vuestra atencion ! ¡ cómo perturban la serenidad de vuestro Consejo de Estado, y preocupan formalmente á hombres graves, fábulas y murmuraciones del vulgo crédulo ! Confieso que me admira que la desheredada reina de Escocia, la mujer que no ha sabido conservar su pequeño trono, juguete de sus propios vasallos, arrojada de su reino, pueda de pronto poner espanto en vuestro corazon desde el fondo de su calabozo... ¡ Por el cielo ! ¿ Qué puede hacerla temible á vuestros ojos ? ¿ Serán sus pretensiones á la corona ? ¿ Será la oposicion de los Guisas á reconocer vuestros derechos ? Pero, ¿ por ventura la oposicion de los Guisas puede anularlos, heredados como son y confirmados por el Parlamento ? ¿ No fué excluida tácitamente en la última voluntad de Enrique ? La Inglaterra que goza felizmente de la nueva religion, ¿ querrá arrojarse otra vez en brazos de una papista y abandonará su adorada Reina por la matadora de Darnley ? ¿ Qué pretenden estos hombres impacientes que mientras vivis os molestan hablando de vuestro heredero, y se empeñan en casaros con tal urgencia para salvar la Iglesia y el Estado ? Sois jóven y fuerte todavía, mientras cada dia que pasa para ella la marchita y la empuja á la muerte !... ¡ Por el cielo ! Harto tiempo hollareis su tumba para que os sea preciso precipitarla en ella.

BURLEIGH.— Lord Leicester no fué siempre de esta opinion.

LEICESTER.— ¡ Verdad ! Voté la pena capital en el

Consejo, y allí otro fué mi lenguaje. Pero ahora no se trata de lo que es más justo, sino de lo que es más conveniente. ¿Debe temérsela, en el punto en que Francia, su único apoyo, la abandona? ¿cuando vais á otorgar la mano al descendiente de sus reyes, y la esperanza de nueva progenie regocija á la patria? ¡Por qué matarla! Ha muerto ya; el desprecio es la verdadera muerte. Temed por el contrario que resucite con la compasion. Opino, pues, que se deje subsistir en toda su fuerza la sentencia pronunciada contra ella. Que viva, pero que viva bajo el hacha del verdugo, y si se levanta en su defensa un solo brazo, caiga inmediatamente su cabeza.

ISABEL.— (*Se levanta.*) Milores; he oido vuestras opiniones, y os agradezco semejante celo. Con la ayuda de Dios, que ilumina á los reyes, examinaré las razones alegadas y elegiré el partido que me parezca más prudente.

ESCENA IV.

Dichos.— PAULETO.— MORTIMER.

ISABEL.— Ved á sir Amias Pauleto. Sir Pauleto, ¿qué venis á anunciarme?

PAULETO.— Gloriosa Reina; mi sobrino, recién llegado de largo viaje, se rinde á vuestras plantas y os ofrece sus servicios. Recibidlo con bondad, y caiga sobre él un rayo de vuestro favor.

MORTIMER.— (*Hincando la rodilla.*) Dios conceda largos años de vida á mi augusta soberana, y coronen su frente la gloria y la felicidad.

ISABEL.— Alzad y sed bien venido á Inglaterra. Habeis viajado mucho, sir Mortimer, habeis visitado Francia y Roma, deteniéndoos en Reims. Decidme algo de lo que traman nuestros enemigos.

MORTIMER. — ¡Dios los confunda!... Así se volvieran contra sus propios corazones, los dardos que intentan lanzar contra mi Reina.

ISABEL. — ¿Visteis á Morgan y al muy intrigante obispo de Ross?

MORTIMER. — He conocido en Reims á cuantos escoceses desterrados se ocupan en conspirar contra este país. Me he insinuado en sus corazones á fin de descubrir alguno de los proyectos que les ocupan.

PAULETO. — Le confiaron algunas cartas misteriosas y cifradas para la Reina de Escocia, y nos las ha entregado con toda fidelidad.

ISABEL. — Decidnos en qué consisten sus últimos planes.

MORTIMER. — Les ha desconcertado el abandono de Francia y la estrecha alianza que acaba de contraer con Inglaterra, y vuelven los ojos á España.

ISABEL. — Esto es lo que me escribe Walsingham.

MORTIMER. — Cuando iba á salir de Reims, se había recibido una bula de excomunion lanzada contra vos por el papa Sixto V. Llegará con el primer navío que arribe á nuestras playas.

LEICESTER. — Semejantes armas no asustan ya á Inglaterra.

BURLEIGH. — Pero son terribles en manos de un fanático.

ISABEL. — (*Contemplando á Mortimer con mirada penetrante.*) Os acusan de haber frecuentado las escuelas de Reims y abjurado vuestras creencias.

MORTIMER. — Confieso que lo fingí, con el deseo de serviros.

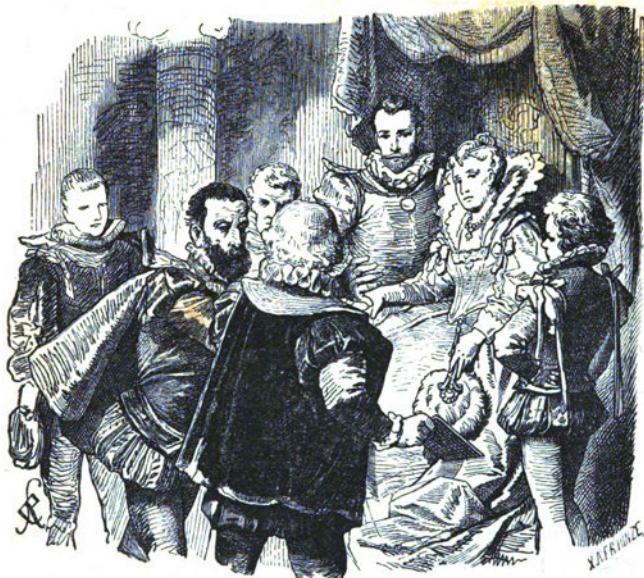
ISABEL. — (*A Pauleto que saca un papel.*) ¿Qué es esto?

PAULETO. — Una carta que os dirige la Reina de Escocia.

BURLEIGH. — (*Cogiéndole el brazo.*) Dadme esta carta.

PAULETO. — (*Entregando la carta á la Reina.* Perdo-

nadme, lord tesorero ; me ordenó entregarla á la Reina en persona. Aunque me tiene por su enemigo, soy tan sólo el enemigo de sus faltas, y cuanto se acuerda con mi deber lo hago gustoso por ella. (*La Reina ha tomado la carta, y mientras la lee, Mortimer y Leicester se hablan en voz baja.*)



BURLEIGH.—(*A Pauleto.*) ¿Qué traerá esta carta? ¡Fútiles lamentos que debiéramos evitar al sensible corazón de la Reina!

PAULETO.—No me ocultó su contenido. Solicita el favor de ver á la Reina.

BURLEIGH.—(*Con viveza.*) ¡Esto nunca!

TALBOT.—¿Y por qué no?... la súplica no es injusta.

BURLEIGH.—No merece el honor de contemplar el augusto semblante de nuestra soberana, la que prepa-

ró el regicidio sedienta de su sangre. Y todo vasallo leal debe abstenerse de darle tan malo y pérfido consejo.

TALBOT.— Si la Reina le concede este favor, ¿pondreis freno al generoso impulso de su clemencia?

BURLEIGH.— Está sentenciada; oprime su cuello el hacha del verdugo. Visitar á quien se halla destinada al cadalso, es acto indigno de Su Majestad; si la Reina se acerca á ella, la sentencia no podrá ejecutarse, porque la presencia real lleva consigo el indulto.

ISABEL.— (*Enjugando sus lágrimas despues de haber leído la carta.*) ¿Qué es el hombre? ¿Qué es la dicha en este mundo?... ¿A qué extremo llegó esta Reina, la que empezó su carrera rodeada de tan halagüeñas esperanzas, la que fué llamada al más antiguo trono de la cristiandad, la que esperó ceñir su frente con tres coronas?... ¡Cuán diferente su lenguaje del que usaba cuando abrazó el escudo de Inglaterra y recibia de la lisonja el título de Reina de las islas Británicas! Dispensadme, milores. Invade mi alma la tristeza, se desgarrar de dolor, cuando considero la movilidad de las cosas terrenas,... cuando siento pasar junto á mí las terribles manifestaciones del destino humano!

TALBOT.— ¡Oh, Reina! Dios conmueve vuestro corazón; obedeced á esta inspiracion divina; harto cruelmente ha expiado ya sus crueles delitos; tended la mano á quien tan bajo cayó, y descended como ángel de luz á las tinieblas de su calabozo.

BURLEIGH.— ¡Firmeza, señora! No permitais que perturbe vuestro ánimo laudable conmisericion; no os despojeis por vuestra propia mano de la libertad de obrar segun convenga. No os es posible indultarla, ni salvarla; evitad, pues, el odioso cargo de que os permitisteis el cruel y sarcástico placer de apacentar vuestras miradas con el aspecto de la víctima.

LEICESTER.— Permanezcamos dentro nuestros lími-

tes, milores; la Reina es discreta, y no necesita de nuestros consejos para elegir el mejor partido. Fuera de que la entrevista de las dos reinas no tiene nada de comun con el curso regular de la justicia. Pues las leyes de Inglaterra, y no la voluntad de nuestra soberana, han condenado á María, digno será de la magnánima Isabel obedecer á sus nobles impulsos, mientras la ley guarda su riguroso imperio.

ISABEL. — Retiraos, milores; hallaremos modo de conciliar la clemencia con los deberes que impone la necesidad... Entre tanto, retiraos. (*Se van los lores; llama á Mortimer.*) Sir Mortimer, una palabra.

ESCENA V.

ISABEL.—MORTIMER.

ISABEL.— (*Despues de haberle observado con penetrante mirada.*) Habeis dado pruebas de osada resolucion, y de imperio sobre el propio ánimo, poco comun á vuestra edad. Quien sabe practicar tan pronto el difícil arte del disimulo, contrae grandes méritos antes de tiempo y abrevia los años de aprendizaje. Os pronostico que estais destinado á brillante carrera,... por fortuna, yo misma puedo hacer bueno mi pronóstico.

MORTIMER. — Gran Reina, cuanto puedo, y cuanto sé, está á vuestro servicio.

ISABEL. — Aprendisteis á conocer á los enemigos de Inglaterra, cuyo odio contra mí es implacable, cuyos sanguinarios proyectos no tendrán fin. Verdad que el Todopoderoso me ha protegido hasta ahora, pero la corona vacilará en mis sienes mientras viva aquella que sirve de pretexto á su fanático celo y fomenta sus esperanzas.

MORTIMER. — Mandad, señora, y dejará de existir.

ISABEL. — ¡ Ah! sir; creí alcanzado mi propósito, y

me hallo como el primer día. Mi intento era dejar obrar á las leyes, y conservar mi mano pura de sangre. Se ha pronunciado la sentencia; ¿y qué he adelantado con ello, si es fuerza que se ejecute, Mortimer, y yo debo dar la órden de la ejecucion? Así recae siempre sobre mí la odiosidad del acto. Me veo forzada á consentirlo, y no puedo salvar las apariencias. ¡No conozco más aflictiva situacion!

MORTIMER. — ¿Y qué os importa tan penosa apariencia en una causa justa?

ISABEL. — No conocéis el mundo, caballero; todos nos juzgan por la apariencia y nadie por la realidad. Como no me es dado convencer á nadie de mis derechos, me veo obligada á obrar de modo que mi participacion en su muerte quede envuelta para siempre en las sombras de la duda. En los asuntos de esta naturaleza, que se ofrecen bajo doble aspecto, la oscuridad es el único refugio; y lo peor, confesar algo, porque mientras nada se cede, nada se ha perdido.

MORTIMER. — (*Con mirada penetrante.*) Así, lo mejor sería...

ISABEL. — (*Con viveza.*) Sin duda, esto sería lo mejor. ¡Ah! Mi ángel bueno inspira vuestros labios. Proseguid, acabad, caro Mortimer. Sois reflexivo y penetráis en el fondo de las cosas; ¡cuánto os diferenciáis de vuestro tío!

MORTIMER. — (*Sorprendido.*) ¿Revelasteis tal deseo al caballero Pauleto?

ISABEL. — Y siento haberlo hecho.

MORTIMER. — Excusad á este anciano, que se haya vuelto escrupuloso con los años. Un golpe arriesgado como este, requiere el valor y osadía juveniles.

ISABEL. — ¿Puedo contar con vos?

MORTIMER. — Os prestaré mi brazo; salvad como podáis la reputacion.

ISABEL. — ¡Ah, Mortimer! Si me despertarais una

mañana diciéndome : María Estuardo , vuestra mortal enemiga , ha muerto esta noche...

MORTIMER. — Contad conmigo.

ISABEL. — ¡ Ah ! ¡ cuándo podré dormir tranquilamente !

MORTIMER. — En la próxima luna cesarán vuestros temores.

ISABEL. — Adios, sir Mortimer. No os preocupeis por que se cubra mi gratitud con el velo de la noche. El silencio es el dios de los dichosos... los lazos más fuertes y tiernos, los que envuelve el misterio... (*Se va.*)

ESCENA VI.

MORTIMER.

Anda , falsa é hipócrita mujer ; te engaño , como tú al mundo. Es justo , es bello hacer traicion á un sér como tú... ¡ Pues qué ! ¿ tengo yo cara de asesino ? ¿ Has visto en mi frente la aptitud para el crimen ? Fíate de mi brazo , y retira el tuyo , y ofrece al mundo el piadoso y falso aspecto de la clemencia. Mientras confias en secreto con el auxilio de un asesinato , vamos ganando tiempo para libertarla. ¡ Pretendes elevarme !... me muestras de lejos preciosa recompensa : ¡ ni aunque consistiera en tí y en tus propios favores !... No me seduce la ambicion de vana gloria... ¡ Ah ! sólo junto á ella se encuentra el encanto de la existencia... en torno suyo se agrupan sin cesar , formando alegres coros , los dioses de la gracia y de la dicha juvenil ; en su seno mora el paraíso , y tú sólo puedes darme frios placeres... Nunca conociste tú la mayor felicidad , el mayor encanto de la vida , la ventura del alma que fascinada y fascinando , se entrega á otra en un momento de olvido !... Nunca poseiste la verdadera coro-

na de tu sexo ; jamas colmaste de ventura á un hombre con tu amor... Me será preciso aguardar á ese lord , para darle la carta... ¡Odiosa comision ! No me es nada simpático este palaciego... yo solo , quiero libertarla ; para mí el peligro... la gloria... y la recompensa. (*Cuando se dispone á salir , encuentra á Pauleto.*)

ESCENA VII.

MORTIMER. — PAULETO.

PAULETO. — ¿ Qué te ha dicho la Reina ?

MORTIMER. — Nada , sir Pauleto , nada importante...

PAULETO. — (*Mirándole , severo.*) Oye , Mortimer ; te hallas en resbaladizo y engañoso terreno. El favor real atrae ; la juventud suele ser ávida de honores... ¡ Cuidado con dejarte llevar de la ambicion !

MORTIMER. — ¡ Si vos mismo me habeis traído á la corte !

PAULETO. — Ya me arrepiento de ello. No fué en la corte donde adquirió nuestra casa su gloria. ¡ Sé fuerte , sobrino mio ; no vayas á comprar caro el favor !... ¡ Cuidado con ofender la conciencia !

MORTIMER. — ¡ Qué ocurrencias teneis !... vaya un temor...

PAULETO. — Por alto que sea el puesto que la Reina te prometa , no fies en sus lisonjeras palabras , y piensa que ha de desconocerte cuando hayas obedecido... Querrá conservar su nombre puro de toda mancha , y vengará el asesinato por ella ordenado.

MORTIMER. — ¿ El asesinato , decis ?

PAULETO. — Basta de disimulo ; sé lo que te ha indicado la reina , creida de que tu ambiciosa juventud seria más complaciente que mi inflexible ancianidad... ¿ Le has prometido ?... ¿ le has...

MORTIMER. — ¡ Tío !

PAULETO. — Si lo hiciste te maldigo, te rechazo !

(*Entra Leicester.*)

LEICESTER. — ¡ Sir Pauleto ! permitidme decir dos palabras á vuestro sobrino. La Reina se halla muy dispuesta en su favor y quiere confiarle enteramente la guardia de María Estuardo... descansa en su fidelidad...

PAULETO. — Fia en... Bien.

LEICESTER. — ¿ Qué decis, caballero Pauleto ?

PAULETO. — La Reina fia en él , y yo , milord , fio en mí y abro mucho los ojos. (*Se va.*)

ESCENA VIII.

LEICESTER, MORTIMER.

LEICESTER. — (*Sorprendido.*) ¿ Qué idea preocupa á vuestro tío ?

MORTIMER. — No lo sé. La inesperada confianza que me acuerda la Reina...

LEICESTER. — (*Fijando en él su mirada.*) ¿ Mereceis, caballero , que se fien de vos ?

MORTIMER. — Os haré la misma pregunta , milord Leicester.

LEICESTER. — ¿ Teneis algo que decirme en secreto...

MORTIMER. — Aseguradme que puedo atreverme á ello.

LEICESTER. — ¿ Y quién me responde á su vez de vos ? Suplico que no os ofendais por mi recelo , porque os veo presentar dos caras en la corte. Una de ellas es necesariamente falsa , ¿ pero cuál es la verdadera ?

MORTIMER. — Lo mismo he notado en vos, conde Leicester.

LEICESTER. — ¿Cuál de ambos ha de ser el primero en dar pruebas de confianza ?

MORTIMER. — Quien arriesgue menos en ello.

LEICESTER. — Entonces sois vos.

MORTIMER. — No, vos. El testimonio de un lord poderoso y respetable puede perderme, y en cambio el mio seria impotente contra vuestra condicion y favor.

LEICESTER. — Os engañais, sir Mortimer; soy poderoso para todo, mas por lo que dice al asunto delicado que debo confiar á vuestra buena fe, soy el hombre menos influyente de la corte y una miserable declaracion podria perderme.



MORTIMER. — Puesto que el omnipotente lord Leicester se humilla en mi presencia hasta el punto de hacerme semejante confesion, será preciso que yo me atreva á más, dándole un ejemplo de grandeza de alma.

LEICESTER. — Confíad en mí, y yo os imitaré.

MORTIMER. — (*Presentando la carta.*) Hé aquí lo que os envia la Reina de Escocia.

LEICESTER. — (*Asustado, toma la carta con precipita-*

cion.) Hablad bajo, sir; ¡ qué veo!... ¡ Oh! ¡ Dios! su retrato. (*Lo besa y contempla con muda admiracion.*)

MORTIMER. — (*Que durante este rato le ha observado.*) Ahora, milord, fio en vos.

LEICESTER. — (*Despues de leida la carta.*) Sir Mortimer, ¿conoceis el contenido de esta carta?

MORTIMER. — No sé nada.

LEICESTER. — ¡ Sin duda ella os confió...

MORTIMER. — Nada me ha confiado; me ha dicho que vos me explicariais este enigma. Porque es un enigma para mí, que el conde Leicester, el favorito de Isabel, el enemigo declarado y juez de María, sea precisamente el hombre de quien la Reina espera la libertad. Debe, sin embargo, ser así, porque harto claro expresan vuestros ojos lo que sentis por ella.

LEICESTER. — Explicadme antes cómo ha sido que os interesaraís de tal modo por su suerte, y cómo habeis ganado su confianza.

MORTIMER. — Muy sencillo, milord. Abjuré mi religion en Roma, y estoy en relaciones con los Guisas. A una carta del arzobispo de Reims, debo el estar bien quisto con la Reina de Escocia.

LEICESTER. — No ignoro que habeis mudado de religion y esta es la causa de mi confianza. Dadme la mano y excusadme mis recelos. Toda precaucion es poca por mi parte, porque Walsingham y Burleigh me odian, y sé que me observan y me tienden lazos; podiais haber sido vos instrumento suyo, para atraerme á ellos.

MORTIMER. — ¡ Con cuánta cautela se ve obligado á andar en esta corte, tan poderoso señor!... ¡ Conde, os compadezco!

LEICESTER. — Me arrojo con júbilo en brazos de un amigo fiel, para libertarme de prolongada opresion. Os sorprende, sir, mi rápida mudanza con respecto á María, pero sabed que en realidad no la he odiado

nunca, y sólo el imperio de las circunstancias me ha convertido en adversario suyo. Muchos años há, como no ignorais sin duda, debía casarse conmigo antes de dar la mano á Darnley, y cuando el esplendor de su grandeza la rodeaba todavía. Rechacé entonces con frialdad semejante ventura, y hoy que se halla encarcelada y al borde del sepulcro, hoy quisiera alcanzar su amor, áun á riesgo de mi vida.

MORTIMER. — ¡Generoso proceder!

LEICESTER. — En el decurso del tiempo las cosas han cambiado. Mi ambicion me hizo insensible á la juventud y á la belleza. Casarme con María entonces, era dicha harto pequeña para mí; esperaba poseer la Reina de Inglaterra.

MORTIMER. — Se sabe que os preferia á los demas.

LEICESTER. — Parecia así, Mortimer, y ahora despues de diez años de sujecion... de haberla galanteado sin descanso... ¡Ah! ¡Mortimer!... mi corazon se explaya, fuerza es que me alivie de prolongado fastidio!... ¡Si se supiera lo que son las cadenas que me envidian!... Despues de haber sacrificado diez interminables años de amarguras al ídolo de su vanidad, despues de soportar con la resignacion del esclavo sus caprichos de sultana, y de haberme convertido en su juguete, tolerando sus menores extravagancias, ora acariciado con ternura, ora rechazado con orgullosa gazmoñería, así atormentado por su favor, como por su severidad, custodiado como un prisionero por la inquieta mirada de los celos, tratado como un niño, insultado como un lacayo... ¡Oh! ¡No hay palabras que expresen, que pinten semejante infierno!

MORTIMER. — Os compadezco, conde.

LEICESTER. — Y cuando llego al término de mis afanes me escapa la recompensa y viene otro á arrebatarme el fruto de tan cara constancia. Un esposo jóven á quien adornan brillantes cualidades, me despoja de los

derechos que poseia tanto tiempo há. Me veo obligado á descender de este teatro, donde brillé y ocupé el primer puesto, porque no es sólo su mano, sino su favor lo que éste recien venido va á quitarme; él es galante, y ella es mujer.

MORTIMER. — Hijo de Catalina, en buena escuela aprendió el arte de la adulacion.

LEICESTER. — Veo, pues, fallidas todas mis esperanzas. En el naufragio de mi dicha, busco una tabla de salvacion, y convierto los ojos hácia mis primeras y bellas ilusiones. De nuevo se presenta á mi memoria la imágen de María, en todo el esplendor de sus hechizos; de nuevo recobran su imperio la juventud y la hermosura. No es ya la fria ambicion, sino mi corazon quien compara y siente qué gran tesoro ha perdido. La veo hundida en el abismo de la desgracia, y por mi culpa; nace en mi alma la esperanza de libertarla, de salvarla. Pude entonces darle á conocer, por medio de fiel emisario, el cambio de mi corazon, y en esta carta que me habeis traído, me asegura que me perdona, y que si la salvo, será mia en recompensa.

MORTIMER. — Nada habeis hecho por libertarla. Permitis que la condenen á muerte; vos mismo votasteis por la pena capital. Ha sido necesario un milagro, ha sido necesario que la luz de la verdad iluminara al sobrino de su carcelero, y que Dios le preparase inesperado libertador desde el Vaticano; de otro modo carecia de medio alguno para llegar hasta vos.

LEICESTER. — ¡ Ah! sir Mortimer... ¡ Cuánto me ha hecho padecer todo esto! Ultimamente fué trasladada del castillo de Talbot á Fotheringhay, y confiada á la severa confianza de vuestro tío, con lo que me fué vedada toda comunicacion con ella, y debí continuar persiguiéndola á los ojos del mundo. Mas no creais que hubiese podido dejarla morir. No; esperé y espe-

ro todavía impedir esta catástrofe hasta que se ofrezca modo de libertarla.

MORTIMER.—Se ha hallado ya Leicester; vuestra noble confianza merece que corresponda á ella; quiero libertarla yo, y á eso he venido; todo está preparado y vuestro poderoso auxilio nos asegura éxito feliz.

LEICESTER.—¡Qué decis!... ¡Me asustais!... ¡Cómo! ¡querriais...

MORTIMER.—Arrancarla por la fuerza de la prision. Cuento con algunos auxiliares; todo está preparado.

LEICESTER.—¡Teneis cómplices y confidentes! ¡Desdichado de mí!... ¡En qué arriesgado proyecto me habeis metido!... ¿Saben tambien ellos mis secreto?

MORTIMER.—Tranquilizaos; para nada figurais en el complot, que se habria ejecutado ya, si ella no hubiese querido deberos su salvacion.

LEICESTER.—¡Así podeis asegurarme con certeza que no se ha pronunciado mi nombre en vuestra conjuracion!

MORTIMER.—Os lo aseguro. Mas, ¿por qué tales inquietudes, cuando oís una noticia favorable á vuestros designios?... ¡Quereis libertar á María y poseerla, hallais de pronto auxiliares inesperados, se presenta un medio pronto, como caido del cielo, y manifestais más embarazo que júbilo!

LEICESTER.—Nada puede tentarse por la fuerza; es empresa muy peligrosa.

MORTIMER.—Tambien lo es la tardanza.

LEICESTER.—Os repito, caballero, que no cabe intentarlo.

MORTIMER.—(*Con amargura.*) No por vos que quereis poseerla, pero nosotros, que sólo aspiramos á libertarla, no vacilamos tanto.

LEICESTER.—Jóven, obrais con harta ligereza tratándose de un asunto espinoso y erizado de peligros.

MORTIMER.—Y vos obrais con harta prudencia tratándose de una cuestion de honra.

LEICESTER. — Veo los lazos que nos rodean.

MORTIMER. — Me siento con valor bastante para romperlos todos.

LEICESTER. — Este valor es temeridad, es locura.

MORTIMER. — Vuestra prudencia, milord, no se parece en nada á la valentía.

LEICESTER. — ¿ Tanto es vuestro deseo de acabar como Babington ?

MORTIMER. — ¿ Tanta es vuestra repugnancia á imitar la grandeza de alma de Norfolk ?

LEICESTER. — Norfolk no llevó á María al altar.

MORTIMER. — Però demostrò que era digno de ello.

LEICESTER. — Perdiéndonos, no la salvamos.

MORTIMER. — Ni pensando en la propia conservacion tampoco.

LEICESTER. — ¡ Si no quereis reflexionar !... ¡ Si no quereis oir !... Con vuestra ciega impetuosidad destruis la obra que se hallaba en vias de éxito.

MORTIMER. — ¿ Qué obra ?... ¿ La que habeis comenzado ?... ¿ Qué habeis hecho para libertarla ? Si fuese yo un miserable capaz de asesinarla como me ordenò la Reina, y como en ese instante espera que lo haré, decidme ¿ qué precaucion habeis tomado para salvar su vida ?

LEICESTER. — (*Sorprendido.*) ¿ La Reina os diò esta orden sangrienta ?

MORTIMER. — ¡ Se ha engañado conmigo, como se engañò María con vos !

LEICESTER. — ¿ Y prometistéis ?... Habeis...

MORTIMER. — Para que no comprara otro brazo, ofreci el mio.

LEICESTER. — Habeis obrado perfectamente ; esto nos deja á nuestras anchas ; como la Reina fia en vuestra promesa, la sentencia de muerte no se ejecutará y entre tanto ganamos tiempo.

MORTIMER. — (*Impaciente.*) No ; perdemos tiempo.

LEICESTER.— Puesto que fia en vos , mayor será su empeño en mostrarse clemente á los ojos del mundo. Tal vez podré persuadirla á que visite á su rival y este paso le atará las manos , porque como dice muy bien Burleigh , la sentencia no podrá ejecutarse desde el momento en que la Reina la haya visto. Sí ; quiero intentarlo... lo dispondré todo á ese fin.

MORTIMER.— ¿ Y qué obtendreis con esto ? Si ve que se ha engañado con respecto á mí , si María continúa viviendo , las cosas volverán al mismo estado de antes. Lo mejor que pueda sucederle , es que sea condenada á perpétua cautividad... y será preciso acabar con un arranque de osadía. ¿ Por qué no empezar desde luego por aquí ? Teneis en vuestras manos el poder ; podeis congregiar un ejército , aunque fuera tan sólo armando á la nobleza de vuestros dominios. María por su parte cuenta con buen número de amigos secretos. Las nobles casas de Howard y de Percy , no obstante de haber muerto sus jefes , son ricas en héroes , y aguardan sólo que un lord poderoso les dé el ejemplo. Basta ya de disimulos ; obremos con franqueza. Defended como caballero á vuestra amada , y combatid noblemente por ella. Seréis dueño de la Reina de Inglaterra cuando querais. Atraedla á uno de vuestros castillos donde os siguió alguna vez , y allí portaos como hombre , hablad como dueño. ¡ Retenedla en vuestro poder hasta que haya devuelto la libertad á María Estuardo !

LEICESTER.— Me sorprendéis y me asustais al propio tiempo... ¿ A dónde os conduce vuestro delirio?... ¿ Conocéis este pais ? ¿ Sabeis lo que ocurre en la corte ?... ¿ Sabeis con qué estrechas ligaduras ha encadenado los ánimos el imperio de esta mujer ? En vano buscaréis el heroico ardor que animaba en otro tiempo esta comarca. Bajo el yugo de Isabel , el valor se trocó en abatimiento , y la energía yace comprimida. Seguid mis consejos ; no emprendais nada sin reflexion... Siento pasos. Salid.

MORTIMER.— María aguarda , y vuelvo á ella con fútiles consuelos.

LEICESTER.— Llevadle la seguridad de mi eterno amor.

MORTIMER.— ¡Llevádsela vos! Me ofrecí á ser el instrumento de su libertad, nó el emisario de sus amores.

(Se va.)

ESCENA IX.

ISABEL.— LEICESTER.

ISABEL.— ¿ Quién acaba de dejaros?... He oido hablar.

LEICESTER.— (*Volviéndose rápidamente al oír á la Reina, perturbado.*) ¡ Sir Mortimer !

ISABEL.— ¿ Qué os pasa, milord?... ¡ Estais muy conmovido !

LEICESTER.— (*Serenándose.*) Vuestro aspecto... Nunca me habiais parecido tan encantadora. Estoy deslumbrado por vuestra belleza. ¡ Ah !...

ISABEL.— ¿ Por qué suspirais ?

LEICESTER.— ¿ Acaso no tengo motivos para suspirar?... La contemplacion de tales hechizos renueva en mí el inefable dolor de la pérdida que me amenaza.

ISABEL.— ¿ Qué perdeis ?

LEICESTER.— Pierdo vuestro corazon ; os pierdo á vos, ¡ tan digna de ser amada ! Muy pronto os sentireis feliz en brazos de jóven y entusiasta esposo que reinará como dueño absoluto en vuestro corazon. Es de sangre real , y yo no lo soy ; mas desafio al mundo entero , á ver si es posible hallar en la tierra quien sienta por vos más profunda adoracion que yo. El duque de Anjou no os ha visto nunca, y sólo puede amar vuestra gloria y esplendor... Pero yo, yo te amo á tí... y aunque fueras humilde pastora y yo el más

poderoso príncipe del orbe, descendería á tí para deponer mi corona á tus plantas.

ISABEL.— Compadéceme, Dudley, y no me reconvengas... No me atrevo apenas á interrogar mi corazón... ¡Cuán diversamente hubiese elegido!... ¡Ah, cómo envidio á las demas mujeres la facultad de elevar hasta ellas al hombre que aman! No soy tan feliz que pueda ceñir con mi corona la frente de aquel á quien amo más que nada en el mundo. La Estuardo, sí, pudo otorgar su mano, cediendo á la propia inclinacion; todo se lo permitió, y apuró la copa de los placeres.

LEICESTER.— Ahora apura la del dolor.

ISABEL.— Para nada tuvo en cuenta el qué dirán. Su vida fué grata; nunca se impuso el yugo, al cual me he sujetado. Tambien yo hubiese podido gozar de la vida, y respirar libremente, y á ello preferí los austeros deberes de la realeza. Y no obstante obtuvo con su conducta el favor de los hombres, porque no aspiró á más que á ser mujer, y jóvenes y viejos le rinden homenaje. Así son ellos; siempre ávidos de placer. Vuelan anhelantes tras alegres y frívolos pasatiempos y en nada estiman cuanto es digno de estimacion. ¿No parecia remozado el mismo Talbot cuando se le ocurrió hablarnos de los atractivos de esta mujer?

LEICESTER.— Excusadle; fué su carcelero, y la artificiosa María lo sedujo con sus lisonjeras palabras!

ISABEL.— ¿Será verdad que sea tan hermosa? Tanto he oido celebrar su rostro que desearia saber á qué atenerme. Los retratos suelen adular, y las descripciones son mentirosas; sólo me fio de mis propios ojos. ¿Por qué me mirais de un modo tan singular?

LEICESTER.— Os imagino al lado de María. Confieso que seria para mí un placer si pudiésemos lograr secretamente veros en presencia de María, pues por primera vez triunfariais por completo de ella. Quisiera contemplar su humillacion, cuando por sus pro-

pios ojos (porque la envidia tiene la mirada penetrante) se convenciera de vuestra superioridad así en la nobleza de vuestra fisonomía como en las demas cualidades.

ISABEL. — ¡ Pero ella es más jóven !

LEICESTER. — ¡ Más jóven ! No se diría al verla. Sus padecimientos , en verdad , la han envejecido antes de tiempo. Lo que amargaría más su pena , sería veros desposada. Se desvanecieron á su espalda las dulces ilusiones de la vida , y en cambio , os viera caminando hácia la felicidad , desposada con un príncipe de Francia. ¡ Qué golpe para ella , que se envanecía de su alianza con esta nacion , y confía aún en su apoyo !

ISABEL. — (*Con cierto descuido.*) Muchos me instan para que la vea.

LEICESTER. — (*Con viveza.*) Ella lo pide como una gracia , concedédselo como un castigo ; preferiría ser conducida por vos al cadalso , á verse eclipsada por vuestros hechizos ,... así descargais sobre ella el golpe mortal con que quiso heriros. Cuando contemple vuestra belleza , custodiada por el honor , ilustre por la virtud , por una reputacion sin mancha , que despreció para entregarse á sus locos amores ; cuando la vea realzada por el esplendor de la corona , ornada con el velo nupcial , entonces sonará la hora de su ruina. Sí ; al contemplaros , paréceme que nunca como hoy , os hallasteis en estado de alcanzar el premio de la victoria. Yo mismo , en el punto en que entrabais , quedé como fascinado por luminosa aparicion. ¡ Pues bien ! ahora , ahora mismo , tal como estais , mostraos á ella ,... no podreis hallar más favorable momento.

ISABEL. — ¿ Ahora ?... no , ahora no , Leicester. Conviene antes que lo medite , y que Burleigh...

LEICESTER. — (*Con viveza.*) ¡ Burleigh !... Sólo se ocupa en lo conveniente al reino. ¡ Pero vos , como mujer , teneis tambien algun derecho ! Este delicado asunto

es de vuestra incumbencia y no de la del hombre de Estado. Y por otra parte los mismos intereses de la política exigen que la veais, y que os reconcilieis con la opinion por medio de un acto de generosidad. Despues ya os deshareis de ella como os plazca.

ISABEL. — No es decoroso que vea á una parienta mia bajo el peso de la humillacion y la necesidad. Dicen que en torno suyo no brilla el menor resto de su antiguo poder real, y el aspecto de tantas privaciones seria para mí un reproche.

LEICESTER. — No será indispensable que entreis en sus habitaciones. Escuchad mi consejo. La casualidad nos sirve á maravilla. Hoy se celebra una gran partida de caza que nos conducirá á Fotheringhay. María puede hallarse en el parque, y vos entrareis en él como por acaso, porque es preciso que nada parezca preparado con anticipacion, y si os repugna hablarla, no le hablareis.

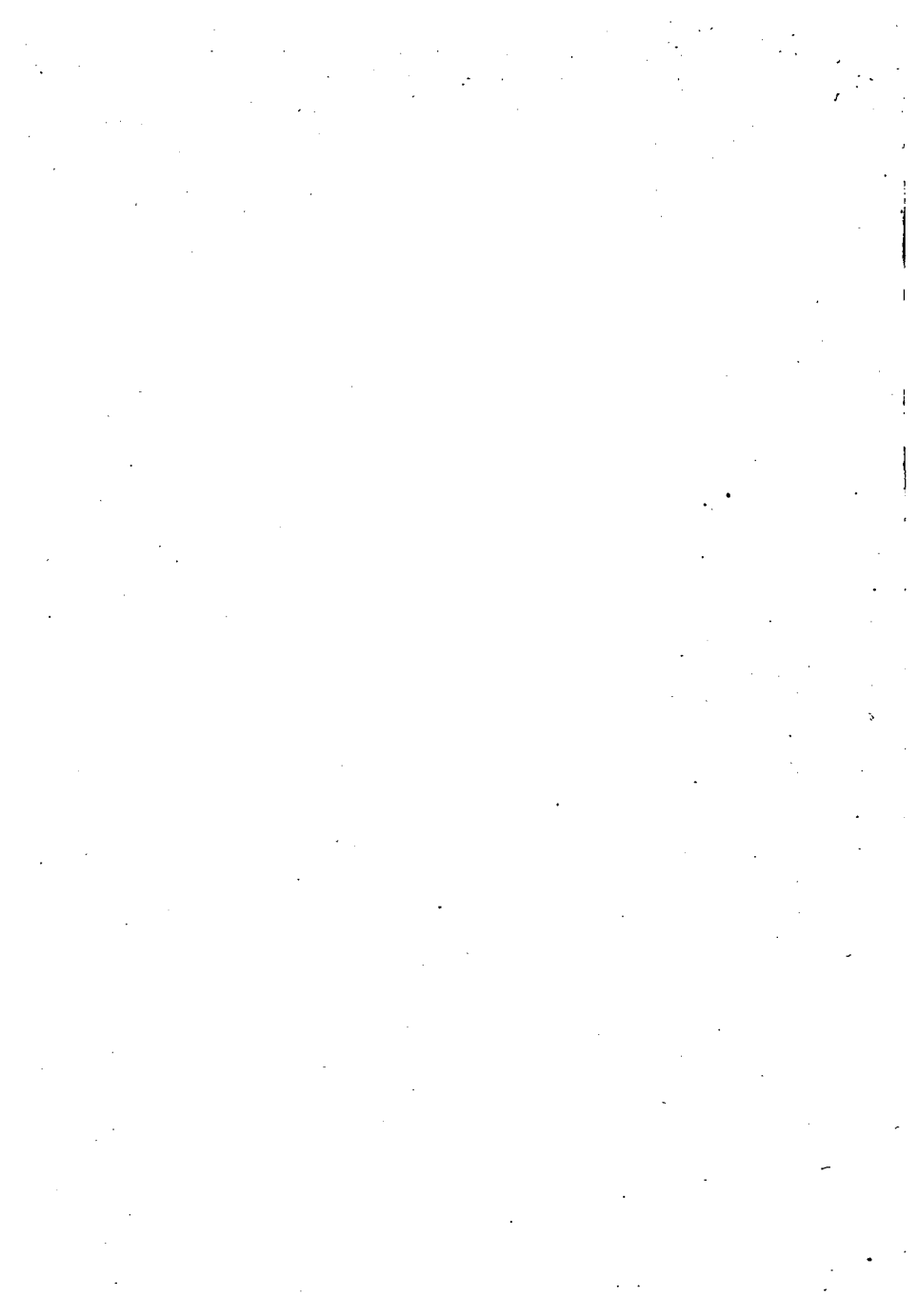
ISABEL. — Si cometo una locura, la culpa será vuestra y no mia, Leicester. Hoy no quiero negaros nada, porque sois entre todos mis vasallos á quien he afligido más. (*Le mira con ternura.*) Aunque sea tan sólo un capricho vuestro, prueba es de afecto, conceder espontáneamente lo que no aprobamos.

(*Leicester cae de rodillas. Telon.*)





La reina Isabel y Leicester.





ACTO III.

—

Un parque en primer término; árboles en el fondo;
horizonte lejano.

ESCENA PRIMERA.

MARIA (sale corriendo á través de los árboles).—ANA KENNEDY
(la sigue lentamente).

ANA.



E diría que volais, no puedo seguiros...
Aguardad.

MARIA. — ¡Oh! déjame disfrutar de mi reciente libertad, deja que vuelva á ser niña, y sólo tú también conmigo. Déjame probar la ligereza de mis piés sobre el césped. ¿Sali de mi oscuro calabozo? ¡No estoy ya encerrada en aquella triste tumba!... ¡Ah!... que mi sediento pecho aspire el aire con toda la fuerza de mis pulmones, el aire del cielo...

ANA.— ¡Oh! ¡mi querida señora! Vuestro calabozo sólo se ha ensanchado un poco; no veis las paredes que nos circuyen gracias al frondoso follaje de estos árboles.

MARIA. — ¡Ah! sí, demos gracias al cariñoso follaje de estos árboles que me ocultan mi cárcel... Quiero creer que soy libre y feliz; ¿por qué arrebatarme esta

dulce ilusion? ¿No tiende el cielo su manto sobre mi cabeza? Vuelan á través del espacio las miradas... libremente, ... sin hallar obstáculo alguno. Allá á lo lejos, donde se elevan las cenicientas y nebulosas montañas, allí empiezan las fronteras de mi reino, y estas nubes que el viento empuja hácia el sur, van á buscar el lejano Océano y Francia! ¡Oh! nubes veloces, naves aéreas, ¡quién pudiera viajar y bogar por el espacio con vosotras! ¡Id á saludar tiernamente en mi nombre la patria de mi juventud! ¡Cautiva, entre cadenas, no dispongo de otros mensajeros por desdicha mia! ¡vosotras viajais libremente por los aires, á través del espacio! ¡vosotras no estais sometidas á la Reina!

ANA. — ¡Ah! señora, estais loca. Esta libertad por tanto tiempo no gozada, os hace perder el tino.

MARIA. — ¡Allá va un pescador con su barca! ¡Pensar que podria salvarme rápidamente en ella, y llevarme á una playa amiga! ¡El pobre hombre sólo saca de ella módico producto y yo le cargaria de tesoros... En toda su vida no aprovechará el dia con tan excelente resultado; ... en sus redes pescaria la fortuna si quisiera arrebatar me en el salvador esquite!

ANA. — ¡Inútiles deseos!... ¿No veis que espian de lejos nuestros pasos, y una orden siniestra, inicua, aleja de nosotros toda criatura compasiva?

MARIA. — No, querida Ana; créeme, no en vano se ha abierto la puerta de mi prision. Esta ligera gracia anuncia mayor felicidad... No; no me engaño... la debo al poderoso auxilio de lord Leicester. Poco á poco irán ensanchando mi cárcel y me acostumbrarán gradualmente á la libertad, hasta que llegue á presencia de quien ha de romper para siempre mis cadenas.

ANA. — ¡Ah!... no puedo explicarme esta contradiccion. Ayer vinieron á anunciaros la muerte, hoy os conceden de súbito la libertad; he oido decir que

se solía quitar las cadenas á los que reclamaban la eterna.

MARIA.—¿Oyes el son de la trompa de caza?... ¿Oyes cómo resuena el bravo toque de llamada á través de los bosques y los campos? ¡Quién pudiera lanzarse sobre fogoso caballo, y unirse á la alegre comitiva! Estos sones no me son desconocidos... ¡cuán dulces y tristes recuerdos me sugieren!... ¡Cuántas veces alegraron mi oído con el tumulto de la caza, resonando entre los matorrales de los highlands!

ESCENA II.

Dichos.—PAULETO.

PAULETO.—¿Qué tal, señora? ¿me porto? ¿Estais contenta de mí?

MARIA.—¡Cómo, caballero! ¿á vos debo este favor; á vos?

PAULETO.—¿Por qué no á mí? He estado en la corte y entregué vuestra carta.

MARIA.—¿Verdad, la entregasteis?... ¿Tal hicisteis?... ¿Y disfruto ahora de semejante libertad á consecuencia de mi carta?

PAULETO.—Y no es esta la única; vais á participar de otra mayor.

MARIA.—¿Otra mayor... sir Pauleto? ¿qué quereis decirme?

PAULETO.—¿Habeis oído la bocina de caza?...

MARIA.—(*Retrocede presintiendo qué va á decir.*) ¡Me asustais!

PAULETO.—La Reina está cazando en el parque.

MARIA.—¡Cómo!

PAULETO.—Dentro de breves instantes se hallará en vuestra presencia.

ANA. — (*Acude á socorrer á María, que tiembla y desmaya.*) ¿Qué teneis, querida señora?... Palideceis...

PAULETO. — ¿Habré cometido un error? ¿No era esta vuestra súplica? Ha sido atendida antes de lo que presumiais. Preparad ahora vuestros discursos, vos, dotada de ordinario de fácil palabra; este es el momento de hablar.

MARIA. — ¡Ah! ¡por qué no saberlo antes! ¡No me siento dispuesta á la entrevista; nó, ahora nó!... La solicité como un gran favor, y ahora me parece terrible, espantosa. Vén, querida Ana; acompáñame á mi habitacion, donde me serene y me recoja.



PAULETO. — Aguardad, debeis esperarla aqui. Bien, ... comprendo que os cause inquietud comparecer ante vuestro juez.

ESCENA III.

Dichos. — TALBOT.

MARIA. — ¡No es esto, Dios mio!... ¡me preocupa otra cosa!... ¡Ah! noble Talbot, llegais como ángel del cielo... No puedo verla, evitadme su odiosa presencia.

TALBOT. — Serenaos, señora; apelad á todo vuestro valor porque este es el momento decisivo.

MARIA. — Mucho tiempo hace que lo aguardo, y me dispongo para él. Años há que me repito y grato en mi memoria una á una las frases que quisiera emplear para tocar su corazon y conmoverle, y de repente todo lo olvidé, todo se desvaneci6. Ya no me anima otro sentimiento que el de mis profundos pesares, ... arde en ira mi alma, ... huyen mis buenos prop6sitos... me ciñen las furias del infierno sacudiendo en torno mio su cabellera de víboras.

TALBOT. — Refrenad esta ind6mita agitacion... vened la amargura de vuestra alma. ¡Si el odio se encuentra con el odio, nada bueno puede esperarse! Por mucho que os repugne interiormente, ceded al imperio de las circunstancias: Isabel tiene en sus manos el poder... humillaos!

MARIA. — ¿Delante de ella?... Jamas.

TALBOT. — Y ser4 forzoso, sin embargo... Hablad con respeto, con resignacion. Apelad á su generosidad, y no desafiéis sus iras; no discutais vuestros derechos, que no es este el momento oportuno.

MARIA. — ¡Ah!... Mi súplica ser4 mi perdicion; sólo para desdicha mia la han atendido. No hubiéramos debido vernos nunca, jamas; no puede resultar nada bueno de semejante entrevista. Antes se juntará el fuego con el agua, y el cordero acariciará al tigre.

Me ha ultrajado con harta crueldad; he sufrido demasiado por ella... No cabe reconciliacion entre ambas.

TALBOT. — Limitaos á verla. He observado que vuestras cartas la han conmovido mucho, hasta el punto de arrasar en lágrimas sus ojos. No; no le falta corazon; tened mayor confianza en ella. La he precedido para advertiros y animaros.

MARIA. — (*Tomándole la mano.*) ¡ Ah! Talbot, siempre habeis sido mi amigo. ¡ Por qué no me dejaron bajo vuestra guardia bienhechora! Me han tratado con mucha rudeza, Talbot.

TALBOT. — Olvidadlo todo en estos instantes, y pensad tan sólo en recibirla con sumision.

MARIA. — ¿ La acompaña Burleigh, mi ángel malo?

TALBOT. — Sólo la acompaña lord Leicester.

MARIA. — ¿ Lord Leicester?

TALBOT. — No temais nada de su parte, pues no quiere perderos; á él se debe que la Reina haya consentido en veros.

MARIA. — ¡ Ah!... ya lo presumia.

TALBOT. — ¿ Qué decís?

PAULETO. — ¡ La Reina! (*Todos se hacen á un lado, excepto María, que se apoya en su nodriza.*)

ESCENA IV.

Dichos. — ISABEL. — EL CONDE DE LEICESTER. — Séquito.

ISABEL. — (*A Leicester.*) ¿ Cómo se llama este sitio?

LEICESTER. — El castillo de Fotheringhay.

ISABEL. — (*A Talbot.*) Ordenad que mi comitiva regrese á Lóndres. El gentío se agolpa á mi paso, y ansiamos descansar en este tranquilo parque. (*Talbot ordena á la comitiva que se aleje. Isabel clava la mirada en María, y continúa hablando con Pauleto.*) Mi buen pue-

blo me ama demasiado. Las manifestaciones de su júbilo no conocen medida, y rayan en idolatría: así se honra á los dioses, no á los mortales.

MARIA. — (*Que durante estas palabras, ha seguido apoyada sin fuerza en brazos de su nodriza, alza la frente, y su mirada choca con la de Isabel. Maria se estremece de espanto y vuelve á echarse en brazos de Ana.*) ¡Dios mio! ¡su cara dice que no tiene corazón!

ISABEL. — ¿Quién es esta mujer? (*Silencio general.*)

LEICESTER. — Reina, os hallais en Fotheringhay.

ISABEL. — (*Afecta sorprenderse y dirige á Leicester una mirada sombría.*) ¿Quién me ha traído aquí, lord Leicester?

LEICESTER. — Esto es hecho, señora, y pues que el cielo guió hácia aquí vuestros pasos, dejad que triunfe la piedad y la grandeza de alma.

TALBOT. — Dejaos vencer, señora, y volved los ojos á la infortunada que sucumbe á vuestra presencia. (*María recoge sus fuerzas, é intenta aproximarse á Isabel, pero se detiene; su cara revela la violenta agitacion de su ánimo.*)

ISABEL. — ¡Cómo, milores! ¿Quién me habló de la sumision de esta mujer? Tengo delante de mí á una orgullosa, á quien la desgracia no ha podido abatir.

MARIA. — Sea; quiero someterme á este nuevo dolor. Lejos de mí, el impotente orgullo de un alma elevada; voy á olvidar lo que soy, y cuanto he sufrido, para prosternarme á los piés de la que fué causa de mi oprobio. (*Dirigiéndose á la reina.*) El cielo ha pronunciado en vuestro favor, hermana mia, y la victoria ha coronado vuestra dichosa frente. Adoro la Divinidad que así os hizo grande. (*Se arrodilla delante de ella.*) Pero sed generosa para conmigo, hermana mia; no me dejéis hundida en la humillacion; tendedme vuestra real mano para realzarme de mi profunda caída.

ISABEL. — (*Retrocediendo.*) Este es vuestro lugar, lady

María; y doy gracias á Dios por su bondad, cuando no ha permitido que me viera como vos, á las plantas de mi rival.

MARIA. — (*Con creciente emocion.*) Pensad en las vicisitudes de las cosas humanas. Existe un Dios que castiga la arrogancia; honrad y temed á la terrible Divinidad, que me arroja á vuestros piés, por respecto á los testigos de esta escena, ajenos á ella; honraos á vos, honrándome á mí; no ofendais, no profaneis la sangre de los Tudores, que corre por vuestras venas, como por las mias. — ¡ Ah! no seais por Dios inaccesible y dura como la escarpada roca á la que en vano el náufrago se esfuerza en asirse. Todo mi sér, mi vida, mi suerte, dependen de mis palabras y del poder de mi llanto; ¡ abrid mi corazon para que pueda yo conmover el vuestro! Si me dirigis tan glacial mirada, el corazon trémulo de espanto se cierra, se detiene el torrente de mis lágrimas y el terror hiela en el seno mis súplicas.

ISABEL. — (*Con ademan frio y severo.*) ¿ Qué teneis que decirme, lady Estuardo, puesto que habeis pretendido hablar conmigo? Olvidé que soy una reina cruelmente ultrajada para cumplir con el piadoso deber de hermana, y ofreceros el consuelo de verme. Cedo con ello á un impulso de generosidad, exponiéndome á justas censuras por haber descendido hasta ese punto... porque harto sabeis que quisisteis matarme.

MARIA. — ¡ Cómo empezar, cómo usar de tal modo de la prudencia, que logre conmover vuestro corazon, sin ofenderle en lo más mínimo! ¡ Oh, tú, Señor! comunica toda fuerza persuasiva á mis palabras, y arráncalas todo aguijon. Me es imposible hablar en mi propio favor, sin acusaros gravemente, y no lo deseo. Vuestro modo de proceder para conmigo no fué ciertamente justo, porque soy reina al par que vos, y me habeis detenido prisionera; llegué aquí suplicante, y

vos despreciando en mí las sagradas leyes de la hospitalidad y el derecho de gentes, me encerrasteis entre los muros de un calabozo; habeis alejado de mí, con crueldad, mis amigos y mis criados, y sujetádome á indignas privaciones. He sido forzada á comparecer ante un tribunal indigno; ... pero, en fin, no hablemos más de semejantes crueldades. Cuántas sufrí, hundanse en eterno olvido. Mirad; quiero atribuirlo todo al destino; ni vos sois ya culpable, ni yo tampoco. Un genio infernal surgió del fondo del abismo para inflamar en nuestros corazones el odio ardiente que nos dividió desde los primeros años, y que ha crecido con nosotras. Algunos malvados atizaron la miserable llama; algunos fanáticos pusieron el puñal y la espada en manos cuyo socorro nadie reclamó. Tal es el destino fatal de los reyes; sus odios desgarran el mundo; sus enemistades desencadenan sobre él, el tropel de las furias. — Ahora, no existe ya entre nosotras ningún intermediario. (*Se acerca á ella confiada y habla con acento cariñoso.*) Hénos, por fin, una enfrente de otra; hablad, hermana mia, decidme en qué falté, porque ansio daros satisfaccion. ¡Ay de mí! ¡Cómo no consentisteis en recibirme, cuando con tal instancia os lo pedia! Las cosas no hubieran llegado á tal extremo, ni ahora nos encontraríamos en tan siniestro y triste sitio.

ISABEL.— Mi buena estrella me preservó entonces de avivar la serpiente en mi propio seno. No acuseis á la suerte, mas sí á la perversidad de vuestra alma y á la ambicion de vuestra familia. No habia estallado aún ninguna enemistad entre ambas, cuando ya vuestro tío, el prelado arrogante y ambicioso que atenta contra todas las coronas, os inspiró propósitos de guerra, y os persuadió locamente á empuñar las armas, á usurpar mi corona, y á empeñar conmigo un duelo á muerte. ¿Qué enemigos no suscitó contra mí? La voz de los

sacerdotes, la espada de los pueblos, las temibles armas del fanatismo religioso; aquí mismo, en medio de mi pacífico reino, vino á atizar el fuego de la discordia; mas Dios está conmigo, y el orgulloso sacerdote no ha triunfado; el golpe fatal amenazaba mi cabeza, y cae la vuestra.

MARÍA.— Me hallo en manos de Dios; espero que no abusareis hasta tal punto de vuestro poder.

ISABEL. — ¿Y quién podría impedírmelo? Vuestro tío enseñó con su ejemplo á los reyes el modo de hacer la paz con sus enemigos. La noche de San Bartolomé, me servirá de lección. ¿Qué me han de importar los vínculos de la sangre y el derecho de gentes, si la Iglesia rompe todo vínculo, y consagra el regicidio y el perjurio? No haré más que practicar lo que enseñan vuestros sacerdotes. Decidme ¿quién saldría fiador de vuestra conducta, si cediendo á la generosidad rompiera tales cadenas? ¿Existe por ventura un castillo donde asegurarme de vuestra fidelidad, que las llaves de Pedro no puedan abrir? ¡Sólo en la fuerza reside mi seguridad! ¡No quiero alianza alguna con la raza de las serpientes!

MARÍA.— ¡Oh... qué triste, qué cruel sospecha! Me habeis tenido siempre por enemiga, por extranjera, cuando si me hubieseis declarado vuestra sucesora respetando los derechos de mi cuna, por gratitud y amor hubierais hallado en mí una fiel amiga, una fiel parienta.

ISABEL.— Lady Estuardo, vuestra amistad está en otra parte; vuestra familia es el papismo, y vuestros hermanos los frailes. ¡Que os declarase mi sucesora! ¡Pérfido lazo!... Para que aún durante mi reinado alucinarais á mi pueblo, y como Armida, prendierais en vuestras redes seductoras la juventud del reino, convirtiendo todas las miradas hácia el nuevo sol...

MARÍA.— Reinad en paz; renuncio á toda pretension

á la corona. ¡ Desdichada de mí ! ¡ Siento paralizados los impulsos de mi ánimo y la grandeza no guarda ya atractivos para mí ! Habeis alcanzado vuestro propósito ; ya no soy más que la sombra de María. Rota la altivez de mi alma con las injurias de la cárcel, me habeis reducido al último extremo, aniquilado en la flor de mis años. Ahora, acabad, hermana ; pronunciad la palabra que os ha traído aquí, porque no puedo creer que aquí os conduzca el intento de insultar cruelmente á vuestra víctima. Pronunciad esta palabra ; decid, por fin : sois libre, María ; habeis probado mi rigor, aprended ahora á honrar mi generosidad. Decidlo, y recibiré mi libertad y mi vida como presente de vuestra mano. Una palabra anula todo lo pasado ; la aguardo. ¡ Ah ! no me forceis á aguardarla por mucho tiempo. ¡ Ay de vos si no se pone fin á todo con esta palabra, y no os alejais, hermana , como divinidad gloriosa y bienhechora ! Ni por esta rica y poderosa comarca, ni por toda la tierra que ciñe el Océano, quisiera parecer á vuestros ojos como vos pareceréis á los míos.

ISABEL.— ¡ Por fin, os dais por vencida ! ¿ Se acabaron vuestras conjuraciones ? ¿ No queda ya un solo asesino en marcha ?... ¿ Se acabaron los aventureros, dispuestos á ejecutar por vos una accion caballeresca ? Sí ; con los nuevos cuidados que preocupan al mundo, lady María, ya no seducireis á nadie, ... nadie ha de aspirar al título de cuarto marido, porque así matais á los amantes como á los maridos.

MARÍA.— (*Estallando de cólera.*) ¡ Hermana ! ¡ hermana... ! ¡ Oh, Dios mio !... dadme prudencia.

ISABEL.— (*Contemplándola largo rato con orgulloso desprecio.*) Lord Leicester, ¿ estos son los hechizos que ningun hombre contempla impunemente, ni hubo mujer que osara arrostrar su comparacion ? En verdad que semejante nombradía fué adquirida á bien bajo precio. Está visto que para ser bella á los ojos de todos, basta ser de todos.

MARÍA.— ¡ Ah... esto es demasiado !

ISABEL.— (*Con risa burlona.*) Mostradnos vuestro verdadero rostro , porque hasta ahora sólo hemos visto la máscara.

MARÍA.— (*Inflamada de cólera ; con noble dignidad.*) He cometido faltas ; la juventud , la flaqueza humana , el poder , lleváronme fuera de camino ; pero nunca me oculté en la sombra ; con real franqueza he desdeñado siempre toda falsa apariencia. Cuantos delitos cometí , áun los más graves , los sabe el mundo , y puedo decir que valgo más que mi reputacion... En cambio ¡ ay de vos , si álguien os arrancara de los hombros el manto de honor con que encubre la hipocresia los frenéticos ardores de vuestra secreta concupiscencia !... No habreis heredado ciertamente de vuestra madre el honor... ¡ Ya sabemos por qué virtud subió Ana Bolena al cadalso !

TALBOT.— (*Interponiéndose entre ambas.*) ¡ Oh ! ¡ Dios ! ¡ A este punto habian de llegar las cosas ! ¿ Esta es sumision , esta es moderacion , lady María ?

MARÍA.— ¡ Moderacion ! ¡ He soportado cuanto puede soportar el alma humana ! ¡ Basta de resignacion !... Retorna al cielo , dolorosa paciencia , y tú , ira por tanto tiempo comprimida , rompe tus cadenas , sal de tu guarida ;... tú que diste al basilisco irritado miradas que matan , pon en mis labios el dardo venenoso .

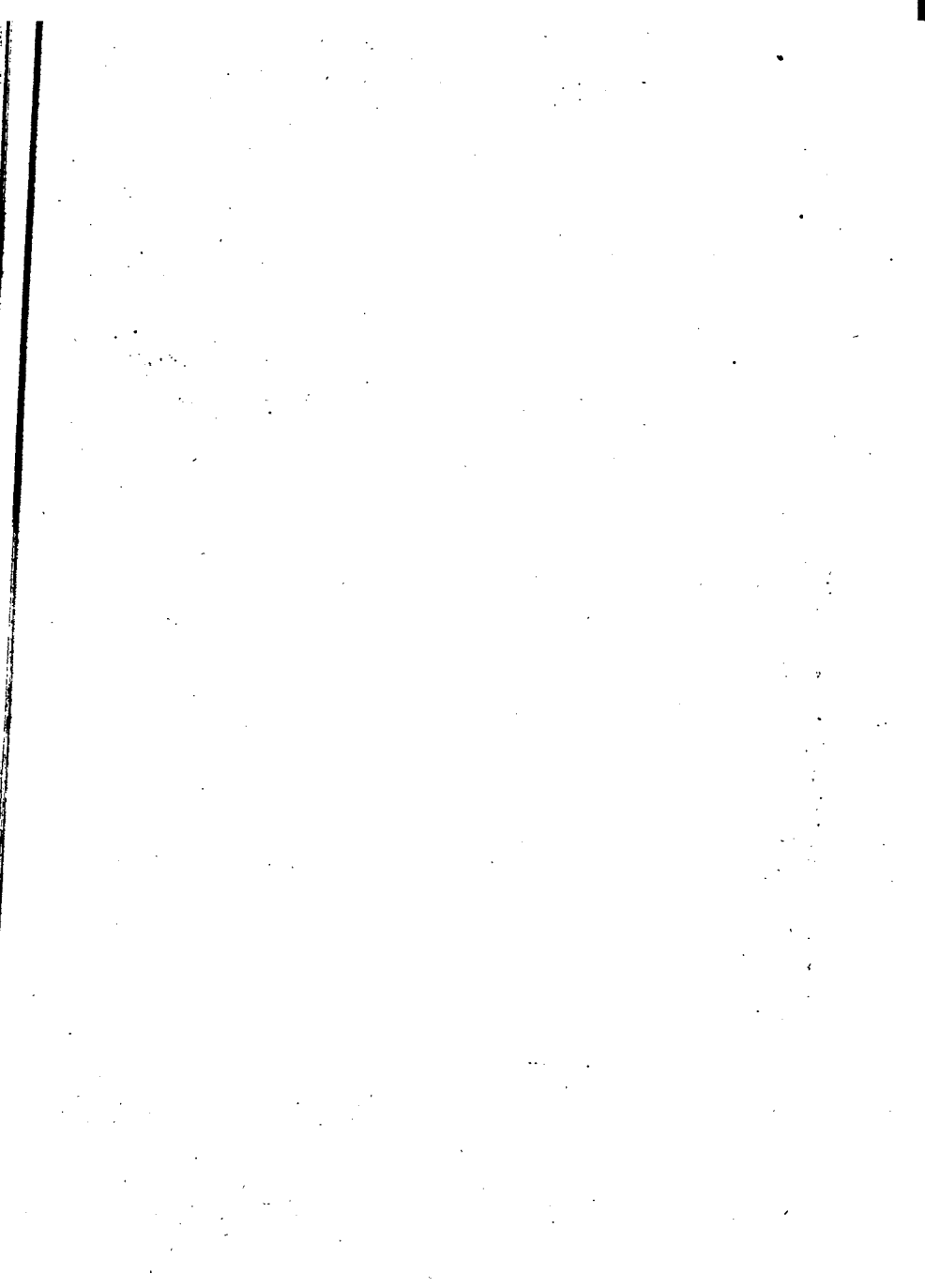
TALBOT.— ¡ Oh !... está fuera de sí ; perdonad á su arrebató su cruel irritacion . (*Isabel , muda de rabia , lanza á María coléricas miradas.*)

LEICESTER.— (*Vivamente agitado trata de llevarse á Isabel.*) No escuchéis su furor ; alejaos de este sitio fatal .

MARÍA.— ¡ El trono de Inglaterra está profanado por una bastarda ! ¡ El noble pueblo de Inglaterra es engañado por una bellaca , por una comedianta ! Si la justicia hubiese triunfado de la suerte , os veriamos hun-



Entrevista de las dos reinas.



dida en el polvo á mi presencia , porque yo ...yo ... soy vuestra reina.

(Isabel se aleja rápidamente; los lores la siguen vivamente perturbados.)

ESCENA V.

MARIA.—ANA KENNEDY.



ANA. — ¡ Ah ! ¿ qué habeis hecho ? Se va enfurecida ; adios esperanzas , todo se ha perdido para siempre.

MARIA. — (*Todavía fuera de sí.*) Se va enfurecida , y con la muerte en el alma. (*Arrojándose en brazos de Ana.*) ¡ Ah ! ¡ qué bien me siento , Ana ! ¡ Despues de tantos años de abyeccion y de dolor , un instante de venganza y de triunfo ! ¡ Me he aliviado de un peso enorme !... ¡ Hundi el puñal en el seno de mi enemiga !

ANA. — ¡ Desdichada ! ¡ Qué delirio os agita ! Habeis ofendido á esta implacable mujer que tiene el rayo en sus manos , que es soberana. La ultrajasteis á los ojos de su amante.

MARIA. — La he humillado á los ojos de Leicester. Estaba allí... testigo de mi triunfo... Cuando la he precipitado de su altura , estaba allí... su presencia me infundia valor.

ESCENA VI.

Dichos.—MORTIMER.

ANA. — ¡ Ah ! sir Mortimer , ¡ qué resultado !

MORTIMER. — Todo lo oi. (*Hace una seña á la nodriza , para que se coloque de centinela y se acerca á Maria. Su aspecto revela el estado violento y apasionado de su alma.*)

La habeis vencido; la habeis aplastado en el polvo; vos erais la reina, ella la culpable!... Vuestro valor me enajena... ¡ os adoro!... en aquel momento aparecisteis á mis ojos como divinidad esplendente, poderosa.

MARIA. — ¿Habeis hablado á lord Leicester, y entregádole mi carta y mi retrato? ¡ Ah! respondedme, sir Mòrtimer.

MORTIMER. — (*Contemplándola con ardientes miradas.*) ¡ Ah! ¡ Cuánto os embellecia aquella noble cólera!... ¡ cómo brillaban á mis ojos vuestros atractivos!... ¡ Sois la mujer más hermosa del mundo!

MARIA. — Os ruego que calmeis mi impaciencia; ¿qué ha dicho, milord? Decidme, ¿qué puedo esperar?

MORTIMER. — ¿ Quién, él?... Es un cobarde, un miserable. No esperéis nada de él, despreciadle, olvidadle.

MARIA. — ¿ Qué decis?

MORTIMER. — ¿ Él libertaros?... ¿ él poseeros? ¡ que se atreva! será preciso que se bata conmigo á muerte.

MARIA. — ¿ No le habeis entregado la carta? Entonces todo concluyó.

MORTIMER. — ¡ Cobarde, ama la vida, y quien quiera libertaros y obtener vuestros favores, ha de abrazar la muerte con valor!

MARIA. — ¿ Nada quiere hacer por mí?

MORTIMER. — Ni una sola palabra me dió; ¿ qué puede hacer? ¿ Para qué le necesitamos?... ¡ Yo os liberraré; yo solo!

MARIA. — ¡ Ay de mí! ¿ Y qué podeis vos?

MORTIMER. — No os engaños suponiendo hallaros en la misma situacion que ayer;... segun salió de aquí la Reina, y terminó la entrevista, todo se ha perdido, y es inútil recurrir á otras peticiones de indulto. Ahora es tiempo de obrar; la audacia debe decidir; fuerza es arriesgarlo todo para salvarlo todo, y libertaros antes que amanezca.

MARIA. — ¿Qué decis? ¿Esta noche? ¿Y cómo es posible?

MORTIMER. — Oid lo que he resuelto. He reunido á mis compañeros en una capilla secreta, donde un sacerdote nos ha confesado y absuelto de cuantas faltas hayamos cometido y podamos cometer. Hemos recibido los últimos sacramentos y estamos pronto para el postrer viaje.

MARIA. — ¡Oh!!.. ¡qué terribles preparativos!

MORTIMER. — Esta noche subimos al castillo... tengo yo las llaves, degollamos los centinelas, os arrancamos de esta prision, y para que no quede un solo testigo que pueda revelar esta escena, fuerza es matar á todo viviente.

MARIA. — ¿Y Drury y Pauleto, mis carceleros?... Antes verterán su última gota de sangre.

MORTIMER. — Serán los primeros en caer á mis golpes.

MARIA. — ¡Cómo!... ¡Vuestro tío, vuestro segundo padre!

MORTIMER. — Morirá á mis manos; le degollaré.

MARIA. — ¡Ah!... ¡crimen sangriento!

MORTIMER. — Antes he sido absuelto de todos mis crímenes; puedo y quiero hacerlo.

MARIA. — ¡Horrible! ¡horrible!

MORTIMER. — Aunque deba matar á puñaladas á la misma Reina, lo he jurado por la hostia.

MARIA. — No, Mortimer; antes que vea correr tanta sangre por mi causa...

MORTIMER. — ¿Y qué significa para mí la vida de todos los hombres, comparada con vos y vuestro amor? Rómpanse las cadenas que sujetan al mundo, y sumérjase en las olas de un nuevo diluvio cuánto existe... Ya no respeto nada. Antes que yo renuncie á vos se acabará el universo.

MARIA. — (*Retrocediendo.*) ¡Cielos! ¡Qué lenguaje,

sir Mortimer; qué miradas!... me espantan, me perturban...

MORTIMER.— (*Con los ojos extraviados y víctima del delirio.*) La vida no es más que un instante, y la muerte también no es más que un instante... Arrástenme á Tyburn y atenaceen mis carnes con tenazas encendidas. (*Se adelanta hácia ella con los brazos abiertos.*) Con que mis brazos te ciñan... á tí.. á quien amo con ardor...

MARIA.— (*Retirándose.*) Deteneos, insensato...

MORTIMER.— Sobre tu seno, sobre esta boca que exhala el amor...

MARIA.— En nombre del cielo, sir Mortimer, permitid que me aleje.

MORTIMER.— ¡Insensato quien no detiene en abrazo eterno la dicha que Dios puso en su camino! Quiero salvarte, aunque me costara mil vidas que fuesen; te salvaré... lo quiero... pero como hay Dios... juro que quiero también que seas mía.

MARIA.— ¡Oh! ¡No habrá un Dios, un ángel que me proteja!... ¡Suerte espantosa!... ¡Cómo me arrojas de un terror á otro terror! ¡Sólo habré nacido para excitar la violencia! ¡el odio y el amor se conjuran para infundirme espanto!

MORTIMER.— Sí, te amo con pasión, del modo que ellos te odian. ¡Quieren cortarte la cabeza, y destrozarte con el hacha tu cuello, que deslumbra con su blancura! ¡Ah! consagra al dios de la vida y el júbilo, los dones que te será forzoso sacrificar á cruentos odios,... con tus encantos, que destinan á la muerte, embelesa á quien te ama. Encadena á tu esclavo con tus bellas trenzas, tu sedosa caballera que pertenece ya á las regiones sombrías de la muerte!

MARIA.— ¡Oh!... ¡qué palabras me veo condenada á oír! ¡Sir Mortimer, si una reina no es sagrada para vos, debieran serlo, al menos, mis desgracias y mis dolores!

MORTIMER. — Tu corona cayó de tus sienes, y nada te resta de tu pasada majestad... Intenta proferir una orden, y verás como no acude á obedecerla un solo libertador, un solo amigo... Si ya no posees más que tu rostro lastimero, y el divino poder de la belleza; si por ella lo arriesgo todo, y me siento capaz de todo; si por ella me precipito al encuentro del hacha del verdugo...

MARIA. — ¡Oh!... ¿Quién me libertará de su furor?



MORTIMER. — ¡Tan audaz servicio merece osada recompensa! ¿Por qué el valiente vierte su sangre? ¡La vida es el don más precioso, y es un insensato quien la prodiga sin motivo!... Antes quiero descansar en tu

ardiente seno. (*La estrecha con fuerza entre sus brazos.*)

MARIA. — ¡Ah! ¿será preciso que pida socorro contra el hombre que pretende libertarme?

MORTIMER. — No eres insensible; el mundo no te acusa de frío rigor... La ardiente súplica del amor puede conmoverte, pues hiciste feliz á Riccio, y supo arrebatarte Botwell.

MARIA. — ¡Temerario!

MORTIMER. — No fué más que tu tirano, y temblabas ante él, cuando le amabas. Si sólo el terror puede subyugarte, por todas las furias del averno...

MARIA. — Dejadme... delirais...

MORTIMER. — Temblarás también ante mí.

ANA. — (*Acudiendo.*) Alguien se acerca... alguien llega. Invade el jardín muchedumbre de hombres armados.

MORTIMER. — (*Desenvainando su espada.*) Yo te protegeré.

MARIA. — ¡Oh! Ana, libértame de sus manos... Desdichada de mí, ¿dónde hallar un refugio? ¿A qué santo pediré socorro? Aquí, la violencia; allá, la muerte. (*Sale corriendo. Ana la sigue.*)

ESCENA VII.

MORTIMER. — PAULETO. — DRURY, fuera de sí, seguidos de algunos hombres armados.

PAULETO. — Cerrad las puertas, alzad el puente.

MORTIMER. — ¿Qué hay, tío?

PAULETO. — ¿Dónde está esta mujer criminal?... Encerradla en el más oscuro calabozo.

MORTIMER. — ¿Qué hay?... ¿qué ha sucedido?...

PAULETO. — ¡La Reina!... ¡oh! malditas manos... ¡diabólica audacia!

MORTIMER. — La Reina... ¿qué Reina?

PAULETO. — La de Inglaterra; ha sido asesinada en las calles de Lóndres... (*Entra precipitadamente en el castillo.*)

ESCENA VIII.

MORTIMER. — Luego OKELLY.

MORTIMER. — ¡Deliro!... ¿alguien ha gritado á mi oído: ¡la Reina ha sido asesinada!... No; no; es un sueño. Mi ardor febril ofrece á mis sentidos como realidad, lo que preocupa mi mente... ¿Quién llega?... Okelly... ¿cómo asustado?

OKELLY. — (*Acudiendo con precipitacion.*) ¡Huid, Mortimer, huid; todo se ha perdido!

MORTIMER. — ¿Qué se ha perdido?

OKELLY. — No queráis saber más, y pensad sólo en huir presto...

MORTIMER. — ¿Qué ocurre pues?

OKELLY. — Sauvage desatentado descargó el golpe...

MORTIMER. — ¡Cierto!

OKELLY. — ¡Cierto! ¡cierto!... salvaos.

MORTIMER. — Muerta, y María sube al trono de Inglaterra.

OKELLY. — ¡Muerta!... ¿quién ha dicho esto?

MORTIMER. — ¡Vos mismo!

OKELLY. — Vive, y vos y yo estamos destinados á morir...

MORTIMER. — ¿Vive?

OKELLY. — El golpe fué dado en falso; el puñal rasgó el manto de la Reina, y Talbot desarmó al homicida.

MORTIMER. — ¿Y vive?

OKELLY. — Vive, para perdernos á todos... Venid; las tropas rodean el parque...

MORTIMER. — ¿Quién ha ejecutado esta tentativa?

OKELLY. — Ese barnabita de Tolon, que sin duda habeis observado pensativo en la capilla cuando el sacerdote pronunció el anatema papal contra la Reina. Ha querido valerse del medio más pronto y expedito para libertar con un arranque de osadía á la Iglesia de Dios, y ganar la corona del martirio. Sólo al confesor confió su designio, y lo ha ejecutado en las calles de Lóndres.

MORTIMER. — (*Despues de un momento de silencio.*)
¡ Desdichada ! ¡ Suerte cruel é implacable la persigue ! Ahora sí, ahora, fuerza es que mueras ; tu ángel mismo apresura tu perdicion.

OKELLY. — ¿ Decidme hácia dónde os fugais ? Yo voy á ocultarme en las selvas del Norte.

MORTIMER. — Partid, y que Dios proteja vuestra fuga. Yo me quedo ; probaré aún si puedo libertarla, y si no, moriré sobre su féretro.

(*Vanse en opuesta direccion.*)





ACTO IV.

Una antecámara.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE L'AUBESPINE. — KENT. — LEICESTER.

L'AUBESPINE.



Ómo se encuentra Su Majestad?... ¡Héme áun desconcertado de espanto, milores! ¿Cómo ha ocurrido esto, en medio de un pueblo fiel?...

LEICESTER. — El asesino no pertenece á esta nacion... es vasallo de vuestro rey... un frances...

L'AUBESPINE. — Un insensato, seguramente.

KENT. — Un papista, conde de l'Aubespine...

ESCENA II.

Dichos. — BURLEIGH (entra conversando con DAVISON).

BURLEIGH. — Que extiendan al instante la órden de la ejecucion y tráiganla sellada; en cuanto esté pronta, la presentaremos á la firma de la Reina. Id; no hay tiempo que perder.

DAVISON. — Así lo haremos. (*Vase.*)

L'AUBESPINE. — (*Yendo al encuentro de Burleigh.*) Milord, con sinceridad tomo parte en el legítimo júbilo de la isla. ¡ Bendigamos á Dios que quiso preservar la vida de la Reina, del puñal del asesino !

BURLEIGH. — Bendigámosle, si, por haber confundido la maldad de los enemigos de Inglaterra.

L'AUBESPINE. — ¡ Castigue Dios al autor del infame atentado !

BURLEIGH. — Al autor y á su indigno instigador.

L'AUBESPINE. — (*Á Kent.*) Milord mariscal, ¿ tendreis la bondad de introducirme en la cámara de la Reina, á fin de darle humildemente el parabien en nombre del Rey mi señor ?

BURLEIGH. — No os molesteis, conde de l'Aubespine.

L'AUBESPINE. — (*Manifestando vivo celo.*) Conozco mis deberes, milord.

BURLEIGH. — Obrariais perfectamente abandonando esta isla.

L'AUBESPINE. — (*Retrocede sorprendido.*) ¡ Cómo ! ¿ Qué significa esto ?

BURLEIGH. — Vuestro carácter sagrado de embajador os protege hoy, pero no os protegerá mañana.

L'AUBESPINE. — ¿ Y cuál es mi crimen ?

BURLEIGH. — Si lo indico, ya no podrá ser perdonado.

L'AUBESPINE. — Espero, milord, que el derecho de los embajadores...

BURLEIGH. — No excusa la alta traicion.

LEICESTER. — KENT. — ¿ De qué se trata, pues ?

L'AUBESPINE. — No olvidéis, milord...

BURLEIGH. — Se ha hallado en los bolsillos del reo un pasaporte firmado de vuestro puño...

KENT. — ¿ Es posible ?

L'AUBESPINE. — Yo firmo muchos pasaportes, y no puedo leer en el corazon de cada cual..

BURLEIGH. — El réo se ha confesado en vuestro palacio...

L'AUBESPINE. — Mi palacio se halla abierto...

BURLEIGH. — Á todos los enemigos de Inglaterra.

L'AUBESPINE. — Pido que se abra una informacion...

BURLEIGH. — Temed sus consecuencias.

L'AUBESPINE. — Se ultraja á mi soberano en mi persona, y romperá la alianza que acaba de contraer.

BURLEIGH. — La Reina la ha roto por su parte. Nunca Inglaterra se unirá con Francia. Milord de Kent, vos os encargareis de conducir en salvo al conde hasta el mar. El pueblo enfurecido invadió su palacio, y se ha hallado en él un arsenal completo de armas, de forma que amenaza con despedazarle, si sale en público; tenedle oculto hasta que se apacigüe la cólera del pueblo... Respondeis de su vida.

L'AUBESPINE. — Parto; abandono este reino donde se pisotean los derechos de los pueblos, y se burlan los tratados; pero mi señor tomará cruenta venganza...

BURLEIGH. — ¡Que venga por ella!

(*Kent y L'Aubespine se van.*)

ESCENA III.

LEICESTER,—BURLEIGH.

LEICESTER. — Así vos mismo rompeis los lazos que formó vuestro celo sin ajena excitacion. Inglaterra no tendrá que agradeceros semejante paso, milord, y podiais ahorraros tal molestia.

BURLEIGH. — Mi intencion fué laudable, pero Dios ha dispuesto las cosas de otro modo. ¡Feliz quien no ha de arrepentirse de mayor delito!

LEICESTER. — Se reconoce á Cecil por su tenebroso aspecto cuando sigue la pista á un crimen de Estado... Hé aquí, milord, una bella ocasion. Se ha cometido un atroz delito, cuyos autores envuelve el misterio, y van

á ser perseguidos ante el tribunal. Allí se pesarán las miradas y las frases; hasta las intenciones. Héos convertido en el hombre importante por excelencia, en el Atlas del Estado, en cuyos hombros descansa Inglaterra entera.

BURLEIGH.— Reconozco en vos á mi maestro, milord. Mi elocuencia no alcanzó ciertamente, en ocasion alguna, victoria semejante á la que habeis obtenido...

LEICESTER.— ¿ A qué os referis, milord ?

BURLEIGH.— ¿ No fuisteis vos quien, á pesar mio, condujo la Reina al castillo de Fotheringhay ?

LEICESTER.— ¿ A pesar vuestro ?... ¿ Cuándo temí obrar á las claras delante de vos ?

BURLEIGH.— Llevasteis á la Reina á Fotheringhay; no, mal digo; la Reina fué quien se mostrò asaz complaciente, acompañándoos á vos al castillo.

LEICESTER.— ¿ Qué quereis decir con esto, milord ?

BURLEIGH.— ¡ Y qué noble papel habeis hecho representar á la Reina ! ¡ Qué glorioso triunfo habeis dispuesto para ella que se dejó dirigir por vos sin recelo alguno !... ¡ Ah, bondadosa princesa !... ¡ Y con qué desvergüenza se han mofado de tí ! Hé aquí por qué sacasteis á relucir súbitamente en el Consejo la grandeza de alma y la dulzura, pintando á la Estuardo como débil y despreciable enemiga, tanto que no valia la pena de mancharse con su sangre. ¡ Hábil plan diestramente concebido ! Por desgracia, tan agudo era el dardo, que la punta se embotó.

LEICESTER.— ¡ Miserable !... Seguidme inmediatamente; vayamos á la presencia de la Reina, y me dareis allí satisfaccion cumplida.

BURLEIGH.— Allí me encontrareis, y cuidado, milord, de que vuestra elocuencia no os abandone en aquel preciso instante.

(Vase.)

ESCENA IV.

LEICESTER.—Luego MORTIMER.

LEICESTER.—Estoy descubierto: me han conocido. ¿Cómo este desdichado pudo dar con la pista? Si tiene pruebas soy perdido; si llegan á noticia de la Reina mis relaciones con María, pareceré delincuente á sus ojos, y se atribuirán mis consejos, mis desdichados esfuerzos para llevarla á Fotheringhay, á la más refinada astucia, á la traicion... Ella se considerará vilmente burlada por mí y vendida por rival odiosa. ¡Oh, nunca, nunca ha de perdonármelo!... Todo ha de parecerle concertado con anticipacion; hasta el sesgo desagradable que tomó la entrevista, y el triunfo de la rival, y su risa burlona. ¡La misma mano homicida que la suerte inesperada y terrible interpuso entre todo esto, yo la habré armado!... No veo salvacion posible en parte alguna... ¡Ah! ¿quién llega?

MORTIMER.— (*Llega vivamente turbado y mirando en torno suyo.*) ¡Sois vos, conde Leicester!... ¿Estamos solos?

LEICESTER.— ¡Desdichado!... salid... ¿Qué buscais aquí?

MORTIMER.— Siguen nuestros pasos, los vuestros tambien... ¡Mucho cuidado!

LEICESTER.— Retiraos, retiraos.

MORTIMER.— Han averiguado que se celebró una reunion secreta en el palacio del conde de L'Aubespine!

LEICESTER.— ¿Qué me importa?

MORTIMER.— Que el autor del atentado concurreó á ella.

LEICESTER.— ¡Esto es cuenta vuestra! ¿Cómo os

atreveis á entrometerme en vuestros crímenes?... ¡Defended vos mismo vuestras malas acciones!

MORTIMER.— ¡Dignaos escucharme tan sólo!

LEICESTER.— (*Encolerizado.*) ¡Id al diablo! ¿Por qué os cogéis á mis talones como el espíritu malo? ¡Lejos de mí! Yo no os conozco; yo no tengo nada de comun con los asesinos.

MORTIMER.— ¿No quereis oirme?... Vengo para avisaros que tambien han descubierto vuestras gestiones.

LEICESTER.— ¡Ah!

MORTIMER.— El gran tesorero se presentó en Fotheringhay, muy poco despues del desgraciado suceso, y registrado minuciosamente el cuarto de la Reina, han encontrado...

LEICESTER.— ¿Qué?...

MORTIMER.— Una carta de la Reina, empezada y dirigida á vos...

LEICESTER.— ¡Desdichada!

MORTIMER.— En ella os intima el cumplimiento de vuestra palabra, renueva su promesa de matrimonio, y os recuerda el regalo del retrato...

LEICESTER.— ¡Muerte y condenacion!

MORTIMER.— ¡Lord Burleigh posee la carta!

LEICESTER.— ¡Estoy perdido! (*Se pasea arriba y abajo desesperado, mientras Mortimer sigue hablándole.*)

MORTIMER.— Aprovechad la ocasion. Advertid á la Reina; salvadla y salvaos. Jurad que sois inocente; inventad algunas excusas; alejad la peor desgracia que ocurrir pudiera. Yo mismo ya no puedo nada, dispersos como están mis amigos y la conjuracion disuelta. Mientras vuelo á Escocia en busca de nuevos auxiliares, á vos toca ahora probar cuánto puede vuestro renombre y osado talante.

LEICESTER.— (*Se detiene como herido de súbito pensamiento.*) Es lo que voy á hacer. (*Se dirige á la puerta, la abre y llama.*) Aquí, guardias. (*Al oficial que en-*

tra con algunos hombres armados.) Prended á este reo de Estado y aseguradlo bien... Acaba de descubrirse un infame complot y voy en persona á anunciarlo á la Reina. (Se va.)

MORTIMER. — *(Estupefacto de sorpresa de pronto, se serena luego, y lanza á Leicester una mirada de profundo desprecio.)* ¡Ah! picaro!... ¡No importa!... lo tengo merecido... ¿Quién me mandó fiarme de este miserable?...



¡Me pisotea... mi caída debe ser su salvación! ¡Sálvate, si; no he de desplegar los labios... no quiero despegarte conmigo; no quiero ligarme contigo ni áun para ir á la muerte!... ¡Si la vida es el bien de los malvados! *(Al oficial que se adelanta para cogerle.)* ¿Qué

quieres, vil esclavo de la tiranía?... Me rio de tí; soy libre. (*Saca un puñal.*)

OFICIAL. — ¡Armado!... arrancadle su puñal. (*Los soldados le rodean; él se defiende.*)

MORTIMER. — Por fin en mi postrer instante soy libre y hablaré con libertad. Sed malditos, aniquilados para siempre, vosotros los que haceis traicion á Dios y á vuestra legitima soberana, huyendo de Maria en este mundo como de la que está en el cielo, para venderos á una bastarda.

OFICIAL. — Oís ¡qué blasfemias!... cogedle...

MORTIMER. — ¡Oh! ¡amada mia, no he podido libertarte, pero te doy un ejemplo de valor!... ¡Divina Maria, ruega por mí, y llámame hácia tí en el cielo! (*Se da una puñalada y cae en brazos de los guardias.*)

ESCENA V.

Una habitacion de la Reina.

ISABEL, con una carta en la mano. — BURLEIGH.

ISABEL. — ¡Conducirme allí!... ¡Burlarme de este modo!... ¡Traidor!... Llevarme con aire de triunfo á la presencia de su amada. ¡Oh! nunca, Burleigh, se vió burlada de ese modo mujer alguna.

BURLEIGH. — Aún no he comprendido con qué autoridad, con qué medios logró sorprender la prudencia de mi soberana.

ISABEL. — ¡Oh!... ¡la vergüenza me mata! ¡Cómo se habrá reido de mi flaqueza! Pensé verla humillada, y fui víctima de sus ultrajes.

BURLEIGH. — ¡Ahora reconocereis la sinceridad de mis consejos!

ISABEL. — ¡Ah! Cruel castigo me toca por no haberlos seguido; pero ¿cómo no creerle? ¿Cómo maliciar

un lazo en los más tiernos juramentos de amor?... ¿De quién me fiaré, si él me hace traición?... Él, á quien hice grande entre los grandes;... que siempre tuve junto á mi corazón;... que autoricé á obrar en esta corte, como señor, como rey!...

BURLEIGH. — Y al propio tiempo os engaña por una reina ilegítima.

ISABEL. — ¡Ha de pagármela con su sangre!... Decidme: ¿la sentencia está ya extendida?

BURLEIGH. — Está pronta, conforme ordenasteis.

ISABEL. — ¡Fuerza es que muera! Véala él perecer, y perezca él despues de ella. Le destierro de mi corazón... Cesó el amor que le tenia, y ocupa su lugar la venganza... Sea su caída, monumento de mi severidad... tan profunda y vergonzosa como grande fué la elevación. Que lo conduzcan á la Torre... le nombraré jueces para que le apliquen las leyes con todo su rigor...

BURLEIGH. — Va á comparecer delante de vos, con el intento de justificarse.

ISABEL. — ¿Y cómo podrá, si esta carta le condena y su delito es claro como el día?

BURLEIGH. — Pero sois buena y clemente; su aspecto, el influjo de su presencia...

ISABEL. — No quiero verle; no, jamas, nunca más... ¿Habeis ordenado que lo despidan cuando venga?

BURLEIGH. — Está ordenado.

UN PAJE. — (*Entrando.*) Milord Leicester.

ISABEL. — ¡El indigno!... No quiero verle... Decidle que no quiero verle.

PAJE. — No me atrevo á decírselo... no me querrá creer.

ISABEL. — ¡Tan alto le puse, que mis servidores le temen más que á mí!

BURLEIGH. — (*Al paje.*) La Reina le prohíbe pasar. (*El paje se retira perplejo.*)

ISABEL.—(*Pausa.*) Si no obstante lo ocurrido, fuere posible... si pudiese justificarse... Decidme; ¿será esto un lazo que me tienda María, para separarme de mi más fiel amigo?... ¡Oh! es mujer malvada y artera. Tal vez sólo escribió esta carta para infiltrar en mi corazón envenenada sospecha, y hundir en el infortunio al hombre que odia.

BURLEIGH.—Pero, señora... observad...

ESCENA VI.

Dichos.—LEICESTER.

LEICESTER.—(*Abre la puerta con fuerza y entra con arrogancia.*) ¿Dónde está el impertinente que me prohíbe ver á la Reina?

ISABEL.—¡Ah! ¡temerario!

LEICESTER.—¡Cómo rechazarme! Cuando está visible para un Burleigh, también lo estará para mí.

BURLEIGH.—¿Osais, milord, entrar aquí por fuerza, á pesar de la orden en contrario?

LEICESTER.—¿Y osais vos, milord, tomar aquí la palabra?... ¡Qué me importa la orden en contrario! Nadie puede en esta corte, ni permitir, ni prohibir la entrada á lord Leicester. (*Acercándose con humildad á Isabel.*) Quiero oír de los labios de mi soberana...

ISABEL.—(*Sin mirarle.*) ¡Salid de mi presencia, hombre indigno!

LEICESTER.—En tan duras frases, no reconozco á mi bondadosa Reina, pero milord, mi enemigo... Apelo á mi Isabel; prestasteis oído á sus palabras y reclamo el mismo derecho.

ISABEL.—Hablad, infame... aumentad vuestro crimen negándolo.

LEICESTER.—Ordenad primero á este importuno que

se retire... Salid, milord, porque debo hablar á la Reina sin testigos. Salid.

ISABEL.— (*A Burleigh.*) Quedaos; os lo mando.

LEICESTER.— ¿Debe interponerse un tercero entre vos y yo?... Tengo que hablar á mi adorada Reina, y reclamo los derechos de mi condicion, derechos sagrados que invoco para que milord se retire.

ISABEL.— ¡ En verdad que sienta bien en vuestros labios este altivo lenguaje !

LEICESTER.— Sí ; este es el lenguaje que me corresponde ; porque soy el feliz mortal á quien acordasteis el feliz privilegio de vuestro favor , con lo que me elevasteis por encima de milord, y por encima de todos. Vuestro corazon me concedió tan gloriosa jerarquía, y cuanto debo al amor ¡ vive el cielo ! que sabré guardarlo á costa de mi vida... Que salga ; me basta un instante para ser comprendido.

ISABEL.— En vano esperais engañarme con habilidosas frases.

LEICESTER.— Un retórico como milord puede engañaros, pero yo me dirijo á vuestro corazon, y sólo ante él quiero justificar mis actos que me atreví á realizar confiando en vuestra indulgencia, único tribunal que yo reconozco.

ISABEL.— ¡ Insolente !... Esto es precisamente lo que os condena... Enseñadle la carta, milord.

BURLEIGH.— Héla aquí.

LEICESTER.— (*Mira la carta sin perturbarse.*) Letra de lady Estuardo.

ISABEL.— Leed y humillaos.

LEICESTER.— (*Tranquilamente, despues de haberla leído.*) Las apariencias deponen contra mí, pero me atrevo á esperar que no seré juzgado por las apariencias.

ISABEL.— ¿ Podreis negarme que habeis mantenido relaciones secretas con María Estuardo, y recibido su retrato ? ¿ Podreis negarme que prometisteis libertarla ?

LEICESTER.— Si me sintiera culpable, fácil me sería recusar el testimonio de una enemiga, pero mi conciencia está tranquila y confieso que no ha escrito más que la verdad.

ISABEL — ¡Pues entonces, desdichado!

BURLEIGH.— Su propia boca le condena.

ISABEL.— ¡Retiraos de mi vista, traidor!... Que sea conducido á la Torre...

LEICESTER.— No soy traidor; mi yerro consiste en haberos callado mis gestiones, mas fué leal la intención; sólo he obrado así para penetrar á vuestra enemiga y perderla.

ISABEL.— ¡Miserable efugio!

BURLEIGH.— ¡Cómo, milord!... ¡Creéis...

LEICESTER.— Me empeñé en un juego asaz peligroso, lo conozco, pero sólo el conde de Leicester en esta corte podía arriesgarse á cometer semejante acción. Todos saben cuánto detesto á María Estuardo. El lugar que ocupo y la confianza con que me honra la Reina, no permiten dudar de mi fidelidad. El hombre que habeis ennoblecido entre todos con vuestro favor, bien podía aventurarse por peligroso camino para cumplir sus deberes.

BURLEIGH.— Mas si vuestro designio era bueno, ¿por qué guardabais silencio?

LEICESTER.— Milord, vos teneis por costumbre peyorar antes de obrar; sois el pregonero de los propios actos; es vuestro sistema; el mio por el contrario consiste en obrar primero, y hablar despues.

BURLEIGH.— Ahora hablais así porque os veis forzado á ello.

LEICESTER — (*Le mira de arriba abajo con orgullo y menosprecio.*) Os envaneceis de haber dirigido grande y maravillosa empresa, de haber salvado la Reina, de haber desenmascarado la traición. Todo lo sabeis; nada puede escapar á vuestra mirada penetrante. ¡Po-

bre fanfarron! A despecho de tal sagacidad, María Estuardo seria hoy libre, si yo no lo hubiese impedido.

BURLEIGH.—¡ Vos hubierais...

LEICESTER.—Yo, milord; la Reina fió en sir Mortimer y le franqueó su corazon, hasta el punto de darle una orden sangrienta contra María, en vista de que Pauleto rehusó con horror comision semejante. Decid, ¿no es así? (*La Reina y Burleigh se miran sorprendidos.*)

BURLEIGH.—¿ Cómo habeis llegado á saber?...

LEICESTER.—¿ No es así? Pues bien, milord, ¿ cómo con vuestra vigilancia no habeis conocido que el tal Mortimer os engañaba, que era un papista desaforado, instrumento de los Guisas, hechura de María Estuardo, fanático audaz y resuelto, venido á Lóndres para libertarla y degollar á la Reina?

ISABEL.—(*Con la mayor sorpresa.*) ¡ Mortimer!

LEICESTER.—Por su conducto, María mantuvo relaciones conmigo, y así aprendí á conocerle. María debia ser arrancada de su calabozo hoy mismo; Mortimer acaba de revelármelo. Mandé prenderle. Víctima de su desesperacion al verse descubierto y fracasada la empresa, se ha suicidado.

ISABEL.—¡ Oh... he sido torpemente engañada!... ¡ ese Mortimer!...

BURLEIGH.—¿ Y esto ha ocurrido ahora, despues de haber salido yo?

LEICESTER.—Por lo que á mí atañe, siento que así haya puesto fin á su existencia, porque si viviera, su testimonio me disculparia por completo. Por esto queria entregarlo á la justicia; un juicio riguroso, formal, atestiguaria y consagraria mi inocencia á los ojos del mundo.

BURLEIGH.—¿ Decis que se mató?... ¿ él á sí mismo ó vos á él?

LEICESTER.—¡ Indigna sospechá!... Puede interro-

garse á los guardias á quienes lo entregué. (*Se dirige á la puerta y llama; entra el oficial de guardias.*) Referid á Su Majestad lo ocurrido con Mortimer.

OFICIAL.—Estaba de guardia en la ante-cámara, cuando milord abriendo súbitamente la puerta, me ha ordenado prender al caballero Mortimer, como reo de Estado. Le hemos visto entonces enfurecerse, sacar un puñal, vomitar imprecaciones contra la Reina, y antes de que pudiéramos detenerle, se ha partido el corazón de una puñalada y ha caído al suelo.

LEICESTER.—Perfectamente; podeis retiraros; la Reina está ya enterada.

ISABEL.—¡Oh... qué abismo de horror!

LEICESTER.—Y ahora, decidme, ¿quién os ha salvado, señora? ¿Será lord Burleigh? ¿Conocia él los peligros que os rodeaban? ¿Ha sido él quien los ha conjurado?... Vuestro fiel Leicester fué vuestro ángel bueno.

BURLEIGH.—Conde, el tal Mortimer ha muerto en ocasion bien oportuna para vos.

ISABEL.—No sé qué deba decir. Os creo y no os creo á la vez; pienso que sois culpable y que no lo sois. ¡Odiosa mujer que me causa tantos tormentos!

LEICESTER.—Es preciso que muera. ¡Yo mismo, ahora, reclamo su muerte! Os aconsejé que no se ejecutara la sentencia, hasta que se armara otro brazo en defensa suya, y como esto ha sucedido ya, hay razon á mi juicio para pedir que se ejecute el fallo sin tardanza.

BURLEIGH.—¿Vos lo aconsejais, vos?

LEICESTER.—Aunque me pesa llegar á tal extremo, me convenzo y reconozco ahora que la seguridad de la Reina exige tal sacrificio. Propongo, pues, que se dé inmediatamente la orden de la ejecucion.

BURLEIGH.—(*A la Reina.*) Puesto que milord profesa con tal firmeza y sinceridad esta opinion, propongo que le sea confiada la ejecucion de la sentencia.

LEICESTER. — ¿ Á mi ?

BURLEIGH. — Á vos. El mejor modo de acallar las sospechas que pesan aún sobre vos, consiste en que vos mismo hagais cortar la cabeza á la que os acusan de haber amado.

ISABEL. — (*Mirando fijamente á Leicester.*) El consejo de milord es bueno. Sea como dice y no se hable más.

LEICESTER. — El alto lugar que ocupo debiera eximirme de tan triste comision que , bajo todos conceptos, convendria más á un Burleigh. Quien se halla tan próximo á la Reina , no debiera ser instrumento de desgracia... Sin embargo, para mostraros mi celo, y satisfacer á mi soberana, abdicó los fueros de mi dignidad y acepto tan odioso cargo.

ISABEL. — Lord Burleigh lo compartirá con vos. (*A Burleigh.*) Cuidad de que la órden esté preparada inmediatamente. (*Burleigh se va. Grandes rumores fuera.*)

ESCENA VII.

Dichos.—El CONDE DE KENT.

ISABEL. — ¿ Qué hay , milord Kent ?... ¿ Por qué se amotina la ciudad ?... ¿ Qué pasa ?

KENT. — Reina , el pueblo asedia el palacio , y demanda con insistencia permiso para veros.

ISABEL. — ¿ Qué me quiere mi pueblo ?

KENT. — Cunde la consternacion en Lóndres y se teme que vuestra vida se halla amenazada ; que os rodean asesinos enviados por el Papa , que los católicos se conjuran para arrancar por la fuerza á María de su calabozo y proclamarla reina. Esto cree el pueblo y está enfurecido. Sólo podria apaciguarse decapitando hoy mismo á María Estuardo.

ISABEL. — ¡ Cómo ! ¿ Quieren forzar mi voluntad ?

KENT. — Están decididos á no retirarse antes de que hayais firmado la sentencia.

ESCENA VIII.

BURLEIGH y DAVISON, con un papel en la mano.—Dichos.

ISABEL. — ¿ Qué traéis , Davison ?

DAVISON. — (*Acercándose gravemente.*) Reina , habeis ordenado...

ISABEL. — ¿ Qué es ? (*Va á tomar el escrito, se estremece y retrocede.*) ¡ Cielos !

BURLEIGH. — Obedecer á la voz del pueblo, es obedecer á la ley de Dios.

ISABEL. — (*Perpleja y en lucha consigo misma.*) ¡ Oh ! milord , ¿ quién podrá asegurarme que suene fuera la voz de todo mi pueblo, la voz del mundo ? ¡ Ah ! si accedo ahora á las súplicas de la multitud , temo oír mañana otra voz harto diversa. Cuantos me compelen con violencia á semejante accion , la censurarán vivamente cuando esté ejecutada.

ESCENA IX.

Dichos.—TALBOT.

TALBOT. — (*Entra vivamente agitado.*) Quieren obligaros á tomar una resolucion precipitada , ¡ ah , Reina ! No os dejéis conmovér ; mostrad firmeza. (*Advierete la presencia de Davison con la sentencia en la mano.*) ¿ Se tomó ya ?... ¿ es cierto ?... Observo en esta mano un aciago escrito. Retárdese al menos por este instante su presentacion á la Reina.

ISABEL. — Noble Talbot , violentan mi voluntad.

TALBOT. — ¿ Y quién puede violentarla ? Vos sois so-

berana, y trátase ahora de mostrar vuestro poder. Imponed silencio á las groseras voces que osan forzar la voluntad real y dirigir vuestro juicio. Ofuscado, atemorizado el pueblo; vos vivamente irritada, víctima de la humana flaqueza, no podeis pronunciar ahora la sentencia de muerte.

BURLEIGH. — Se pronunció tiempo há; no se trata ya de la sentencia, sino de su ejecucion.

KENT. — (*Volviendo.*) Crece el tumulto; ya no es posible contener al pueblo.

ISABEL. — (*A Talbot.*) ¿Veis cómo me estrechan?

TALBOT. — Pidió tan sólo un plazo. Este rasgo de pluma va á decidir del reposo y la dicha de vuestra vida entera. Despues de haber reflexionado sobre él largos años, ¿un breve instante de conmocion será bastante á arrastraros á él? Concededme breve plazo. Recogeos y aguardad un instante más sereno.

BURLEIGH. — (*Con viveza.*) Aguardad, vacilad, diferid la ejecucion hasta que arda en llamas el reino, y vuestra enemiga haya ejecutado por fin el regicidio. Por tres veces Dios desvió el puñal; hoy ha rozado vuestro manto; aguardar todavía un nuevo milagro, es tentar á la Providencia.

TALBOT. — El Dios que os protegió por milagro cuatro veces, y comunicó al débil brazo de un anciano la fuerza bastante para desarmar á un furioso, el Dios que tal hizo, merece que confiemos en él. No intento hacer oír la voz de la justicia, inoportuno fuera; ruge la tempestad y no seria escuchada. Pero atended á esta observacion; temeis á María viva; muerta, decapitada, nó viva debeis temerla. Diosa de discordia, genio vengador, saldrá de la tumba á recorrer el reino, y á arrebatáros el corazon de vuestros vasallos. Hoy la odia el ingles porque la teme; muerta, volará á vengarla. Ya no será para él la enemiga de sus creencias, sino la nieta de sus reyes, la víctima de la riva-

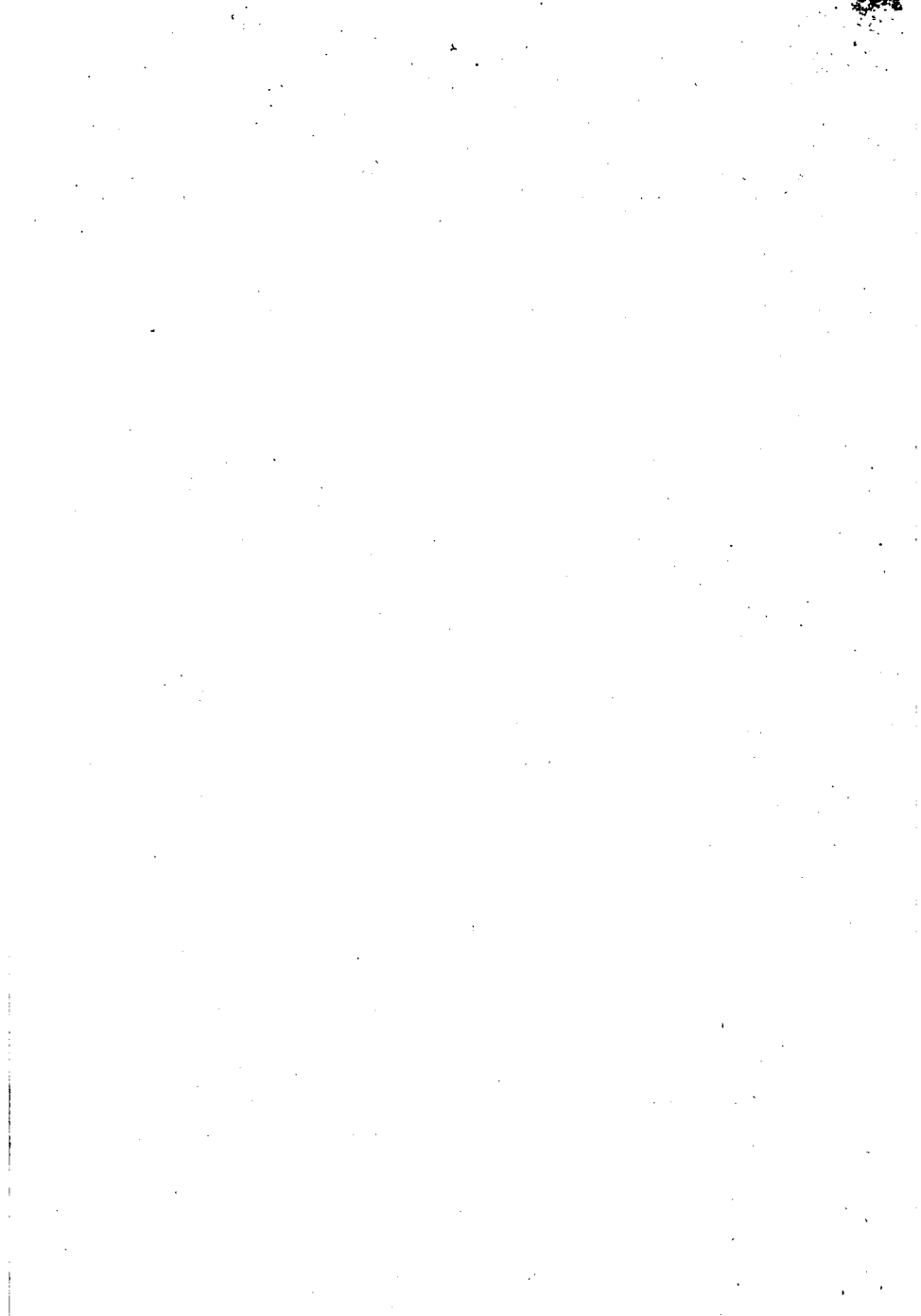
lidad y el odio. Bien pronto conoceréis este cambio. Recorred las calles de Lóndres despues de la ejecucion cruel, mostraos al pueblo que ayer se agolpaba en torno vuestro, ébrio de júbilo, y hallareis otra Inglaterra, vereis otro pueblo. Ya no coronará vuestras sienes la sublime justicia con que inspirasteis universal cariño. El miedo, horrible compañero de la tiranía, os precederá y despoblará las calles á vuestro paso. ¡Habreis cometido una accion irreparable! ¿Qué cabeza estará segura, cuando la cabeza sagrada de María rueda en el cadalso?

ISABEL.— ¡Ay de mí, Talbot!... Hoy me salvasteis la vida, desviando de mi pecho el puñal asesino. ¿Por qué lo detuvisteis? Terminada la lucha, libre de dudas, pura y sin mancha de delito, dormiria por fin tranquila en el sepulcro. Cedo en verdad á la fatiga del vivir y del gobernar. Si es fuerza que una de ambas reinas sucumba para que viva la otra, y harto comprendo que no puede ser de otro modo, ¿por qué no he de ser yo quien ceda su lugar? Mi pueblo puede elegir; le devuelvo su soberanía. Dios es testigo que no he vivido para mí, sino por su bien; mas si espera de la seductora, de la jóven reina María Estuardo dias más venturosos, con gusto descenderé del trono, y volveré á la apacible soledad de Woodstock, donde se deslizó mi juventud modesta, donde lejos de las grandezas del mundo, hallaba en mí toda mi grandeza. No; ¡no he nacido para ser soberana! Un rey debe estar dotado de corazon entero, y el mio es débil. Goberné largo tiempo la isla con fortuna, porque sólo me tocaba sembrar beneficios; hoy, por primera vez, me veo obligada á un acto de rigor, y siento mi impotencia.

BURLEIGH.— ¡Por el cielo!... Haria traicion á mi patria, si al oír de los mismos labios de mi soberana semejantes frases, tan impropias de un rey, guardase



Isabel recibiendo la sentencia de Maria Estuardo.



silencio por más tiempo. Decis que amais á vuestro pueblo más que á vos misma ; probádnoslo, pues ; no busqueis para vos el descanso , librándole á él á las revoluciones. Recordad el poder de la Iglesia. ¿Tornarán con María las antiguas supersticiones y el reinado de los frailes ? ¿ Vendrá el legado de Roma á cerrar nuestros templos , y á destronar á nuestros reyes ?... Os declaro responsable de la salvacion de vuestros vasallos ; segun el partido que tomeis en este instante , se salvan ó se pierden. No es este el momento de mostrar femenil misericordia ; atender al bienestar del pueblo, es el deber primero de mi reina. Si Talbot os salvó la vida , yo pretendo hacer más , yo pretendo salvar á Inglaterra.

ISABEL. — Dejadme libre. En tan grave asunto no cabe pedir consuelo y dictámen á los hombres , sino al supremo Juez á quien lo someto ; haré lo que Él me inspire. Salid , milores. (*A Davison.*) Quedaos junto á la puerta.

(Los lores se retiran. Talbot permanece un instante delante de la Reina , contemplándola con expresivo ademan , y despues se aleja lentamente dando muestras de profunda afliccion.)

ESCENA X.

ISABEL , sola.

ISABEL. — ¡ Oh tiránica voluntad del pueblo ! ¡ Oh vergonzosa esclavitud ! ¡ Cuán fatigada me siento de adular á este ídolo, que desprecio íntimamente ! ¡ Cuando me veré libre en mi trono !... ¡ Verme forzada á respetar la opinion , á mendigar las alabanzas de la muchedumbre , y á obrar conforme á los deseos de este populacho que sólo gusta de bufonadas ! ¡ Ah !... no es realmente soberano quien apetece los aplausos del mundo ; reina , sí , quien no ha de sujetar sus actos á

las sanciones de la opinion pública. Con el ejercicio constante de la justicia, detestando la arbitrariedad, yo misma até mis manos, y no puedo ejecutar mi primera é inevitable violencia; me condena mi propio ejemplo. Si hubiese ejercido la tiranía como la reina española que me precedió en el trono, pudiera hoy verter la sangre real sin exponerme á la reprobacion de nadie, y sin embargo, no fui justa por propio impulso, mas rendida á la necesidad omnipotente, reina de los reyes. Rodeada de enemigos, sólo el favor del pueblo me sostiene en mi trono, que me disputan y se esfuerzan en arrebatarme todas las potencias de Europa. El Papa, irreconciliable, me fulmina su anatema; me hace traicion la Francia con hipócritas muestras de fraternidad;... el español apareja contra mí sus escuadras, declarándome abiertamente la guerra, guerra de exterminio. Héme así, débil mujer, en lucha con el mundo entero. Héme obligada á ocultar con grandes virtudes lo incierto de mis derechos; la mancha con que mi padre me afrentó en la cuna. ¡Inútiles esfuerzos! El odio de mis adversarios los burla, y presenta á mis ojos á la Estuardo como eterno fantasma amenazante... ¡Ah! no; fuerza es ya que cesen mis temores, que ruede su cabeza; quiero disfrutar de paz. ¡Furia de mi existencia, genio del mal, arrojado contra mí por la mano del destino! donde quiera que germina una esperanza para mí, donde quiera que se me ofrece una alegría, se hiergue de súbito á mi paso esta víbora infernal; me arrebató á mi amante, me priva de mi esposo; todo dolor que viene á herir mi corazón, lleva el nombre de María Estuardo... Borrémosla de la lista de los vivos, y héteme libre, como el aire en la montaña. (*Breve pausa.*) ¡Con qué ironía me miraba!... ¡como si esperara aterrarme con la vista!... ¡Infeliz!... Poseo armas mejores, ... mortíferas... ¡eres muerta! (*Se di-*

rige con rapidez á la mesa, y coge la pluma.)... ¡Qué soy bastarda! ¡Desdichada! si lo soy porque vives tú, porque tú respiras; si toda duda sobre mi real estirpe será aniquilada, cuando te haya aniquilado á tí!... Seré para el inglés, fruto de legítimo matrimonio, desde el instante en que no quepa otra eleccion. (Firma con mano rápida y segura; despues deja caer la pluma y retrocede con ademan de terror. Pausa. Toca la campanilla.)

ESCENA XI.

ISABEL. — DAVISON.

ISABEL. — ¿Dónde están los otros lores?

DAVISON. — Han salido á calmar el motin, que se ha apaciguado realmente con sólo presentarse el conde de Shrewsbury «Es él, es él... han gritado cien personas á la vez; él salvó á la Reina de Inglaterra; escuchadle; es el hombre más digno de Inglaterra.» Entonces el noble Talbot ha comenzado á echarles en cara con suaves palabras sus tentativas de violencia, y como hablase con enérgico y persuasivo lenguaje, se ha calmado la gente, y ha desocupado tranquilamente la plaza.

ISABEL. — ¡Ah!... ¡voluble pueblo que cede al menor soplo!... ¡Desdichado de aquel que se apoya en esta caña!... Está bien, Davison, podeis retiraros. (*Davison va á retirarse.*) ¿Y este escrito? tomadle de nuevo; lo confio á vuestras manos.

DAVISON. — (*Mira con espanto el papel.*) — ¡Reina!... ¡vuestra firma!... ¿habeis decidido ya?

ISABEL. — Debia firmar y lo hice. Una hoja de papel nada decide todavía; una firma no mata.

DAVISON. — Vuestro nombre, señora, al pié de este

escrito lo decide todo; mata, es dardo veloz, es un rayo. Este escrito ordena á los comisarios, á los ejecutores, que vayan inmediatamente al castillo de Fotheringhay, y lean á la Reina de Escocia la sentencia de muerte, y la conduzcan al suplicio mañana con el alba. En él no se consigna demora alguna, y en cuanto entregue el papel, ella dejará de existir.

ISABEL. — Así es, Davison. Dios depone en vuestras manos grave é importantísimo asunto: rogadle que os ilumine. Os dejo, y os abandono á vuestro deber.

(*Hace que se va.*)

DAVISON. — (*Cortándole el paso.*) Señora; no me abandoneis antes de haberme manifestado vuestra voluntad... ¿Acaso necesito otro dictámen que el de ejecutar literalmente las órdenes de mi Reina?... Me entregais esta; ¿será para que la haga ejecutar inmediatamente?

ISABEL. — Obrareis segun os aconseje la prudencia.

DAVISON. — (*Con espanto.*) Nó segun mi prudencia... ¡Dios me libre de ello! En el obedecer consiste toda mi prudencia, y vuestro servidor nada tiene que decidir en este caso; la más leve equivocacion seria un regicidio, una desgracia terrible, irreparable. Permittedme pues, que en tan grave asunto, me limite á ser ciego instrumento, sin voluntad propia. Decidme claro vuestro propósito: ¿qué uso debo hacer de esta orden terrible?

ISABEL. — Su nombre lo indica.

DAVISON. — Quereis, por tanto, que se ejecute inmediatamente.

ISABEL. — (*Vacilando.*) Yo no digo eso; tiemblo sólo de pensarlo.

DAVISON. — ¿Querreis, pues, que la guarde todavía?

ISABEL. — (*Con viveza.*) A vuestro riesgo. Sois responsable de las consecuencias..

DAVISON. — ¿Yo? ¡Dios mio! Hablad, señora, ¿qué quereis?

ISABEL. — (*Con impaciencia.*)... No quiero ocuparme más en este desdichado asunto, y de ahora para siempre, que me dejen tranquila.

DAVISON. — Os bastará una sola palabra. ¡Oh! hablad, decidid, ¿qué debo hacer del escrito?

ISABEL. — Ya os lo dije; no me molesteis más.

DAVISON. — ¿Me lo habeis dicho?... No; nada me habeis dicho... ¡Oh! Dignaos recordar...

ISABEL. — (*Dando con el pie en el suelo.*) ¡Es insoprible!



DAVISON. — Sed indulgente conmigo. Hace pocos meses que desempeño el cargo y no conozco el lenguaje de la corte y de los reyes. Fui educado franca y sencillamente. Ejercitad conmigo vuestra paciencia, y no me refuseis la palabra que debe informarme... dig-

naos enseñar á vuestro servidor sus deberes. (Se acerca á ella con suplicante ademan, y ella le vuelve la espalda; Davison manifiesta su desesperacion y añade con acento firme.) Tomad este papel, que quema mis manos como fuego voraz. No me elijais para serviros en tan terrible contingencia.

ISABEL. — Cumplid con vuestro deber. (Vase.)

ESCENA XII.

DAVISON, solo. — Luego BURLEIGH.

DAVISON. — Se va y me deja sin consejo y lleno de dudas, armado de este terrible papel! ¿Qué voy á hacer? ¿ Guardarlo? ¿ Entregarlo? (A Burleigh que entra.) ¡ Ah! por dicha, por dicha héos aquí, milord; á vos debo el puesto que ocupó; sacadme de él. Lo acepté ignorante de mis obligaciones. Dejadme volver á la oscuridad de donde me sacasteis, porque el cargo no me conviene.

BURLEIGH. — ¿ Qué ocurre, pues, sir Davison? Serenaos. ¿ Dónde está la sentencia?... ¿ os ha mandado llamar la Reina?

DAVISON. — Acaba de dejarme encolerizada. ¡ Oh!... aconsejadme, auxiliadme, libradme de la infernal angustia de la duda... Hé aquí la sentencia; está firmada.

BURLEIGH. — (Con viveza.) ¿ Está firmada?... ¡ Oh!... dadme... dadme.

DAVISON. — No me atrevo.

BURLEIGH. — ¡ Cómo!

DAVISON. — La Reina no me ha explicado claramente su voluntad.

BURLEIGH. — ¡ Claramente!... ¡ Si ha firmado!... dadme.

DAVISON. — ¿ Debo ó no debo proceder á la ejecu-

cion?... ¡Dios mio! ¿ Sé por ventura lo que se ha de hacer?

BURLEIGH. — (*Instándole.*) Debeis mandar que se ejecute la órden inmediatamente. Dadme; estais perdido, si lo diferis.

DAVISON. — Perdido, si me apresuro...

BURLEIGH. — Estais loco... no estais en vos... Dadme. (*Arranca de sus manos el papel, y vase corriendo.*)

DAVISON. — (*Siguiéndole.*)... ¿ Qué haceis? Aguardad... Me perdeis.....





ACTO V.

—
La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

ANA KENNEDY, vestida de riguroso luto, llorosa y profundamente agitada, se ocupa en sellar algunas cartas y papeles. Con frecuencia el dolor la obliga á interrumpir su tarea y se pone á rezar.— PAULETO y DRURY, vestidos tambien de negro, se adelantan seguidos de algunos criados que traen vasos de oro y de plata, cuadros y otros efectos preciosos, y van colocándolos en el fondo de la escena. — PAULETO entrega á la nodriza un cofrecillo y un papel, y le indica por señas que es la lista de los objetos traídos. La vista de tales riquezas renueva el dolor de la nodriza. Los demas se alejan en silencio. — Entra MELVIL.

ANA. — (*Exclama al verle.*)



MELVIL, sois vos; vuelvo á veros.

MELVIL.— Sí, querida Kennedy, volvemos á vernos.

ANA.— Tras larga y dolorosa separacion.

MELVIL.— ¡ En qué triste y deplorable ocasion nos reunimos!

ANA.— ¡ Dios mio!... venis...

MELVIL.— A dar el último adios á la Reina.

ANA.— Por fin, hoy, en el dia de su muerte, le han concedido el favor de ver de nuevo á sus servidores. ¡ Oh, caro Melvil!... ¡ No os pregunto qué habeis pasado, ni he de deciros tampoco cuánto hemos sufrido

desde que os separaron de nosotras ! ¡ Ay de mí ! ¡ Ya llegará el momento !... ¡ Oh, Melvil... Melvil !... ¿ valia la pena de vivir para ver la aurora de este día ?

MELVIL. — No nos enterezcamos mutuamente. Lloraré cuanto dure mi vida, ... ni he de sonreír nunca más, ni he de quitarme este luto ; será eterno mi dolor, pero hoy quiero tener firmeza. Prometedme que moderareis también el vuestro, y mientras los demás se entregarán sin consuelo á la desesperación, nosotros con noble y varonil presencia de ánimo la acompañaremos y prestaremos apoyo en el camino de la muerte.

ANA. — Os engañáis, Melvil, si pensáis que la Reina necesita nuestro auxilio para dirigirse á la muerte con entereza. Ella será quien nos dé ejemplo de noble serenidad. Nada temáis; María Estuardo va á morir como reina y como heroína.

MELVIL. — ¿ Recibió con serenidad el anuncio de su muerte ? Han dicho que no lo esperaba.

ANA. — No ; no lo esperaba. Otros eran los temores que la conmovían. María no temblaba á la idea de la ejecución, sino al aspecto de su libertador. Nos habían prometido la libertad. Mortimer nos anunció que esta misma noche vendría á arrancarnos de aquí, y vacilando entre el temor y la esperanza, dudosa de si confiaría á aquel joven audaz su honor y su real persona, así ha aguardado la Reina hasta el alba. Entonces ha resonado el tumulto en el castillo, y hemos oído con espanto repetidos martillazos. Creídas de que llegaban los libertadores, sonreímos á la esperanza, y el irresistible amor á la vida se apodera de nosotras... la puerta se abre... y sir Pauleto nos anuncia que los artesanos levantan el patíbulo bajo nuestros pies. (*Vuelve el rostro poseída de violenta pena.*)

MELVIL. — ¡ Justo Dios !... ¡ Oh !... decidme, ¿ cómo ha soportado María tan terrible decepción ?

ANA. — (*Después de una breve pausa, durante la cual se ha esforzado en serenarse.*) No nos desprendemos de los brazos de la vida poco á poco; de una sola vez, y en un instante, pasamos de lo terreno á lo eterno. Dios concedió en tal instante á mi señora la fuerza necesaria para rechazar con ánimo resuelto las esperanzas de la tierra, y lanzarse con fe ardiente hácia el cielo. No se ha rebajado con la menor queja, con el menor signo de terror. Sólo ha llorado al saber la vergonzosa traicion de lord Leicester, y la desdichada suerte del valeroso jóven que se sacrificó por ella, viendo sobre todo el profundo pesar del anciano caballero á quien arrebató la última esperanza. Por el dolor ajeno, no por la propia suerte, ha llorado.

MELVIL. — ¿Dónde está ahora?... ¿Podeis conducirme junto á ella?

ANA. — Ha pasado el resto de la noche rezando, despidiéndose por cartas de sus amigos, y redactando su testamento de propio puño. Ahora descansa; este último sueño la reanimará.

MELVIL. — ¿Quién está con ella?

ANA. — Su médico Burgoyne y sus camareras.

ESCENA II.

Dichos.—MARGARITA KURL.

ANA. — ¿Qué traéis? ¿Está la señora despierta?

MARGARITA. — (*Enjugando sus lágrimas.*) Está ya vestida y os llama.

ANA. — Voy. (*A Melvil que intenta acompañarla.*) No me sigais; primero quiero prepararla para recibirlos.

(*Vase.*)

MARGARITA. — ¡Melvil!... el antiguo mayordomo de la casa.

MELVIL. — Sí; yo soy.

MARGARITA. — La casa no necesita ya quien la gobierne... Sin duda llegais de Lóndres, Melvil; ¿podriais darme noticias de mi marido?

MELVIL. — Pronto será puesto en libertad, segun dicen, en cuanto...



MARGARITA. — En cuanto la Reina deje de existir... ¡ Ah!... el indigno... el infame traidor; él es el verdadero asesino de nuestra ama; dicen que la condenaron de resultas de su declaracion.

MELVIL. — ¡ Verdad!

MARGARITA. — ¡ Ah! ¡ Maldita sea su alma hasta en los infiernos!... Ha declarado en falso.

MELVIL. — Milady Kurl, pensad lo que decís.

MARGARITA. — Sí; quiero jurarlo ante el tribunal, quiero repetírselo á él mismo; quiero decirlo al mundo entero; María muere inocente.

MELVIL. — ¡ Oh! ¡ Dios lo quiera!

ESCENA III.

Dichos.—BURGOYN.—Luego ANA.

BURGOYN. — (*Viendo á Melvil.*) ¡ Oh ! Melvil.

MELVIL. — (*Abrazándole.*) ¡ Burgoyñ !

BURGOYN. — (*A Margarita.*) Un vaso de vino para la Reina... ¡ pronto !
(*Margarita se va.*)

MELVIL. — Qué , ¿ no se siente bien ?

BURGOYN. — No , al contrario muy fuerte ; la engaña su heroico valor y cree que no necesita alimento. Y sin embargo , se le prepara todavía rudo combate , y no convendria que sus enemigos atribuyeran al temor de morir , la palidez que extenderá sobre el semblante la debilidad del cuerpo.

MELVIL. — (*A Ana que entra de nuevo en escena.*) ¿ No desea verme ?

ANA. — Ella misma saldrá aquí. Parece que mirais en torno con sorpresa y me preguntais con la mirada qué significa este aparato de pompa en la mansion de la muerte ! ¡ Oh ! sir Melvil ; hemos sufrido privaciones en vida , y ahora llega con la muerte lo supérfluo.

ESCENA IV.

Dichos.—Otras dos SIRVIENTAS de Maria, de luto; prorumpen en llanto á la vista de MELVIL.

MELVIL. — ¡ Qué espectáculo !... ¡ Qué reunion ! ¡ Gertrudis ! ¡ Rosamunda !

LA 2.^a SIRVIENTA. — Ha mandado que nos retiráramos. Quiere departir con Dios por última vez.

(Otras dos mujeres entran , vestidas tambien de luto , y dan muestras de dolor.)

ESCENA V.

Dichos.—MARGARITA KURL, trayendo una copa de oro llena de vino, la pone sobre una mesa, y pálida y temblando se apoya en un sillón.

MELVIL.—¿Qué teneis?... ¿Por qué este terror?

MARGARITA.—¡Ah! ¡Dios mio!

BURGOYN.—¿Qué teneis?

MARGARITA.—¡Lo que acabo de ver!... ¡Dios mio!

MELVIL.—Volved en vos... decidnos... ¿qué?

MARGARITA.—Subia con esta copa la gran escalera que conduce á la sala de abajo, cuando se ha abierto la puerta... y he visto... he visto... ¡Dios mio!

MELVIL.—¿Qué habeis visto?... Serenaos.

MARGARITA.—Los muros revestidos de negro; un tablado sobre el pavimento y cubierto tambien de negro; el pilon negro, un almohadon, y junto á él el hacha recientemente afilada. La sala está llena de gente que se agolpa junto á estos instrumentos de muerte, y que ávida de sangre, aguarda á la víctima.

LAS MUJERES.—Dios se apiade de nuestra querida ama.

MELVIL.—Serenaos; ella se acerca.

ESCENA VI.

Dichos.—MARÍA, vestida de blanco y engalanada con un *Agnus Dei* á guisa de collar; el rosario colgando de la cintura, y un crucifijo en la mano; ciñe su frente una corona y flota á su espalda largo velo negro. Apenas se adelanta, los criados se ponen en fila á ambos lados, y MELVIL cae involuntariamente de hinojos. Todos dan muestras de dolor.

MARÍA.—(Con serena dignidad y mirando en torno suyo.) ¿Por qué gemir?... ¿Por qué llorar? Debierais

alegraros conmigo de ver llegado el término de mis dolores, caídas mis cadenas, abierto mi calabozo, y gozosa el alma prontá á lanzarse con alas de ángel hácia la eterna libertad! Sólo cuando gemia bajo el poder de mi enemiga orgullosa, y soportaba los indignos ultrajes que me infirió una reina, sólo entonces era tiempo de llorar por mí! Pero hoy, la bienhechora muerte se acerca como grave amigo, y cubre mi vergüenza con sus negras alas. El último instante de su vida, redime y ennoblece al hombre. Nueva vez me siento reina; nueva vez me siento digna. (*Adelanta algunos pasos.*) ¡Cómo!... ¿Aquí Melvil? No permanezcáis así, caballero; alzad; sois venido á presenciar el triunfo de vuestra reina, y no su muerte. Es para mí dicha inesperada que mi memoria no pertenezca aún por entero á los enemigos, y me asista en la hora de la muerte un amigo que profesa mis creencias. Decidme, noble caballero, ¿qué os ocurrió en esta tierra enemiga é inhospitalaria, desde el día en que os arrancaron de mi lado?... ¡Cuántas veces afligió mi corazón la inquietud que sentía por vuestra suerte!

MELVIL.—No probé otro dolor que el de veros en semejante estado sin poder serviros.

MARÍA.—¿Qué ha sido de Didier, mi anciano servidor? Duerme sin duda de mucho tiempo acá el eterno sueño, porque era de edad muy avanzada.

MELVIL.—Dios no le acordó tal gracia; vive para enterrar vuestra juventud.

MARÍA.—¡Ah! ¡Que no pueda, antes de morir, estrechar entre mis brazos uno de los queridos seres de mi familia! Pero está escrito que muera entre extraños y vea tan sólo lágrimas en torno mio.—Melvil, depongo en vuestro corazón fiel, mis últimos votos por los míos. Bendigo al rey cristianísimo, mi cuñado, y á la real familia de Francia; bendigo á mi tío el cardenal, y á Enrique de Guisa, mi noble primo; bendigo

al Papa, el sagrado vicario de Jesucristo, que me bendice á su vez, y al Rey Católico que se ofreció generosamente para salvarme y vengarme. Todos figuran en mi testamento y recibirán algunos dones de mi cariño, que por pobres que sean, no despreciarán seguramente. (*Se dirige á sus servidores.*) Os he recomendado á mi hermano el rey de Francia; cuidará de vosotros, y os dará una nueva patria. Si quereis respetar mi último deseo, no os quedeis en Inglaterra; no le sea dado al ingles apacentar su orgullo con vuestro infortunio, ni ver en el fango á los que me sirvieron en vida. Sobre esta imágen del Crucificado, prometedme que abandonaréis esta desdichada isla en cuanto deje de existir.

MELVIL.— (*Tocando el crucifijo.*) Os lo juro en nombre de los presentes.

MARÍA.— Lo último que poseía yo, pobre y despojada de todo, lo último de que puedo disponer libremente, lo he repartido entre vosotros, y espero que será respetada mi última voluntad. Cuanto llevo, dirigiéndome al suplicio, os pertenece tambien. Permittedme que me adorne por última vez con las galas de la tierra, al emprender el camino del cielo. (*A sus mujeres.*) Alicia, Gertrudis, Rosamunda, os destino mis perlas, mis vestidos, porque las alhajas placen aún á vuestra juventud. Tú, Margarita, tú tienes más que otra alguna derecho á mi generosidad, porque eres la que dejo en la mayor desgracia. Por mi testamento se verá que no quise vengar en tí el crimen de tu esposo. A tí, mi fiel Ana, á quien no pueden seducir ya ni el oro, ni el brillo de las joyas, á tí dedico mi recuerdo, que será tu más precioso tesoro. Toma este pañuelo; lo he bordado para tí en las horas de dolor, y está empapado en mis ardientes lágrimas. Con él me vendarás los ojos cuando llegue el instante; quiero recibir de mi Ana este último servicio.

ANA.— ¡ Ah, Melvil, no puedo soportar esto !

MARÍA.— Venid todos, venid y recibid mi último adios. (*Les tiende la mano ; todos caen á sus plantas sollozando.*) Adios, Margarita ; adios, Alicia. Os doy las gracias, Burgoyn, por vuestros servicios.— Gertrudis, tus labios quemán. ¡ Ah, he sido muy odiada, pero también muy amada ! Que un noble esposo te haga feliz, Gertrudis mía, porque tu corazón ardiente necesita amor. Berta, tú elegiste el mejor partido ; ¡ serás la casta esposa del cielo !... Apresúrate á cumplir tus votos ; ya veis, por vuestra Reina, ¡ cuán engañosos los bienes de este mundo !... Basta, no más, adios... adios ; adios para siempre.

(Se aparta de ellos rápidamente ; todos se retiran á excepcion de Melvil.)

ESCENA VII (1).

MARÍA.—MELVIL.

MARÍA.— He arreglado ya todas las cosas terrenas, y espero salir de este mundo libre de deudas para con los hombres. Sólo una cosa, Melvil, oprime mi alma, y la impide volar con júbilo y libertad.

MELVIL.— Decídmela ; aliviad vuestro corazón, confiando tales inquietudes á un fiel amigo.

MARÍA.— Vedme al borde de la eternidad, pronta á

(1) Esta escena ha sido considerada inconveniente é irrepresentable por todos los comentadores de Schiller. Atenúa además el efecto de las anteriores, y es absolutamente superflua, exceptuando el pasaje en que María se declara inocente del crimen que le imputaron. Dada la solemnidad del acto, esta declaración acaba de realzarla del todo y hace más conmovedora su muerte. Por lo demás, como en el libro no tiene los mismos inconvenientes que en el teatro, no hemos creído necesario suprimirla.

comparecer ante el Juez supremo, y no me he reconciliado todavía con el Santo entre los santos. Me han negado la asistencia de un sacerdote de mi Iglesia, y yo no quiero recibir el pan del cielo de manos de un falso presbítero. Quiero morir en el seno de mi Iglesia, la única que puede darnos la salvacion.

MELVIL. — Serenaos, señora; el cielo tiene en cuenta tan piadosos y sinceros deseos, aun cuando no puedan realizarse. El poder de la tiranía sólo ata las manos, mas el alma religiosa se lanza libremente hácia Dios; la letra mata, el espíritu vivifica.

MARIA. — ¡ Ah! Melvil; el corazón no se basta á sí mismo; la fe reclama una prenda material para tomar posesion de los bienes del cielo. Por esto, Dios se hizo hombre, y dió forma visible en el misterio á los invisibles dones celestiales. La Iglesia, la santa y sublime Iglesia establece el lazo de union entre el cielo y nosotros, y es llamada católica y universal porque en ella la creencia de todos fortifica la creencia de cada uno. Cuando millares de fieles adoran y rezan, la llama se eleva de la hoguera, y el alma, desplegando sus alas, vuela al cielo. ¡ Oh!... Felices los que se congregan para rogar en comun en la casa del Señor!... Ornado el altar, resplandeciente de luces, suena la campana, se esparce el incienso; el celebrante, revestido de su inmaculada túnica, toma el cáliz, lo bendice, proclama el sublime milagro de la transubstanciacion, y el pueblo, persuadido y fervoroso, se prosterna ante un Dios presente. ¡ Ay de mí! Sólo yo, excluida de esta comunidad, no veo llegar hasta mi calabozo la bendicion del cielo!

MELVIL. — Llega, sí, hasta vos; está cerca de vos. Confíad en el Todopoderoso. Florece la seca vara en manos del creyente, y Dios, que hizo brotar agua de las peñas, puede preparar un altar en vuestro calabozo y convertir en celestial bebida el comun brebaje que

contiene esta copa. (*Toma la copa de encima la mesa.*)

MARIA. — Melvil, ¿os habré comprendido? Sí; os comprendo. No hay aquí sacerdote, ni sagrada mesa, ni este es templo, pero Jesus ha dicho: « Cuando dos se reúnan en mi nombre, me hallaré entre ellos. » ¿Qué hace del sacerdote el órgano del Señor, si no es la pureza del corazón, y la intachable conducta?... Así, aunque no fuisteis ordenado, sois para mí un sacerdote, mensajero de Dios que viene á traerme la paz. Quiero confesarme con vos, por última vez, y recibir la absolución por vuestra mano.

MELVIL. — Si tan grande es vuestro fervor, ¡oh! Reina, sabed que Dios puede hacer un milagro para daros consuelo. Decís que no hay aquí ni sacerdote, ni altar, ni hostia; pues os engañais; hay aquí un sacerdote, y el cuerpo de Jesucristo. (*A estas palabras se descubre y muestra una hostia en una cajita de oro.*) He sido ordenado para oír vuestra última confesión, y anunciaros la paz en el camino de la muerte, y traer os esta hostia consagrada por el mismo Padre Santo.

MARIA. — Así me fué reservada en el dintel de la muerte una dicha divina. Como ser inmortal descendido en nube de oro, como el ángel que abriendo las cerradas puertas libertó al apóstol de sus cadenas y de su prisión, sin que espadas ni cerrojos lo impidieran, así viene á sorprenderme en mi cárcel divino mensajero, cuando me engañaron mis libertadores de la tierra. Vos que fuisteis un día mi servidor, sed ahora servidor é instrumento del Altísimo; si ayer hincasteis ante mí la rodilla, hoy me inclino yo á vuestra presencia. (*Cae de hinojos á los piés de Melvil.*)

MELVIL. — (*Después de haber hecho la señal de la cruz.*) En nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Reina María, ¿interrogasteis vuestro corazón? ¿jurais y prometéis decir verdad ante el Dios de la verdad?

MARIA. — Mi corazón está abierto para vos y para Él.

MELVIL. — Hablad ; ¿ de qué pecados os acusa la conciencia desde la última vez que os reconciliasteis con Dios ?

MARIA. — Mi corazon se ha henchido de odio y de envidia, y en mi seno se agitaban pensamientos de venganza. Yo, humilde pecadora, esperé el perdon de Dios, y no podia perdonar á mi rival.

MELVIL. — ¿ Os arrepentis de vuestra falta, y estais gravemente resuelta á dejar el mundo sin rencores ?

MARIA. — Sí ; tan cierto como que espero el perdon de Dios.

MELVIL. — ¿ De qué otro pecado os acusa la conciencia ?

MARIA. — ¡ Ah ! no sólo con el odio, sino tambien con amor culpable ofendí la divina bondad. Mi vano corazon fué arrebatado hácia un hombre que me hizo traicion y me abandonó.

MELVIL. — ¿ Os arrepentis de esta falta, y alejose el alma de este vano idolo para retornar á Dios ?

MARIA. — He debido combatir cruelmente mi pasion, pero el último vínculo terreno se ha roto ya.

MELVIL. — ¿ De qué más os acusa la conciencia ?

MARIA. — ¡ Ah !... Un sangriento crimen , confesado mucho tiempo há , vuelve á atormentarme con nueva fuerza y nuevos terrores en este momento, y se interpone como siniestro fantasma entre el cielo y yo. Permití que degollaran á mi esposo , y concedí mi mano al asesino. Expié mi crimen con los más rigurosos castigos que la Iglesia impone , pero la serpiente que se agita en mi seno, no se adormece.

MELVIL. — ¿ No os acusais de alguna otra falta todavía no confesada , ni expiada ?

MARIA. — Sabeis cuanto grava mi conciencia.

MELVIL. — Pensad en el Dios omnipotente que se halla junto á vos, pensad en el castigo con que la Iglesia amenaza á los que se confiesan mal. Falta es

esta que merece la condenacion eterna, porque es pecar contra el Espiritu Santo.

MARIA. — Niégume Dios la victoria en este último combate, si de intento callé la menor cosa.

MELVIL. — ¡Cómo!... ¿ocultareis á vuestro Dios el crimen por el cual os castigan los hombres?... ¿Nada me decis de la parte que tomasteis en la alta traicion de Babington y de Parry? Sufrís por ella la muerte temporal, ¿y querreis condenaros tambien á la muerte eterna?

MARIA. — Me hallo pronta á entrar en la eternidad; tras breve instante compareceré ante mi Juez; y sin embargo, repito que mi confesion es completa.

MELVIL. — Pensadlo bien; reflexionad que el corazon nos engaña, y quizá, deseando interiormente el crimen, evitasteis, con artificiosa doblez, la palabra que debia haceros culpable á vuestros ojos... pensad que ningun artificio escapa á la mirada de fuego de Aquel que lee en vuestra alma.

MARIA. — Rogué á los principes que me libertaran de indignas cadenas, pero jamas, ni de obra, ni con el pensamiento, atenté á la vida de mi enemiga.

MELVIL. — ¿Así será falso el testimonio de vuestros secretarios?

MARIA. — Declaro la verdad... júzguelos Dios por su testimonio.

MELVIL. — ¿Así, subis al patibulo persuadida de vuestra inocencia?

MARIA. — Dios me concede la gracia de expiar con mi inmerecida muerte las sangrientas faltas que cometi.

MELVIL. — (*Bendiciéndola.*) Id; expiadlas muriendo. Resignada víctima, caed sobre el ara. Sangriento castigo puede redimir de sangriento crimen. Fuisteis sólo culpable, cediendo á femenil flaqueza, y los bienaventurados se despojan de ellas con la transfigu-



Ultimos momentos de Maria Estuardo.



ración. Os absuelvo pues, en virtud de mis poderes, de todos vuestros pecados, y sea como creisteis. (*Le administra la sagrada forma.*) Recibid el cuerpo sacrificado por vos. (*Toma el cáliz, lo consagra en silencio, y despues lo ofrece á María, quien vacila y lo rechaza.*) Bebed esta sangre vertida por vos, bebedla; el Papa os concede esta gracia; podeis en el supremo instante gozar de este sublime privilegio de los reyes. (*María toma el cáliz.*) Del modo que en vuestros padecimientos terrenos vivisteis misteriosamente unida á Dios, así en el reino de la bienaventuranza sereis ángel de luz, unido para siempre al Altísimo. (*Coloca el cáliz encima de la mesa. Rumores fuera. Se cubre y se dirige á la puerta. María permanece arrodillada con profundo recogimiento.*) Debeis sostener todavía último y rudo combate. ¿Os sentis con bastante fortaleza para dominar toda emoción de odio y de cólera?

MARIA.—No temo reincidencia alguna; sacrificué á mi Dios mi amor y mi odio.

MELVIL.—Preparaos, pues, á recibir á los lores Burleigh y Leicester. Ya están aquí.

ESCENA VIII.

Dichos.—**BURLEIGH.**—**LEICESTER.**—**PAULETO.** Leicester permanece retirado sin levantar los ojos. Burleigh, que observa su actitud, se adelanta entre él y la Reina.

BURLEIGH.—Lady Estuardo, vengo á recibir vuestras últimas órdenes.

MARIA.—Gracias, milord.

BURLEIGH.—La Reina quiere que nada se os rehuse en justicia.

MARIA.—Mi testamento encierra mis últimos deseos. Lo entregué al caballero Pauleto; pido que sea ejecutado con toda fidelidad.

PAULETO. — Descuidad por lo que á eso atañe.

MARIA. — Pido que se permita á mis criados retirarse con libertad á Escocia , ó Francia , ó donde ellos quieran.

BURLEIGH. — Se hará como lo deseais.

MARIA. — Y puesto que mi cuerpo no descansará en tierra sagrada , permitid al menos que este mi fiel servidor lleve mi corazon á mis deudos de Francia : ¡ con ellos , ay de mí !... estuvo siempre.

BURLEIGH. — Se hará así. ¿ Deseais algo más ?

MARIA. — Saludad en nombre de su hermana á la Reina de Inglaterra ; decidle que le perdono mi muerte de todo corazon , y que deploro mi arrebato de ayer. ¡ Dios la tenga en su guarda , y le conceda venturoso reinado !

BURLEIGH. — Decidme si , mejor aconsejada , desdenáis todavía la asistencia del dean.

MARIA. — Me he reconciliado con mi Dios... Sir Pauleto , os he causado involuntariamente dolor profundo , arrebatañdoos el báculo de vuestra ancianidad. Espero que no conservareis de mí odioso recuerdo.

PAULETO. — (*Dándole la mano.*) Dios sea con vos ; id en paz.

ESCENA IX.

Dichos. — ANA KENNEDY y las demas sirvientas de la Reina entran con muestras de terror ; detras de ellas , el sherif empuñando una varilla blanca ; á su espalda y fuera de la puerta algunos hombres armados.

MARIA. — ¿ Qué tienes , Ana ?... Sí ; llegó el momento ; el sherif viene para conducirnos á la muerte , y fuerza es separarnos... adios , adios... (*Sus sirvientas la abrazan con vivísimo dolor. A Melvil.*) Vos , digno amigo , y

mi fiel Kennedy, me acompañareis en este trance supremo. Milord no me rehusará esta satisfaccion.

BURLEIGH. — No está en mi poder.

MARIA. — ¡Cómo!... ¿Podreis rehusarme tan leve favor? Respetad mi sexo. ¿Quién me prestaría este último servicio? No puede querer mi hermana la Reina que se ofenda mi sexo en mi persona, y que los hombres pongan en ella la grosera mano.

BURLEIGH. — No debe subir al cadalso con vos mujer alguna... Sus gritos... sus gemidos...

MARIA. — No gemirá; respondo de la entereza de mi Kennedy... Sed bondadoso para conmigo, milord; ¡oh! no me separéis, en el postrer instante, de mi fiel nodriza, de la que hasta ahora me ha cuidado; me recibió en sus brazos al nacer, y me conducirá á morir.

PAULETO. — (*Á Burleigh.*) Permitídselo.

BURLEIGH. — Sea.

MARIA. — Ahora ya nada tengo que pedir en este mundo. (*Toma el crucifijo y lo besa.*) Salvador mio, Redentor mio, tú que extendiste los brazos sobre la cruz, extiéndelos hoy para recibirme. (*Va á salir, cuando sus miradas se encuentran con las de Leicester, quien turbado por las palabras de Maria ha osado contemplarla. Al ver á Leicester, Maria se estremece y se doblan sus rodillas; próxima á caer, Leicester la sostiene y la recibe en sus brazos. Ella le mira breve rato, solemnemente y en silencio, y Leicester no puede sostener aquella mirada; por fin ella dice:*) Cumplis vuestra palabra, conde de Leicester; me prometisteis el apoyo de vuestro brazo para salir de la prision y me lo prestais. (*Queda anonadado. Maria con acento más cariñoso:*) Sí, Leicester; y no sólo debiais darme la libertad, sino que habiais de encarecer para mí su valor inestimable. Apoyada en vuestro brazo, feliz con vuestro amor, hubiera empezado para mí una nueva existencia. Cuando voy á dejar este mundo, y á convertirme en celestial espíritu, al cual no seduci-

rá humano deseo, bien puedo confesar sin rubor y sin vergüenza mi flaqueza que he dominado. Adios, y si os fuere posible, sed dichoso. Osasteis aspirar á la mano de dos reinas; desdeñasteis, hicisteis traicion á un corazon tierno y amante, para ganar otro, orgulloso; caed á las plantas de Isabel, y ruego á Dios que tal recompensa no se convierta en vuestro castigo. Adios; nada me queda en este mundo.

(Se adelanta precedida del sherif y acompañada de Melvil y de su nodriza. Burleigh y Pauleto, detras. Los demas la siguen con los ojos hasta que sale, y despues se alejan por las otras puertas.)

ESCENA X.

LEICESTER, solo.

LEICESTER. — ¡Y vivo todavía! ¡y soporto la vida! ¡Cómo no se han derrumbado sobre mí estas pesadas bóvedas! ¡Cómo no se abre á mis piés el abismo, para tragar al más miserable de los miserables! ¡Oh! ¡Cuánto he perdido! ¡Qué perla he desdeñado! ¡De qué celestial ventura me privé! Se aleja, semejante á un ángel de luz, y me abandona en las garras de la desesperacion de los réprobos. ¿Qué se hizo de mi entereza, de aquella entereza con que me prometí ahogar la voz de mi corazon y ver cómo rodaba su cabeza, sin pestañear siquiera? ¿Resucitó á su aspecto mi vergüenza, que creí extinguida? Acaso al morir prenderá mi alma en los lazos del amor... ¡Ah! ¡Condenado!... Inútil es que te entregues á femenil piedad; la dicha del amor no ha de hallarse jamas en tu camino; reviste tu pecho de férrea armadura y sea tu frente como la roca. Si no quieres perder el precio de tu deshonra, vé, vé hasta el fin; enmudezca tu compa-

sion , séquense tus ojos como piedras... quiero verla caer... quiero ser testigo... (*Se dirige con paso firme hacia la puerta por donde salió Marta, y despues se detiene en mitad del camino.*) ¡En vano !... ¡en vano!... ¡Horror infernal se apodera de mí !... ¡No puedo contemplar este atroz espectáculo... no puedo verla morir!.. Oigamos... ¿ Qué ?... Están ya abajo... Bajo mis plantas se prepara la horrible ejecucion... Oigo voces... Salgamos , salgamos de esta mansion del terror y la muerte. (*Intenta huir por otra puerta, pero la encuentra cerrada y vuelve.*) ¿ Qué ?... Un Dios me encadena á este suelo. ¿ Me verá forzado á oír lo que me da horror de ver ?... ¡ La voz del dean... la exhorta... Ella le interrumpe... Oigamos... Ruega en alta voz y con firme acento... Todo calla ; todo ; oigo tan sólo gemidos... lloran las mujeres... La desnudan... retiran la silla... Se arrodilla sobre el almohadon... coloca su cabeza !...

(Pronuncia estas últimas palabras con angustia creciente , se detiene despues , y de repente , víctima de violenta emocion cae sin sentido. En el mismo instante suena debajo rumor confuso de voces que dura largo rato.)

ESCENA XI.

El teatro representa la habitacion de la Reina del acto cuarto.
ISABEL, sola.

ISABEL. — (*Se adelanta por una puerta lateral; su andar y sus ademanes indican violenta agitacion.*) ¡Nadie todavía ! ¡ Ninguna noticia ! ¡ No llegará la tarde... se ha detenido el sol en su carrera ! No puedo soportar por más tiempo la tortura de la espectacion ; ¡ se habrá ó no se habrá consumado la obra ! Ambas ideas me espantan , y no me atrevo á preguntar á nadie... Ni el conde de Leicester , ni Burleigh , á quienes designé

para ejecutar la sentencia, han comparecido... ¿Habrán salido de Londres?... Si es así, la flecha fué lanzada, vuela, llega, hiere, ha herido, y aunque se tratara de todo mi reino, me es imposible detenerla... ¿Quién viene?

ESCENA XII.

ISABEL.—Un paje.

ISABEL. — ¡Vuelves solo!... ¡Dónde están los lores,

PAJE. — Milord Leicester y el gran tesorero...

ISABEL. — (*Con viva impaciencia.*) ¡Dónde están!

PAJE. — No están en Londres.

ISABEL. — No están... ¡Dónde están pues!

PAJE. — Nadie ha podido decirlo... Con el alba... ambos lores han salido secreta y precipitadamente de la ciudad.

ISABEL. — (*Con vivo movimiento.*) Ya soy reina de Inglaterra. (*Se pasea vivamente agitada.*)... Vè... llama... No... aguarda... ¡Muerta!... Por fin me siento á mis anchas en la tierra... ¿Por qué temblar?... ¿Por qué esta angustia?... La tumba encierra todos mis temores... ¿Quién osará decir que yo ordené la ejecucion?... No han de faltarme lágrimas para llorar á la que ha sucumbido. (*Al paje.*) ¿Estás aún aquí? Dí á mi secretario Davison, que venga al instante... y que vayan por el conde Talbot... Héle aquí. (*El paje se va.*)

ESCENA XIII.

ISABEL.—TALBOT.

ISABEL. — Bienvenido, noble lord. ¿Qué nueva nos traéis? Sin duda algo grave os conduce aquí á hora tan avanzada.

TALBOT.—Gran Reina, mi corazón, inquieto y cuidadoso por vuestra gloria, me ha llevado hoy á la Torre, prisión de Kurl y Nau, los secretarios de María; quise cerciorarme por última vez de la verdad de sus declaraciones. Perplejo, sobrecogido, el oficial de la Torre se negaba á mostrarme los presos, hasta que al fin cedió á mis amenazas. ¡Dios mio!... ¡qué espectáculo se ha presentado á mis ojos!... Con el cabello en desorden, y la vista extraviada, el escocés Kurl estaba tendido en el lecho, como atormentado por las furias... En cuanto me reconoce el desdichado, se arroja á mis plantas, se abraza á mis rodillas con gritos de dolor, se revuelca por el suelo víctima de la desesperación, rogándome, instándome á que le diga qué es de María Estuardo, porque el rumor de que ha sido condenada á la última pena ha llegado hasta los calabozos de la Torre. Apenas le he dicho la verdad y he añadido que debía la muerte á su declaración, se lanza enfurecido sobre su cómplice, lo derriba con fuerzas de energúmeno, y forcejea con intento de estrangularle. ¡Y cuánto nos ha costado arrancárselo de sus crispadas manos! Despues ha vuelto contra sí mismo su propia rabia; descargaba sobre su pecho fuertes puñetazos, se maldecía, maldecía á su compañero, é invocaba los demonios del infierno. Su declaración es falsa; las malditas cartas escritas á Babington, cuya autenticidad afirmó bajo juramento, son apócrifas. Escribió algo diverso de lo que la Reina dictara, por instigación del miserable Nau. En esto, ha corrido á la ventana, y arrancado los postigos con desenfrenada violencia. A sus espantosos gritos ha acudido gente, y ha empezado á exclamar que era el secretario de María, el desalmado que la acusó falsamente, que era un impostor, un réprobo.

ISABEL. — Vos mismo decís que no estaba en sí; las palabras de un insensato, de un furioso, nada prueban

TALBOT. — Pero su propio delirio es una prueba. ¡ Oh ! Reina ; os conjuro á que ordeneis una nueva informacion , á que no obreis precipitadamente.

ISABEL. — Si ;... consiento en ello , conde , ya que lo deseais ; mas no porque crea que mis pares hayan juzgado con ligereza. Se empezará de nuevo el sumario , para que os tranquiliceis , conde. Por fortuna , es tiempo todavía ,... nuestro honor real no debe quedar empañado con la menor sombra de duda.

ESCENA XIV.

Dichos. — DAVISON.

ISABEL. — ¿ Dónde está , Davison , la sentencia que ayer dejé en vuestras manos ?

DAVISON. — (*Con la mayor sorpresa.*) ¡ La sentencia !...

ISABEL. — Que os dí á guardar...

DAVISON. — ¡ A guardar !

ISABEL. — El pueblo amotinado instaba á que firmase , y siendo necesario obedecerle , firmé , pero cediendo á la coaccion ,... os entregué la sentencia para ganar tiempo... Ahora , dádmela otra vez...

TALBOT. — Dádsela , sir Davison ; las circunstancias han cambiado , y empezará de nuevo el proceso.

DAVISON. — ¿ De nuevo ? ¡ Misericordia !

ISABEL. — No reflexioneis por más tiempo... ¿ dónde está la sentencia ?

DAVISON. — (*Desesperado.*) ¡ Soy perdido... soy muerto !

ISABEL. — (*Con viveza.*) Supongo que no habreis...

DAVISON. — Soy perdido ; no tengo la sentencia.

ISABEL. — ¡ Qué !... ¿ Cómo ?

TALBOT. — ¡ Cielos !

DAVISON. — Está en poder de Burleigh... desde ayer.

ISABEL. — ¡ Desgraciado!... ¿ Así obedecisteis mis órdenes? ¿ No os mandé severamente que la guardaraís?

DAVISON. — No me disteis semejante orden, Reina...

ISABEL. — ¿ Te atreves á desmentirme, miserable?... ¿ Cuándo te dije que entregaras la sentencia á Burleigh?



DAVISON. — No en términos explícitos... concretos... pero...

ISABEL. — ¡ Infame! Osaste interpretar mis palabras, introduciendo en ellas tu criminal pensamiento. ¡ Ay de tí! si se sigue una catástrofe del acto verificado por tu propia voluntad, me lo pagarás con la vida. Ya veís, conde Talbot, cómo abusan de mi nombre.

TALBOT.— Veo... ¡ Oh, Dios mio !

ISABEL.— ¿ Qué decis ?

TALBOT.— Si Davison ha tomado por su cuenta semejante resolucion , obrando á despecho de vuestras órdenes, debe comparecer ante el tribunal de los pares por haber entregado vuestro nombre á la execracion de la posteridad.

ESCENA XV.

Dichos.—BURLEIGH.—Luego KENT.

BURLEIGH.— (*Hincando la rodilla ante la Reina.*) Viva mil años mi soberana , y Dios haga que todos los enemigos de Inglaterra perezcan como María. (*Talbot oculta el rostro. Davison retuerce las manos con desesperacion.*)

ISABEL.— Hablad, milord. ¿ Habeis recibido de mí la orden de la ejecucion ?

BURLEIGH.— No, Reina ; la he recibido de Davison.

ISABEL.— ¿ Davison os la entregó en mi nombre ?

BURLEIGH.— Precisamente en nombre vuestro, no.

ISABEL.— ¿ Y la habeis cumplido sin conocer mi voluntad ? La sentencia era justa ciertamente, y el mundo no puede censurarnos, pero no debiais impedir el uso de la clemencia. Os destierro de la corte por semejante hecho. (*A Davison.*) Severo castigo os aguarda por haber traspasado criminalmente los límites de vuestras atribuciones ; abusasteis del sagrado depósito que se os confió. Condúzcanle á la Torre ; quiero que sea perseguido como reo de Estado.— Mi noble Talbot , sois de mis consejeros el único que he encontrado justo ; sed desde ahora mi guia, mi amigo.

TALBOT.— No desterreis, señora, vuestros más fieles amigos , ni arrojeis á la cárcel á los que han obrado

por vos, y ahora se callan por vos... En cuanto á mí, gran Reina, permitid que deponga en vuestras manos el sello que me fué confiado doce años há.

ISABEL.— (*Sorprendida.*) No, Talbot, no me abandonaréis ahora, ahora...

TALBOT.— Perdonad. Soy demasiado viejo, y esta mano leal es harto inflexible para sellar vuestros nuevos actos.

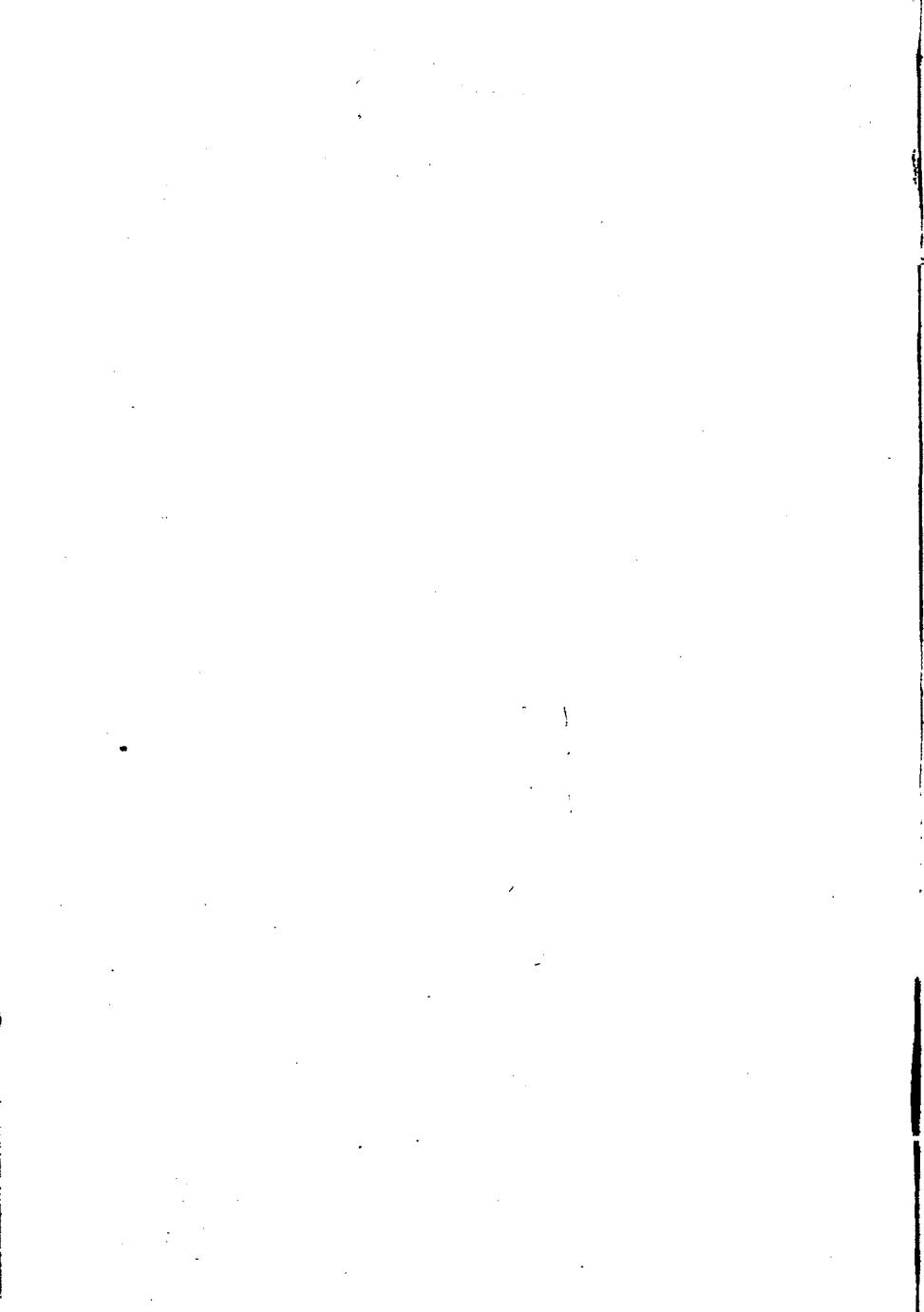
ISABEL.— ¡Qué !... ¿El hombre que me salvó la vida, querrá abandonarme ?

TALBOT.— Poco hice, señora ; no he podido salvar asimismo la parte más noble de vuestro sér... Vivid, reinad con fortuna. Vuestra rival ha muerto, y no tenéis ya nada que temer, ni nada que respetar. (*Se va.*)

ISABEL.— (*Al conde de Kent que entra.*) Que venga el conde de Leicester.

KENT.— El conde ruega á la Reina que le excuse ; acaba de embarcarse para Francia. (*La Reina se contiene y afecta serenidad. Cae el telon.*)





LA DONCELLA
DE ORLEANS.

TRAGEDIA ROMÁNTICA.

Con dibujos de *A. de Werner* grabados en boj por *H. Günther*
y *A. Neumann*.

PERSONAS.

- | | | | |
|------------|--|--|---|
| 5 | | | CÁRLOS VII, rey de Francia. |
| 3 | | | La reina ISABEL, su madre. |
| 2 | | | INES SOREL, su manceba. |
| 4 | | | FELIPE el Bueno, duque de Borgoña. |
| 7 | | | El conde DUNOIS, bastardo de Orleans. |
| 2 | | | LA HIRE. |
| 3 | | | DUCHATTEL. } Oficiales del Rey. |
| 6 | | | EL ARZOBISPO de Reims. |
| 9 | | | CHATILLON, caballero borgoñon. |
| 10 | | | RAOUL, caballero lorenes. |
| 10 | | | TALBOT, general de los ingleses. |
| 8 | | | LIONEL. |
| 11 | | | FALSTOLF. } Jefes ingleses. |
| 16 | | | MONTGOMERY. |
| 17 | | | Consejeros de la ciudad de Orleans. |
| 18 | | | Un Heraldo del campamento ingles. |
| 12 | | | TIBALDO DE ARCO, rico agricultor. |
| 4 | | | MARGARITA. |
| 1 | | | LUISA. } Sus hijas. |
| 1 | | | JUANA. |
| 13 | | | ESTÉBAN. |
| 7 | | | CLAUDIO-MARÍA. } Sus amantes. |
| 14 | | | RAIMUNDO. |
| 18 | | | BERTRAN, aldeano. |
| 19 | | | El espectro del caballero negro. |
| CARRINEROS | | | Un Carbonero y su mujer. |
| MUJERES | | | Soldados, pueblo, oficiales de la corona, obispos, frailes, mariscales, magistrados, cortesanos y demas personas que no hablan y forman el cortejo en el acto de la coronacion. |



PRÓLOGO.

SITIO CAMPESTRE.

A la derecha y en primer término, una imagen de santo en una capilla; á la izquierda una grande encina.

ESCENA PRIMERA.

TIBALDO DE ARCO.—Sus tres HIJAS.
Los tres PASTORES sus novios.

TIBALDO.



Í, mis queridos vecinos; hoy somos todavía franceses, hoy somos todavía libres habitantes y dueños de esta tierra que labraron nuestros padres... ¡Quién sabe de quién seremos mañana! En todas partes flota la victoriosa bandera del ingles. Sus caballos patean las ricas campiñas de Francia. Paris le ha recibido triunfante, y ha coronado con la antigua diadema de Dagoberto, el vástago de extranjera cepa. El nieto de nuestros reyes vaga errante, desheredado, fugitivo, por su propio reino, y en las filas enemigas que dirige una madre des-

naturalizada, combate su más próximo pariente. Villas, ciudades, todo lo devora el incendio. El humo de la devastacion se acerca cada vez más á estos valles hasta ahora tranquilos. Ved por qué, mis queridos vecinos, trato de acomodar honradamente á mis hijas con la ayuda de Dios, hoy que es tiempo todavía. La mujer, en estos tiempos, necesita un protector. A mi entender, un amor fiel ayuda á soportar las más graves penas. (*Dirigiéndose al 1.º pastor.*) Acércate, Estéban; tú deseas la mano de mi hija Margarita; nuestras tierras se tocan, vuestros corazones se comprenden; esto basta para una feliz union. (*Al 2.º*) Y tú, Claudio... callas, y mi Luisa baja los ojos... No he de separar dos corazones, porque no puedes ofrecerme tesoros. ¿Y quién los posee hoy? La casa como la granja son en el día presa del enemigo y de las llamas, y en los tiempos que corren no creo que exista más seguro refugio que el pecho de un muchacho honrado.

LUISA.— ¡Padre mio!

CLAUDIO.— ¡Luisa mia!

LUISA.— (*Besando á Juana.*) ¡Hermana mia!

TIBALDO.— Doy á cada una de vosotras treinta fanegas de tierra, el establo, el corral y el hogar. Dios os bendiga como á mi.

MARGARITA.— (*Abrazando á Juana.*) Accede á los deseos de padre, toma ejemplo de nosotras... hagamos tres bodas en un día.

TIBALDO.— Id y preparaos; las bodas se celebrarán mañana; quiero que acuda á ellas toda la gente del lugar. (*Las dos parejas se van dándose el brazo.*)

ESCENA II.

TIBALDO.—RAIMUNDO.—JUANA.

TIBALDO.—Y tú, Juanilla... ya ves cómo se casan tus dos hermanas y cuánto regocija su dicha mi vejez, mientras que tú, la más joven, parece que sólo quieres darme pesar y tristeza.

RAIMUNDO.—¿ Vais á reñirla todavía ?

TIBALDO.—El más honrado y guapo mozo de este país, con quien nadie osara compararse, te ofrece corazón y mano, te corteja tres años há con discreción y ternura, y tú sólo le correspondes con desvíos y frialdad. Ni atrajo nunca tu sonrisa ninguno de nuestros pastores. ¡ Parece imposible !... ¡ Joven como eres !... ¡ En la primavera de tu vida ! ¡ Cuando la esperanza sonríe !... ¡ Cuando se abre la flor de tu belleza !... ¡ En vano me fué dado esperar verla salir de su capullo, y convertirse en fruto de oro !... ¡ Ah, no quiero ocultarlo !... Esto me aflige ; me parece un fatal error de la naturaleza. No gusto yo de tales corazones... ¡ frios... austeros !... ¡ cerrados á la dicha en la feliz edad en que los sentimientos sólo piden expansión !

RAIMUNDO.—Dejadla, padre, dejadla obrar como le plazca. El amor de mi noble Juana es augusta y casta flor del cielo, y sólo lenta y silenciosamente deben madurar tales tesoros. La juventud necesita del aire libre y puro de las montañas. No se atreve á bajar de las alturas donde habita, á nuestras estrechas casas donde moran los mezquinos cuidados. Muchas veces del fondo de los valles la contemplo con muda admiración, cuando se me aparece bella y majestuosa en el pico de algún monte, rodeada de sus rebaños y fija la vista en el suelo. En ocasiones creo ver en ella algo sobrehumano, y me pregunto si será por ventura esta niña, hija de otros siglos.

TIBALDO.—Esto es precisamente lo que no puedo sufrir. Huye del trato de sus hermanas, y sólo se complace en andar errante por las cimas desiertas, sin que el canto del gallo la haya sorprendido nunca en sus correrías. En las medrosas horas en que el hombre busca para serenarse la compañía de sus semejantes, ella, como ave nocturna, vuela á sumergirse en las sombras de la noche, recorre las encrucijadas y habla misteriosamente con los vientos. ¿Por qué escogió este sitio para apacentar sus rebaños? La veo pasarse horas enteras sentada y pensativa bajo el árbol druídico, bajo esta encina, á la que temen acercarse los dichosos. Porque este asilo es reputado funesto, y de antiguo, desde los tiempos del paganismo, se cree que fué morada del espíritu malo. Los viejos cuentan de este árbol espantosas leyendas;... de sus hojas se escapan á veces extraños sonidos. ¿No vi yo mismo, una tarde, al pasar cerca de aquí, una fantasma de mujer, á la sombra del árbol, un espectro envuelto en un sudario, que extendía hácia mí la descarnada mano, como llamándome? Tanto fué así, que eché á correr, encomendando el alma á Dios.

RAIMUNDO.—(*Señalando la imágen de la capilla.*) No, creedme; vuestra hija viene aquí, no por obra del demonio, sino al sagrado influjo de esta imágen que esparce en torno la paz del cielo.

TIBALDO.—No, no en vano se me aparece en sueños, que empiezan á darme inquietud. Tres veces la he soñado en Reims, sentada en el trono de nuestros reyes, ceñidas las sienes con una corona en la que brillaban siete estrellas, y en la mano el cetro de donde salían, como del tallo, tres flores de lis, mientras que yo, su propio padre, sus hermanas, y todos los príncipes, condes y obispos, todos, hasta el mismo Rey, hincábamos la rodilla delante de ella. ¿Qué significa semejante esplendor en mi cabaña? ¿Qué puede ser

sino presagio de profunda catástrofe ? ¿ No es semejante sueño el símbolo de las vanas aspiraciones de su corazón ? Se avergüenza de la oscuridad en que vive. La belleza que Dios le concedió , los hechizos que le ha prodigado con sus bendiciones, fomentan en su alma un sentimiento de culpable orgullo... y el orgullo fué la causa de la caída de los ángeles... es el medio con que el infierno se apodera de las almas.

RAIMUNDO.— ¡ Ella orgullosa , cuando no la hay más modesta ! ¡ Si la pobre se complace con verdadera alegría en ser la sirvienta de sus hermanas ! Siendo la mejor dotada entre todas , se muestra al propio tiempo la más dócil y se sujeta gustosa á las más rudas faenas. Con sus cuidados prosperan vuestros rebaños y vuestro cultivo ; cuanto hace prospera de un modo indecible , nunca visto.

TIBALDO.— En efecto : de un modo nunca visto , y esto es lo que me espanta. No hablemos más de ello ; me callo ; quiero callarme. No seré yo quien acuse á mi propia hija. No ; quiero sólo exhortarla , rogar por ella , y exhortarla sobre todo. Aléjate de este árbol , renuncia á tu amor por la soledad , cesa de escarbar la tierra á media noche , en busca de raíces... déjate de componer brebajes , y de trazar signos misteriosos sobre la mesa. Los malos espíritus viven junto á la superficie de la tierra , siempre alerta , y con el oído pegado al suelo. En cuanto se escarba un poco , lo oyen en seguida. Consiente en no quedarte sola ; mira que en la soledad tentó Satanás al mismo Dios del cielo.

ESCENA III.

Dichos.—BERTRAN , con un yelmo en la mano.

RAIMUNDO.— ¡ Chit !... ahí está Bertran que vuelve de la ciudad... Á ver qué nuevas trae.

BERTRAN. — Os sorprende verme con esta rara prenda en la mano, ¿verdad?

TIBALDO. — En efecto, decidnos cómo habeis adquirido ese yelmo... ¿por qué traeis á nuestros tranquilos valles este signo de discordia?

(Juana, que durante las anteriores escenas habia permanecido retirada á un lado, silenciosa y sin tomar parte en la accion, se acerca y empieza á mostrarse atenta.)

BERTRAN. — Apenas sé yo mismo cómo ha ocurrido esto. Me hallaba en Vaucouleurs, donde fui á comprarme un equipo de guerra. Muchedumbre de gente se agolpaba en la plaza del mercado, porque acababan de llegar de Orleans bandadas de fugitivos trayendo malas noticias de los sucesos. La poblacion entera se agitaba fuera de sí. Como tratase de abrimme paso entre la multitud, de repente se me acerca una gitana con este yelmo, y fijando en mí sus penetrantes ojos me dice: «Compañero, buscais un yelmo, lo sé, necesitais uno, tomad éste, os lo doy barato.» «A los soldados con él, le respondí; yo soy un labrador, y para nada me sirve.» Pero ella continuaba insistiendo. «Nadie puede decir ahora: — para nada me sirve un yelmo. Un abrigo de acero para la cabeza, vale más en nuestros tiempos que una casa de piedra.» Así me persiguió de calle en calle, forzándome á tomar el yelmo, que yo no queria, bien que me pareciera muy bello y reluciente, y digno de adornar la cabeza de un caballero. Y mientras seguia indeciso, y pesándole en la mano, y discurriendo sobre lo raro del caso, desapareció la gitana, arrebatada por la multitud, y yo me quedé con la prenda.

JUANA. — (*Con calor é intentando apoderarse del yelmo.*) Dadme ese yelmo.

BERTRAN. — ¿Qué vais á hacer de él? No es éste, adorno propio de una doncella.

JUANA. — (*Arrancándoselo de la mano.*) Os digo que este yelmo es mio; que me pertenece...

TIBALDO. — ¿Qué nuevo delirio la agita ?

RAIMUNDO. — Dejadla , padre. Ese apresto de guerra le corresponde , porque su pecho encierra un corazon varonil. ¿Olvidasteis cómo domoñó al guepardo furioso , azote de los corrales , terror de los pastores ? Sólo ella , la muchacha de corazon de leon , osó medir sus fuerzas con aquella bestia feroz y arrancó de sus dientes la presa. Por valiente que sea el dueño del casco , otro no podria hallarse más digno que Juana.

TIBALDO. — (A *Bertran.*) Hablad ; ¿ qué nuevos desastres debeis anunciarnos ? ¿ qué os han dicho los fugitivos ?

BERTRAN. — Dios salve al Rey y á este desventurado pais. Vencedor de dos batallas decisivas , el enemigo está en el corazon de Francia. Se han perdido todas las provincias hasta la orilla del Loira. Ahora concéntranse las fuerzas frente á Orleans.

TIBALDO. — Dios proteja al Rey.

BERTRAN. — En todas partes se hacen grandes aprestos. Como en el verano el espeso enjambre de abejas en torno de la colmena , como nubes de langostas que oscurecen el sol y cubren la campiña por millares , se arroja á las llanuras de Orleans confusa bandada de pueblos diversos , y suena en el campamento una mezcla ininteligible de todas las lenguas. Allí el Borgoñon ha juntado sus ejércitos con los del país de Liège y Namur , y con los del Luxemburgo y Brabante. Allí están los de Gante , que se pavonean ornados de seda y terciopelo , y los de Zelandia , cuyas ciudades se elevan á orillas del mar , blancas y limpias , y los holandeses , buenos vaqueros , y los hijos de Utrech y los de Frisia que mira al polo , todos adictos á la bandera del victorioso Borgoñon , todos decididos á someter á Orleans.

TIBALDO. — ¡ Oh ! ¡ lamentable discordia que vuelve contra Francia las propias armas de Francia !

BERTRAN. — También á ella, la reina, la altiva Isabel princesa de Baviera, se la ve revestida de su armadura, recorriendo el campamento á caballo, inflamando el odio de sus tropas con envenenadas frases contra el hijo que llevó en su seno.

TIBALDO. — Maldita sea, y así Dios la reserve la suerte de Jezabel.

BERTRAN. — El temible Salisbury dirige el asalto. Combaten á su lado Lionel y Talbot, cuya mortifera espada siega los pueblos en el campo de batalla. Estos hombres juraron en su arrogancia entregar á la deshonra á todas las doncellas, y matar á cuantos les resistan. Cuatro fortalezas, obra suya, amenazan la ciudad. En lo alto de una de estas atalayas la mirada sanguinaria de Salisbury se cierne sobre la población, y cuenta los transeuntes que acelerando el paso se aventuran á atravesar las calles. Ya se hundieron á balazos las iglesias y el majestuoso campanario de Nuestra Señora. Han minado también la ciudad que se agita desesperada sobre estos volcanes del infierno, amenazada á cada instante de quedar reducida á cenizas con tonante explosión.

(Juana escucha con ansia creciente, y se cubre con el yelmo.)

TIBALDO. — ¿ Pero dónde están las espadas de Francia, Xantrailles y La Hire ? ¿ Dónde está el heroico bastardo, escudo de la patria, pues pudo el enemigo triunfante avanzar de tal suerte ? ¿ Qué hace el Rey ? ¿ Presencia indiferente las calamidades que agobian á su pueblo, y la ruina de las provincias ?

BERTRAN. — El Rey ha establecido la corte en Chinon. Sin hombres, ni posibilidad de sostener la campaña, ¿ para qué sirve el valor de los jefes, el esfuerzo del héroe, si el miedo paraliza las tropas ? Porque el terror ¡ parece castigo del cielo ! se apodera de los más valientes. En vano los jefes les ordenan que se pongan en pié de guerra. Como se estrechan las ovejas, tím-

das y recelosas al aullido del lobo, los franceses, olvidados de su antigua gloria, se apresuran á refugiarse en sus fortalezas. Sólo uno, á lo que se dice, ha logrado reunir unos pocos combatientes, y marcha á la vanguardia de la corte con diez y seis compañías.

JUANA. — (*Con viveza.*) ¿ Su nombre ?

BERTRAN. — Baudricourt. Mas por desgracia desconfían todos de que logre burlar al enemigo que con dos ejércitos le persigue encarnizado.

JUANA. — ¿ Dónde hallarle ? ¿ Lo sabeis ? Si lo sabeis, decidmelo.

BERTRAN. — Acampó á cosa de media jornada de Vaucouleurs.

TIBALDO. — (*A Juana.*) ¿ Y á tí qué te importa ? ¿ Por qué enterarte de lo que no te atañe, muchacha ?

BERTRAN. — En presencia del omnipotente enemigo, y desesperados de recibir del Rey auxilio alguno, han resuelto todos en Vaucouleurs pasarse al Borgoñon; único medio de escapar al yugo extranjero y conservar la antigua dinastía. Quizá correrían el albur de caer de nuevo bajo su poder, si Francia y Borgoña logran entenderse.

JUANA. — (*Como inspirada.*) ¡ Nunca ! ¡ No cabe trato alguno, no hay transaccion posible, arrancada á la flaqueza ! El salvador se acerca y está armándose para el combate. Enfrente de Orleans va á palidecer la estrella del enemigo. Se ha colmado la medida. El trigo está ya en sazón para la siega. Ved cómo llega la doncella que segaré la yerba de su orgullo, y desde el firmamento á donde lo alzaron, lo precipitaré en el abismo. ¡ No vacileis ! ¡ no huyais ! porque antes que amarillee la espiga, antes que pase la luna, los caballos de Inglaterra habrán cesado de abreverse en la límpida corriente del Loira.

BERTRAN. — Pasó por desgracia el tiempo de los milagros.

JUANA. — Dios permitirá que vuelva. Blanca paloma alzaré el vuelo, y como el águila audaz caerá sobre los buitres que despedazan la patria. Ha de acabar con el altivo Borgoñon y sus fatales traiciones, aterrando á Talbot, el de los cien brazos, y al sacrílego Salisbury, y echará por delante como rebaño los feroces isleños. Con ella estará el Señor, el Dios de los ejércitos, que elegirá para mostrarse la más tímida de sus criaturas, y se glorificará en una flaca doncella, porque Él es todopoderoso.

TIBALDO. — ¡ Qué demonio inspira á mi hija !

RAIMUNDO. — El yelmo será, cuyo bélico influjo la penetra. ¡ Mirad cómo le chispean los ojos y se tiñen de púrpura sus mejillas !

JUANA. — ¡ Pues qué !... ¿ Se desplomará este reino ? ¡ Pues qué ! ¿ el país de la gloria, el más bello que alumbra el sol, el paraíso terrestre que Dios ama, soportará las cadenas del extranjero ? No ; aquí se estrelló el poderío de los gentiles ; aquí se elevó la primera cruz, el signo de la redención ; aquí reposan las cenizas de San Luis ; de aquí partieron los conquistadores de Jerusalén.

BERTRAN. — (*Estupefacto.*) ¿ Pero no oís ? ¿ quién inspira tales palabras ? Arco, Dios os hizo padre de una mujer predestinada.

JUANA. — ¿ Así perderíamos para siempre á nuestros reyes ? ¿ la nación, su soberano ? El Rey desaparecería del haz de la tierra, él que no puede morir, él que protege el fecundo arado, él que da libertad á los siervos y agrupa los lugares en torno de su trono ; él, providencia de los débiles, terror de los malos, sin envidia, porque es el más grande de todos, ángel de misericordia en esta tierra, presa de las malas pasiones. Porque el trono de los reyes refulgente de oro, es el albergue tutelar de los desamparados. Siéntanse á un lado y otro el poder y la caridad. El culpable se acerca

á él tembloroso , y el inocente , confiado , y su mano juguetea con las crines del leon extendido en aquellas gradas. ¡ Un rey extranjero ! ¡ Un amo venido de fuera ! ¿ Pero cómo podría amar este suelo , si no descansan aquí los huesos de sus mayores ? ¿ Podrá llamarse nunca nuestro padre quien no creció junto con nuestros mancebos , quien no siente vibrar sus entrañas á nuestra voz ?

TIBALDO. — Dios proteja á Francia y al Rey. Cuanto á nosotros pacíficos labradores , ignoramos el arte de manejar la espada y de domar un caballo , ni qué fuera un palafren ; tratemos , pues , de resignarnos en silencio con la suerte que nos depare la victoria. El éxito de las batallas es sentencia de Dios. Para nosotros no hay más soberano que el ungido y coronado en Reims. ¡ A trabajar ! ¡ á trabajar ! Cuidemos sólo de lo que nos importa. Dejemos á los grandes y á los príncipes que se disputen la tierra. Por fortuna podemos presenciar indiferentes semejantes catástrofes , porque el suelo que cultivamos resiste á todo embate. Si la llama incendia las aldeas , ¡ qué importa ! nuestras frágiles cabañas se reconstruyen fácilmente ; si los cascos de los caballos pisotean las mieses ,... otras traerá la primavera. (*Vanse todos excepto Juana.*)

ESCENA IV.

JUANA , sola.

¡ Adios , montañas ; adios , pastos , y vosotros tranquilos valles , adios ! Ya nunca más hollará Juana vuestros senderos , Juana os dirige su eterno adios. ¡ Prados que yo regaba , árboles que planté , seguid reverdecido ! ¡ adios , grutas sonoras y frescos manantiales ! ¡ Eco , dulce voz de este valle , que tantas veces

respondiste á mis cantos , Juana se aleja... para siempre !

Para siempre os dejo , ¡ oh lugares , que fuisteis testigos de mis inocentes dichas ! Id y dispersaos por la llanura , ovejas mías ; dispersaos , abandonados rebaños ; otros rebaños me reclaman ahora , y es fuerza que los conduzca á traves de los ensangrentados campos del peligro. Tal es la órden del Espíritu que me llama ; no me atrae la vanidad , no obedezco á terreno afecto.

El Dios que se apareció á Moises en las cimas del Horeb y en la zarza ardiendo para mandarle que resistiera á Faraon ; el Dios que supo armar en su defensa á un niño , al pastor Isaias , y se mostró siempre propicio á los pastores , este fué quien me habló tambien bajo la copa de este árbol , y me dijo :

« Vé á dar testimonio de mí en la tierra. Revestirás tus miembros de metal , y cubrirás de acero tu delicado pecho. Jamas arderá en tu pecho la llama del amor humano , ni avivará en tí ilícitos deseos , mas yo te haré ilustre en la guerra entre las demas mujeres.

« Cuando los más valientes flaquean y van á consumarse los destinos de Francia , pongo en tus manos mi oriflama. Como el segador las mieses , aterrará á los vencedores y detendrás á la victoria ; que te suscité para salvar á esta nacion , para que libertes á Reims y coronas á tu Rey. »

Dios me debia una prenda de su predileccion , y me envia este yelmo que comunica á mi cuerpo fuerza sobrenatural , é infunde en mis venas el fuego sagrado de los ángeles. Siento que me impele , que me arrebatá al combate con la impetuosidad del torbellino. ¡ A las armas ! ¡ El corcel se encabrita !... ¡ resuena el clarin !



ACTO I.

La corte del rey Cárlos en Chinon.

ESCENA PRIMERA.

DUNOIS y DUCHATEL.

DUNOIS.



O; ya no quiero soportar más. Abandono al Rey que así se entrega cobardemente á la molicie. Mi corazon mana sangre, mis ojos lloran sangre, al ver cómo unos cuantos bandidos se reparten la patria, y las antiguas ciudades que envejecieron bajo la monarquía, entregan al enemigo las enmohecidas llaves. Y entre tanto, perdemos aquí en fútiles devaneos un tiempo precioso para la defensa. Al rumor de que Orleans está amenazada, acudo de un rincon de Normandía creído de que hallaré al Rey á la cabeza de su ejército, y le sorprendo

entre juglares y trovadores, ocupado en descifrar charadas y en festejar á su amiga. ¡Ni más ni menos que si reinara la paz! El condestable se retira disgustado de tales miserias. Yo hago lo propio, y le abandono á su mala suerte.

DUCHATTEL.— ¡El Rey!

ESCENA II.

Dichos.—El rey CÁRLOS.

CÁRLOS.—El condestable me devuelve su espada y abandona mi servicio. ¡Alabado sea Dios! Así nos vemos libres de un malcontento, que con su carácter arisco y dominante enojaba á todos.

DUNOIS.—Mucho vale un hombre en las actuales circunstancias. Yo no me resigno tan fácilmente á perderle.

CÁRLOS.—Hablas sin duda por afán de contradecir. Mientras estuvo aquí no le tuviste ciertamente por amigo.

DUNOIS.—Convengo en que era loco, orgulloso, majadero, insoportable, que no acababa nunca, pero esta vez al menos estuvo oportuno dejando su puesto, cuando ya no podía permanecer en él con honor.

CÁRLOS.—Observo que estás hoy de mal talante, amigo, y no seré yo quien te distraiga.—Duchattel, han llegado algunos emisarios del anciano rey René, que dicen ser muy famosos y maestros en el arte del canto. Cuida de que sean tratados como merecen. Déseles á cada uno una cadena de oro. (*A Dunois.*) ¿Por qué sonríes?

DUNOIS.—Me gusta oír cómo tu boca prodiga las cadenas de oro.

DUCHATTEL.—Señor, ya no hay dinero en las arcas.

CÁRLOS.—A tí, amigo, te toca hallarlo. No creo que

estos nobles cantores deban salir de mi corte sin recompensa. Gracias á ellos florece el cetro del monarca. Sólo ellos saben entretener en la estéril corona los verdes laureles. Iguales á los reyes, se construyen un trono con sólo desearlo, y su reino, aunque pacífico, no es puramente fantástico. Hé aquí por qué no ceden en dignidad á los reyes; ambos habitan en las más altas regiones.

DUCHATTEL.— Señor, mientras no se agotaron los recursos pude callarme, pero hoy la necesidad me fuerza á hablar claro. Has de saber que nada puedes dar, y que mañana te será imposible subvenir á tus propias necesidades. Tu tesoro está exhausto. Las tropas no reciben la paga y murmuran y amenazan con la desercion. Apenas sé cómo atender á los gastos de palacio, y á tu subsistencia, no ya como corresponde á un príncipe, sino con lo estrictamente necesario.

CÁRLOS.— Empeña mis derechos de soberano; pide prestado á los lombardos.

DUCHATTEL.— Señor, todos tus derechos y rentas han sido empeñadas por tres años.

DUNOIS.— Y para entonces ya no existirán ni la prenda ni el reino.

CÁRLOS.— Muchos y buenos estados nos quedan todavía.

DUNOIS.— Mientras así lo quiera Dios y la espada de Talbot. Porque en cuanto caiga Orleans, ya podrás irte con el buen René á apacentar carneros.

CÁRLOS.— Sólo sabes esgrimir tu ingenio contra ese buen príncipe, que aun hoy mismo se porta conmigo como un rey.

DUNOIS.— ¿ Te regaló quizá su corona de Nápoles? Dicen que está en venta desde que se fué á guardar rebaños.

CÁRLOS.— ¡ Pura chanza! ¡ Gratos pasatiempos! Trata de establecer en medio de la realidad de nues-

tras bárbaras costumbres, una sociedad inocente y candorosa. Ocultan, sin embargo, sus planes cierta intencion magnánima y propia de un rey: renovar la bella edad pasada, en que reinaba la dulce poesía y el amor hacia héroes, y nobles damas de exquisito gusto - y peregrino ingenio se erigian en tribunal de la belleza. ¡ Feliz edad de oro que ha elegido el alegre anciano, ocupado en edificar sobre la tierra la celestial ciudad que florece en los cantos del pasado! Con sus auspicios se congregó la corte de amor donde deben acudir los caballeros, y en la cual figuran castas matronas, y va á renacer la poesía. A mí me nombró príncipe del amor.

DUNOIS.— No soy de los que quisieran acabar con su poder. Hijo soy del amor; le debo mi nombre. Todo mi patrimonio se halla en su reino. Mi padre fué el Duque de Orleans á quien resistieron pocas mujeres, pero tambien pocos castillos. ¡ Príncipe del amor! Si quieres llevar con dignidad semejante título, muéstrate el más valiente entre los valientes, pues si hemos de creer lo que dicen algunos libros viejos, el amor en aquellos tiempos no existia sin algunas virtudes caballerescas, y héroes y no pastores fueron los que formaban la Tabla Redonda. Quien no sabe defender la belleza, no merece su codiciado premio. Aquí está la liza; tira de la espada en defensa del honor de tus nobles damas, de tu patrimonio y tu corona. Cuando la habrás sacado del torrente de sangre enemiga, entonces será ocasion de ceñir tu frente con las guirnaldas del amor, y sentarán bien en el príncipe tales honores.

CARLOS.— (*Á un paje que sale.*) ¿ Qué hay ?

EL PAJE.— Los consejeros de Orleans solicitan audiencia.

CARLOS.— Que entren. (*El paje se va.*) ¡ Aún vendrán á pedirme recursos, cuando yo mismo ando tan necesitado de ellos!

ESCENA III.

Dichos.—Tres CONSEJEROS.

CÁRLOS. — Bien venidos seais, fieles vasallos míos. ¿Cómo se porta mi leal ciudad de Orleans? ¿Sigue resistiendo al sitiador con su acostumbrada intrepidez?

EL CONSEJERO. — ¡ Ah! señor, crece el peligro por instantes. La ciudad está próxima á sucumbir. Destruídas las obras exteriores, el enemigo avanza á cada nuevo asalto. Las murallas se hallan desprovistas de combatientes, porque nos vemos forzados á practicar desesperadas salidas, y pocos son los que vuelven una vez pasaron las puertas. Á cuantas plagas nos agobian, se añade ahora el hambre. En tan supremo trance el conde de Rochepierre, que dirige la defensa, pactó con el enemigo, que si dentro doce dias no recibia el oportuno socorro, se rendiria la ciudad. (*Dunois hace un gesto de cólera.*)

CÁRLOS. — El plazo me parece muy breve.

EL CONSEJERO. — Ahora, señor, acudimos á ti, escoltados por el enemigo, para suplicarte te compadeczas de la ciudad, pues si no la socorres, se rendirá en cuanto se cumplan los doce dias.

DUNOIS. — ¡ Cómo! ¿ Xaintrailles podrá aprobar un tratado tan vergonzoso?

EL CONSEJERO. — Él, no, monseñor; mientras vivió, no se habló nunca de paz ni de sumision.

DUNOIS. — ¿ Entonces ha muerto Xaintrailles?

EL CONSEJERO. — Sucumbió el héroe en nuestros muros, defendiendo la causa de su rey.

CÁRLOS. — ¡ Muerto Xaintrailles! ¡ Con él pierdo un ejército! (*Sale un caballero y habla al oído de Dunois, que queda estupefacto.*)

DUNOIS. — Este golpe nos faltaba.

CÁRLOS. — Veamos. ¿Hay más?

DUNOIS. — Un mensaje del conde Douglas. Los escoceses se insurreccionan y amenazan con abandonar sus puestos si no reciben hoy mismo sus atrasos.

CÁRLOS. — ¡Duchatel!

DUCHATTEL. — (*Encogiéndose de hombros.*) Señor, no sé qué decir.

CÁRLOS. — Promete, empeña cuanto tengas... la mitad de mi reino.

DUCHATTEL. — Vanos recursos, empleados ya con harta frecuencia.

CÁRLOS. — ¡Mis mejores tropas! No; no conviene que me abandonen ahora los escoceses; de ningún modo.

EL CONSEJERO. — (*Hincando la rodilla.*) Señor, socórrenos. Atiende á nuestra angustiada situación.

CÁRLOS. — (*Desesperado.*) ¿Pero acaso puedo yo hacer que broten ejércitos de una patada? ¿Puedo hacer que nazca un campo de trigo en la palma de la mano? Hacedme pedazos; arrancadme el corazón y repartidlo en vez de dinero. Puedo daros mi sangre, pero no oro; no soldados. (*Ve salir á Ines y va á su encuentro con los brazos abiertos.*)

ESCENA IV.

Dichos.—INES SOREL trayendo un cofrecillo.

CÁRLOS. — Ines mía, vida mía, vén á sacarme de la desesperación. Deja que te vea y me refugie en tus brazos. Mientras te posea á ti, nada habré perdido.

INES. — ¡Mi señor! (*Mirando en torno suyo con recelo.*) ¿Será verdad, Dunois?... ¿Duchatel?

DUCHATTEL. — ¡Ay de mí!

INES. — ¿Hemos llegado ya al extremo, de que las tropas no reciban su paga y quieran desertar?

DUCHATTEL. — ¡ Por desgracia , es cierto !

INES. — (*Obligándole á tomar el cofrecillo.*) Ahí teneis joyas , dinero , fundid mi rica vajilla , vended , empeñad mis castillos , mis dominios de Provenza. Convertidlo todo en dinero para satisfacer á las tropas. Daos prisa , vaya ; no perdamos tiempo.

(*Le insta á que salga.*)

CÁRLOS. — ¿ Qué dices á esto , Duchatel ? ¿ Qué dices á esto , Dunois ? ¿ Aún llamareis pobre á quien posee esta perla de las mujeres ? Tan noble como yo , de sangre tan pura como la de los Valois , honra seria del primer trono de la tierra , si no los desdeñara. De mí sólo quiere mi amor. Una flor de invierno , una fruta rara , tales son los únicos regalos que me permite. Y esta mujer que no acepta ningun sacrificio , se muestra solícita en colmarme de ellos. ¡ Oh ! ¡ corazón magnánimo , que arriesga sus riquezas y tesoros cuando me ve en la desgracia !

DUNOIS. — Sí ; es una loca como tú. Lo que hace es dar pábulo á las llamas , ó empeñarse en llenar el tonel de las Danaides. No te salvará y se perderá contigo.

INES. — No le creas. Veinte veces arriesgó su vida por tí , y ahora me quiere mal porque te doy mi dinero. ¿ Te habré sacrificado por ventura cuanto poseo , cuanto vale más que el oro y las perlas , para no compartir contigo mi dicha ? Vén , ¡ prescindamos de toda pompa inútil , y permite que te dé un ejemplo de abnegacion ! Convierte la corte en un campamento , en hierro el oro , arroja resueltamente por tu corona cuanto poseas. Vén , vén ; compartiremos los peligros y las privaciones. Ensillemos nuestros caballos de batalla. Vibre el sol sus rayos sobre nuestras corazas , y tengamos por dosel las nubes , por almohada las piedras. Deja , que para soportar con paciencia sus fatigas , le bastará al aguerrido soldado ver que su Rey reclama tambien su parte en ellas.

CARLOS. — (*Sonriendo.*) Sí ; ahora se cumple la profecía de aquella monja extática de Clermont , que predijo que una mujer me daría la victoria , y reconquistaría para mí la corona de mis padres. La buscaba en las filas de mis adversarios. Me empeñaba en creer que mi madre se reconciliaría conmigo. ¡ Error !... Héla aquí la heroína que debe llevarme á Reims. Escrito estaba que al amor de mi Ines debería el triunfo.

INES. — Al esfuerzo de tus soldados lo deberás.

CARLOS. — Haz cuenta que fio tambien mucho en las discordias de mis enemigos. Porque si he de dar crédito á ciertos rumores , no se llevan bien como antes los soberbios lores de Inglaterra y mi primo de Borgoña. Por eso envié á La Hire con encargo de traer á su antigua fe y obediencia, á nuestro irascible par. Le aguardo de un momento á otro.

DUCHATTEL. — (*Mirando por la ventana.*) Él se apea en el patio del castillo.

CARLOS. — Bien venido sea. Vamos á saber á qué atenernos.

ESCENA V.

Dichos. — LA HIRE.

CARLOS. — (*Adelantándose á recibirle.*) ¿ Nos traes alguna esperanza , La Hire ? Dinos : ¿ si ó no ? ¿ Qué debemos esperar ?

LA HIRE. — Nada, si no es de tu propia espada.

CARLOS. — ¿ Rehusa el orgulloso duque toda reconciliacion ? Habla. ¿ Cómo acogió el mensaje ?

LA HIRE. — Antes que todo , antes de oir tus proposiciones , exige que le entregues á Duchattel, que tiene por matador de su padre.

CARLOS. — ¿ Y si consentimos en tan infame pacto ?

LA HIRE.—Romperá en este caso la alianza, áun antes de que haya producido sus primeros efectos.

CÁRLOS.—¿ Pero le provocaste á desafio, citándole para el puente de Montereau, donde espiró su padre ?

LA HIRE.— Le arrojé tu guante diciéndole que querias olvidar tu calidad, para batirte como caballero por tu corona. A lo cual contestó : « No tengo por que batirme por lo que ya poseo ; si tanto desea tu amo esgrimir las armas, me verá mañana frente á Orleans. » Y dicho esto, me volvió la espalda riéndose en son de fisga.

CÁRLOS.—¿ Y no hubo nadie en el Parlamento que hiciera oír la voz de la justicia ?

LA HIRE.— La ahoga el odio de los partidos. El Parlamento te expulsa del trono, á tí y á tu descendencia.

DUNOIS.— ¡ Cobarde arrogancia del villano, convertido en señor !

CÁRLOS.—¿ Nada intentaste para atraer á mi madre ?

LA HIRE.—¿ A tu madre ?

CÁRLOS.— Sí. ¿ Te dió á entender algo ?

LA HIRE.— (*Despues de algunos instantes de reflexion.*) Cuando llegué á Saint-Denis, se celebraba la coronacion del nuevo rey ! Habia que ver á los parisienses, engalanados como para una fiesta, y los arcos de triunfo en las calles, por donde pasaba el monarca ingles con su séquito. Las flores tapizaban el suelo. El pueblo, ébrio de alegría, se agolpaba junto á la carroza, ni más ni menos que si Francia hubiese ganado la más brillante victoria.

INES.— ¡ Ebrio de alegría el pueblo ! Ebrio sin duda, de pisotear el corazon del mejor, del más clemente soberano.

LA HIRE.— Vi al jóven Enrique Lancaster, sentado en el augusto trono de san Luis. Junto á él sus tios lo s altivos Bedford y Gloucester. ¡ Y el duque Felipe hinc-

ba la rodilla delante aquel trono, y rendía pleito-homenaje en nombre de sus estados!

CÁRLOS. — ¡ Infame par !... ¡ Indigno primo !

LA HIRE. — El niño parecía turbado, y al subir las primeras gradas, tropezó. ¡ Mal presagio ! murmuró el pueblo, y hubo un momento de risa. Entonces se adelantó la Reina, tu propia madre, quien... no... horrible es decirlo...

CÁRLOS. — Prosigue...

LA HIRE. — Quien cogió en brazos al niño y le sentó en el mismo trono de tu padre.

CÁRLOS. — ¡ Oh !... ¡ madre mia !... ¡ madre mia !

LA HIRE. — Los mismos borgoñones, los feroces, los sanguinarios borgoñones, se han estremecido de vergüenza ante semejante espectáculo. Lo advierte ella y volviéndose al pueblo exclama en voz alta : « Franceses, agradecedme que ingerte en el degenerado tronco nuevo y verde tallo. No quiera el cielo que tengais por soberano al depravado hijo de un demente. »

(El Rey se cubre el rostro con las manos. Ines se lanza hácia él, y le abraza. Todos los presentes manifiestan su disgusto é indignacion.)

DUNOIS. — ¡ Fiera ! ¡ Furia infernal !

CÁRLOS. — (*A los consejeros, despues de una pausa.*)

Lo habeis oido, señores. Daos prisa, pues ; regresad á Orleans y decid que redimo á la noble ciudad del juramento prestado. Decidla que puede rendirse á Felipe para su seguridad. Le llaman el benigno. Esperamos que se mostrará tal.

DUNOIS. — ¡ Cómo, señor !... ¿ Abandonar á Orleans ?

EL CONSEJERO. — (*Arrodillándose.*) ¡ Oh ! ¡ señor ! No nos retires tu auxilio. ¡ No dejes que caiga en poder de Inglaterra tu fiel ciudad ! Cede á mi ruego. Es el más bello florón de tu corona, y no hubo otra que se mostrara más leal á sus reyes, tus mayores.

DUNOIS. — ¿ Acaso hemos sido vencidos ? ¿ Podemos

desertar nuestros puestos sin descargar un solo golpe? Sin que haya corrido la sangre todavía, ¿pretendes por ventura arrancar del corazón de la patria, su mejor fortaleza?

CARLOS. — Harto corrió la sangre y siempre inútilmente. El cielo está contra mí. Donde quiera que se presentan mis ejércitos son derrotados. Me repudia el Parlamento, y tanto él como el pueblo acogen con alegría á mi adversario. Hasta mis parientes me abandonan y me hacen traicion. Mi propia madre alienta al extranjero y á los de su ralea. No queda otro recurso que retirarnos á la otra orilla del Loira y sustraernos al poder de Dios, que combate por los ingleses.

INES. — ¡Desesperar de nosotros mismos, y volver la espalda á este reino! No. ¡Dios no lo quiere!... No, no es propio tal designio de un ánimo esforzado. Sin duda, la conducta infame de una madre desnaturalizada partió el corazón de mi Rey, pero volverás en tí, Cárlos, y con varonil consejo harás frente al destino que te abruma.

CARLOS.—(*Ensimismado y sombrío.*) ¿Lo negareis aún? Pesa la fatalidad sobre la raza de los Valois, raza maldecida de Dios. Los vicios de una madre criminal han desencadenado en esta casa las furias. Mi padre vivió veinte años víctima de la demencia; mis tres hermanos mayores murieron en la flor de su vida. ¡Ah! no hay duda; la dinastía de Cárlos sexto debe perecer. Así lo ordena el cielo.

INES.—Mejor dirías que está destinada á rejuvenecer contigo. Recobra la confianza en tus propias fuerzas que no en vano la muerte te perdonó entre tus hermanos para llamarte á tí el más jóven, al honor inesperado de ocupar el trono. A la bondad de tu alma fió el cielo el remedio, que tarde ó temprano cicatrizará las heridas de este país, despedazado por el furor de las pasiones. Mi corazón me dice que has de sofocar las

llamas de la guerra civil y restablecer la paz, fundando un nuevo reino en Francia.

CÁRLOS. — Deliras. Los tiempos de borrascas y discordias reclaman más enérgico piloto. Quizá hubiese hecho feliz á una nacion pacífica, mas nada puedo contra desencadenados furores, y renuncio á franquearme con la espada los corazones que el odio me cierra.

INES. — El pueblo está ciego, víctima del engaño, pero bien pronto se desvanecerá su delirio. No está lejos el tiempo en que sienta reavivarse su amor por la antigua dinastía, amor profundamente arraigado en el corazón de los franceses, y con él los odios y celos que separan á ambos países. Llegará el momento en que su propia fortuna aterrará al arrogante vencedor. Cesa, pues, de empeñarte en desertar precipitadamente del campo de batalla, y pelea palmo á palmo y lucha por Orleans como por tu vida. Húndanse antes los puentes que conducen á la otra orilla del Loira, tu laguna Estigia, la última frontera de tu reino.

CÁRLOS. — Hice ya cuanto pude. Quise reconquistar mi corona batiéndome como caballero en singular combate, y mi enemigo rehusa batirse. ¿ Iré á prodigar ahora la sangre de mis vasallos y á ver cómo caen reducidas á polvo mis fortalezas? ¿ Acuchillaré, como mi despiadada madre, al hijo de mis entrañas? No; prefiero que viva y renunciar á él.

DUNOIS. — ¡ Esto dice un rey, señor! ¿ Así vende su corona? La patria lo es todo cuando la guerra civil enarbola su estandarte. El último de sus hijos no vacila en sacrificarle sus bienes, su odio, su amor. El labrador deja el arado, la mujer el torno, niños y ancianos corren á las armas, el ciudadano incendia los fuertes de la ciudad, y el campesino sus cosechas en tu daño ó en tu servicio. Llevados del impulso que á todos arrebató, nada les cuesta, nada economizan, nada

excusan ni esperan que nada se excuse con ellos, porque ha hablado el honor y combaten por sus dioses, y por sus ídolos. ¡ A fuera , pues , femeniles escrúpulos que no sientan bien en el ánimo de un rey ! Deja que siga la guerra su camino de desastres. No eres tú quien debe acusarse de haberla provocado con ligereza. Es ley que un pueblo debe saber morir por su soberano , y no creo que el frances quiera sustraerse á ella. ¡ Vergüenza para la nacion que regatea á su honor semejante sacrificio !

CÁRLOS. — (*A los consejeros.*) No aguardéis de mi otra resolucion. Que Dios os guarde, señores. No puedo más.

DUNOIS. — Puesto que es así, quiera el cielo que la victoria te vuelva la espalda , como tú al trono de tus mayores. Cedes tú á la flaqueza. Yo te abandono á mi vez. Tu propia pusilanimidad , y no la coalicion de Borgoña á Inglaterra, te arroja del trono. Antes los reyes de Francia nacia héroes , pero tú , tú no tienes en las venas una sola gota de sangre generosa. (*Á los consejeros.*) El Rey os despide. Yo voy con vosotros á Orleans. Es la patria de mi padre y quiero enterrarme en sus ruinas. (*Intenta salir. Ines le detiene.*)

INES. — (*Al Rey.*) ¡ Oh !... ¡ no permitas que se vaya enojado ! Su lenguaje es rudo , pero su corazon , puro como el oro. Te ama y mil veces dió por tí su sangre. Acercaos, Dunois, y confesad que en el arrebató de vuestra cólera os habeis excedido un poco ; y tú perdona á tan fiel amigo la viveza de sus palabras. ¡ Oh ! venid ; venid. Dejad que me apresure á reconciliaros antes que devore vuestros ánimos el fuego mortal , inextinguible, de la cólera. (*Dunois clava la mirada en el Rey , como aguardando su respuesta.*)

CÁRLOS. — (*A Duchatel.*) Pasaremos el rio. Ordenad al momento que embarquen mi equipaje.

DUNOIS. — (*A Ines con sequedad.*) Adios. (*Se vuelve y vase ; los consejeros le siguen.*)

INES.— (*Juntando las manos con desesperacion.*) ¡ Dios mio! Si se va, estamos perdidos. La Hire, seguidle... tratad de calmar su enojo. (*La Hire se va.*)

ESCENA VI.

CÁRLOS.—INES SOREL.—DUCHATTEL.

CÁRLOS.—No parece sino que la corona es el único bien de este mundo. ¿ Será tan difícil separarse de ella? Algo más difícil me parece dejarse gobernar por tales hombres arrogantes é imperiosos, y vivir por la gracia de tan orgullosos vasallos. Este sí que es suplicio para un corazón noble, suplicio más cruel, sin duda, que el infortunio. (*A Duchattel, que parece aún vacilante.*) Vé; cumple mis órdenes.

DUCHATTEL.—(*Arrojándose á sus piés.*) ¡ Oh, señor!

CÁRLOS.—Ni una palabra más. Lo he resuelto.

DUCHATTEL.—Firma la paz con el duque de Borgoña, ya que es tu única salvacion.

CÁRLOS.—¿ Y eres tú quien me la aconsejas, tú que debes pagarla con tu sangre?

DUCHATTEL.—Dispon de mi cabeza que tantas veces arriesgué por tí en el campo de batalla y llevaré por tí al cadalso con gusto. Aplaca la cólera del duque. No vaciles en entregarme á ella. ¡ Ojalá mi sangre apagara estos encarnizados odios!

CÁRLOS.—(*Le contempla un instante con emocion, sin decir palabra.*) ¿ Será verdad? ¿ Tan grande es mi humillacion, que ya mis amigos, los que me conocen, me indican para salvarme el camino del oprobio? Sí; ahora comprendo cuán profunda es mi caida. Nadie tiene fe en mi honor.

DUCHATTEL.—Atiende...

CÁRLOS. — ¡Silencio!... No irrites más mi cólera. Nunca jamas, aun cuando debiera renunciar á diez reinos, jamas consentiré en comprar mi salvacion con la vida de un amigo. Cumple mis órdenes. Haz que embarquen mi equipo de guerra.

DUCHATTEL.—Obedezco. (*Se va. Ines Sorel rompe á llorar.*)

ESCENA VII.

CÁRLOS.—INES SOREL.

CÁRLOS.—(*Tomándole la mano.*) Enjuga tus lágrimas, Ines mía. Allende el Loira hay todavía una Francia, y bogamos hácia más felices climas. Sonríe allí un cielo sereno y sin nubes, es tibio el ambiente, suaves las costumbres, y el amor, la vida, las canciones, reinan y florecen en aquella region.

INES.—¿Por qué vieron mis ojos la luz de este dia de calamidades y desgracia? ¡Desterrado el Rey! ¡El hijo abandonando la casa de sus padres, volviendo la espalda á su cuna! ¡Jamás volveremos á hollarte con ligera planta, oh caro país, que abandonamos para siempre!

ESCENA VIII.

Dichos.—LA HIRE.

INES.—¿Volveis solo?... ¿No le traeis? (*Observándole con más atencion.*) ¿Qué hay, La Hire? ¿Qué es lo que leo en vuestra mirada? Un nuevo desastre sin duda.

LA HIRE.—No. Agotada la suma de desgracias, reaparece un rayo de sol.

INES.— ¡Cómo! ¡Explicaos!

LA HIRE.— Manda que sean de nuevo llamados los consejeros de Orleans.

CÁRLOS.— ¿Por qué?... ¿Qué ocurre?

LA HIRE.— Manda que sean llamados. Tu suerte ha mudado de aspecto. Acaba de ocurrir un encuentro entre ambos ejércitos, en el cual has salido vencedor.

INES.— ¡Vencedor!... ¡Grata música del cielo trae á mis oídos esta palabra!

CÁRLOS.— Sin duda te equivocas con una falsa noticia. ¡Vencedor! No creo ya en la victoria.

LA HIRE.— Otros milagros te verás forzado á creer. Ahí viene el arzobispo que te trae á Dunois.

INES.— ¡Oh, delicada flor de la victoria! ¡Cuán pronto produce sus divinos frutos, la concordia y la paz!

ESCENA IX.

Dichos.—EL ARZOBISPO DE REIMS.—DUNOIS.—DUCHATTEL.
RAOUL, armado.

EL ARZOBISPO.— (*Conduciendo junto al Rey á Dunois, é imponiendo en ambas las manos.*) Abrazaos, príncipes, y callen desde ahora todos los resentimientos. El cielo se pone de nuestra parte. (*Dunois abraza al Rey.*)

CÁRLOS.— Sacadme pronto de la duda y la sorpresa. ¿Qué significa este solemne cuidado? ¿A qué prodigio se debe tan rápida mudanza?

EL ARZOBISPO.— (*Toma de la mano á Raoul y lo presenta al Rey.*) Hablad.

RAOUL.— Habíamos armado los de Lorena diez y seis compañías para acudir en tu socorro, eligiendo por jefe al caballero Baudricourt de Vaucouleurs. Llegados á las cimas de Vermanton y cuando bajábamos á los valles que riega el Yonne, se presentó de súbito en-

frente de nosotros el enemigo en la llanura. Volvimos la cabeza, y vimos tambien que á nuestra espalda centelleaban sus armas. Dos ejércitos nos rodean sin dejarnos más esperanza que vencer ó morir. Flaqueaban ya los más valientes y estaban á punto de rendirse nuestros soldados, mientras deliberaban en vano los jefes, cuando ¡oh, inaudito milagro! sale de repente del bosque una doncella, cubierta la cabeza de un casco, y parecida á la diosa de las batallas, terrible y hermosa al par. Su cabellera caía en negras trenzas sobre los hombros, y apenas habló, iluminó la altura vivo resplandor que parecia venido del cielo. «Franceses, — dice, — valientes franceses, ¿por qué temblais? ¡Súe al enemigo! Adelante, aunque fuera más numeroso que las arenas del mar. Dios y la santa Vírgen están con vosotros.» Y esto diciendo, arranca el estandarte de manos del que lo llevaba, y con ánimo resuelto se pone á la cabeza de los batallones. Como cediendo á involuntario hechizo y mudos de sorpresa, corremos nosotros tras la bandera y quien la enarbola, y sin vacilar un punto, caemos sobre el enemigo. Sobrecogidos de estupor é inmóviles nuestros adversarios, permanecen un instante deslumbrados por tal prodigio, y despues, como aterrorizados ante el poder divino, acuden á la fuga arrojando las armas. El ejército entero se desbanda por la llanura. Ni la voz del caudillo, ni el llamamiento de los jefes, nada les detiene. Muertos de miedo, sin volver siquiera la cabeza, hombres y caballos se precipitan á tumbos en el rio, ó se dejan degollar sin resistencia, y degenera el combate en verdadera carnicería. Diez mil enemigos mueren en el campo de batalla, sin contar los que se ahogaron en el rio, mientras ni uno solo de nosotros recibió el más ligero rasguño.

CÁRLOS. — ¡Esto es raro, vive Dios, y casi milagroso!

INES. — ¿Y este prodigio, decis que lo realizó una doncella? ¿De dónde venía? ¿Quién era?

RAOUL. — Sólo al Rey quiere revelarlo. Ella dice que es una visionaria, una profetisa enviada de Dios, y habla de libertar á Orleans antes que pase la luna. El pueblo, henchido de fe en su poder, se muestra ávido de combate. Sigue al ejército y se hallará aquí bien pronto. (*Suenan dentro campanas, y se oye ruido de armas.*) ¿Oís el rumor de la multitud? ¿Oís las campanas? Es ella. El pueblo saluda á la enviada de Dios.

CÁRLOS. — (*A Duchatel.*) Que la traigan á mi presencia. (*Al arzobispo.*) ¿Qué debemos pensar de semejante suceso? Una muchacha me trae la victoria, cuando ya sólo el poder de Dios podía salvarme. Decidnos, monseñor, si no es llegado el caso de creer en milagros!

ALGUNAS VOCES. — (*Dentro.*) ¡Viva la doncella! ¡Viva quien nos ha salvado!

CÁRLOS. — Ya está aquí. Vén á ocupar mi sitio, Dunois. Quiero poner á prueba á esta mujer, dotada del don de hacer milagros. Si es realmente una enviada del cielo, y obedece á inspiracion divina, reconocerá al Rey.

(Dunois se coloca donde estaba el Rey, con Ines Sorel á la izquierda. El Arzobispo con los demas, enfrente de ellos, dejando libre el centro de la escena.)

ESCENA X.

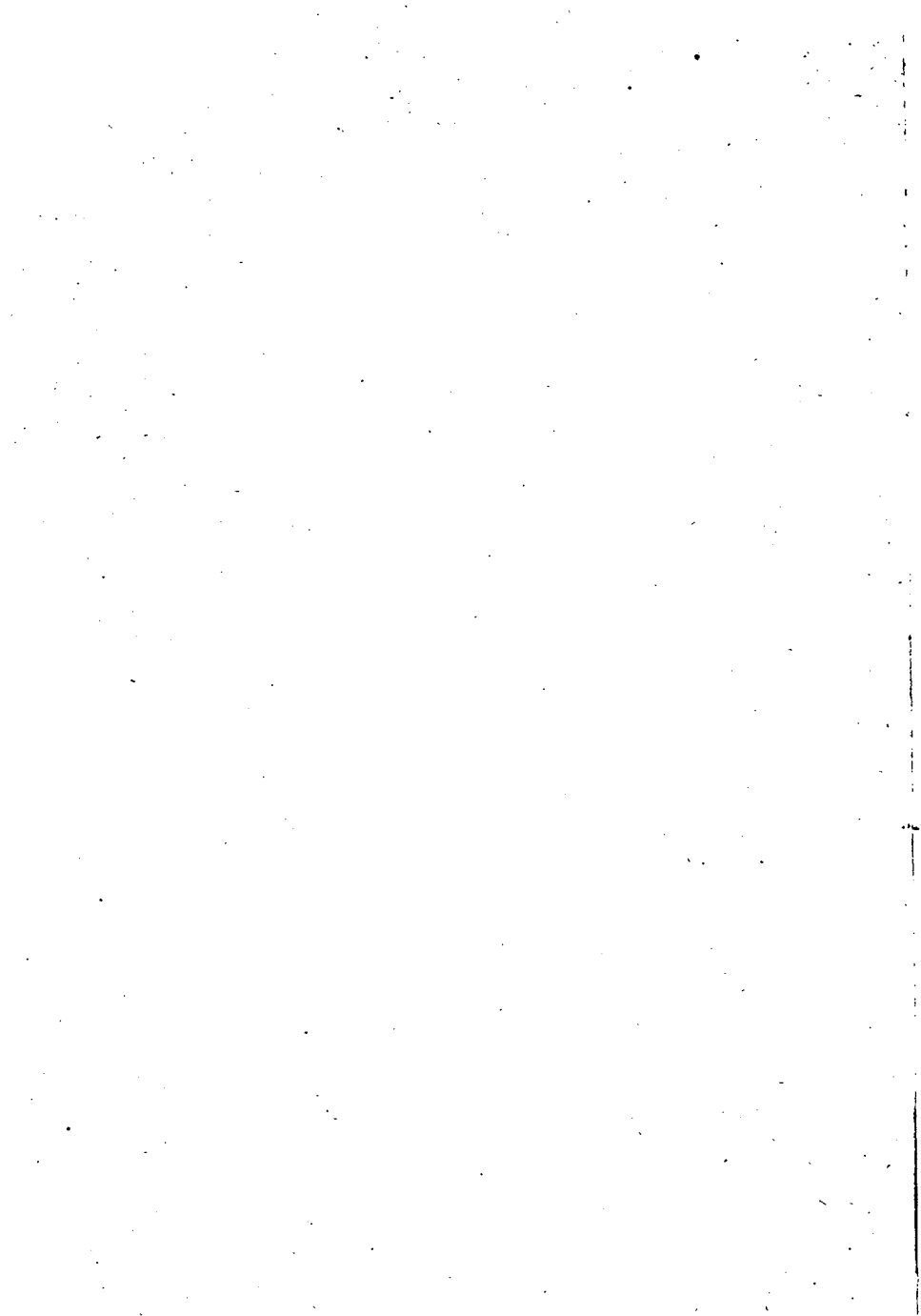
Dichos. — JUANA, seguida de algunos consejeros, y gran número de caballeros, que ocupan el fondo. Se adelanta con dignidad, y mira en torno suyo.

DUNOIS. — (*Despues de una pausa.*) ¿Eres tú, doncella predestinada?

JUANA. — (*Interrumpiéndole, y mirándole con sereni-*



Llegada de Juana d'Arc à la còrtes.



dad y altivez.) Bastardo de Orleans, quieres tentar sin duda á Dios. Levántate y deja este sitio que no te corresponde. Dios me envia á aquel, más grande que tú.

(Se dirige resueltamente hácia el Rey, hinca en tierra una rodilla, y se levanta luego, retrocediendo un paso. Muestras de general asombro. Dunois se levanta. Se abren las filas para dejar libre el paso al Rey.)

CÁRLOS.—Si hoy me has visto por primera vez, ¿á quién debes tu ciencia?

JUANA.—Te he visto donde nadie te veía sino Dios. (*Acercándose al Rey y con misterio.*) Pocas noches há— recoge tus recuerdos, — cuando todo dormía en torno tuyo, dejaste el lecho para dirigir á Dios ferviente plegaria. Haz que salgan todos, y te diré cuál era ésta.

CÁRLOS.—No tengo por qué ocultar á los hombres lo que confiaba á Dios en aquel momento supremo. Si revelas mi oracion, cesaré de dudar al instante de tu mision divina.

JUANA.—Le pedias á Dios tres cosas. Estáme atento. Primero le invocabas á fin de que te aceptara como víctima expiatoria, en lugar de tu pueblo, y deramara sobre tu cabeza los tesoros de su cólera, en el caso en que algun crimen cometido por tus mayores, é impune todavía, ó algun bien mal adquirido, fuera la causa de esta lamentable guerra.

CÁRLOS.—(*Retrocediendo de espanto.*) ¿Pero quién eres tú, poderosa criatura? ¿De dónde vienes?

(*Asombro general.*)

JUANA.—Luego dirigiste á Dios esta segunda oracion: «Si está decretado y es tu voluntad, ¡Dios mio! que caiga de mis manos el cetro de mi raza, y pierda cuanto poseyeron mis antepasados en este reino, sólo te pido que me dejes tres cosas: una conciencia tranquila, el afecto de mis amigos y el amor de mi Ines.» (*El Rey oculta el rostro, deshecho en lágrimas. Movimiento de estupor en los circunstantes. Pausa.*) ¿Te diré ahora cuál fué tu tercer voto?

CÁRLOS. — Basta ; creo en tí. Tu poder es sobrenatural, y Dios quien te envía.

EL ARZOBISPO. — Pero ¿ quién eres tú , santa hija del milagro ? ¿ Cuál fué el afortunado país que te ha visto nacer ? Habla : ¿ quiénes son tus padres , elegidos de Dios ?

JUANA. — Juana es mi nombre, venerable señor. Nací en tierra de mi Rey, en Domremy, diócesis de Toul. Soy la humilde hija de un humilde pastor, y pasé la infancia guardando los ganados de mi padre. Oía, sin embargo, hablar mucho de un pueblo de isleños, venidos á través del Océano, para esclavizarnos é imponernos por la fuerza un rey extranjero que Francia no quería. Oí decir también, que la gran ciudad de Paris estaba ya en poder de ese pueblo, que iba á conquistar el reino entero. Yo rogaba á María, madre de Dios, que alejara de nosotros el oprobio de la esclavitud y nos conservara nuestro Rey. A la entrada de mi pueblo natal hay una imagen de la Virgen, muy visitada por gran número de peregrinos, y junto á ella una vieja encina, famosa por sus milagros. A su sombra solía apacentar mis ganados, y me sentía atraída hácia aquel lugar. Cuando perdía en la montaña uno de mis corderos, bastaba que me hubiese dormido á la sombra de la encina, para que le encontrara en seguida. Y ocurrió que una noche sentada debajo de aquel árbol, con piadoso recogimiento, y esforzándome en vencer el sueño, se me apareció de repente la Virgen María, llevando en una mano una espada, y en la otra un estandarte, pero vestida, como yo, de simple pastora, y dijo : « Soy yo, Juana, levántate y deja tus rebaños, que Dios te impone otros deberes. Toma ese estandarte, ciñe esa espada, extermina á los enemigos de mi pueblo, conduce á Reims al hijo de tu Rey y coloca en su cabeza la corona real. » Y yo le dije : « Pero ¿ cómo voy á hacerlo, si soy una débil mujer, igno-

rante del arte de la guerra ? » Y ella me dijo : « Nada es imposible á la casta virgen que sabe resistir al amor terreno ; toma ejemplo de mí , que soy tambien una simple virgen como tú y dí á luz á Dios Nuestro Señor y participo de la divinidad. » Diciendo esto , tocó mis párpados , y ví cubrirse de ángeles el cielo , y llevaban en las manos flores de lis , y al son de melodiosa música se esparcieron por los aires. Por tres noches consecutivas la bienaventurada María se me apareció así y me dijo : « Juana, levántate, que el Señor te llama á otros deberes. » Y cuando llegó la tercera noche , su mirada era severa , y me reprendió diciendo : « El deber primero de la mujer en la tierra es la obediencia , y la resignacion su ley , porque obedeciendo se purifica. Quien habrá obedecido en la tierra , será grande en el cielo. » Diciendo esto se despojó de sus vestiduras , y ví á la Reina del cielo en todo el esplendor de su gloria , y lentamente envuelta en nubes de oro , fué arrebatada á la celestial region de los éxtasis , donde desapareció. (*Emocion general. Ines , deshecha en lágrimas , oculta el rostro en brazos del Rey.*)

EL ARZOBISPO. — (*Despues de larga pausa.*) En presencia de semejante testimonio de la gracia divina , deben callar las dudas de la humana razon. Esta niña atestigua sus palabras con sus actos. Sólo Dios puede realizar tales milagros.

DUNOIS. — Su mirada , el suave candor de su rostro , y no estos milagros , me persuaden á creerla.

CÁRLOS. — ¿ Merecía yo , miserable pecador , esta gracia ?... ¡ Oh ! Tú , cuya mirada infalible lee en los corazones , bien ves la humildad en el fondo del mio.

JUANA. — La humildad de los grandes complace al cielo. Te humillaste , y Dios te exalta.

CÁRLOS. — ¿ Podré , pues , hacer frente á mis enemigos ?

JUANA. — Te prometo poner á tus plantas á Francia sumisa.

CÁRLOS. — ¿ Y dices que Orleans no se rendirá ?

JUANA. — Antes verás al Loira refluir hácia la fuente.

CÁRLOS. — ¿ Y entraré triunfante en Reims ?

JUANA. — Yo te llevaré á Reims, aunque sea á traves de mil peligros. (*Todos los caballeros sienten reanimarse su bélico ardor , y blanden lanzas y escudos.*)

DUNOIS. — Marcha á la cabeza de nuestro ejército ; donde quiera que nos conduzca la celestial doncella , allí la seguiremos ciegamente. Dirijanlos su profética mirada , que yo me encargo de protegerla.

LA HIRE. — Levántese contra nosotros el mundo entero. Nada tememos mientras ella nos guie. El Dios de la victoria va con ella. ¡ Guerra ! Que su potente mano nos dirija. (*Los caballeros hacen chocar las armas de golpe y se adelantan.*)

CÁRLOS. — Sí , santa doncella , manda mis ejércitos y á mis jefes. Esta espada soberana que en un momento de enojo me devolvió el condestable , halló una mano más digna que la suya. Tómala y marchemos...

JUANA. — Detente , noble delfin. No es esta la que dará la victoria á mi señor , no ; sé otra con la cual venceré. Quiero designártela , segun las órdenes que recibí del Altísimo , para que mandes por ella.

CÁRLOS. — Habla , Juana. ¿ Qué debe hacerse ?

JUANA. — Envía á la vieja ciudad de Fierbois , y al subterráneo que hay en el cementerio de Santa Catalina , donde se guardan á montones manojos de armas , botin de antiguas victorias. Allí se hallará la que debo llevar , reconocible por las tres flores de lis , grabadas en oro en la hoja. Manda por ella. Con ella vencerás.

CÁRLOS. — Irán por ella , y se hará como dices.

JUANA. — Que me traigan tambien una bandera blanca , festoneada de púrpura ; pues con esta bandera se me apareció la Madre de Dios. En sus pliegues se halla representada la Reina de los cielos , con el niño Jesus en los brazos , y cerniéndose sobre la tierra.

CÁRLOS. — Se hará como dices.

JUANA. — (*Al arzobispo.*) Ahora, venerable prelado, imponedme las manos y bendecid á vuestra humilde hija. (*Se arrodilla.*)

EL ARZOBISPO. — No; no has venido aquí á recibir, sino á repartir bendiciones. Vé, Juana. Fuerza sobrenatural te anima, y nosotros, por el contrario, somos indignos pecadores. (*Juana se levanta.*)

UN ESCUDERO. — Acaba de llegar un heraldo del jefe del ejército ingles.

JUANA. — Que entre; Dios le envia. (*El Rey hace una señal y el escudero se va.*)

ESCENA XI.

Dichos.—EL HERALDO.

CÁRLOS. — ¿Qué vienes á anunciarnos, heraldo?... Dinos tu mensaje.

EL HERALDO. — ¿Quién de vosotros habla en nombre de Cárlos de Valois, conde de Ponthieu?

DUNOIS. — ¡Vil miserable!... ¡Infame bellaco! ¿Cómo te atreves á renegar del Rey de Francia en sus propios dominios? Dá gracias á Dios de que tu armadura te proteja, sino...

EL HERALDO. — Francia sólo reconoce un rey, y éste se halla en el campamento ingles.

CÁRLOS. — Calma, primo. Y tú, heraldo, dinos tu mensaje.

EL HERALDO. — Mi noble jefe, deplorando á la vez la sangre vertida y la que debe verterse, y antes de desenvainar la espada y que sucumba Orleans, viene á proponerte la reconciliacion.

CÁRLOS. — Oigamos.

JUANA. — (*Adelantándose.*) Permíteme, señor, que hable en tu lugar al heraldo.

CARLOS. — Como quieras. A tí te corresponde decidir entre la paz y la guerra.

JUANA. — (*Al heraldo.*) ¿ Quién te envia y habla por tu boca ?

EL HERALDO. — El jefe del ejército ingles, el conde Salisbury.

JUANA. — Heraldo, mientes ; Salisbury no habla ya, porque sólo hablan los vivos, no los muertos.

EL HERALDO. — Juro que mi jefe vive y se halla robusto y en salud, y dispuesto á perderos á todos.

JUANA. — Vivía aún á tu partida, pero esta mañana, como se asomara á la torre de Tournelles, cayó muerto de un tiro del enemigo. Sonries porque te anuncio lo que ocurrió lejos de aquí, y antes crees á tus ojos que á mis palabras, pero cuenta que á tu regreso has de encontrarte con su entierro. Ahora, veamos tu mensaje.

EL HERALDO. — Puesto que nada se te oculta, sin duda lo sabes antes que yo lo diga.

JUANA. — Poco me importa, pero te diré á mi vez el mio, que puedes repetir á tus príncipes. — Rey de Inglaterra, y vosotros, duques de Bedford y de Gloucester, que os habeis apoderado de este reino, dad cuenta á Dios de tanta sangre vertida. Apresuraos á entregar las llaves de cuantas ciudades ocupais por la fuerza, contra el derecho divino. Ved que llega la doncella enviada de Dios, y os ofrece la paz ó la guerra. Elegid, porque os digo que el Hijo de María no creó para vosotros la hermosa Francia, sino para Cárlos, mi señor delfín, á quien Dios la cedió para siempre, y ha de entrar como rey en Paris acompañado de sus nobles. Ahora, heraldo, parte diligente, pues antes de que llegues al campamento con tu mensaje, estará allí la doncella tremolando en los muros de Orleans su triunfante bandera. (*Se va. Todo se conmueve en torno suyo. Cae el telon.*)



ACTO II.

Sitio rodeado de peñascos.

ESCENA PRIMERA.

TALBOT y LIONEL, jefes ingleses.— FELIPE DE BORGONA.— El caballero FALSTOLF y CHATILLON.— Junto á ellos algunos soldados con banderas.

TALBOT.



Qui, entre estas rocas, podemos acampar y hacer alto un instante, con tal que logremos replegar las fugitivas tropas que ha dispersado repentino terror. Ocupad vosotros la altura y estad alerta. La noche al menos nos libra del enemigo y no debemos temer ninguna sorpresa; porque no tienen alas que sepamos. Conviene, sin embargo, redoblar nuestra vigilancia. Es gente que no se duerme en las pajas, y no hay que olvidar que fuimos vencidos.

(El caballero Falstolf se retira y los soldados le siguen.)

LIONEL. — ¡ Vencidos! general... ¡ Ah! No repitais esta palabra, porque todavía no he cesado de preguntarme si es realmente cierto que los franceses hayan visto huir á los ingleses á su sola presencia. ¡ Orleans! ¡ Orleans! ¡ Tumba de nuestra gloria! ¡ En tus campiñas se hundió el honor de Inglaterra! Derrota vergonzosa y ridícula. ¿ Quién con el tiempo querrá creerlo? Verse arrojados por una mujer, los vencedores de Poitiers, de Crecy, de Azincourt.

FELIPE. — Consolémonos pensando que fuimos vencidos por el demonio, no por los hombres.

TALBOT. — Sí, por el demonio de nuestra necedad. ¡ Bueno fuera que los príncipes se dejaran amedrentar por este espantajo del vulgo! Mala capa es la superstición para encubrir vuestra cobardía; pues si no me engaño, vuestras tropas fueron las primeras en desbandarse.

FELIPE. — Nadie se contuvo... Todos huyeron á la vez.

TALBOT. — No, monseñor; la fuga empezó en el ala que formaba vuestra gente, y vos mismo corristeis á nosotros gritando que se había desencadenado el infierno y que Satanás combatía por los franceses. Así introdujisteis el desorden en nuestras filas.

LIONEL. — Esto sí que no lo negareis. Vuestras tropas fueron las primeras en huir.

FELIPE. — Porque fueron las primeras en resistir al empuje del contrario.

TALBOT. — La doncella conocía que aquel era el punto débil de nuestro campamento, y sabía dónde hallar el miedo.

FELIPE. — ¿ Es decir que pretendéis hacer responsable á Borgoña de los desastres de la jornada?

LIONEL. — Si hubiésemos sido todos ingleses, sólo ingleses, no perdiáramos Orleans.

FELIPE. — Claro que no, porque nunca lo hubierais

poseido. ¿ Quién os abrió camino hasta el corazón del reino ? ¿ Quién os tendió la mano cuando arribasteis á la playa enemiga ? ¿ Quién coronó á Enrique en Paris y sometió á su obediencia á los franceses ? Vive Dios , á no haberos llevado á Paris el esfuerzo de mi brazo , corriaís el albur de no ver en la vida el humo de las chimeneas francesas.

LIONEL. — Si se venciera con pomposas palabras, no dudo, duque , que os bastais para conquistar Francia entera.

FELIPE. — Como os contraría la pérdida de Orleans , quereis ahora verter sobre mí , vuestro aliado , la hiel de vuestra cólera. Mejor seria tal vez que meditarais en las causas de semejante pérdida. Orleans iba á rendírseme , y vuestra envidia lo impidió.

TALBOT. — ¿ Acaso creéis que vinimos á sitiaria por afecto á vos ?

FELIPE. — ¿ Y qué seria de vosotros si os retirara mi auxilio ?

LIONEL. — No habíamos de pasarlo peor que en Azincourt , donde hicimos frente á vos y á Francia entera.

FELIPE. — Lo cual no ha impedido que comprendierais la utilidad de nuestra alianza , y que el lugarteniente del reino la haya pagado hartó cara.

TALBOT. — Muy cara , hartó cara , teneis razon , tan cara que la pagamos hoy delante de Orleans con nuestro honor.

FELIPE. — Dobleemos la hoja , milord , que podriais arrepentiros de tales palabras. ¿ Creéis , por ventura , que deserté la legítima bandera de mi soberano , y atraje sobre mí la nota de traidor , para soportar estos ultrajes de un extranjero ? ¿ Qué saco yo de combatir contra Francia ? Si he de servir á ingratos , más me valiera servir á mi Rey.

TALBOT. — Ya sabemos que estais en tratos con el

delfin, pero hemos de encontrar medio de guardarnos de la traicion.

FELIPE. — ¡ Mal rayo !... ¿ Así se me trata ? Chatillon, preparaos á partir , regresaremos á nuestro campo.

(*Se va Chatillon.*)

LIONEL. — Buen viaje. Nunca brilló con más esplendor la gloria de Inglaterra, que cuando la fió á su propio esfuerzo combatiendo sola , sin aliados. Obre cada cual por su cuenta y riesgo. Sigue siendo eterna verdad , que sangre francesa y sangre inglesa nunca lograron hacer buena mezcla.

ESCENA II.

Dichos. — La reina ISABEL , seguida de un paje.

ISABEL. — ¿ Qué es lo que oigo , señores ? Deteneos. ¿ Qué mala estrella os saca de tino ? Cuando es más necesaria que nunca la concordia para salvarnos, ¿ vais á dividiros y á precipitar vuestra pérdida con intestinas querellas ? ¡ Por favor , noble duque !... Revocad esta orden violenta, y vos, glorioso Talbot , calmad la cólera de vuestro amigo. A ver, Lionel , á ver si entre los dos hacemos entrar en razon á estos hombres altivos... Vaya , ayudadme en la obra de reconciliarlos.

LIONEL. — No conteis conmigo para eso , señora, porque me importa muy poco. Soy de parecer que cuando dos no pueden entenderse , lo mejor es separarse.

ISABEL. — ¿ Es decir que despues de habernos sido tan funestos en el campo de batalla, los sortilegios del infierno seguirán perturbando los ánimos ? ¿ Cual de vosotros inició la querella ? Hablad. (*A Talbot.*) ¿ Fuis- teis vos acaso , noble lord , quien se olvidó de sus intereses hasta el punto de ofender á tan digno aliado ? ¿ Y qué seriais sin su auxilio ? Él colocó á vuestro

rey en el trono, y le sostiene en él, y le arrojará de él cuando quiera. Su ejército es vuestra fuerza, y más que su ejército su nombre. Porque habeis de saber que si el reino hubiese permanecido unido, vuestros esfuerzos se estrellarian contra él, y en vano seria que Inglaterra trajese á vuestras costas toda su gente. Sólo Francia puede vencer á Francia.

TALBOT. — Sabemos honrar al amigo fiel, pero la prudencia aconseja desconfiar del falso amigo.

FELIPE. — Nunca dejó de mentir con audacia, el desleal que quiso excusar la gratitud.

ISABEL. — Y vos, duque, ¿ llevareis la indignidad, el descaro hasta el punto de tender la mano al matador de vuestro padre ? ¿ Sereis tan loco que podais creer en la sinceridad de una alianza con el delfin, con el mismo á quien habeis puesto á dos dedos de la ruina ? ¡ En el borde del abismo á que le llevasteis pensais detenerle, y destruir ¡insensato! la propia obra! Creedme ; vuestros amigos son estos, y sólo hay salvacion para vos en la estrecha alianza con Inglaterra.

FELIPE. — ¡ Lejos de mi ánimo el deseo de firmar la paz con el delfin ! Pero tampoco he de soportar jamas los desdenes y el orgullo de la presuntuosa Inglaterra.

ISABEL. — Vaya, decidíos á olvidar una frase irritante. Ya sabeis cuán crueles son para un soldado ciertos yerros, y cuán injustos nos hace la desgracia. Llegad, y abrazaos. Dejadme que borre todo vestigio de disentiimiento, antes que sea inolvidable.

TALBOT. — ¿ Qué os parece de eso, duque ? Un alma noble cede de buen grado á la fuerza de la razon, y la Reina acaba de hablar como mujer discreta. ¡ Venga un abrazo ! Quiero curar con él la herida que os causó mi lengua.

FELIPE. — La Reina habló, es cierto, con sensatez... cede á la necesidad mi justa cólera.

ISABEL. — Muy bien. Sea un beso fraternal el sello

de esta nueva amistad. Llévase el viento las vanas palabras. (*El duque y Talbot se abrazan.*)

LIONEL. — (*Aparte, y contemplando el grupo.*) ¡ Oh nueva edad de oro de la paz, fundada por una furia!

ISABEL. — Perdimos una batalla, señores, y la suerte se nos mostró adversa, mas no por esto han de flaquear los ánimos. Desesperado de obtener la ayuda del cielo, invoca el delfin á Satanás con sus maleficios, pero ¿ qué importa? Dejemos que incurra en la condenación, y el mismo infierno será impotente para salvarle. ¿ Que una victoriosa doncella guía el ejército enemigo?... ¡ Sea! Yo dirigiré el vuestro, y haré sus veces entre vosotros como profetisa.

LIONEL. — Volveos á París, señora. Con buenas armas y no con mujeres pretendemos vencer.

TALBOT. — Idos, idos... Desde que estais con nosotros nada va á derechas, y pesa la maldición sobre nuestras armas.

FELIPE. — Id con Dios; vuestra presencia no produce nada bueno, é indigna al soldado.

ISABEL. — (*Mirando alternativamente á los tres, sorprendida.*) ¡ También vos, duque, compartis la ingratitud de estos caballeros hácia mí!

FELIPE. — En cuanto cree pelear por vuestra causa, pierde el soldado su valor.

ISABEL. — ¡ De modo que apenas os he puesto en paz, os coligais de pronto contra mí!

TALBOT. — Idos, y que Dios os asista, señora. Por lo que á nosotros toca, en cuanto habreis vuelto la espalda, nada deberemos temer del diablo.

ISABEL. — ¿ Pero no soy vuestra fiel aliada?... ¿ Ha cesado de ser mía vuestra causa?

TALBOT. — Lo ignoro. Lo que sí puedo decir, es que la vuestra no es la nuestra, empeñados como estamos en un leal y honrado combate.

FELIPE. — Yo vengo el asesinato de mi padre, y la piedad filial santifica mi empresa.

TALBOT.— Si he de ser franco, vuestro comportamiento con el delfin es el más propio para ofender á Dios y á los hombres juntamente.

ISABEL.— Así la maldicion del cielo le hiera hasta la décima generacion , porque se portò conmigo como un criminal.

FELIPE.— Vengaba á un padre y un esposo.

ISABEL.— ¡ Erigirse en juez de mis actos !

LIONEL.— ¡ Crímen imperdonable en un hijo !

ISABEL.— ¡ Atreverse á desterrarme !

TALBOT.— Obedeciò á la voz de su pueblo que se lo impuso.

ISABEL.— Pártame un rayo si jamas le perdono. Antes que verle reinar en los dominios de su padre...

TALBOT.— Os sentis pronta á sacrificar el honor de su madre, ¿ verdad ?

ISABEL.— ¡ Ah !... vosotros ignorais , ¡ almas flacas ! de qué es capaz una madre irritada, ulcerada. Yo amo á quien me hace algun bien y ódio á quien me ultraja. Precisamente porque es mi hijo y le llevé en mi seno, es más merecedor de mi odio. La vida que le dí, esta vida quiero arrebatarle , si osa , temerario, desgarrar con mano impía las entrañas donde fué concebido. ¿ Qué pretexto, qué derecho teneis vosotros para despojarle, vosotros que os armais contra él ? ¿ Qué crímen le echais en cara ? ¿ Qué ley quebrantò contra vosotros ? Os incita la ambicion, os incita la baja envidia. Sólo yo tengo derecho á odiarle, porque yo, yo le dí la vida.

TALBOT.— Perfectamente. Por la venganza reconoce á su madre.

ISABEL.— ¡ Oh , cuánto os desprecio, miserables hipócritas, que no contentos con engañar al mundo, os engañais á vosotros mismos ! ¡ Cuánto me complace ver á los ingleses , extendiendo la mano rapaz hácia Francia , donde no teneis ni un palmo de tierra,... de

la que no podeis reivindicar en justicia ni el estrecho espacio que ocupa una herradura! ¡Y qué decir del duque, que se hace llamar el *Bueno*, y vende su patria, la herencia de sus mayores, al extranjero, al enemigo del reino! Confesad de una vez que os importa muy poco la justicia. ¡Yo al menos aborrezco la hipocresía, y me muestro al mundo como soy!

FELIPE.—Es verdad. ¡Habeis sostenido esta gloria con notable despreocupacion!

ISABEL.—Yo soy mujer de pasiones. Mi sangre es ardiente como cualquier otra, y vine aquí á vivir como reina y no para contentarme con la simple apariencia. ¿Iba á renunciar yo á los placeres de la vida, porque se le antojó á la suerte darme por esposo á un mentecato, cuando me hallaba en el vigor de mi briosa juventud? Yo amo mi libertad más que mi vida, y quien osa á ella... Mas ¿por qué disputar aquí sobre mis derechos? ¡Si corre en vuestras venas sangre espesa y tarda! ¡Si ignorais lo que sea gozar y no teneis más que blis! ¡Qué decir del duque, que pasó su vida vacilando, indeciso entre el bien y el mal, y así es incapaz de amar como de aborrecer con pasion! Me voy á Melun. Dadme por compañía y pasatiempo á ese caballero que es de mi agrado (*designando á Lionel*), y obrad despues como os parezca, que yo consiento con gusto en no ocuparme en mi vida de ingleses ni borjoñones. (*Hace una seña á los pajes y se dispone á retirarse.*)

LIONEL.—Fiad en que cuidaremos de enviaros á Melun los más guapos mozos franceses de los que la guerra ponga en nuestras manos.

ISABEL.—(*Volviendo.*) Sólo sois buenos para la guerra; no hay como los franceses para galanterías.

(*Se va.*)

ESCENA III.

TALBOT.—EI DUQUE DE BORGONA.—LIONEL.

TALBOT.—¡ Qué mujer !

LIONEL.— Sepamos ahora vuestra opinion , señores. ¿ Continuamos huyendo, ó retrocedemos á reparar con un golpe de mano la vergüenza de esta jornada ?

FELIPE.— Contamos con escasas fuerzas. Las tropas andan dispersas, y es harto reciente todavía el terror que se apoderó de ellas.

TALBOT.— En ese terror ciego, en la súbita impresion de un instante, consiste el secreto de nuestra derrota, pero, en cuanto se vea de cerca, el fantasma de la imaginacion sobresaltada se desvanecerá bien pronto. Por esto soy de parecer que al despuntar la aurora, pase-mos el rio para marchar contra el enemigo.

FELIPE.— Pensad...

LIONEL.— No hay que pensar nada, con vuestro permiso, si no es en reconquistar desde luego el terreno perdido. Seguidnos. De otro modo estamos deshonorados.

TALBOT.— Ya está resuelto. Mañana nos batiremos... A ver si acabamos con este fantasma del terror que extravía á las tropas y paraliza su ánimo. Yo os juro que si cruzamos los aceros frente á frente con este demonio en figura de doncella , por poco que se ponga al alcance de una espada, le quitaremos las ganas de meterse con nosotros. Y en caso contrario, lo cual me parece más probable, porque eché de ver que la doncella evita un encuentro formal, en caso contrario, se habrá roto el encanto que tiene fascinado al ejército.

LIONEL.— Así sea. En cuanto á mí, general, dignaos confiarme la direccion de ese torneo en que no se ha de verter sangre. Espero coger vivo al espectro, y en

presencia del mismo bastardo su amante, traerla al campamento inglés para divertimento de las tropas.

FELIPE.— No os las prometáis tan felices.

TALBOT.— Yo os juro que si le echo mano, no he de besarla muy suavemente. Pero vamos á reparar las gastadas fuerzas con breve sueño, y á las armas en cuanto amanezca. (Se van.)

ESCENA IV.

JUANA, llevando el estandarte, cubierta con el yelmo y revestida de una armadura sobre el traje de mujer. — DUNOIS. — LA HIRE. — Caballeros y soldados.

(Parecen primero en la altura, desfilan en silencio, é invaden luego el escenario.)

JUANA.— *(A los caballeros que la rodean y mientras continúa el desfile.)* Hemos franqueado el muro; estamos ya en el campamento. A fuera, pues, toda precaución propia para ocultarnos. Anunciad vuestra presencia al enemigo al grito de ¡Dios y la doncella!

TODOS.— *(Gritando, y haciendo ruido con las armas.)* ¡Dios y la doncella! *(Tambores y cornetas.)*

CENTINELAS.— *(Dentro.)* ¡El enemigo! ¡el enemigo!

JUANA.— Ahora vengan las antorchas. Pegad fuego á las tiendas. Crezca el espanto con el furor de las llamas, véanse acorralados por la muerte.

(Los soldados se precipitan á ejecutar sus órdenes, y ella se dispone á seguirles.)

DUNOIS.— *(Deteniéndola.)* Cumpliste tu deber, Juana. Nos has conducido al campamento y entregado al enemigo. Ahora te toca retirarte del campo de batalla, y á nosotros acabar la empresa.

LA HIRE.— Indica al ejército el camino de la victoria y tremola el estandarte al frente de nosotros, pero re-

nuncia á empuñar la espada. No tientes al dios de la guerra, que es ciego y no perdona á nadie.

JUANA. — ¿Quién osará detener mis pasos y dictar leyes al espíritu que me conduce?... Fuerza es que el dardo obedezca al arquero. Donde está el peligro, allí debe estar Juana. Tranquilizaos. No debo sucumbir hoy, ni en este sitio. Antes he de coronar á mi Rey, y nadie me quitará la vida, hasta tanto que se hayan consumado los decretos de Dios. (Se va.)

LA HIRE. — Dunois, sigamos á la heroína, y escudémosla con nuestros pechos. (Se van.)

ESCENA V.

SOLDADOS ingleses, atraviesan huyendo la escena.—Luego
TALBOT.

SOLDADO 1.º — ¡ La doncella en el campamento !

SOLDADO 2.º — ¡ Imposible ! ¡ Jamas ! ¡ Cómo hubiera venido !

SOLDADO 3.º — ¡ Volando !... ¡ Tiene al demonio de su parte !

SOLDADOS 4.º y 5.º — ¡ Huid ! ¡ huid !... ¡ Estamos todos perdidos ! (Se van.)

TALBOT. — ¡ No me escuchan !... ¡ Es imposible detenerlos !... Se han roto los lazos de la obediencia. ¡ Como si vomitara el infierno sus legiones, echan á huir, así los cobardes como los valientes, arrebatados del mismo vértigo. ¡ Y no me queda una sola compañia que oponer al torrente de enemigos que nos invade ! ¿ Soy, pues, el único que conserva su sangre fria en medio de esta gente, víctima de la fiebre ? ¡ Huir á la vista de aquellos zorros, de los franceses que derrotamos en cien batallas ! ¿ Quién es esta mujer invencible, diosa del terror, que así muda de golpe la fortuna y convierte en leones el tímido ejército de co-

bardes gamos? ¿Cómo pudo causar espanto en verdaderos héroes, una farsante disfrazada de heroína? ¿Habrá de arrebatarme una mujer mi fama de gran capitán?

UN SOLDADO. — ¡La doncella! ¡Huid, general, huid!

TALBOT. — (*Derribándole de una estocada.*) Huye tú al infierno, miserable, y caiga al golpe de mi espada quien ose hablarme de la fuga y de cobarde terror.

(*Se va.*)

ESCENA VI.

Se corre el telón del foro, y aparece ardiendo el campamento inglés.—Tambores.—Fuga y persecución.—Sale MONTGOMERY.

MONTGOMERY. — ¿A dónde huir? ¡Donde quiera enemigos, en todas partes la muerte! Aquí el jefe enfurecido que nos cierra el paso con amenazadora espada y nos entrega á la muerte; allí la formidable guerrera portadora, como el incendio, del estrago. ¡Sin tener un arbusto ni una caverna donde guarecerse! ¡Desdichado de mí! ¡Ojalá no hubiese atravesado el mar! ¡Oh vana ilusión, que me llevó á la guerra contra la Francia en busca de renombre! ¡Oh destino fatal, que ahora me arrastra á través de la matanza! Quien se viese lejos de aquí... en las sonrientes orillas del Saverina, ... en el tranquilo hogar de mis padres... donde dejé á mi madre desconsolada, y á la dulce prometida mía! (*Parece Juana en el fondo.*) ¡Ay de mí! ¿qué veo? Es ella, la temible guerrera. En medio del incendio se eleva su figura llameando con sombrío fulgor, como espectro de la noche en la boca del infierno! ¿A dónde huir?... ¡Ay! que ya me envuelve su mirada de fuego; á su irresistible influjo siento paralizarse mis miembros, y los piés se niegan á huir. (*Juana da algunos pasos hacia él y se detiene.*) Ya se acerca. Yo no

aguardo á que me ataque. Me arrojaré suplicante á sus plantas, le pediré la vida... ¡ Es mujer ! Tal vez la enternezcan mis lágrimas.

(*Apenas se adelanta, Juana se lanza sobre él.*)

ESCENA VII.

JUANA. — MONTGOMERY:

JUANA. — Muere , hijo de Inglaterra.

MONTGOMERY. — (*Cae á sus piés.*) Detente ; no hieras á un indefenso. Solté la espada y el escudo , y me prosterno desarmado á tus plantas. Deja que viva , acepta mi rescate. Mi padre que mora en el país de Gales , regado por el Saverna , es rico y señor de cincuenta lugares. Ya puedes figurarte si rescatará á buen precio á su querido hijo , en cuanto sepa que vivo todavía prisionero de los franceses.

JUANA. — ¡ Insensato ! ¡ Basta de ilusiones ! ¡ Todo acabó para tí !... Caiste en manos de la doncella , manos terribles de las que no puedes redimirte ni salvarte. Si hubieras caído en poder del cocodrilo , en las garras del tigre , si hubieras robado á la leona sus cachorros , tal vez aún podrias implorar misericordia , mas encontrarse con la doncella , es encontrarse con la muerte. Porque me liga al implacable cielo un pacto inviolable , espantoso , que me ordena matar á todo sér á quien ponga el combate en mi camino.

MONTGOMERY. — Amenazadoras frases son las tuyas , pero tierna tu mirada y tu aspecto no inspira pavor á quien logra verte de cerca. ¡ Cómo me siento atraído hácia tí ! ¡ Por piedad... por la piedad natural en tu sexo , perdóname !

JUANA. — No invoques mi sexo ; no me llares mujer. Como el espíritu inmaterial , sin lazo alguno con la

tierra , no tengo sexo ; bajo esta armadura no late un corazon.

MONTGOMERY.— ¡Oh! yo te invoco por la sagrada ley del amor , que recibe universal homenaje. Dejé en mi patria á mi tierna prometida, bella como tú, en la flor de su edad y de sus hechizos. ¡ Lloro la infeliz aguardando al amado ! ¡ Si tú esperas amar y ser dichosa algun dia , ¡ ah ! no separes cruelmente dos corazones unidos con el sagrado lazo del amor !

JUANA.— Cesa de invocar en tu ayuda á estos dioses terrestres que me son extraños , y no tienen derecho alguno ni á mi culto ni á mi devocion. Ignoro el amor que invocas , jamas reconoceré sus vanas leyes. Defiende tu vida ; la muerte te reclama.

MONTGOMERY.— Ten piedad al menos de mis infortunados padres que dejé en mi hogar. Sin duda tú los tienes tambien y están inquietos por tu suerte.

JUANA.— ¡ Desdichado ! ¡ Así me recuerdas á cuantas madres privasteis de sus hijos ! ¡ Cuántos niños dejasteis huérfanos en la cuna !... ¡ cuántas esposas viudas ! A vuestras madres toca ahora probar la amargura de la desesperacion y del llanto vertido en Francia.

MONTGOMERY.— ¡ Oh ! ¡ Es tan triste morir en suelo extranjero , sin ser llorado !

JUANA.— ¿ Y quién os llamaba á ese suelo extranjero para asolar nuestras floridas campiñas y arrojarlos del hogar , y traer el incendio de la guerra al pacífico santuario de nuestras ciudades ? Soñabais en vuestro delirio esclavizar la libre Francia... amarrar ese noble país como un esquiife , á vuestro soberbio navío. ¡ Insensatos ! El escudo real de Francia cuelga del mismo trono de Dios, y antes arrancareis del cielo una estrella , que un solo pueblo de este reino , indivisible y eternamente unido. Llegó el dia de la venganza y no habeis de pasar con vida este mar sagrado que Dios tendió entre ambas naciones para fijar sus límites, este mar que vosotros osasteis cruzar.

MONTGOMERY.—(*Soltando la mano de Juana que habia cogido.*) ¡Bien veo que me es fuerza morir! ¡La horrible muerte se apodera de mí!

JUANA.—Muere, amigo. ¿Por qué vacilar ante la muerte, ante el inevitable destino? Mira; yo misma no era más que una simple doncella, una pastora; mi mano, habituada al inocente cayado, desconocia el manejo de las armas, y me veo arrebatada al suelo natal, arrancada de los cariñosos brazos de mi padre y de mis hermanas. La voluntad de Dios, no mi propio corazon, me fuerza por vuestra desgracia, no por dicha mia, á llevar donde quiera la muerte, como espectro de desolacion y pavor, para caer mañana sin victoria. Porque no ha de llegar para mí el jubiloso dia de mi vuelta al techo paterno. ¡A cuántos entre vosotros será todavía mortal mi presencia! ¡Cuántas mujeres condenaré á la viudez! Mas llegará un dia en que sucumbiré tambien para que mi suerte se cumpla. ¡Cúmplase tambien la tuya! Empuña con valor tu espada, y luchemos por el precioso bien de la vida.

MONTGOMERY.—(*Irguiéndose.*) Sea. Si como yo eres mortal y vulnerable, ¡quién sabe si está reservado á mi brazo enviarte al infierno y acabar con los desastres de Inglaterra! En Dios confio; tú, maldita, invoca al demonio y defiende tu vida. (*Toma espada y escudo, y arremete contra ella. Suenan clarines á lo lejos. Despues de breve combate, cae muerto Montgomery.*)

ESCENA VIII.

JUANA, sola.

JUANA.—Tus piés te trajeron á morir. Se acabó. (*Se aparta de él, y permanece un instante pensativa.*) ¡Oh! ¡Virgen santa, cómo se muestra en mí tu poder y comunicas fuerza á mi brazo, é inflexibilidad á mi cora-

zon! Me siento enternecida, tiembla mi mano como si fuera á cometer un sacrilegio, y empiezo á espantarme al fulgor de las armas. Y no obstante, en cuanto lo quiere la necesidad, reside en mí la fortaleza, y nunca yerra el golpe mi espada en la temblorosa mano. Hiere por sí sola cual si fuera un sér animado.

ESCENA IX.

Un CABALLERO, con la visera baja. — JUANA.

EL CABALLERO. — ¡Maldita! Ha sonado tu hora. ¡Fue nesta ilusion de los sentidos, crucé en tu busca el campo de batalla, y al fin te encuentro para mandarte de nuevo al infierno de donde saliste!

JUANA. — ¿Y quién eres tú, cuyos pasos guia hasta aquí tu ángel malo? Tu aspecto es el de un príncipe; y bien dice tu divisa de Borgoña, ante la cual se embota mi espada, que no perteneces al ejército ingles.

CABALLERO. — ¡Miserable! No eres digna de caer en manos de un príncipe. ¡El hacha del verdugo, nó la espada del duque de Borgoña, debia cortarte la cabeza!

JUANA. — ¿Eres tú, el duque?

CABALLERO. — (*Alzando la visera.*) Yo soy. Tiembla y desespera, ¡desdichada! Ya no te valen los rtificiosa de Satan. Hasta ahora te la hubiste sólo con cobardes; tienes un hombre delante de tí.

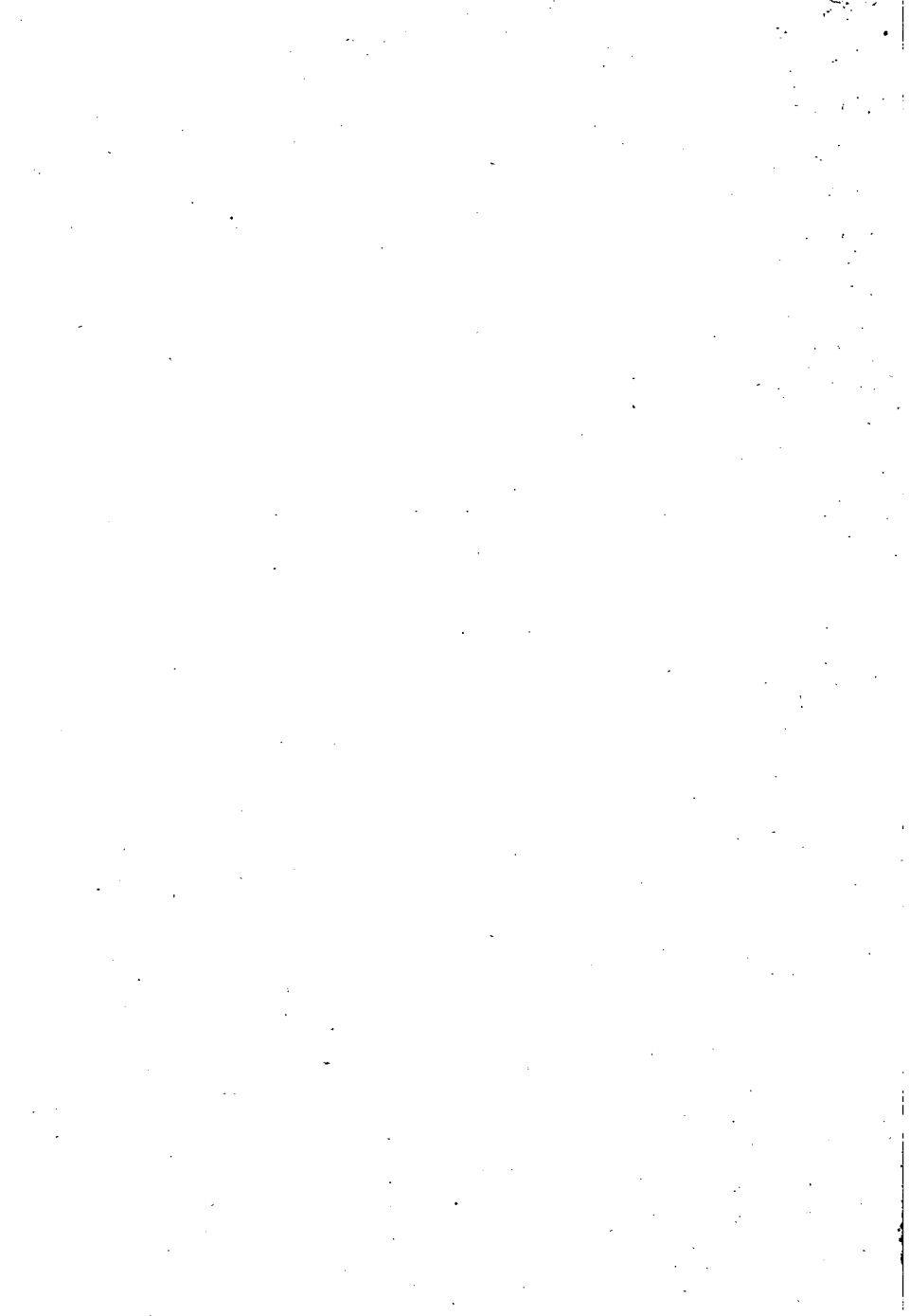
ESCENA X.

Dichos. — DUNOIS. — LA HIRE.

DUNOIS. — Vuélvete, Borgoñon, y combate con hombres, no con mujeres.



Contienda entre Dunois y el Duque de Borgoña.



LA HIRE.—Defendemos la sagrada vida de la profetisa, y antes tu espada deberá atravesar nuestros pechos.

FELIPE.—Ni á ella, Circe encantadora, ni á vosotros que corrompió indignamente, á nadie temo. ¡Córrete de vergüenza, bastardo! ¡Vergüenza, La Hire! ¡Haber rebajado el antiguo valor al nivel de la superchería! ¡Convertirte en vil lacayo de una ramera del infierno! ¡A todos os desafío... llegad! ¡Fien al demonio su salvacion los que desesperen de Dios! (*Van á batirse cuando Juana acude á separarlos.*)

JUANA.—Deteneos.

FELIPE.—¿Acaso temes por tu amante? Yo haré que á tus ojos... (*Arremete contra Dunois.*)

JUANA.—Deteneos; separadlos, La Hire. No debe verterse aquí sangre francesa, ni han de resolver el conflicto las espadas. Otros son los designios del cielo. Oid, y reverenciad á Aquel que me inspira y habla por mi boca.

DUNOIS.—¿Por qué detienes mi brazo, pronto á he-
rir? ¿Por qué te opones á la sentencia de las armas? Desnuda está mi espada, y próximo el golpe que ha de vengar y reconciliar á Francia.

JUANA.—(*Colocándose entre ambos combatientes.*) (*A Dunois.*) Pasa á este lado. (*A La Hire.*) No te muevas; tengo que hablar al duque. (*Despues de haber restablecido la calma.*) ¿Qué es lo que pretendes, Borgoñon? ¿Buscas al enemigo entre nosotros, ávido como estás de sangre? ¿Pero acaso nuestro noble principe no es, como tú, hijo de Francia, tu compañero de armas, tu compatriota? ¿No soy yo misma, hija de tu patria? ¿No son de los tuyos los que pretendes aniquilar? Sí. ¡Nuestros brazos se abren para recibirte y se hincan nuestras rodillas para prestarte homenaje! Se embotan nuestras espadas á tu vista. Aun bajo el casco del enemigo, sabemos respetar tu rostro que nos recuerda á nuestro Rey amado.

FELIPE.— ¡Cómo intentas fascinar á tus victimas, sirena, con el hechizo de tu habla melosa! Mas conmigo pierdes el tiempo en vanas artimañas. Nada puede en mi oido tu mágico lenguaje, y se embotan en mi armadura los rayos de tus ojos. ¡ En guardia, Dunois! Luchemos á estocadas y no con inútiles frases.

DUNOIS.— Discutamos primero y nos batiremos despues. ¿ Os intimidan las razones por ventura? Pensad que tambien esto es cobardía, y la traicion una mala causa.

JUANA.— No será sin duda la suprema ley de la necesidad la que nos trae á tus piés, ni venimos á tí humildes y rendidos. Mira en torno tuyo, y verás reducido á cenizas el campamento ingles y cubierta la llanura de cadáveres. Oye cómo resuenan nuestros clarines. Dios quiso concedernos la victoria. ¡ Pero si lo que más ansiamos es compartir con nuestro amigo el reciente laurel! Vén, noble tráfuga, vén á ponerte de parte del vencedor y de la justicia. Yo misma, la enviada de Dios, te tiendo la mano de hermana, y ansío traerte para tu salvacion á nuestra santa causa. Dios está con nosotros. ¿ No viste á los ángeles combatir por el Rey, á los ángeles hermosos, ornados de azucenas? ¡ Pura y sin mancha, como esta bandera, es nuestra causa, y tiene por símbolo de pureza la immaculada María!

FELIPE.— Abunda en capciosos sortilegios el lenguaje de la mentira, y sin embargo, paréceme oir la voz de un niño. Fuerza es confesar que, si el demonio le dicta estas palabras, imita la inocencia de modo que engañaria á cualquiera. No quiero oir más. ¡ En guardia! Siento que mi oido es más débil que mi brazo.

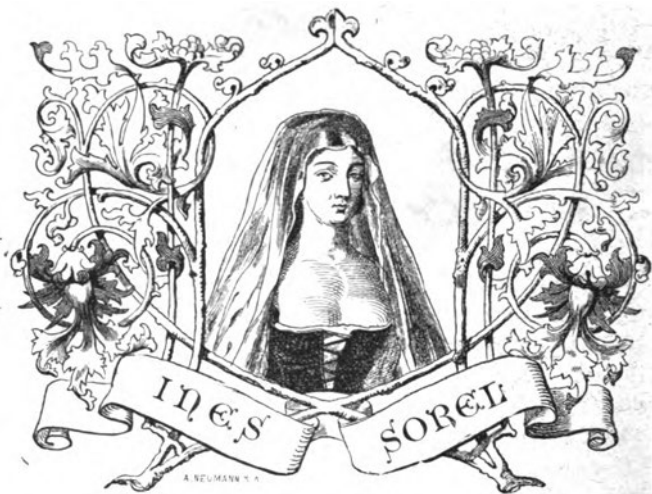
JUANA.— Me acusas de sortilegio y me llamas cómplice del infierno. ¡ Como si fuese empresa infernal la de restablecer la paz y conciliar rencores! ¡ Como si surgiese la concordia del eterno abismo! ¿ Qué habrá

que sea más sagrado é inocente y mejor entre los hombres, que defender la patria ? ¿ De cuándo acá la naturaleza se contradice hasta el punto de fiar al infierno una causa justa , y abandonarla el cielo ? ¿ Y de quién, si no de él, recibiria yo la inspiracion , si cuanto digo es bueno ? ¿ Quién pudo acompañarse conmigo, cuando vivia guardando ganados, é iniciar á la adolescente pastora en los consejos de los reyes ? Ni me acerqué nunca á los príncipes, ni conozco el arte de persuadir, y en este instante en que trato de conmoverte, se revela á mí la ciencia de las cosas superiores. A mis ojos centellea el porvenir de mi país y de los reyes, y es mi voz la del trueno.

FELIPE.—(*Hondamente conmovido, alza á ella los ojos y la contempla con sorpresa y emocion.*) ¡ Qué es lo que siento, Dios mio ! ¿ Eres tú, quien conmueve tan hondamente mi corazon ? ¡ No, no sabria mentir así esta conmovedora criatura ! No, no ; si cedo á algun hechizo, sin duda viene del cielo. Me lo dice el corazon : esta mujer es enviada de Dios.

JUANA.—¡ Se enternece ! No he suplicado en vano. Va á deshacerse en rocío de lágrimas el nublado de cólera que amenazó su frente. En sus ojos brilla el sol de la emocion y sonrie la paz. ¡ Envainad las espadas ! ¡ Corred á abrazarle !... Lloro ; está vencido ; ya es nuestro.

(Caen de sus manos la espada y la bandera, corre hácia él con los brazos abiertos y le abraza con apasionado ardor. La Hire y Dunois sueltan tambien las armas y se lanzan en brazos del duque.)



ACTO III.

El campamento del Rey en Chalons-sur-Marne.

ESCENA PRIMERA.

DUNOIS.—LA HIRE.

DUNOIS. — Fuimos siempre amigos de corazón, La Hire, compañeros de armas, y defensores de una misma causa, sin que entibiase nunca nuestra amistad ni el peligro ni la muerte. No sea, pues, que una mujer rompa estos lazos, contra los cuales nada pudieron las vicisitudes de la vida.

LA HIRE. — Oídme, príncipe.

DUNOIS. — Sé que amais á la virgen predestinada y cuáles son vuestros designios con respecto á ella. Pensais ver al Rey para pedirle la mano de la muchacha en recompensa. El Rey no podrá negar semejante premio á vuestro valor, pero sabed, que antes de verla en brazos de otro...

LA HIRE. — Oidme , príncipe.

DUNOIS.—No me impele hácia ella pasajero encanto, no. Ninguna mujer subyugó mi indómito corazon hasta el dia en que ví á la divina niña , destinada por el cielo á salvar el reino, y á ser mi esposa. De entonces juré hacerla mia. Que sólo la mujer fuerte puede ser la compañera del fuerte. Mi corazon apasionado ansía reposar en el seno de otro de mi temple, capaz de comprender y soportar su fortaleza.

LA HIRE. — ¿ Pensais que seria osado á igualar mis pobres méritos con vuestra gloria , príncipe ? Basta que el conde Dunois salga á la palestra para que desista todo rival. Pero no sé si la humilde pastora se considerará digna de aspirar al alto título de esposa vuestra. No , vuestro linaje real , príncipe , repugna semejante enlace.

DUNOIS. — ¡ Cómo ! ¿ No es, como yo, hija de la santa naturaleza é igual á mí ? ¡ Ella , indigna de un príncipe ! ... ¡ La prometida de los ángeles, ceñida de aureola más brillante que todas las coronas de la tierra ! ¡ Ella, que vió postrado á sus plantas cuanto hay grande y elevado en el mundo ! Ni todos los tronos de Europa, uno encima de otro y escalonados hasta tocar las estrellas, alcanzan á la altura donde se cierne con angélica majestad.

LA HIRE. — El Rey debe decidir.

DUNOIS.—No. Decida ella. Puesto que libertó al príncipe , libremente debe disponer de su corazon.

LA HIRE. — ¡ El Rey !

ESCENA II.

Dichos.—CARLOS.—INES SOREL.—DUCHATTEL.—EL ARZOBISPO.
CHATILLON.

CARLOS.—(A Chatillon.) ¿ Dices que viene, y con-

siente en prestarme homenaje y reconocirme por su rey ?

CHATILLON. — Aquí mismo, señor, en su real ciudad de Chalons, quiere prosternarse á tus plantas el duque mi amo. Por especial orden suya, vengo á saludarte como á mi señor y rey. Por lo demas, él mismo se encamina hácia aquí, y pronto le verás en tu presencia.

INES. — ¡ Viene ! ¡ Oh hermoso dia que nos devuelve la paz, el júbilo y la concordia !

CHATILLON. — El duque, mi amo, llega con doscientos caballeros, y está pronto á hincar la rodilla ; pero espera que excusarás semejante humillacion y le estrecharán tus brazos como amigo, como primo.

CARLOS. — Que venga ; ardo en deseos de abrazarle.

CHATILLON. — Suplica tambien que no se hable una palabra de las antiguas disensiones, en esta primera entrevista.

CARLOS. — Húndase para siempre el pasado, en las simas del Leteo. Volvámonos á contemplar los hermosos dias que promete el porvenir.

CHATILLON. — Cuantos combatieron por Borgoña se hallan comprendidos en la reconciliacion.

CARLOS. — Con esto se duplican mis dominios.

CHATILLON. — Las condiciones de paz son conciernes á la reina Isabel, si las acoge.

CARLOS. — Ella se armó contra mí, no yo contra ella ; terminan nuestras diferencias, desde el punto en que le place terminarlas.

CHATILLON. — Doce caballeros saldrán fiadores de tu palabra.

CARLOS. — Mi palabra es sagrada.

CHATILLON. — Y el arzobispo partirá la hostia entre ambos, en señal y como simbolo de leal reconciliacion.

CARLOS. — Así estuviera tan seguro de ganar la vida

eterna, como de la sinceridad de mis deseos. ¿Qué otra garantía reclama el duque?

CHATILLON.—(*Fijando los ojos en Duchatel.*) Veo aquí á alguien cuya presencia pudiera amargar esta primera entrevista. (*Duchatel se aleja sin decir palabra.*)

CÁRLOS.—Vé, Duchatel, y permanece alejado de nosotros, hasta tanto que el duque pueda soportar tu presencia. (*Le sigue con la mirada; luego corre hácia él, y le abraza.*) ¡Noble amigo! Más querías hacer por mi reposo. (*Duchatel se va.*)

CHATILLON.—Las demas condiciones se hallan en esta escritura.

CÁRLOS.—(*Al arzobispo.*) Os ruego que os encargueis de su ejecucion. A todo accedemos; un amigo no tiene precio para nosotros. Salid, Dunois, acompañado de cien nobles caballeros y traednos al duque. Quiero que los soldados salgan á recibir á sus hermanos con palmas y laureles y que se engalane la ciudad y se echen á vuelo las campanas, anunciando que Francia y Borgoña concluyeron un nuevo pacto de alianza.

(*Sale un escudero. Suenan clarines.*)

EL ESCUDERO.—El duque de Borgoña aguarda.

(*Se va.*)

DUNOIS.—(*A La Hire y Chatillon.*) Salgamos á su encuentro.

CÁRLOS.—¿Lloras, Ines? También yo siento enter necerse mi ánimo en tan solemne momento. ¡Cuántas víctimas debían perecer antes que se firmaran las paces! ¡No hay tormenta que al fin no calme, ni noche tenebrosa que no disipe el día! ¡Con el tiempo maduran á su vez los más tardíos frutos!

EL ARZOBISPO.—(*Asomado al balcon.*) El duque apenas puede sustraerse á los agasajos de la multitud. Le arrancan de la silla, besan su manto, sus espuelas.

CÁRLOS.—¡Pueblo apasionado y ardiente así en su amor, como en su odio! ¡Cuán poco bastó para que

olvidara que este mismo duque les arrebatava poco há padres... hijos! ¡ Basta un instante para devorar una vida entera! Contento, Ines; el mismo exceso de júbilo pudiera ofenderle, y deseo que nada sea para él causa de recelo, ni humillacion.

ESCENA III.

Dichos.—EL DUQUE DE BORGÑA.—DUNOIS.—LA HIRE.—CHATILLON, y dos caballeros más, de la escolta del duque. Éste se detiene en el umbral.—Apenas el Rey intenta adelantarse hácia él, el duque se acerca, y en el instante en que va á arrodillarse, Cárlos le abraza.

CARLOS.—Nos habeis sorprendido de improvviso. Pensábamos saliros al encuentro, mas por lo que veo disponeis de veloces caballos.

FELIPE.—Que me han traído á mi deber. (*Abraza y besa en la frente á Ines.*) Con vuestro permiso, querida prima. En Arras, este es mi derecho de señor, y toda hermosura debe ceder á la costumbre.

CARLOS.—Dicen que vuestra corte es emporio del amor y la belleza.

FELIPE.—Monseñor, nuestro pueblo es pueblo de mercaderes, y cuanto hay precioso bajo el cielo, afluye al mercado de Burges, para recreo y contento del ánimo; y entre todos, el supremo bien es la belleza de las mujeres.

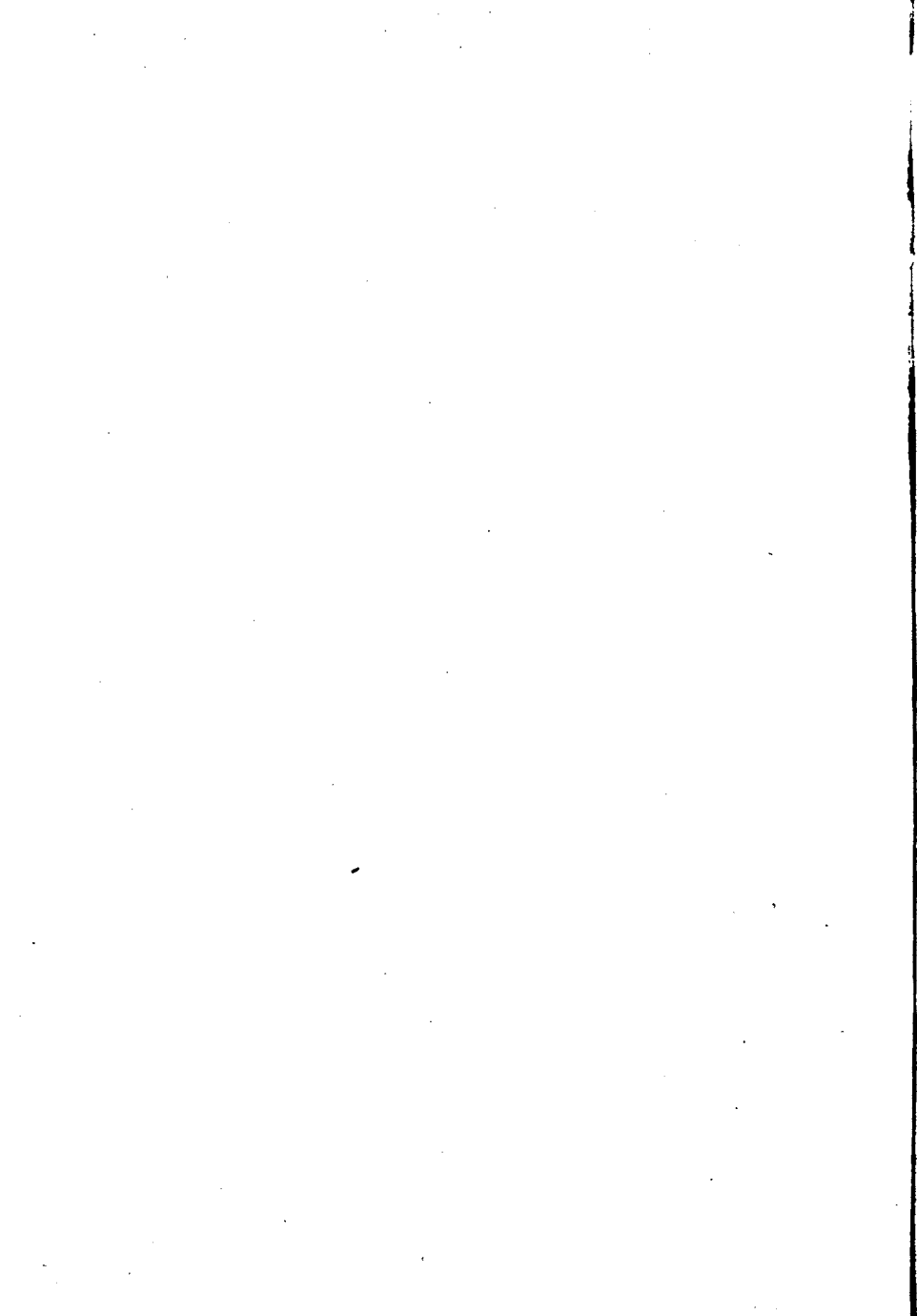
INES.—Paréceme aún más preciosa su fidelidad; bien que esta es mercancía que no se trafica ni se vende.

CARLOS.—¡ Vais á adquirir mala fama, caro primo! ¿Cómo es eso? ¡ Desdeñar así la más bella virtud de la mujer!

FELIPE. En el pecado va la penitencia. Dichoso vos, señor, á quien el corazon enseñó á tiempo lo que debí



Reconciliación de Carlos VII y el Duque de Borgoña.



aprender más tarde á fuerza de tormentas. (*Repara en el arzobispo y le tiende la mano.*) ; Venerable ministro de Dios... dadme vuestra bendicion! A vos sí que se os encuentra siempre en el buen camino. Quien desea hallaros, no tiene más que seguir la senda del bien.

EL ARZOBISPO. — Ya puede llamarme á sí mi divino Maestro, ya puedo morir contento, pues ví tan hermoso dia. Mi corazon se embriaga de felicidad.

FELIPE. — (*A Ines.*) ; Es cierto que os privasteis de vuestras joyas para convertirlas en armas contra mí? ; Cómo tan belicosa, y ansiosa de cebaros en mi ruina? Felizmente cesó la lucha, y volvemos á hallar cuanto perdimos. Cuanto perdimos, ; lo entendeis? Todo, incluso vuestro cofrecillo, señora. Disponiais de él contra mí, en tiempo de guerra; recobradlo de mi mano como signo de paz.

(Toma de manos de un criado la arquilla, y la devuelve á Ines, quien, confusa, dirige al Rey una mirada.)

CÁRLOS. — Acepta el presente, doble prenda para mí de noble afecto y reconciliacion.

FELIPE. — (*Colocando en el peinado de Ines una rosa de brillantes.*) Ojalá fuese la corona real de Francia. No con menos sincero cariño ceñiria con ella esta hermosa frente. (*Estrechando lealmente su mano.*) Podeis contar desde ahora con mi ayuda, siempre que necesiteis un amigo.

(Ines Sorel se retira á un lado, deshecha en lágrimas. El Rey intenta ocultar en vano su emocion. Todos contemplan enternecidos á ambos príncipes.)

FELIPE. — (*Despues de echar una mirada en torno suyo, se arroja en brazos del Rey.*) ; Oh... mi Rey! (*Inmediatamente los tres caballeros borgoñones corren hácia Dunois, La Hire y el arzobispo. Todos los presentes se abrazan. Ambos príncipes permanecen abrazados breve rato, sin decir palabra.*) ; Y pude aborreceros! ; Pude renegar de vos!

CÁRLOS.— ¡Silencio! ¡No hablemos de esto!

FELIPE.— ¡Y pude coronar al ingles! ¡rendir pleito-homenaje al extranjero! ¡conspirar á vuestra ruina!

CÁRLOS.— Dejemos eso; todo está perdonado. Este instante todo lo borra. Fué influjo del destino, ... de una estrella contraria.

FELIPE.— (*Cogiéndole la mano.*) Expiaré tales yerros, creedme, quiero expiarlos. Serán reparados cuantos males sufristeis. Recobrareis el reino entero, sin faltar un solo villorrio!

CÁRLOS.— Como estemos unidos, no temo ya á nadie.

FELIPE.— Os juro que combatia pesaroso contra vos. Harto lo sabiais, ¿por qué no la enviasteis á mi encuentro? (*Indicando á Ines Sorel.*) No hubiera resistido á sus lágrimas. Ahora inútil sería que el infierno intentara desunirnos, porque sentí palpar vuestro corazon junto al mio, y hallé el puesto que me corresponde. Este corazon era el limite marcado á mis extravíos.

EL ARZOBISPO.— (*Interponiéndose entre ellos.*) Estais unidos, príncipes. Francia, como el fénix, renace de sus propias cenizas. Nos sonrie brillante porvenir. Se cicatrizarán las heridas del país, salen de sus escombros las ciudades y pueblos destruidos, brotan en los campos nuevas mieses, sí, mas los que cayeron víctimas de vuestras querellas, los muertos, no resucitarán; las lágrimas vertidas con vuestros conflictos vertidas fueron, y con razon. Sin duda que prosperará la generacion que viene, mas no por eso la pasada habrá dejado de ser la víctima de las calamidades. La dicha de los hijos no resucita ciertamente á los padres. ¡Hé aquí los frutos de vuestras fratricidas discordias! ¡Aprovechad tales enseñanzas! ¡Temed á la tremenda divinidad de la guerra antes de desenvainar una sola espada! Si el fuerte puede á voluntad

desencadenarla, el Dios de los combates no obedece á la voz del hombre; no es como el halcon que una vez en el aire torna á posarse en la mano del cazador. ¡Ni acude siempre Dios con oportuno socorro, como nos fué dado verlo hoy!

FELIPE.—¡Señor!... Un ángel camina á vuestro lado. ¿Dónde está, que no le vemos aquí?

CARLOS.—¿Dónde está Juana? ¿Por qué falta á este solemne y bello acto, que debemos precisamente á ella?

EL ARZOBISPO.—Señor, no gusta la santa niña del ocio de la corte, y cuando Dios no la llama á la luz, se goza en ocultarse púdicamente á los ojos del mundo. Sin duda estará conversando con Dios, si no se ocupa en la salvacion de Francia; que á donde quiera la sigue la bendicion del cielo.

ESCENA IV.

Dichos.—JUANA, revestida de su armadura, pero sin el casco, y en su lugar una guirnalda de flores.

CARLOS.—Acércate, Juana, virgen engalanada con los ornamentos de sacerdotisa, acércate á consagrar tu obra de alianza.

FELIPE.—Mirad cómo la paz la adorna con sus encantos, á ella que há un momento aparecía terrible en el combate. Ya ves, Juana, que no falté á mi palabra. Dime si estás contenta de mí y me mostré digno de tu auxilio.

JUANA.—A tí mismo te honraste con semejante acto. Brillas ahora con radiante y bendito esplendor en los mismos lugares que ayer alumbró con siniestros fulgores tu estrella de desastres. (*Mirando en torno.*) Veo aquí muchos é ilustres caballeros... á todos embriaga el júbilo... y entre tanto hay todavía uno que

no participa del contento general, y se ve forzado á ocultar su tristeza.

FELIPE. — ¿Y quién es ese infeliz tan abrumado por el peso de su conciencia, que deba desesperar de nuestra piedad?

JUANA. — ¿Permitirás que se presente? Dí que puede. Consuma tu obra meritoria. ¡No se reconcilia del todo quien no se liberta de todo rencor! Una gota de odio en el fondo del vaso del placer, basta á envenenar el divino brebaje. Así en un día como ese, Borgoña no puede eximir de su amnistía crimen alguno por atroz que sea.

FELIPE. — ¡Ah! ¡te comprendo!

JUANA. — Consientes en perdonar, ¿verdad?... ¿Consientes, duque?... (*Abre la puerta é introduce á Duchatel que se queda en el fondo.*) El duque ha hecho las paces con todos sus adversarios, incluso contigo. (*Duchatel da algunos pasos con timidez, y mirando al duque, para interpretar su pensamiento.*)

FELIPE. — ¿Pero qué haces de mí, Juana? ¿Sabes lo que exiges?

JUANA. — Sólo sé que un dueño generoso abre la puerta á todo huésped y no excluye á nadie. Así como el firmamento abarca el mundo entero, el perdón alcanza á todos, amigos y enemigos. Porque cuanto es bueno y viene de lo alto es comun á todos y sin reserva, así los rayos del sol que inundan el infinito, como el rocío del cielo que apaga la sed de toda criatura. Sólo en las dobleces moran las tinieblas.

FELIPE. — Hace de mí lo que quiere. Mi corazón en sus manos es como blanda cera... Abrazadme, Duchatel; yo os perdono. No te ofenda ¡oh padre mio! verme estrechar la mano que te hirió. ¡Y tú, Dios de la muerte, no me imputes á delito el olvido de mis juramentos de venganza! En la tumba, en la eterna noche que os envuelve, el corazón cesó de latir, y sólo la in-

movilidad reina en torno , pero aquí á la luz del dia, aquí , arrebatado por vivas sensaciones , el hombre es juguete de la omnipotente impresion de un instante...

CÁRLOS. — (*A Juana.*) Todo te lo debo á ti , augusta doncella. No podias cumplir mejor tu palabra. En un abrir y cerrar de ojos veo trocada mi suerte ; me reconcilias con mis amigos , aniquilas á mis adversarios , libertas mis ciudades de extranjero yugo , ... tú sola lo hiciste todo... habla... ¿ cómo te recompensaré ?

JUANA. — Sé humano en la prosperidad , como lo fuiste en la desgracia , señor , y no olvides en la cima de tu gloria , cuánto vale un amigo en los dias de desgracia. ¡ Harto lo probaste por tí mismo ! No niegues justicia ni clemencia al último de tus vasallos ; piensa que fué una pobre pastora la que Dios suscitó para salvarte. Así reunirás á Francia entera bajo tu cetro , y serás jefe y fundador de una raza de príncipes ilustres ; pues tus descendientes alcanzarán más gloria que tus predecesores , y florecerá tu linaje mientras sepa conservar el amor de su pueblo. Sólo el orgullo puede conducirle á la ruina. Allá en un rincon de las humildes chozas de donde salió ahora tu salvacion , se forja la tormenta que ha de herir á tus culpables descendientes.

FELIPE. — ¡ Oh ! inspirada vírgen , cuya inteligencia nos alumbra , háblame tambien de mi raza ya que tus ojos sondean las tinieblas del horizonte. Dime , ¿ continuará desenvolviéndose con magnificencia como empezó ?

JUANA. — Elegiste por sitial un trono , y á más aspira tu altivez , ansiosa de elevar hasta las nubes su atrevido edificio. Pero la mano de Dios marcará de súbito un límite á tu engrandecimiento. No temas por eso que se hunda tu dinastía , no ; renacerá por el contrario con mayor esplendor bajo el reinado de una doncella. Ella dará al mundo monarcas , grandes reyes que

se sentarán en dos poderosos tronos y dominarán el mundo conocido, y otro que Dios oculta á nuestras miradas, allende ignorados mares.

CÁRLOS.— ¡ Oh! dinos, si lo sabes tambien, dinos si la alianza que hoy renovamos, se perpetuará en nuestros descendientes.

JUANA.— (*Despues de un momento de silencio.*) ¡ Reyes y grandes de la tierra! temed la discordia, no la arranqueis nunca de su sueño en el antro pavoroso donde habita; porque una vez en pié, siglos enteros trascurren antes que sea domeñada. Bien pronto procrea nuevas razas, razas de fuego que viven de sí mismas, como el incendio se alimenta del incendio. No queráis saber más. Gozad del presente y permitidme que corra un velo sobre el porvenir.

INES.— Santa doncella, harto sabes, pues lees en mi alma, que no sueño con vanas grandezas. ¿ No pronunciarás para mí un oráculo propicio?

JUANA.— El espíritu que me inspira, sólo me descubre los destinos del mundo. Tu suerte privada se halla en tus manos.

DUNOIS.— ¿ Y cuál será la tuya? Sin duda que á tí, santa y piadosa niña, te fué reservada la mayor felicidad que pueda gozarse en ese mundo.

JUANA.— ¡ La felicidad está en el cielo, en el seno de Dios!

CÁRLOS.— Entretanto quiero cuidar de tu dicha y hacer que tu nombre sea glorioso y venerado en Francia, por los siglos de los siglos. Desde este instante proveeré á ello. Arrodiíllate. (*Desenvaina su espada y le da espaldarazo.*) Levántate; ya eres noble. Tu mismo Rey te saca del polvo en que naciste, y ennoblece en su sepulcro á tus ascendientes. Tendrás por divisa una flor de lis, y serás igual á los mejores. Sólo la sangre de los Valois es más noble que la tuya, pero cualquiera de mis grandes debe considerarse honrado con

tu mano. Ahora deja á tu Rey el cuidado de elegir para tí un noble esposo.

DUNOIS.— (*Adelantándose.*) La elegí por mia á pesar de la oscuridad de su nacimiento, y no han de aumentar ni su mérito ni mi amor, los honores que ciñen su frente de nueva aureola. En presencia de mi Rey y de su santo arzobispo, le ofrezco mi mano si la estima digna de aceptarla.

CÁRLOS.— ¡ Por Dios , que estás haciendo milagro sobre milagro, irresistible niña ! Lo que es ahora empiezo á creer que nada te es imposible , pues lograste dominar á este soberbio que osaba desafiar el supremo poderío del amor.

LA HIRE.— (*Adelantándose.*) Si no me engaña la apariencia, la modestia es la más bella cualidad de Juana, y aunque digna del homenaje del más ilustre príncipe, no aspira ciertamente á tanto. No codicia vana grandeza ; le basta la tierna y fiel adhesión de un alma honrada y la pacífica suerte que le ofrezco con mi mano.

CÁRLOS.— ¿ Tú también , La Hire ? Ya son dos los pretendientes, ambos ilustres, ambos famosos é iguales en caballerescas virtudes. Parece que quieres sembrar la rivalidad entre mis más queridos amigos, después de haberme reconciliado con los adversarios y pacificado mi reino. Sólo uno debe poseerla, y yo estimo á ambos igualmente dignos de tal premio. Decide pues, tú, Juana ; habla.

INES.— (*Acercándose.*) Paréceme que la niña se conmueve y se ruboriza. Désele tiempo para interrogar su corazón y confiar á una amiga el secreto. Por mi parte creo llegado el momento de acercarme como hermana á la púdica doncella , y de ofrecerle mi fiel y discreta ayuda. Dejados, pues, meditar como mujeres, este asunto sólo propio de mujeres, y aguardad el resultado de nuestra deliberación.

CÁRLOS.— (*Yéndose.*) Sea.

JUANA.— Aguardad, señor. No colorearon mis mejillas, ni la emocion, ni el tímido pudor, ni tengo nada que confiar á esta noble dama, que no pueda declarar sin vergüenza á los hombres. Verdad que me honra en extremo la pretension de tan nobles caballeros, pero yo no abandoné mis ganados con el fin enteramente mundano de alcanzar vana grandeza, ni vesti la coraza para ornar mi frente con la corona de desposada. No; es muy distinta mi mision, y sólo puede cumplirla una virgen sin mancha. Soy enviada de Dios, y no puedo ser la esposa de hombre alguno.

EL ARZOBISPO.— La mujer nació para dulce compañera del hombre. El mejor modo de servir al cielo consiste en obedecer á la naturaleza. Pues ya cumpliste las órdenes de Dios que te llamó á la batalla, debes arrojar tus arreos y volver á tu sexo, que has debido renegar, y que no nació para el ejercicio cruento de las armas.

JUANA.— No sé todavía, venerable señor, cuáles serán las órdenes del Espiritu, pero cuando llegue el momento no cesará ciertamente de manifestarse y entonces obedeceré á su voz. Por ahora, me exhorta á continuar mi empresa, pues mi soberano todavía no fué coronado ni ungido, ni recibió el titulo de rey.

CÁRLOS.— Pero nos hallamos en camino de Reims.

JUANA.— No nos detengamos porque el enemigo está alerta para cerrarnos el paso. Pero yo me encargo de conducirte allí más que sea á traves de todos sus batallones juntos.

DUNOIS.— Mas cuando se haya realizado todo, y nos hallemos triunfantes en Reims, dime, santa doncella, ¿me permitirás que...?

JUANA.— Si Dios quiere que salga victoriosa de tan encarnizada lucha, entonces mi mision habrá terminado y la pastora nada tendrá que hacer en el palacio del Rey.

CÁRLOS.—(*Cogiéndole la mano.*) Ahora te anima la voz del Espíritu, y calla en tu pecho el amor porque lo llena Dios, pero esto no será siempre, créeme. Cesará la agitacion de la guerra. Con la victoria renacerán la paz y la alegría, y más dulces afectos en todos los corazones. Tambien en el tuyo dejarán sentirse. Has de verter tales lágrimas de ternura como nunca habrás vertido. Este corazon que ahora hinche la gracia del cielo, buscará en la tierra un amigo. Despues de haber hecho felices á tantos salvándoles la vida, acabarás por querer la felicidad de uno solo.

JUANA.—¿Tan cansado estás de la manifestacion divina, delfin, que ya quieres romper el vaso que la contiene, y rebajar hasta el polvo á la virgen pura enviada de Dios? ¡Hombres de poca fe! El cielo os inunda de sus esplendores, os revela mil prodigios, ¿y aún persistis en no ver en mí más que una mujer? ¿Soporta una mujer una armadura de hierro, ni se entremete en una guerra? ¡Ay de mí, si pudiera sentirme atraída por un hombre, teniendo en mis manos la espada del Dios de las venganzas! Más me valiera no haber nacido. Basta ya, si no quereis desencadenar la cólera del Espíritu que me anima. ¡Una sola mirada del hombre que me ama, es objeto para mí de horror y profanacion!

CÁRLOS.—Basta pues. Es inútil que tratemos de con-moverla.

JUANA.—Manda que toquen los clarines, que ya me va siendo la tregua, angustia y suplicio. Mi vehemencia me sustrae á la ociosidad y me impele al cumplimiento de mi empresa. Habla imperioso el destino y obedezco.

ESCENA V.

Dichos.—Llega un CABALLERO corriendo.

CÁRLOS.—¿Qué hay?

CABALLERO.—El enemigo ha pasado el Marne y dispone el ejército al ataque.

JUANA.—(*Con inspiracion.*) ¡Guerra! Mi alma rompe sus cadenas. ¡A las armas! Acudo en tanto á formar los batallones. (*Se va corriendo.*)

CÁRLOS.—Seguidla, La Hire. Quieren forzarnos por última vez á disputarles la corona de Francia á las puertas de Reims.

DUNOIS.—No les impele realmente el valor. Este es el supremo esfuerzo de desesperacion de su impotente rabia.

CÁRLOS.—No será necesario, duque, que os excite al combate. Llegó la hora de reparar pasados yerros.

FELIPE.—Esto corre de mi cuenta.

CÁRLOS.—Os precederé por el camino de la gloria. Quiero reconquistar mi diadema frente á la misma ciudad de la coronacion. ¡Ines mia! ¡Tu caballero te dice adios!

INES.—(*Abrazándole.*) No lloro, ni tiemblo por tí. Mi fe remonta al cielo serena y tranquila. No nos otorgó sin duda tales favores para rendirnos al postre en la afliccion. El corazon me dice que abrazaré á mi dueño y señor, victorioso en los muros de Reims, tomados por asalto.

(Gran tocata de clarines, que degenera en bélico tumulto. Música de la orquesta acompañada por los instrumentos militares, en el interior del escenario.)

ESCENA VI.

Una vasta campiña; algunos árboles en primer término. Mientras sigue la música de la orquesta, se ven pasar por el fondo algunos soldados huyendo.

TALBOT apoyándose en FALSTOLF y acompañado de algunos soldados.—Luego LIONEL.

TALBOT.—Tendedme aquí debajo de estos árboles y volved en seguida á la pelea. Para morir no necesito ayuda.

FALSTOLF.—¡ Oh! ¡ día de luto y de desgracia! (*Sale Lionel.*) ¿ En qué momento llegais, Lionel? Ahí yace el general mortalmente herido.

LIONEL.—No lo querrá Dios. Alzad, general. No cedais á la muerte. Hacedos superior á la naturaleza y obligadla á vivir por un esfuerzo de la voluntad.

TALBOT.—¡ Inútiles esfuerzos! Llegó la hora marcada por la suerte, en que debe hundirse el trono que levantamos en tierra francesa. En vano intenté parar los golpes en esta desesperada lucha. Fui herido del rayo en el campo de batalla, y ahí me teneis tendido en el suelo para no levantarme jamas... Reims está ya perdido... ¿ Venis para salvar Paris?

LIONEL.—Paris ha capitulado. Un correo acaba de traerme la noticia.

TALBOT.—(*Arrancándose el vendaje de la herida.*) Entonces, ¡ corra á torrentes mi sangre!... ¡ Estoy ya harto de este sol!

LIONEL.—No puedo seguir aquí. Falstolf, trasportad al general á paraje seguro... no podremos defender mucho tiempo estos sitios... huyen los nuestros á la desbandada arrojados por la doncella.

TALBOT.—Triunfaste ¡ oh demencia! ¡ y yo... yo

muero! Los mismos dioses lucharían en vano con la locura. ¿Qué vales tú, augusta razón, hija radiante del cerebro divino, sabia fundadora del universo, reguladora de los astros, que vales tú, si atada á la cola de la superstición, arrastrada á despecho de tus alaridos, debes rodar con ella al abismo? ¡Maldito sea quien consagra su vida á empresas dignas y grandes! ¡Maldito quien obedece á plan alguno, maduramente concebido!... ¡El mundo pertenece al rey de los locos!

LIONEL.—Milord, os quedan pocos instantes de vida; pensad en vuestro Creador.

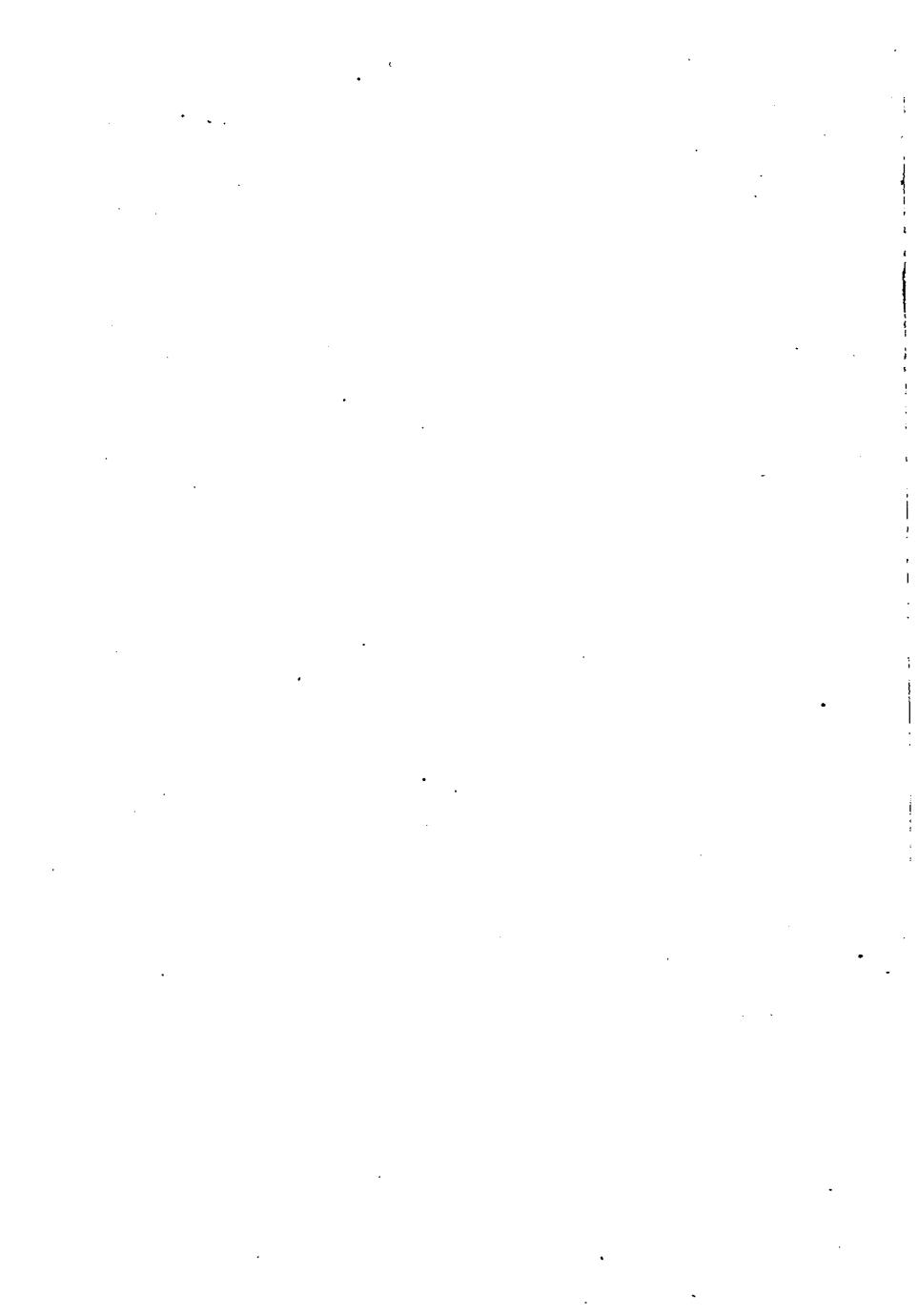
TALBOT.—Aun si hubiésemos sido vencidos, valientes como somos, por otros valientes, nos consolara la suerte común á todos, y propia de las vicisitudes humanas... ¡pero sucumbir por semejante farsa!... ¡Ah!... ¡no, nuestra laboriosa y grave carrera merecía más grave fin!

LIONEL.—(*Tendiéndole la mano.*) Adios, milord... Pensad cuánto os lloraré, si es que escapo yo con vida... Ahora me llama el destino al campo de batalla, donde preside aún como árbitro supremo, cuya sentencia se halla en suspenso. ¡Hasta el cielo, milord! Breve parece el tiempo á una larga amistad. (*Se va.*)

TALBOT.—Bien pronto habrá concluido todo; bien pronto devolveré á la madre tierra y al eterno sol, estos átomos que se aglomeraron en mí para el dolor y el placer! Y del poderoso Talbot, que llenó el universo con su renombre, sólo quedará un puñado de polvo. Así llega el hombre al término de su vida. ¡Hé aquí qué sacamos de nuestra lucha con la existencia!... una mirada hundida en el vacío, y el hondo, profundísimo desden por cuanto nos pareció grande y digno de envidia.



Muerte de Talbot.



ESCENA VII.

▷ CARLOS.—EI DUQUE DE BORGÑA.—DUNOIS.—DUCHATTEL.
Soldados.

FELIPE.—Hemos ganado las trincheras.

DUNOIS.—La jornada es nuestra.

CARLOS.—(*Viendo á Talbot.*) Ved; ¿quién es aquel que está allí espirando dolorosamente? Por su armadura veo que es un caballero; daos prisa á socorrerle, si es tiempo todavía. (*Los soldados se acercan á Talbot.*)

FALSTOLF.—Atras... no deis un paso... Respetad los despojos de un hombre á quien mientras vivió no deseasteis acercaros mucho, ciertamente.

FELIPE.—¿Qué veo? ¡Talbot!... ¡anegado en su propia sangre! (*Corre á él; Talbot clava en él su postrer mirada, y muere.*)

FALSTOLF.—Atras, Borgoñon. ¡Excusa á la última mirada del héroe el aspecto de un traidor.

DUNOIS.—¡Oh! invencible y poderoso Talbot... ¿Tan pequeño espacio te basta, á tí, á quien la Francia pareció estrecha para tu inmensa ambicion? Señor, desde este punto puedo ya aclamaros rey... Mientras un alma habitó en este cuerpo, vaciló en vuestra cabeza la corona.

CARLOS.—(*Despues de haber contemplado en silencio el cadáver de Talbot.*) Vencióle álguien más poderoso que nosotros, y vedle ya tendido sobre este suelo de Francia, como el héroe sobre el escudo, que no abandona nunca. Llevaoslo. (*Los soldados levantan y se llevan el cadáver.*) Descanse en paz. Quiero levantar un monumento en su honor, y aquí mismo, en el corazón de Francia, donde terminó heroicamente su vida, descansarán sus restos. Jamas penetró tan lejos espada

alguna enemiga. El lugar de su tumba le servirá de epitafio.

FALSTOLF. — (*Presentando su espada.*) Soy tu prisionero, señor.

CÁRLOS. — (*Devolviéndosela.*) Aguardad. La guerra, aunque implacable, respeta los deberes que impone la piedad. Debeis ser libre para enterrar á vuestro jefe... Ahora, Duchatel, id á tranquilizar á Ines que tiembla por mi suerte. Decidla que vivo; que hemos vencido y traedla triunfante á Reims. (*Duchatel se va.*)

ESCENA VIII.

Dichos.—LA HIRE.

DUNOIS. — La Hire, ¿ dónde está la doncella ?

LA HIRE. — ¡ Cómo!... ¿ Vos me lo preguntais ? ¡ Si la dejé peleando á vuestro lado !...

FELIPE. — En lo más espeso de la refriega vi flotar hace poco su blanca bandera.

DUNOIS. — ¡ Ay de nosotros ! ¿ Dónde está ? Temo alguna desgracia. Venid... ¡ apresurémonos á libertarla ! Tiemblo pensando que su audacia la ha llevado demasiado lejos!... Está rodeada de enemigos... hace frente á todos y va á sucumbir, sin ayuda, á la fuerza del número.

CÁRLOS. — Corred á salvarla.

LA HIRE. — Vamos, os sigo.

FELIPE. — Corramos todos. (*Se van corriendo.*)

ESCENA IX.

Sitio desierto en el campo de batalla. A lo lejos se ven las torres de Reims, alumbradas por el sol.

Un CABALLERO, cubierto de una armadura negra, y con la visera baja.—JUANA sale persiguiéndole, y él se detiene y la aguarda.

JUANA.— ¡ Ah bellaco ! Ahora conozco tu astucia. Fin-

giste que huías para alejarme del campo de batalla, desviando el golpe mortal que amenazaba á los ingleses, mas tiembla por tí ahora, porque descargará sobre tí.

EL CABALLERO. — ¿ Por qué me persigues y vienes pisándome los talones con tal implacable rabia?... No es mi destino sucumbir á tus golpes.

JUANA. — Te odio con toda el alma, te odio como á la noche, cuyo color llevas, y siento irresistible deseo de matarte. ¿ Quién eres tú?... Alza la visera. Si no hubiese visto caer á Talbot en el combate, diria que eras él.

EL CABALLERO. — ¿ Ha cesado ya de inspirarte el espíritu de profecía?

JUANA. — No; habla por el contrario en el fondo de mi conciencia, y me dice que traes contigo la desdicha.

EL CABALLERO. — Héte llegada, Juana de Arco, á las mismas puertas de Reims, en alas de la victoria... Conténtate con ella... Liberta á la Fortuna que como esclava te ha servido, sin aguardar á que ella te abandone. Ya sabes que aborrece la fidelidad, y que no sirvió jamas hasta el fin á dueño alguno.

JUANA. — ¿ Qué me propones? ¡ Detenerme en mitad de mi carrera!... ¡ Abandonar mi empresa! No; yo la realizaré y cumpliré mis votos.

EL CABALLERO. — Nada te resistió hasta ahora, poderosa heroína, y por donde quiera venciste, pero cesa desde este momento de afrontar los riesgos del combate... Sigue mi consejo...

JUANA. — No soltaré la espada hasta haber exterminado á la soberbia Inglaterra.

EL CABALLERO. — Mira;... allí está Reims con sus torres, Reims, objeto y término de tu expedicion. ¿ Ves cómo brilla la cúpula de la sublime catedral? En ella entrarás triunfante y coronarás á tu Rey, y dejarás

cumplida tu mision. Pero despues de esto, no dés un paso... atiende el aviso... vuélvete atras...

JUANA. — ¿ Pero quién eres tú, alma falaz, que asi intentas amedrentarme y perturbar mis sentidos? ¿ De qué nace tal audacia, para importunarme con mentidos oráculos? (*El caballero intenta retirarse, y Juana le cierra el paso.*) No ;... debes responderme, ó morir á mis manos. (*Intenta herirle.*)

EL CABALLERO. — (*La toca y Juana se detiene inmóvil.*) Hierre lo que es mortal... (*Anochece de súbito; relámpagos y truenos. El caballero desaparece.*)

JUANA. — (*Queda de pronto absorta y vuelve luego en sí.*) No fué realidad, fué fantasma devorador del infierno, espectro escapado de los abismos para desconcertar mi valor... Pero ¿ á quién puedo temer si empuñan mis manos la espada de mi Dios?... No... quiero llevar á término victoriosamente mi carrera, y más que el infierno se oponga... ¡ fuera vacilaciones! ¡ fuera flaqueza!
(*Hace que se va y vuelve.*)

ESCENA X.

JUANA. — LIONEL.

LIONEL. — ¡ Defiéndete, maldita! Uno de los dos no ha de salir vivo de aquí... Has dado muerte á los mejores entre los míos, al noble, al magnánimo Talbot que espiró en mis brazos... Por Dios que he de vengarle, ó compartir su suerte. Y para que sepas quién te concede, muerto ó vencedor, semejante gloria, te diré quién soy; soy Lionel, el último capitán de nuestro ejército que ha sobrevivido, y que no fué vencido todavía por nadie. (*La acomete. Despues de breve combate, Juana le desarma.*) ¡ Suerte fatal! (*Siguen luchando un momento.*)

JUANA. — (*Cogiéndole por las plumas del casco, se lo arranca con violencia, y Lionel queda con el rostro descubierto. Juana blande la espada, pronta á herirle.*) Recibe, pues, lo que buscabas. La Virgen te inmola por mi mano.

(En el punto en que va á herirle, Juana ve su rostro y la mirada de Lionel la pasma. Queda inmóvil de súbito y deja caer lentamente la espada de sus manos.)

LIONEL. — ¿Por qué vacilas?... ¿Quién te impide descargar el golpe mortal? Toma mi vida, ya que me arrebataste el honor... Me hallo en tus manos... no haya perdon... (*Juana le hace una seña suplicándole que huya.*) ¿Huir... yo?... ¿Deberte la vida?... ¡Antes morir!

JUANA. — (*Volviendo el rostro.*) Si es verdad que tu vida se halló en mis manos, déjame que lo ignore... no quiero saberlo...

LIONEL. — Te ódio á tí, y ódio la merced que pretendes hacerme... no haya perdon... repito... Hieres á tu enemigo... á tu enemigo que te desprecia... y quisiera matarte á su vez.

JUANA. — ¡Mátame y huye!

LIONEL. — ¿Pero qué es esto?

JUANA. — (*Ocultando el rostro entre sus manos.*) ¡Ay desdichada de mí!

LIONEL. — (*Acercándose á ella.*) Si dicen que matas á cuantos ingleses caen en tus manos... ¿por qué á mí quieres perdonarme?

JUANA. — (*Vuelve á tomar la espada con rápido ademán, y se apresta de nuevo á herirle, pero de nuevo al ver el rostro de Lionel, se desprende el arma de sus manos.*) ¡Virgen del cielo!

LIONEL. — ¡A qué invocar la Virgen! La Virgen nada sabe de tí y el cielo no interviene para nada en tus actos.

JUANA. — (*Victima de viva angustia.*) ¿Qué es lo que

hice, Dios mio? He faltado á mis votos. (*Retuerce las manos desesperada.*)

LIONEL. — (*Contemplándola con emociion y acercándose á ella*)... ¡Oh!... desdichada niña... ¡cómo te compadezco...! Sí; me conmueves... á mí, el único con quien te has mostrado magnánima... Siento desvanecerse mi odio,... debo interesarme por tí... ¿quién eres?... ¿De dónde vienes?

JUANA. — Véte, te repito,... huye.

LIONEL. — Te compadezco porque eres jóven, porque eres bella... Tu mirada me parte el alma... Quiero salvarte... Dime... ¿qué debo hacer? Vén, vén, renuncia á este horrible pacto... Arroja las armas...

JUANA. — Ya no soy digna de llevarlas.

LIONEL. — Arrójalas... pronto... sígueme.

JUANA. — (*Con horror*) ¿Seguirte?

LIONEL. — Puedes salvarte, sígueme. Quiero salvarte... no perdamos un momento. No puedo decir qué extraña pena me causas, y siento un deseo profundo de salvarte. (*La coge por un brazo.*)

JUANA. — ¡Dunois!... Son ellos... me buscan... Si por desdicha te hallan aquí...

LIONEL. — Nada temas... yo te protegeré.

JUANA. — ¡Ay! si caes en sus manos, soy muerta!

LIONEL. — ¡Cómo!... ¿Me quieres?

JUANA. — ¡Santo Dios!

LIONEL. — ¿Volveré á verte?... ¿Sabré cuál es tu suerte?

JUANA. — ¡Nunca, jamas!

LIONEL. — Sí; volveré á verte... esta espada me servirá de prenda. (*Le toma la espada.*)

JUANA. — ¡Insensato! ¿te atreves?...

LIONEL. — ¡Me fuerzan á huir, pero volveré á verte!

(*Se va.*)

ESCENA XI.

DUNOIS. — LA HIRE. — JUANA.

LA HIRE. — ¡ Vive !... allí está...

DUNOIS. — Juana , nada temas ; tus amigos acuden á tu lado.

LA HIRE. — No huyais , Lionel.

DUNOIS. — Déjalo. ¡ Juana ! triunfó la buena causa. Reims nos abre sus puertas, y el pueblo entero se precipita al encuentro de su Rey.

LA HIRE. — ¿ Qué tiene la doncella ? Palidece... Vacila. (*Juana desfallece próxima á perder el sentido.*)

DUNOIS. — Está herida... Arráncale la armadura... herida en el brazo ligeramente, gracias al cielo.

LA HIRE. — ¡ Se desangra !

JUANA. — ¡ Dejad que pierda mi sangre con la vida !

(Cae desmayada en brazos de La Hire.)



ACTO IV.

Una sala ricamente engalanada. Adornan las columnas algunas guirnaldas. Suena dentro música de flautas y oboes.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, sola.



ESCANSAN las armas, y cesa el relampaguear de la guerra. Sucede á los combates el canto y la danza. En las calles reina el júbilo; en la iglesia resplandece engalanado el altar. Se elevan los arcos de triunfo cubiertos de verdes ramajes, y de guirnaldas en sus columnas. Reims es estrecho para contener á la multitud que acude á las fiestas populares.

Embriagados de júbilo todos los corazones, henchidos todos de un mismo pensamiento, cuantos estaban divididos por el odio hace un instante, participan ahora de la alegría comun, y no hay frances que no se sienta más orgulloso de serlo. Revivió el esplendor

de la antigua corona. Francia rinde homenaje al hijo de su Rey.

Y yo entre tanto, yo, autora de esta gloria, permanezco ajena á la dicha universal. Y mi corazón transformado, huye la pompa y vuela al campamento inglés... Allá, hácia el enemigo tiendo la mirada... forzada á alejarme del regocijo para ocultar la falta que me abruma... ¿A quién? ¿A mí?... ¿Yo llevo impresa en mi pecho virginal la imágen de un hombre? ¿Aquel corazón que iluminó un rayo del cielo, late á impulsos del amor humano?... ¡Sí, yo, el ángel salvador, yo el brazo del Altísimo, ardo en amor por el enemigo de mi patria! ¡Y lo confieso á la luz del día, y no muero de vergüenza! (*La música dentro, suena con más suavidad y ternura.*) ¡Oh desdicha! ¡oh desdicha mía!... ¡Qué dulces sonidos!... ¡Cómo cautivan mi alma! ¡Cómo me recuerdan su voz y evocan su imágen!

¡Ah!... ¿por qué no me arrebatara de nuevo el torbellino de la guerra? ¿por qué no resuena en mis oídos el trueno de las armas?... Renaciera entonces mi valor. Pero esta voz, estos acentos me cautivan, truecan en lánguidos deseos mi fuerza... la derriten en lágrimas de ternura. (*Pausa. Con vivacidad.*) Debí herirle... ¿pero podía acaso, después de haberle visto? ¡Herirle!... Antes volver contra mi propio seno el arma homicida... ¿Seré culpable porque me mostré humana?... ¿Fué crimen mi piedad? ¡Mi piedad!... Pero si no la tuve con los otros que inmoló mi espada... ¿por qué calló su voz cuando imploró por su vida el infeliz, el tierno mancebo de Gales? ¡Ah! corazón hipócrita... mientes á la faz de la eterna luz... No... no obedeciste á la santa voz de la piedad.

¿Por qué mis ojos se fijaron en los suyos?... ¿Por qué contemplé su rostro?... Con aquella mirada empezó tu crimen, ¡infeliz!... Dios quiere ciegos servidores, y á ojos cerrados debía consumir tu obra. Viste, y

cayó el escudo de Dios; viste, y te prendió en sus re-des el infierno. (*Vuelven á oirse las flautas. Juana se abisma en sus pensamientos.*) ¡ Oh!... mi cayado... ¡ojalá no te trocara nunca por la espada! ¡ Ojalá no sonara nunca en mis oídos la voz que murmura en el ramaje de la sagrada encina! ¡ Nunca me hubiese aparecido la Reina de los cielos! Toma de nuevo tu corona, Virgen madre... tómalala... no la merezco.

¡ Ay de mí! he visto abrirse los cielos, contemplé la faz de los bienaventurados y no se halla en los cielos mi esperanza, nó, sino en la tierra. ¿ A qué cargar mis hombros con tan terrible misión? ¿ Pude acaso endurecer mi corazón sensible, que hinche la gracia?

Si quieres manifestarnos tu poder elige á los espíritus inmortales, limpios de pecado, inaccesibles á las pasiones y á las lágrimas... ¡ no á una tímida niña, á una débil pastora!

¿ Qué me importa la suerte de los combates, ni la discordia de los reyes? Feliz, inocente, apacentaba mis ganados en las serenas cumbres, y de allí me arrancaste para arrojarme en el bullicio del mundo, en el orgulloso palacio de los reyes y entregarme al mal... ¡ Ah! ¡ no era esta mi vocación!

ESCENA II.

JUANA. — INES SOREL.

INES. — (*Se adelanta vivamente conmovida, y al ver á Juana se dirige corriendo hácia ella, la abraza, mas luego volviendo en sí cae de hinojos á sus piés.*) No así,... de rodillas á tus plantas.

JUANA. — (*Esforzándose en levantarla.*) Levántate... ¿ Qué te pasa? Olvidas quién soy, y quién eres.

INES. — Déjame... Héme á tus piés á impulsos de mi

júbilo... Mi corazón rebosa y necesito postrarme ante Dios... En tu persona le adoro á él, al invisible... ¿No eres tú el ángel que llevó á Reims á mi dueño y señor y le ciñó la corona? ¡Vi realizarse lo que nunca hubiese soñado. Todo está dispuesto para la coronación. El Rey viste ya el traje de ceremonia, y se han reunido los nobles y los pares de Francia para llevar las insignias. La muchedumbre acude á torrentes á la catedral, al son de las campanas y con aclamaciones de alegría que resuenan por todas partes. ¡Ah! ¡no podré soportar tanta dicha! (*Juana la levanta con cariño, é Ines la contempla con atención un momento.*) ¡Siempre grave!... ¡siempre austera!... das á los otros la felicidad, pero no quieres compartirla. Fria como siempre, no participas de nuestra embriaguez... ¡Ah!... Como el cielo te reveló sus esplendores, no hay dicha en la tierra, capaz de conmover tu casto pecho. (*Juana coge con viveza la mano de Ines Sorel, y luego la suelta.*) ¿Por qué no eres mujer, mujer sensible? Decídate á despojarte de esta armadura, puesto que la guerra acabó... decídate á participar de las condiciones de tu sexo. Mientras sigas pareciéndote á la austera Palas, mi tierno corazón se espanta en tu presencia... no me atrevo á acercarme.

JUANA. — ¿Qué exiges de mí?

INES. — Que sueltes las armas y te despojes de tu armadura... El amor teme acercarse á este pecho que defiende la coraza. ¡Sé mujer y verás cuán pronto amarás!

JUANA. — ¡Soltar las armas en esta ocasión! ¡Ahora! Expondría... pídemme que exponga mi pecho indefenso á los golpes de la muerte, pero no que me desarme ahora; ojalá me protegiese contra tales regocijos, contra mí misma, triple coraza de hierro.

INES. — Piensa que Dunois te ama, que su alma, sólo sensible hasta hoy á la gloria, única virtud del solda-

do, arde por tí de amor... ¡Bella cosa es ser amada de un héroe... pero amarle es mejor todavía! (*Juana vuelve el rostro con horror.*) Le odias. ¡Ah! no, lo más que puedes es no amarle, pero aborrecerle... ¿por qué?... Sólo se odia á quien nos priva de los que amamos, y tú no quieres á nadie. Late tranquilo tu corazón. Si pudiera sentir...

JUANA.— Ten lástima de mí... Deplora mi suerte.

INES.— ¿Qué te falta para ser dichosa? Cumpliste tu palabra y Francia es libre; coronaste á tu Rey victorioso, y tu gloria no tiene igual. El pueblo ébrio de gozo te saluda, te aclama, te elogia sin cesar; eres la divinidad de estas fiestas... El mismo Rey, con su corona, no brilla con esplendor tan glorioso como el tuyo.

JUANA.— ¡Ah!... Si pudiera esconderme en las entrañas de la tierra.

INES.— Pero, ¿qué tienes?... ¡Qué extraña emoción!... ¿Quién podrá mirar al cielo, si tú bajas los ojos?... Comprendo que me ruborizara yo, tan pequeña si me comparo contigo, é incapaz de igualarte en heroísmo, yo que, si he de confesar mi flaqueza, no me preocupo ni de la gloria de mi patria, ni del trono restaurado, ni del sublime entusiasmo popular, ni de la embriaguez de la victoria, sino de él... que me cautiva por completo, mi único afecto, mi dueño adorado, á quien el pueblo aclama y bendice, y cubre de flores... de él, que es mío, que amo con toda el alma.

JUANA.— Tú sí eres dichosa, tú sí... Tú amas, donde aman todos. Puedes abrir tu corazón á los ojos de todos, y dar libre curso á tu alborozo... La misma fiesta que celebra hoy el reino, es la fiesta de tus amores. Esa multitud que se agolpa dentro de estos muros comparte y consagra tu emoción. A tí saludan... para tí tejen sus guirnaldas. La felicidad pública y tú, sois una misma cosa. Amas al sol que esparce tal alegría, y cuanto ves es tan sólo reflejo de tu amor.

INES. — (*Arrojándose en sus brazos.*) ¡ Oh ! Me llenas de gozo. ¡ Cómo me comprendes !... ¡ Ah, si !... no te conocia bien, sin duda conoces el amor, porque expresas á las mil maravillas lo mismo que siento. ¡ Fuera timidez, fuera temores, mi alma vuela confiada hácia tí !

JUANA. — (*Intentando sustraerse á sus abrazos.*) Déjame... aléjate de mí... cuida de no mancharte con mi presencia... Vé... vé... sé feliz y deja que oculte en profunda noche mi infortunio, mi vergüenza, mi desesperacion.

INES. — ¡ Dios mio !... Me asustas... no te comprendo, ni nunca te he comprendido. Fuiste siempre para mí un misterio. Pero es difícil en verdad comprender qué puede ser causa de recelo para tu alma celestial, tan pura y tierna al par.

JUANA. — Tú eres aquí la santa, la pura, no yo. Si pudieras leer en mi alma, rechazarias con horror, lejos de tí, á la enemiga, á la traidora !

ESCENA III.

Dichas. — DUNOIS. — DUCHATEL. — LA HIRE, con la bandera de Juana.

DUNOIS. — Por orden del Rey, Juana, venimos en tu busca ; todo está pronto y quiere que le precedas con la santa bandera. Vas á figurar entre los príncipes, y delante del Rey, porque reconoce, y con él todos, que á tí sola se debe la gloria de este día.

LA HIRE. — Ahí está la bandera ; tómala, noble doncella ; están aguardándote los príncipes y el pueblo.

JUANA. — ¿ Precederle yo ? ¿ llevar yo la bandera ?

DUNOIS. — ¿ Y quién si no tú es digno de ello ? ¿ Dónde hallar manos bastante puras para llevar este sím-

bolo sagrado? Lo enarbolaste en los combates, y justo es que lo lleves ahora como ornamento por la alegre senda del triunfo. (*La Hire le presenta la bandera. Juana retrocede y se estremece.*)

JUANA. — ¡Atras!... ¡Atras!

LA HIRE. — ¿Qué te pasa?... Te estremeces ante tu propio estandarte... Mira. (*La despliega*). Es la misma que hacías flotar en la victoria. En sus pliegues está representada la Reina de los cielos cerniéndose sobre la tierra, como te ordenó la misma Virgen.

JUANA. — (*Mirando con espanto.*) ¡Es ella, la misma!... Así se me apareció. Mirad cómo frunce las cejas, y bajo los sombríos párpados llamea su mirada!

INES. — Delira... Vuelve en tí... Estás viendo visiones. Esta no es más que vana imagen... La Virgen mora en lo infinito.

JUANA. — ¡Terrible vision! Ven á castigar á tu criatura. Aplástame, castigame, toma tus rayos... lánzalos contra mí. Falté á mis votos, he profanado, he blasfemado tu divino nombre.

DUNOIS. — ¡Oh desdicha nuestra!... ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Qué funestas palabras?

LA HIRE. — (*A Duchatel con estupor.*) ¿Comprendeis algo de esta increíble convulsion?

DUCHATTEL. — Bien lo veo, y no son de hoy mis temores.

DUNOIS. — ¡Cómo! ¿Qué quereis decir?

DUCHATTEL. — No puedo decir lo que pienso. ¡Ojalá hubiese pasado ya todo, y hubiésemos coronado al Rey!

LA HIRE. — ¿Será que se vuelve contra tí el terror que esparcía en torno esta bandera?... Deja que tiemble el ingles ante ese signo, terrible para los enemigos de Francia, pero propicio á sus hijos.

JUANA. — ¡Verdad! Propicio á los amigos y sólo terrible para los enemigos. (*Suena dentro la marcha de la coronacion.*)

DUNOIS.— Toma la bandera , tómalala ; ya sale la procesion ; démonos prisa.

(Le entrega la bandera ; la coge Juana con visible repugnancia y se va. Los demas la siguen.)

ESCENA IV.

Una plaza pública delante de la Catedral.

La multitud ocupa el foro ; algunos grupos de curiosos en primer término.—BERTRAN, CLAUDIO-MARÍA y ESTÉBAN. Suena á lo lejos la marcha de la coronacion.

BERTRAN.—¿ Oís la música ?... Ya están aquí ; ya se acercan. ¿ Qué haremos ? ¿ Subir á una azotea , ó meternos entre la gente para no perder nada de la procesion ?

ESTÉBAN.— ¡ Si es imposible abrirse paso ! Las calles están atestadas de gente á caballo y en coche.

CLAUDIO.— Parece que ha venido aquí media Francia. Todo se lo lleva la corriente... Hasta á nosotros nos sacó de la Lorena, tan lejos como está, para traernos á esta plaza.

BERTRAN.—¿ Quién puede quedarse tranquilo en su rincon, cuando ocurren tan grandes cosas ?... Cuidado si costó sangre y sudores volver al rey legítimo la corona ; no seria bien, pues, que nuestro Rey, á quien devolvemos lo que es suyo, fuese menos festejado que el de los parisienses, coronado en San Dionisio. No es buen frances quien no acude á esta fiesta y no grita como nosotros : ¡ Viva el Rey !

ESCENA V.

Dichos.—MARGARITA y LUISA acercándose á ellos.

LUISA.— ¡ Cómo me late el corazon , Margarita ! Vamos á ver á nuestra hermana.

MARGARITA.— Sí; vamos á verla rodeada de esplendor y grandeza, y á decirnos: es Juana, nuestra hermana.

LUISA.— Yo necesito verla para creer que sea ella misma, que nos dejó para no volver, la que llaman la doncella de Orleans.

MARGARITA.— ¿Aún dudas? Pues ya lo verás.

BERTRAN.— Aguardad... ya están aquí.

ESCENA VI.

Abren la marcha algunos tocadores de flauta y oboe, á los que siguen niños vestidos de blanco y con verdes ramos en la mano. Luego vienen dos heraldos y un piquete de alabarderos que preceden á los magistrados con traje de ceremonia. Detras, dos mariscales con el baston de mando; el duque de Borgoña llevando la espada; Dunois el cetro, y otros nobles del reino la corona, el cetro rematando en una mano, y el globo imperial. Luego los monaguillos con los incensarios, dos obispos con la Santa Ampolla de Reims, y el arzobispo con un crucifijo. Juana llevando la bandera, bajos los ojos y con paso vacilante. Al verla, sus hermanas manifiestan la mayor sorpresa y gozo. Inmediatamente despues de Juana, el Rey, bajo palio que sostiene cuatro barones. Cortesanos y soldados cierran la marcha. En cuanto la procesion entra en la iglesia cesa la música.

ESCENA VII.

LUISA.—MARGARITA.—CLAUDIO-MARÍA.

ESTÉBAN.—BERTRAN.

MARGARITA.— ¿Has visto á la hermana?

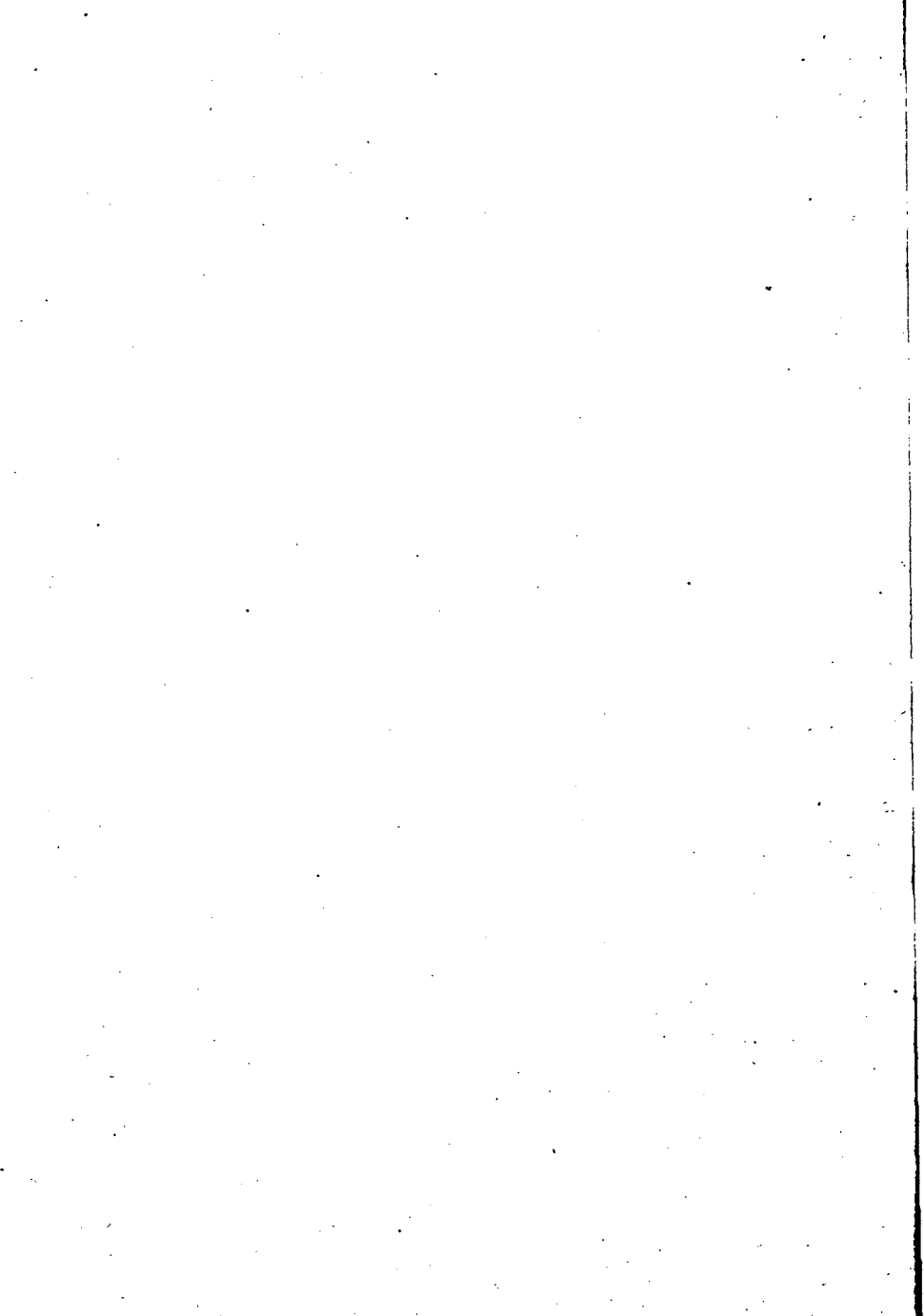
CLAUDIO.— ¡Con armadura de oro, y delante del Rey con su bandera!

MARGARITA.— ¡Era ella!... Era Juana, nuestra hermanita.

LUISA.— Y no nos ha conocido. ¡Cómo podia pensar



Consagracion de. Cárlos VII en Reims.



que el corazón de sus hermanas latía tan cerca de ella! Iba con los ojos bajos y estaba tan pálida y caminaba con tan inseguro paso, que á la verdad, no me ha alegrado mucho verla.

MARGARITA.— Yo sólo me he fijado en su esplendor, en su gloria. ¿Quién había de imaginarse, ni aún soñando, cuando apacentaba los rebaños, que la veríamos rodeada de tal pompa?

LUISA.— Ahí tenemos cumplido el sueño de padre, que nos decía que nos prosternaríamos en Reims delante de nuestra hermana. Ahí está la iglesia que padre vió en sueños... todo se ha cumplido... Pero tuvo también terribles visiones... y me espanta ver á Juana engrandecida de tal modo.

BERTRAN.— ¡A qué seguir aquí sin hacer nada! Vamos á la iglesia á ver la ceremonia.

MARGARITA.— Sí, vamos; tal vez encontraremos á Juana.

LUISA.— Ca, volvámonos á casa; ahora ya la hemos visto.

MARGARITA.— ¡Cómo!... ¿Sin saludarla? ¿Sin hablarla?

LUISA.— Pero si ya no es de los nuestros. A ella le corresponde estar entre príncipes y reyes. ¿Qué somos nosotros para tomar parte en su gloria? ¡Si ya nos era extraña cuando vivía con nosotros!

MARGARITA.— ¿Crees que se avergonzaría de nosotros... que nos despreciaría?

BERTRAN.— Ni el mismo Rey nos desprecia. ¿No visteis con qué bondad saludaba aún á los más humildes cuando pasó? Y por muy alto que haya subido ella, el Rey es más que ella. (*Suenan clarines y tambores saliendo de la iglesia.*)

CLAUDIO.— Entremos en la iglesia. (*Se van hacia el foro y se confunden con la multitud.*)

ESCENA VIII.

TIBALDO vestido de negro.—RAIMUNDO le sigue
y se esfuerza en detenerle.

RAIMUNDO.—Deteneos, buen Tibaldo... separaos de esta gente... Aquí sólo vereis rostros alegres... ¡Esta fiesta ofende vuestro dolor! Vamos, vayámonos corriendo de esta ciudad.

TIBALDO.—¿ La viste... à mi hija infeliz ? ¿ La has observado bien ?

RAIMUNDO.— ¡ Ah !... idos... os lo ruego.

TIBALDO.—¿ Has visto cómo andaba temblando, pálida... confusa ?... Es que comprende su situación, la desgraciada... Llegó el instante de salvarla... no lo dejemoş escapar. *(Intenta irse.)*

RAIMUNDO.—Aguardad... ¿ qué quereis hacer ?

TIBALDO.—Sorprenderla, precipitarla de la cumbre de su vana grandeza, y traerla otra vez, aunque sea à la fuerza, al Dios que ha renegado.

RAIMUNDO.—Pensadlo bien. ¿ Vos mismo precipitareis à vuestra hija ?

TIBALDO.—Perezca su cuerpo y sálvese el alma. *(Juana, sin la bandera, sale precipitadamente de la iglesia. La multitud se agolpa en torno suyo adorándola, besando sus vestidos, de forma que permanece un rato en el fondo, sin poder abrirse paso por entre la gente que la asedia.)* ¡ Llega !... ¡ Es ella !... Huye de la iglesia... pálida, víctima de su propia angustia que la arroja del santuario. ¡ Sentencia es de Dios, que empieza à revelarse !

RAIMUNDO.—Adios... no esperéis que persista todavía... Vine henchido de esperanza, y me vuelvo lleno de aflicción. He visto de nuevo à vuestra hija y siento que de nuevo la he perdido. *(Se va. Tibaldo se aleja en opuesta dirección.)*

ESCENA IX.

JUANA. — El pueblo. — Luego MARGARITA y LUISA.

JUANA. — (*Libre ya de las apreturas, se adelanta.*) No puedo seguir aquí... ¡Los ángeles me rechazan!... Para mí retumban como el trueno las dulces voces del órgano, las naves de la iglesia me abruman... necesito aire, espacio, libertad!... Dejé la bandera en el santuario... jamas, nunca jamas volveré á asirla... Parecióme ver deslizarse ante mí como un sueño, á mis tiernas hermanas... Luisa... Margarita... ¡Oh, engañosa vision! Lejos están de mí, muy lejos como los felices dias de mi infancia y mi inocencia.

MARGARITA. — (*Saliendo.*) ¡ Es ella, es Juana!

LUISA. — (*Corriendo á su encuentro.*) ¡ Oh, hermana mia!

JUANA. — ¡Entonces no fué un sueño! Sois realmente vosotras, vosotras á quienes abrazo. A tí, Luisa mia, y á tí, Margarita... estrecho entre mis brazos, en estos extraños lugares, en esta poblada soledad.

MARGARITA. — Nos reconoce todavía. Es nuestra buena hermana.

JUANA. — Venis á mí, tan lejos como estaba, llevadas de vuestro cariño, ¿ verdad?... ¿ Y no me guardais rencor porque me fuí sin daros mi adios?

LUISA. — ¡ Oh!... obedecias á los impenetrables designios del cielo.

MARGARITA. — Tu reputacion que conmueve á todos, y lleva de boca en boca tu nombre, voló hasta el pacífico rincon de nuestro pueblo, y nos trajo aquí á presenciarse la solemnidad de esta fiesta. Hemos venido para ver tu gloria... y no estamos solas.

JUANA. — (*Con viveza.*) ¿ Padre está con vosotros?... ¿ Dónde está?... ¿ Por qué se esconde?

MARGARITA. — Padre no ha venido.

JUANA. — ¿No ha venido?... ¿No quiere ver á su hija?... ¿No me traeis su bendicion?

LUISA. — Si no sabe que estamos aquí.

JUANA. — ¿No lo sabe? ¿Y por qué?... ¿Qué os perturba?... ¿Por qué este silencio?... Bajais los ojos... Hablad. ¿Dónde está mi padre?

MAGDALENA. — Desde que te fuiste...

LUISA. — (*Haciéndole señas para que calle.*) ¡Margarita!

MARGARITA. — ... Padre quedó postrado de tristeza.

JUANA. — ¡De tristeza!

LUISA. — Consuélate... ya le conoces,... siempre lleno de presentimientos; ya recobrará su buen humor y alegría cuando le digamos que eres feliz.

MARGARITA. — Porque eres feliz, ¿verdad? ¡Oh!... debes serlo, ¡rodeada de tantas grandezas... tantos obsequios!

JUANA. — Sí, lo soy, puesto que vuelvo á veros y á oiros, y recuerdo el caro acento de los paternos campos. Cuando apacentaba mis ganados en nuestras montañas, entonces era dichosa como si estuviera en el paraíso. ¡Ah! ¿lo seré otra vez? ¿volveré á serlo?

(*Oculto el rostro en brazos de Luisa.*)

(Salen CLAUDIO, ESTEBAN y BERTRAN, y se detienen, temerosos de acercarse.)

MARGARITA. — Venid, Claudio, Estèban, Bertran... ¡no es orgullosa, no! Tan cariñosa, con tal bondad nos habla como si nada hubiese hecho, y no hubiese salido del pueblo. (*Se adelantan y muestran deseos de estrecharle la mano. Juana los mira fijamente y se abisma en profundo estupor.*)

JUANA. — ¿Dónde estuve? Decídmelo... Todo eso no fué más que un prolongado sueño del que despierto ahora... ¿Abandoné nunca Domremy? No; me dormí á la sombra del árbol encantado, y ahora despierto y me hallo entre vosotros, mis queridos y familiares

compañeros. Reyes, batallas, guerras... sueños, visiones que pasaron por delante de mis ojos... Bajo el árbol... se sueñan tales cosas que parecen verdad. ¿Cómo habeis venido á Reims? ¿Cómo me hallo yo misma aquí? Jamas, jamas salí de Domremy... confesadlo francamente... devolved la alegría á mi corazon.

LUISA. — No; estamos en Reims. Tus hazañas no las has soñado, no; las ejecutaste realmente; vuelve en tí, mira en torno tuyo; toca con tu propia mano tu armadura de oro. (*Juana lleva la mano al pecho, reflexiona, y se estremece.*)

BERTRAN. — Este yelmo lo recibisteis de mis manos.

CLAUDIO. — No extraño que penseis haber soñado, porque en verdad, no hubo sueño tan maravilloso como cuanto hicisteis.

JUANA. — Venid, huyamos, me vuelvo á casa al lado de mi padre.

LUISA. — Sí; vén, vén con nosotros.

JUANA. — Toda esa gente me ensalza más de lo que merezco. Vosotros me habeis visto niña, pequeña, débil, me amais, y no me adorais.

MARGARITA. — ¡Cómo!... ¿Renuncias á tanta gloria?

JUANA. — Afuera esta odiosa pompa, que os aleja de mí. Quiero volver á ser pastora, y serviros humildemente y hacer penitencia del pecado de vanidad que cometí, elevándome por encima de vosotros.

ESCENA X.

Dichos. — CÁRLOS, sale de la iglesia con las vestiduras de la ceremonia de la consagracion. — INES SOREL, el ARZOBISPO, el DUQUE DE BORGÑA, DUNOIS, LA HIRE, DUCHATEL, caballeros, cortesanos y pueblo.

TODOS. — (*Gritando al pasar el Rey.*) ¡Viva el Rey!
¡Viva Cárlos VII!

(Suenan los clarines. A una seña del Rey, los heraldos levantan los bastones, ordenando silencio.)

CÁRLOS. — ¡Gracias, pueblo mio, por tales pruebas de amor! La corona que Dios coloca de nuevo en mis sienes, fué reconquistada por la gloria, teñida con sangre de la nacion. De hoy más la oliva entrelazará con ella sus verdes ramas, y los mismos que combatiéron contra nosotros, los que nos resistieron, gozarán de la amnistía general y absoluta. Porque la gracia divina descendió sobre nosotros, y nuestra primera palabra real será... gracia.

EL PUEBLO. — ¡Viva el Rey!... ¡Viva Cárlos el Bueno!

CÁRLOS. — A Dios, Señor omnipotente, debieron la corona los reyes de Francia, pero Nos la recibimos de su mano de un modo más visible aún. (*Dirigiéndose á la doncella.*) Vedla allí á la enviada de Dios que os devolvió al Rey de vuestros mayores, y quebrantó el yugo de la tiranía extranjera. Sea sagrado su nombre para todos, como el de San Dionisio patron de esta tierra, y álcense altares á su gloria.

EL PUEBLO. — ¡Viva la doncella! ¡Viva nuestra salvadora!

(*Música.*)

CÁRLOS. — (*Dirigiéndose á Juana.*) Dinos ahora, si como nosotros pertenesces á la humana naturaleza, ¿qué dones pueden satisfacerte? Mas si tu patria está en lo alto, si se ocultan en tu seno virginal los puros rayos de los cuerpos angélicos, caiga la venda de nuestros ojos y muéstrate en tu radiante esplendor, tal como el cielo te contempla, para que te adoremos prosternados. (*Silencio general. Todos dirigen la mirada á la doncella.*)

JUANA. — (*Soltando repentino grito.*)... ¡Dios mio! Mi padre.

ESCENA XI.

Dichos. — Sale TIBALDO de entre la multitud, y deteniéndose delante de su hija la contempla fijamente cara á cara.

VOCES DIVERSAS. — ... ¡ Su padre!

TIBALDO. — Sí, su infeliz padre, el hombre que engendró á la infortunada, y llega por mandato de Dios para acusar á su propia hija.

FELIPE. — ¿ Qué es esto ?

DUCHATTEL. — Siento que se aproxima un terrible instante.

TIBALDO. — (*Al Rey.*) Crees deber á Dios tu salvacion, principe engañado, extraviado pueblo, cuando lo estais debiendo todo á los maleficios del demonio. (*Todos retroceden con espanto.*)

DUNOIS. — Este hombre está loco.

TIBALDO. — Mejor dirás que lo estás tú y este santo obispo, y cuantos se hallan aquí y creen que Dios va á mostrarse por mediacion de una pobre niña. Veamos si á la faz de su padre osará sostener la descarada farsa, con que engañó al pueblo y al Rey. En nombre de la Santísima Trinidad, responde: ¿ eres digna de contactarte en el número de los santos y los puros ? (*Silencio general. Todos contemplan á Juana que sigue inmóvil.*)

INES. — ¡ Dios mio !... Calla.

TIBALDO. — ¡ Cómo no, con semejante invocacion, temida aún en el fondo del infierno ! ¡ Ella, santa ! ¡ Ella, enviada de Dios ! ¡ Miserable impostura inventada en lugar maldito, á la sombra del árbol encantado, donde de antiguo celebran sus conciliábulos los espíritus infernales ! Allí fué donde vendió el alma al diablo á condicion de adquirir alguna fama. Decidle que os enseñe sus brazos y vereis en ellos la marca del infierno.

FELIPE. — ¡ Horror !... ¡ Y cómo no creer á un padre que depone contra su propia hija !

DUNOIS. — No ; guardaos de creer á este insensato que se deshonra en su propia hija.

INES. — (*A Juana.*) Pero habla tú , rompe este silencio fatal y te creeremos. Porque tenemos fe en ti , y una sola palabra de tu boca , una sola , nos bastará. Pero habla , aniquila tan horrible acusacion. Dinos que eres inocente y te creeremos. (*Juana sigue inmóvil. Inés Sorel se aparta de ella con horror.*)

LA HIRE. — Ahora se halla cohibida por súbito terror y la sorpresa y el espanto cierran sus labios. Ante tan terrible acusacion , tiembla la misma inocencia. (*Se le acerca.*) Vuelve en tí , Juana , y explícate. La inocencia tiene su lenguaje propio , su segura mirada que resiste á la calumnia. Cede al arrebatado de noble indignacion , alza los ojos , confunde la duda criminal que osó profanar tu virtud. (*Juana sigue inmóvil. La Hire se aparta con horror. Crece la agitacion.*)

DUNOIS. — Se estremece el pueblo... tiemblan los príncipes ; ¿ qué quiere decir esto ? Es inocente. Yo lo fio y lo fio con mi honor de príncipe. Ahí va mi guante. Recójalo quien sostenga que es culpable. (*Truena. El espanto sobrecoge á todos.*)

TIBALDO. — Responde en nombre de Dios que lanza el rayo... dinos si eres inocente. Pruébanos que el enemigo no habita en tu corazon y castigame si miento. (*Truena otra vez ; el pueblo se desbanda.*)

FELIPE. — ¡ Dios nos socorra !... Qué señales... Temblad.

DUCHATTEL. — (*Al Rey.*) Venid , venid ; huyamos de aquí.

EL ARZOBISPO. — En nombre de Dios , te pregunto si te fuerza á callar tu inocencia ó el sentimiento de tu crimen. Si la voz del rayo atestigua en tu favor , toma esa cruz , y haz una señal. (*Juana sigue inmóvil. Truena tercera vez. Se van todos , excepto Dunois.*)

ESCENA XII.

DUNOIS.—JUANA.

DUNOIS.—Eres mi esposa. Creí en tí desde la primera vez que te he visto, y creo en tí todavía. Creo más en tí que en todas las señales, y hasta en el trueno que retumba en la altura. Tu noble indignación te fuerza á callar, y escudada en tu inocencia desdeñas refutar tan vergonzosa sospecha; sí, ni una palabra. Dáme la mano, lo único que te pido; la mano, en prenda de que fias á mi brazo tu buena causa. (*Le tiende la mano. Juana vuelve el rostro convulsa. Dunois queda estupefacto.*)

ESCENA XIII.

Dichos.—DUCHATTEL.—Luego RAIMUNDO.

DUCHATTEL.—¡Juana de Arco! El Rey os permite salir de la ciudad, sin temor de ser inquietada. Teneis franco el paso... No debeis temer que nadie os injurie porque la promesa del Rey os sirve de salvo-conducto. Vamos, conde Dunois; no es conveniente que sigais aquí por más tiempo. ¡Qué desenlace!

(Se va. Dunois vuelve en sí, contempla por última vez á Juana y luego se va tambien. Juana queda sola un breve rato. Sale Raimundo, y despues de haberla contemplado en silencio un instante, con dolorosa impresion se acerca á ella y la coge de la mano.)

RAIMUNDO.—Aprovechad este instante. Las calles están desiertas. Dadme la mano y yo os guiaré.

(Al reparar en él, Juana vuelve en sí por primera vez, le mira fijamente, luego al cielo, y por último le coge vivamente de la mano y se van.)



ACTO V.

Sitio agreste y poblado de árboles. En el fondo una choza de carboneros. Es de noche. Llueve y relampaguea.

ESCENA PRIMERA.

Un CARBONERO. — Su MUJER.

EL CARBONERO.



ERRIBLE tempestad!.... El cielo amenaza fundirse en agua... negro como boca de lobo, en mitad del día... ¡ Si parece que anda suelto el infierno!... Treme la tierra, los fresnos centenarios crujen con espantoso estrépito, abatidos por el viento... Y tan horrible guerra que doma á las mismas bestias feroces, y las fuerza á ocultarse en sus madrigueras, no será bastante á traer la paz entre los hombres. — Con los aullidos del

viento y la borrasca suena el silbido de las balas... Tan cerca están ambos ejércitos que sólo los separa este bosque... A cada instante pueden venir á las manos.

LA MUJER. — ¡ Dios nos asista !... pero ¿ no fueron ya derrotados y dispersos ?... ¿ Cómo es que vuelven á darnos angustia ?

EL CARBONERO. — Esto es porque ya no temen al Rey. Desde que descubrieron en Reims que la doncella era bruja , el diablo no nos auxilia y todo anda de cualquier modo.

LA MUJER. — Escucha... ¿ Quién viene ?

ESCENA II.

Dichos.—RAIMUNDO.—JUANA.

RAIMUNDO. — Veo una choza... Venid... Allí hallaremos abrigo contra la lluvia... Estos tres días de viaje han agotado vuestras fuerzas... ¡ Claro !... fugitiva... sin más alimento que algunas raíces. (*Calma la tormenta ; se serena el cielo.*) Venid... son honrados carboneros...

EL CARBONERO. — Parece que necesitais descanso ; entrad. Cuanto puede ofreceros nuestra casa, es nuestro.

LA MUJER. — ¡ Una armadura !... Singular vestimenta para una muchacha... Pero , en fin , lo comprendo... en tales tiempos vivimos, que hasta las mujeres deben ponerse la coraza. La misma reina Isabel, segun dicen, va armada de piés á cabeza por el campamento. Tambien una doncella , una pastora ha combatido con valor por nuestro Rey.

EL CARBONERO. — Basta de charla... Vé á la cabaña y dá de beber á esta doncella. (*La mujer del carbonero entra en la choza.*)

RAIMUNDO.—(A Juana.) Ya lo veis. No todos son bárbaros en el mundo, y en los sitios agrestes se hallan á veces almas caritativas. Serenaos un poco. Ha cesado la tormenta... brillan los rayos del sol con suave resplandor.

EL CARBONERO.—Supongo que vais en busca del ejército del Rey, pues viajais armados así... ¡Mucho cuidado! Cerca de aquí acamparon los ingleses, y sus avanzadas recorren los bosques.

RAIMUNDO.—¡Ay pobres de nosotros!... ¡Cómo escaparles!

EL CARBONERO.—Quedaos, hasta que vuelva de la ciudad mi hijo. Él os llevará por secretos senderos, que podreis cruzar sin temor. Conocemos los atajos.

RAIMUNDO.—(A Juana.) Quitaos el casco y la armadura. Os denuncian y no os protegen.

(Juana mueve tristemente la cabeza.)

EL CARBONERO.— ¡Está muy triste la señorita!... ¡Silencio!... ¿Quién va?

ESCENA III.

Dichos.—La MUJER del carbonero, trayendo un vaso.—El HIJO del carbonero.

LA MUJER.—El muchacho que aguardábamos. (A Juana.) Bebed, señorita. Dios os bendiga.

EL CARBONERO.—(A su hijo.) ¡Ya de vuelta, Anet! ¿Qué noticias traes?

EL HIJO DEL CARBONERO.—(Repara en Juana, la reconoce, y se lanza hácia ella, quitándole el vaso de los labios en el punto en que ella va á beber.) ¡Madre!... ¡Madre! ¿qué estais haciendo? ¿A quién acogeis?... Si es la bruja de Orleans...

EL CARBONERO Y SU MUJER.— ¡Dios nos socorra!...

(Huyen, persignándose.)

ESCENA IV.

▷ JUANA.—RAIMUNDO.

JUANA.—(*Con calma y dulzura.*) Ya lo ves. La maldicion me sigue, todos huyen de mí. Piensa en tu propia suerte, y déjame.

RAIMUNDO.—¡Abandonaros ahora! ¿Quién os acompañará?

JUANA.—No falta quien me guie. ¿Oíste cómo retumbaba el trueno sobre mi cabeza?... Condúceme mi propio destino... Serénate. Ya llegaré sin buscarlo, al término de la jornada.

RAIMUNDO.—¿Y á dónde quereis ir?... A este lado los ingleses que juraron encarnizados vuestra muerte; al otro, los nuestros que os han repudiado, y desterrado.

JUANA.—Nada me sucederá que no deba sucederme.

RAIMUNDO.—¿Pero quién cuidará de vuestra subsistencia? ¿Quién os defiende de las fieras, y de los hombres, más crueles aún? ¿Quién os asiste en tal miseria, con tales padecimientos?

JUANA.—Conozco las plantas y las raíces. En otro tiempo aprendí de las ovejas á distinguir la planta salutifera de la venenosa. Sé leer en las estrellas y en las nubes, y entiendo lo que dice el rumor de ocultos manantiales. Poco necesita la criatura, y la naturaleza encierra tesoros de vida.

RAIMUNDO.—(*Cogiéndole la mano.*) ¿Pero no sentis necesidad de recogimiento, de reconciliacion con Dios y con la Iglesia, por medio de la penitencia?

JUANA.—¿Tambien tú me crees culpable del crimen de que me acusan?

RAIMUNDO.—¿Cómo no, si vuestro silencio pregoná...

JUANA. — Tú, que me has seguido en la desgracia, único sér que me guardó fidelidad, y se adhiere á mi servicio, cuando los demas me rechazan!... tú tambien me crees réproba, infame, culpable de perjurio para con mi Dios. (*Raimundo calla.*) ¿ Oh?... ¡ esto es cruel!

RAIMUNDO. — (*Sorprendido.*) ¿ Pero es verdad que no sois bruja?

JUANA. — ¡ Bruja, yo!

RAIMUNDO. — ¿ Hicisteis tales milagros por el poder de Dios y de los santos?

JUANA. — ¿ Y con qué si nó?

RAIMUNDO. — ¿ Y sólo respondeis con el silencio á tan odiosa acusacion? ¡ Ahora hablais, y delante del Rey, y cuando tanto os convenia, enmudecisteis!

JUANA. — Soportaba en silencio la suerte que Dios, mi Señor, me impuso.

RAIMUNDO. — Nada pudisteis responder á vuestro padre.

JUANA. — Lo que del padre procedia, procedia de Dios, y esta prueba me será tenida en cuenta.

RAIMUNDO. — El mismo cielo atestiguó vuestro crimen.

JUANA. — El cielo hablaba; por eso callé.

RAIMUNDO. — ¡ Cómo!... ¿ Podiais disculparos y habeis dejado el mundo en tan fatal error?

JUANA. — No fué error; era decreto de lo alto.

RAIMUNDO. — ¡ Siendo inocente, soportais tal infamia, sin que haya salido de vuestros labios la menor queja! Todo me confunde y trastorna. Bota el corazon en el fondo del pecho. De buen grado creeria cuanto decis, porque me costaba convencerme de vuestro delito. Pero ¿ cómo imaginar que criatura humana pueda oponer tan sólo el silencio á cuanto hay más espantoso en el mundo?

JUANA. — ¿ Y hubiera sido digna de mi mision, si no

hubiese sabido respetar ciegamente la voluntad de Dios? ¡Oh!... ¡no soy tan miserable como te figuras!... ¿Que sufro privaciones?... No es grande el mal para mi estado. ¿Que estoy desterrada, fugitiva? Así he aprendido á conocerme en la soledad. Poco há, cuando me rodeaban los esplendores de la gloria, sostenia en mi interior tremenda batalla; y era el sér más desgraciado de la tierra, cuando parecia el más digno de envidia!... Ahora, en cambio, me siento curada. Me hizo mucho bien esta tormenta que parecia el fin del mundo. Al tiempo que lo purificaba me ha purificado á mí; siento descender la paz á mi alma. Suceda ahora lo que quiera.... nada tengo de que acusarme.

RAIMUNDO.—¡Oh!... Vamos, vamos á proclamar vuestra inocencia á la faz del mundo entero.

JUANA.— Quien desencadenò la confusion la desvanecerá. Sólo en sazon cae el fruto del destino. Ya llegará el día en que seré absuelta, y los que me rechazaron y condenaron, conocerán su delirio y llorarán por mí.

RAIMUNDO.— Y he de aguardar á que la casualidad...

JUANA.— (*Cogiéndole con ternura de la mano.*) Sólo ves el aspecto natural de las cosas, porque una venda cubre tus ojos. Pero yo he contemplado la inmortalidad del sér. No cae ni un cabello de la cabeza del hombre sin que Dios no quiera. ¿Ves declinar el sol allá arriba? Pues bien; tan cierto como amanecerá mañana con todo su esplendor, así es infalible que lucirá un día la verdad.

ESCENA V.

Dichos.—La reina ISABEL parece en el fondo, al frente de una escolta de soldados.

ISABEL.— (*Dentro.*) ¿Por dónde se va al campamento ingles?

RAIMUNDO.— ¡ Oh, desdicha nuestra !... ¡ Los enemigos ! (*Los soldados se adelantan, pero al ver á Juana retroceden con espanto.*)

ISABEL.— ¿ Qué ocurre que así se detienen ?

LOS SOLDADOS.— ¡ Dios nos asista !

ISABEL.— ¿ Acaso les aparece un fantasma ? ¿ Vosotros sois soldados ? Cobardes sois. (*Atraviesa el grupo, se acerca y retrocede al ver á la doncella.*) ¡ Qué veo !... ¡ Ah ! (*Volviendo en sí y dirigiéndose resuelta hácia Juana.*) Ríndete... Eres mi prisionera.

JUANA.— Lo soy. (*Huye Raimundo gesticulando desesperado.*)

ISABEL.— (*A los soldados.*) Cargadla de cadenas. (*Los soldados se acercan á Juana con cautela. Juana tiende los brazos. La atan.*) ¿ Es esta la poderosa guerrera, la formidable heroína, que desbandaba nuestros ejércitos como rebaños, y ahora no sabe defenderse á sí misma ? ¿ Será que sólo obra milagros donde creen en ella, y se torna simple mujer en cuanto se encuentra con un hombre ? (*Á Juana.*) ¿ Por qué has abandonado tu ejército ? ¿ Dónde está Dunois, tu caballero y protector ?

JUANA.— He sido desterrada.

ISABEL.— (*Retrocediendo con sorpresa.*) ¡ Cómo ! ¡ Tú, desterrada !... ¿ Desterrada por el delfín ?

JUANA.— Nada me preguntes. Me hallo en tu poder; decide de mi suerte.

ISABEL.— ¡ Desterrada ! Sin duda por haberle sacado del abismo y ceñido su cabeza con la corona real en Reims. ¡ Desterrada ! En esto reconozco á mi hijo. Llévala al campamento. Mostrad al ejército este espantajo, objeto de tantas alarmas. ¡ Ella, una bruja !... No hubo otro maleficio que vuestra cobardía y alucinación. Mejor se diría que es una loca que se ha sacrificado por su rey, y que recibe ahora la real recompensa de semejante sacrificio. Daos prisa á llevarla á Lionel. Le envío encadenada la fortuna de los franceses. En marcha; ya os sigo.

JUANA.— ¡ A Lionel ! Matadme aquí mismo antes que enviarme á Lionel.

ISABEL.— (*A los soldados.*) Obedeced mis órdenes.
¡ Llevadla ! (*Vase.*)

ESCENA VI.

JUANA.— Los SOLDADOS.

JUANA.— (*A los soldados.*) ¡ Ingleses !... No sufráis que salga viva de vuestras manos ; tirad de las espadas, pasadme el corazón , arrojad mi cadáver á los pies del capitán. Pensad que soy la que mató vuestros mejores compañeros, y derramé sin piedad torrentes de sangre inglesa, y arrebaté á los más valientes el día del retorno á la patria. ¡ No regateéis nada á vuestra venganza ! Matadme... ahora estoy en vuestras manos. ¡ Quizá no volvereis á hallarme débil como ahora !

EL CAPITAN.— Haced lo que la Reina ha mandado.

JUANA.— ¿ No he agotado aún el cáliz de la amargura ? ¡ Oh... Virgen mía ! ¡ Cómo me abrumba tu poder !... ¿ Caí en tu desgracia para siempre ? Dios ha cesado de socorrerme ; no viene en mi ayuda ángel alguno ; el cielo me cierra sus puertas. (*Sigue á los soldados.*)

ESCENA VII.

El campamento del Rey de Francia.

DUNOIS entre el ARZOBISPO y DUCHATEL.

EL ARZOBISPO.— Hacedos superior á vuestros resentimientos y seguid con nosotros. Volved al servicio de vuestro Rey. No abandonéis ahora la causa común cuando de nuevo apremiados por la suerte, reclamamos el apoyo de vuestro brazo.

DUNOIS.— ¿ Y por qué nos hallamos de nuevo suje-

tos ? ¿ Por qué el enemigo torna á levantar cabeza ? Todo estaba cumplido ; Francia victoriosa llegaba al fin de la guerra, cuando hé aquí que desterrais á la renditora. Salvaos, pues, vosotros mismos ; en cuanto á mí, no quiero volver al campamento sin ella.

DUCHATEL.— Pensadlo mejor, príncipe ; no nos dejareis con semejante contestacion.

DUNOIS.— Basta, Duchatel. Os ódio ; de vos no soporto una palabra. Vos fuisteis el primero que dudó de ella.

EL ARZOBISPO.— ¿ Pero quién no fué juguete de este error, y no sintió debilitarse su fe el desdichado dia en que todo se conjuró para acusarla ? Perturbados, fascinados, fué tan terrible el golpe que nadie hasta ahora pudo profundizar la verdad. Despues ha vuelto la reflexion. La vemos tal como era entre nosotros, y nos parece su conducta sin tacha. Fuimos sorprendidos ; tememos haber fallado injustamente. El Rey está arrepentido ; La Hire inconsolable ; el Duque gime... en una palabra, reina en todos los corazones la más honda tristeza.

DUNOIS.— ¡ Ella, una impostora ! ¡ La misma verdad tomaria su rostro para encarnarse en la tierra ! Si la inocencia, la fidelidad, la pureza, moran en alguna parte, es sin duda alguna en sus labios, en sus claros ojos.

EL ARZOBISPO.— ¡ Ojalá intervenga el cielo y aclare este misterio impenetrable á los ojos de los hombres ! Mas sea lo que fuere la solucion de este conflicto, siempre habremos de deplorar una falta. Ó hemos combatido con las armas del infierno, ó hemos desterrado á una santa, y ambos delitos bastan para atraer el castigo y la cólera del cielo sobre este desgraciado país.

ESCENA VIII.

Dichos.—Un CABALLERO.—Luego RAIMUNDO.

CABALLERO.— Un jóven pastor desea hablarte.

DUNOIS.— ¡ Pronto ! Hazle entrar. Juana lo envia. (*El caballero abre la puerta y sale Raimundo. Dunois se lanza á su encuentro.*) ¿ Dónde está ?... ¿ dónde está la doncella ?

RAIMUNDO.— Dios os guarde, noble príncipe ; permitidme que me alegre de hallar tambien aquí al venerable arzobispo, al santo varon protector de los oprimidos, padre de los desamparados.

DUNOIS.— ¿ Dónde está la doncella ?

EL ARZOBISPO. — Habla , hijo mio.

RAIMUNDO. — Señor , no es una bruja. Lo juro por Dios y todos los santos. El pueblo está equivocado. Desterrasteis á una inocente ; proscibisteis á la enviada de Dios.

DUNOIS. — ¿ Dónde está ?... Habla.

RAIMUNDO. — La acompañé en su fuga á traves del bosque de Ardenes , y me abrió su corazon. Perezca en el tormento , y sea privado de la dicha eterna , si no es pura y sin tacha.

DUNOIS. — ¡ El sol no es más puro que ella !... ¿ Dónde está ?... Habla.

RAIMUNDO. — ¡ Oh !... Si Dios os ha convertido... daos prisa... salvadla, porque ha caído prisionera de los ingleses.

DUNOIS. — ¡ Prisionera !... ¿ Qué es lo que dices ?

EL ARZOBISPO. — ¡ Desgraciada !

RAIMUNDO. — Fué sorprendida por la Reina en Ardenes, donde buscábamos refugio, y entregada á los ingleses. ¡ Oh , vosotros á quien ella salvó , salvadla de horrible muerte !

DUNOIS. — ¡ A las armas !... ¡ Presto !... ¡ Suene el toque de llamada !... ¡ suenen los tambores !... Guíad todos los pueblos al combate. ¡ Ármate, Francia ! Va en ello nuestro honor... nos han robado la corona... nuestro paladion... la sangre, la vida de todos. Ha de ser libre antes que acabe el día. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

Una torre-atlaya. — En la parte superior una abertura.

JUANA. — LIONEL. — FALSTOLF. — ISABEL.

FALSTOLF. — (*Sale corriendo.*) Es imposible contener al pueblo por más tiempo. Piden enfurecidos que muera la doncella. En vano os empeñareis en resistir. Matadla y arrojad su cabeza desde las almenas de esta torre. Sólo su sangre puede apaciguar al ejército.

ISABEL. — (*Saliendo.*) Arriman escalas para subir aquí. Calmad al pueblo. ¿ Quereis aguardar á que en su ciego furor derriben la torre, y perezcamos todos en esa sarracina ? Ya no podeis protegerla. Soltádsela.

LIONEL. — Por mí ya pueden atacar y patalear como rabiosos. Este castillo es sólido, y antes que cederles, me sepultaré en sus ruinas. Sé mia, Juana, respóndeme y te defenderé contra el mundo entero.

ISABEL. — ¿ Y vosotros sois hombres ?

LIONEL. — Te repudiaron los tuyos, y nada debes por tanto á tu patria. Los cobardes que aspiraban á tu mano, te abandonan, sin que ni uno solo de ellos haya osado batirse por tu gloria. Mas yo quiero sostener tu causa contra tu pueblo y contra el mio. Poço há me permitiste creer que te era cara mi vida, y yo tiré de la espada contra tí como enemigo, pero ahora no tienes otro amigo que yo.

JUANA. — ¿ Tú ?... Tú eres mi enemigo, el aborrecido

de mi pueblo. Nada puede mediar entre ambos. No, no puedo amarte, mas si tu corazón se siente inclinado hacia mí, haz que este afecto sea ocasión de ventura para nuestros pueblos. Retira del patrio suelo las tropas, entrega las llaves de las ciudades sometidas, suelta los prisioneros y envía rehenes en prenda del santo tratado; con estas condiciones, yo te ofrezco la paz en nombre de mi Rey.

ISABEL. — Aun en cadenas, ¿pretendes imponerme leyes?

JUANA. — Hazlo ahora que es tiempo y lo puedes todavía. Francia no ha de doblarse al yugo de Inglaterra... ¡No, esto no será jamás!... ¡jamás!... antes se convertirá este suelo en una vasta tumba que tragará vuestros ejércitos. Ya perecieron los mejores de los vuestros... pensad en aseguraros la retirada. ¡Se acabó vuestra gloria y poderío!

ISABEL. — ¿Y podeis sufrir el reto de esta insensata?

ESCENA X.

Dichos. — Llega un CAPITAN.

CAPITAN. — (*Llega corriendo.*) Daos prisa, general, daos prisa á formar en batalla el ejército. Los franceses se acercan con banderas desplegadas. El valle entero reluce con el fulgor de las armas.

JUANA. — (*Con entusiasmo.*) ¡Los franceses! ¡A las armas, altiva Inglaterra! ¡Al campo! ¡A pelear de nuevo!

FALSTOLF. — Modera tu júbilo, insensata, que no has de ver el fin de la jornada.

JUANA. — Moriré, pero mi pueblo habrá vencido. Aquellos valientes ya no tienen necesidad de mi socorro.

LIONEL. — Me río yo de ese monton de cobardes. Antes que combatiera por ellos esta herbica doncella, los rechazamos en veinte batallas. A todos los desprecio, excepto una sola, y á ésta la han desterrado. Vamos, Falstolf, vamos á prepararles una nueva jornada de Crécy y de Poitiers. Vos, Reina, quedaos en esa torre. Vigilad á esa niña. hasta que la suerte haya decidido. Dejo aquí cincuenta caballeros para que os protejan.

FALSTOLF. — ¡Cómo! ¿Quereis marchar contra el enemigo, dejando á la espalda á esta furiosa?

JUANA. — ¿Te amedrenta una mujer encadenada?

LIONEL. — Promete, Juana, que no intentarás escapar.

JUANA. — Escaparme es mi único deseo.

ISABEL. — Atadla más fuerte. Respondo con mi vida de que no escapará. (*Ciñen su cuerpo y brazos con gruesas cadenas.*)

LIONEL. — (*A Juana.*) Tú lo quieres; nos fuerzas á ello. Tu suerte se halla todavía en tus manos. Renuncia á Francia, empuña la bandera de Inglaterra y eres libre, y estos locos que piden tu muerte serán tus esclavos.

FALSTOLF. — (*Empujándole.*) Partamos, general, partamos.

JUANA. — Basta de razones. Los franceses avanzan; defiéndete. (*Suenan clarines. Lionel se va corriendo.*)

FALSTOLF. — ¿Sabeis lo que os toca hacer, señora? Si la fortuna se declara contra nosotros, y veis huir nuestros batallones...

ISABEL. — (*Sacando un puñal.*) Tranquilizaos; no verá nuestra derrota.

FALSTOLF. — (*A Juana.*) Ya sabes lo que te aguarda. Ahora si quieres, puedes invocar la victoria de los tuyos. (*Se va.*)

ESCENA XI.

ISABEL. — JUANA. — Soldados.

JUANA. — Sí, lo quiero; nadie lo impedirá. ¿Oís?... ¡ La marcha guerrera de mi pueblo! ¡ Cómo resuena la bélica armonía, presagio de victoria en el fondo de mi pecho! ¡ Mueran los ingleses! ¡ Viva Francia! Alerta, mis valientes, alerta. La doncella se halla con vosotros. No puede como ayer enarbolar el estandarte... encadenada está, mas vuela su alma en alas del canto de la guerra, libre, más allá de la cárcel!

ISABEL. — (*A uno de los soldados.*) Súbete á la atalaya desde la cual se ve el campo, y dinos las vicisitudes de la batalla. (*El soldado sube á la atalaya.*)

JUANA. — ¡ Valor! ¡ valor!... ¡ pueblo mio!... es el último. Con esta victoria sucumbirá el enemigo.

ISABEL. — ¿ Qué ves?

EL SOLDADO. — Vinieron á las manos. Un hombre furioso montado en un caballo salvaje, de tigrada piel, avanza con su gente.

JUANA. — Es el conde Dunois. ¡ Valor, bravo general! la victoria va contigo.

EL SOLDADO. — El duque de Borgoña ataca el puente.

ISABEL. — ¡ Traidor!... Así muera á lanzadas.

EL SOLDADO. — Lord Falstolf le opone vigorosa resistencia. Se apean, combaten cuerpo á cuerpo... los del duque y los nuestros.

ISABEL. — ¿ Y no ves al delfin?... ¿ No reconoces las insignias reales?

EL SOLDADO. — Todo lo confunde el polvo que levantan... es imposible distinguir nada.

JUANA. — ¡ Ah! ¡ si tuviera mi vista! En su lugar, no me escaparía el pormenor más insignificante. Cuento las aves al vuelo y distingo el halcon en lo más alto.

EL SOLDADO. — Cerca de los fosos, ¡qué espantosa confusión!... Allí me parece pelean los capitanes.

ISABEL. — ¿Ves flotar siempre nuestra bandera?

EL SOLDADO. — Enhiesta todavía.

JUANA. — ¡Ah!... ¡si pudiese ver, aunque fuera por las rendijas del muro! ¡Con la mirada dirigiria el combate!

EL SOLDADO. — ¡Ay de nosotros!... ¿Qué veo? Rodean á nuestro caudillo.

ISABEL. — (*Levantando el puñal contra Juana.*) Muere, ¡miserable!

EL SOLDADO. — (*Con viveza.*) ¡Salvado!... El bravo Falstolf ataca al enemigo por la retaguardia, y penetra en las apretadas filas.

ISABEL. — (*Bajando el puñal.*) Habló tu ángel bueno.

EL SOLDADO. — ¡Victoria! ¡victoria! Huyen.

ISABEL. — ¿Quién?

EL SOLDADO. — Franceses y borgoñones en derrota; los fugitivos cubren la llanura.

JUANA. — ¡Dios mio! ¡Dios mio!... No me abandonarás así.

EL SOLDADO. — Traen hácia acá un hombre gravemente herido; muchos se lanzan á socorrerle... es un príncipe.

ISABEL. — ¿Una de los nuestros ó un frances?

EL SOLDADO. — Le quitan el casco... es el conde Du-nois.

JUANA. — (*Sacudiendo convulsivamente las cadenas.*) ¡Y no ser más que una pobre mujer encadenada!

EL SOLDADO. — ¡Atended!... ¿Quién es el que lleva un manto azul celeste, recamado de oro?

JUANA. — (*Con calor.*) ¡Mi señor, mi Rey!

EL SOLDADO. — Su caballo se espanta... tropieza... cae... se desenreda á duras penas. (*Durante estas palabras, Juana da muestras de vivísima emocion.*) Los nuestros se le echan veloces encima... ya le alcanzan... ya le rodean...

JUANA. — ¡ Señor Dios mio!... ¿ No queda un ángel en el cielo ?

ISABEL. — (*Con ironía y sarcasmo.*) Ahora ó nunca... Vaya, ¡ soberana protectora ! acude con tu auxilio.

JUANA. — (*Cayendo de rodillas y exaltándose por grados.*) Óyeme, Señor. Desde el polvo de mi miseria, te invoco suplicante, y tiendo hácia tí el alma mia. Tú puedes convertir la tela de araña en cable de buque; bien podrás tambien convertir estas ataduras de hierro en tela de araña. Muestra tu voluntad y caerán las cadenas, se abrirán estos muros. Tú viniste en ayuda de Sanson, cuando ciego y atado sufría las amargas burlas de los orgullosos enemigos. Fortalecido por su fe, arrancó con vigorosa mano las puertas de su cárcel, y el edificio cayó al tremendo empuje.

EL SOLDADO. — ¡ Victoria, victoria !

ISABEL. — ¿ Qué hay ?

EL SOLDADO. — El Rey ha caido prisionero.

JUANA. — (*Poniéndose de pié.*) ¡ Así tambien venga Dios en mi ayuda !

(Diciendo esto se arranca las cadenas con ambas manos, y arrojándose sobre el primer soldado que halla al paso, le arrebatata la espada y se va corriendo. Los demas quedan inmóviles de estupor.)

ESCENA XII.

Dichos, menos JUANA.

ISABEL. — (*Despues de larga pausa.*) ¿ Qué ha pasado?... ¡ Sueño!... ¿ Por dónde escapó?... ¿ Cómo pudo romper estas pesadas cadenas?... Aunque el mundo lo afirmase, no lo creeria si no lo hubiese visto por mis propios ojos.

EL SOLDADO. — (*Aún desde la atalaya.*) ¡ Cómo ! ¿ Tiene alas esta mujer ? ¿ Ha sido arrebatada del torbellino ?

ISABEL. — Di. ¿ Està abajo ?

EL SOLDADO. — Se lanza en medio de la refriega, más rápida que mi vista. Ora aquí, ora allá, la veo en mil lados á la vez ; parte las filas, y todo se dispersa á su presencia. Vuelven á la carga los franceses. ¡ Ay de mí !... ¡ Qué veo ! Los nuestros rinden las armas y los estandartes.

ISABEL. — ¿ Pretenderá arrebatarnos una victoria cierta ?

EL SOLDADO. — ¡ Vuela hácia el Rey ! ¡ Ved !... acaba de llegar á él y le saca del combate. Cae prisionero lord Falstolf.

ISABEL. — ¡ Basta, basta ! Bajad.

EL SOLDADO. — Huid, ¡ oh, Reina !... ¡ Vais á ser sorprendida ! El pueblo armado pone cerco á la torre.

(*Baja.*)

ISABEL. — (*Tirando de la espada.*) ¡ Defendeos pues, cobardes !

ESCENA XIII.

Dichos.—Sale LA HIRE, seguido de algunos soldados.—Los de la Reina rinden las armas.

LA HIRE. — (*Dirigiéndose á la Reina con respeto.*) So-meteos, señora, á la Omnipotencia. Vuestros cabal-leros se han rendido y toda resistencia seria vana. Dignaos agradecer mis servicios. Ordenad. ¿ Dónde quereis que os acompañe ?

ISABEL. — Cualquier sitio me parece bueno, con tal que no halle en él al delfin. (*Entrega á La Hire la espada, y le sigue con los suyos.*)

ESCENA XIV.

El campo de batalla. Algunos soldados con estandartes ocupan el fondo.

CÁRLOS y el DUQUE DE BORGÑA, llevando en brazos á JUANA, mortalmente herida y sin sentido. Van á colocarse lentamente en primer término.—INES acude con paso acelerado.

INES.—(*Echándose en brazos del Rey.*) ¡ Sois libre !
¡ sano y salvo ! os poseo todavía.

CÁRLOS.— Libre, pero á este precio. (*Señalando á Juana.*)

INES.— ¡ Juana !... ¡ Oh, Dios mio !... espirando...

FELIPE.— Todo acabó. Estais viendo morir á un ángel. Mirad cómo reposa serena y sin dolor, como un niño dormido. La paz se refleja en su semblante ; ni un solo suspiro exhala su pecho. Pero su mano no está fria aún ; queda un signo de vida...

CÁRLOS.— No ; se acabó. No ha de despertar ya, ni ha de abrir los ojos á este mundo. Se cierne en el cielo, como espíritu de luz... Ya no ve nuestro dolor, ni nuestro arrepentimiento.

INES.— Abre los ojos... ¡ vive !

FELIPE.— (*Sorprendido.*) ¿ Resucita ? ¿ Triunfa de la muerte ?... Se incorpora, se sostiene.

JUANA.— (*Mirando en torno.*) ¿ Dónde estoy ?

FELIPE.— Entre los tuyos, Juana, en medio de tu pueblo.

CÁRLOS.— En brazos de tu amigo, de tu Rey.

JUANA.— No, yo no soy una maga, no, lo juro.

CÁRLOS.— Tú eres un ángel, una santa ; estábamos ciegos.

JUANA.— (*Mira en torno suyo sonriendo.*) ¿ Me hallo realmente entre los míos ? ¿ No estoy proscrita ? ¿ No me despreciais ? ¿ Ya no me maldecis más, y me mi-

rais con bondad ? Sí, ahora lo reconozco todo. Aquí está mi Rey; estas son las banderas de Francia, pero... no veo la mía. ¿Dónde está ? No puedo seguir sin ella. Me fué confiada por mi señor, y debo deponerla en sus manos; debo enseñársela, porque la he llevado fielmente.

CÁRLOS. — (*Volviendo el rostro.*) Dadle su bandera.

(*Se la presentan; ella se mantiene en pié, con la bandera en la mano. El cielo brilla con vivísimo resplandor.*)

JUANA. — ¿ Veis allá arriba el arco-iris ? El cielo abre sus puertas de oro. Ella está allí resplandeciente en medio de sus coros de ángeles, con el eterno Hijo en la falda, y extendiendo sonriente hácia mí sus brazos. ¿ Qué siento, Dios mio ?... Ligeras nubes me levantan y se convierte en alas mi grave armadura... Se hunde la tierra á mis plantas... ¡ En lo alto !... en lo alto !... ¡ Breve es el dolor ; eterna la dicha !

(*La bandera se desliza de sus manos. Juana cae muerta. Los presentes la rodean con muda emoción. Á una seña del Rey, cubren cuidadosamente su cuerpo con los estandartes.*)





INDICE.

	<u>Pág.</u>
<i>Cuatro palabras del traductor.</i>	I
<i>Guillermo Tell.</i>	13
<i>Maria Estuardo.</i>	127
<i>La Doncella de Orleans.</i>	261



